CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

5

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
Apartado Postal 965
Teléfono 23-34-68

DIRECTOR-GERENTE
JESÚS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
RAFAEL LOERA Y CHÁVEZ

AÑO XVIII

5

SEPTIEMBRE - OCTUBRE
1959

ÍNDICE
Pág. 3

Fíjese en el hombre
que los fuma!

Le invitamos a probar

Lord's

El cigarro más fino que se fabrica en cualquier país... ¡A cualquier precio!

Los Tabacos Más Finos y Más Caros del Mundo
Estuche Protect-o-Pack
La Ultima Palabra en Filtros
Boquilla Blanca · Tamaño Señorial

$3.00
cajetilla

De lo que gusta a un hombre...
Lord's da más!

El estuche Protect-o-Pack pone fin
al mal trato de los cigarros

Vea a Mike Hammer, el explosivo personaje de Mickey Spillane, en los canales 4 y 7 de televisión, todos los martes de 21.30 a las 22 hs.

1-59

Antes
Cochinilla del Nopal.

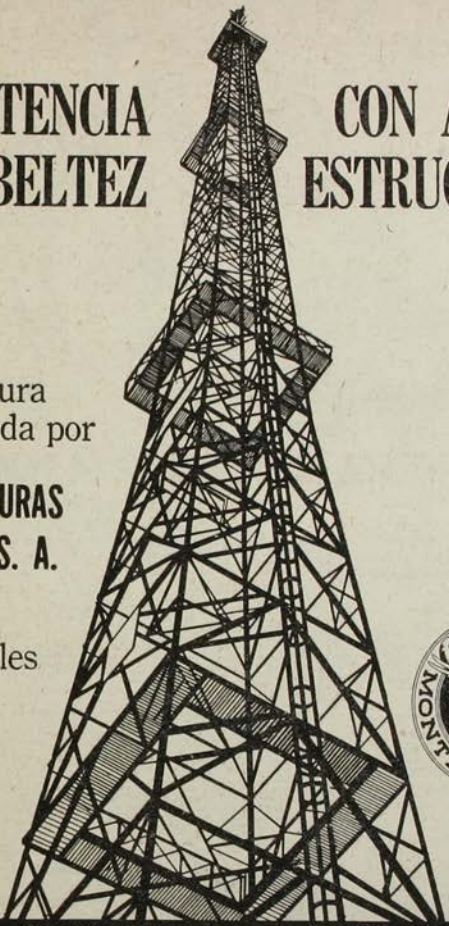
Ahora
Lithomex.

Siempre México.

OFICINAS:
JOSE MA. MARROQUI NO.1 (6o. PISO)
TEL. 21-98-98
CABLE: PIGMEXSA APARTADO. 2515
MEXICO1. DF.

PLANTA INDUSTRIAL:
IA. AV. ISLETA Y CARRANZA
TELS. 2-25-26 Y 2-33-09
APDO. 552
TAMPICO, TAM.

RESISTENCIA Y ESBELTEZ CON ACERO ESTRUCTURAL



Estructura Fabricada por

ESTRUCTURAS BARGO, S. A.

con materiales de la

ACERO MONTERREY

CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO MONTERREY, S. A.

Oficinas de Ventas: Balderas 68, México 1, D. F.

Fabrica: Calzada Adolfo Prieto al Oriente Monterrey, N. L.

BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA

UNA GIGANTESCA BIOGRAFIA DE LA HUMANIDAD

Lo BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, más que una Historia Universal al uso, es una gigantesca biografía; la primera y única biografía de la Humanidad escrita hasta la fecha.

Un núcleo de sabios, impresionante por el número y por su jerarquía en las más diversas ramas del conocimiento, han aportado su ciencia para la realización de esta obra. En ella, la claridad de exposición y la singular maestría de sus autores, hacen que el lector asista a una maravillosa proyección en la que se hace visible la estupenda aventura humana, desde la aparición del hombre sobre la Tierra, hasta nuestros días.

El largo camino recorrido aparece íntegro ante los ojos del lector en una visión que deslumbra por su inmensidad, que apasiona por su dramatismo y que asombra por la fabulosa capacidad de creación del Hombre.

● TITULOS PUBLICADOS ●

LA TIERRA ANTES DE LA HISTORIA
LA TIERRA Y LA EVOLUCION HUMANA
LOS GERMANOS
LA CIVILIZACION BIZANTINA
CARLOMAGNO Y EL IMPERIO CAROLINGIO
EL PENSAMIENTO GRIEGO Y LOS ORIGENES DEL ESPIRITU CIENTIFICO
DE LOS CLANES A LOS IMPERIOS
LAS INSTITUCIONES DEL IMPERIO BIZANTINO
EL FIN DEL MUNDO ANTIGUO Y LOS COMIENZOS DE LA EDAD MEDIA
VIDA Y MUERTE DE BIZANCIO
LA CIVILIZACION EGEA
LA ROMA IMPERIAL Y EL URBANISMO EN LA ANTIGUEDAD
ISRAEL, DESDE LOS ORIGENES HASTA MEDIADOS DEL SIGLO VIII a. de C.
EL ARTE DE LA EDAD MEDIA Y LA CIVILIZACION FRANCESA
LAS CIENCIAS DE LA VIDA EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII
LA CIUDAD GRIEGA
EL IRAN ANTIGUO (ELAM Y PERSIA) Y LA CIVILIZACION IRANIA
LA INDIA ANTIGUA Y SU CIVILIZACION
ORIGENES DE LA ECONOMIA OCCIDENTAL. ECLIPSE Y DESPERTAR DE LA VIDA URBANA (SIGLOS IV-XI)
LUIS XIV Y EUROPA
EL LENGUAJE (INTRODUCCION LINGUISTICA A LA HISTORIA)
LOS HITITAS
LOS CELTAS Y LA EXPANSION CELTICA HASTA LA EPOCA DE LA TENE
LOS CELTAS DESDE LA EPOCA DE LA TENE Y LA CIVILIZACION CELTICA
EL MUNDO ROMANO
LA SOCIEDAD FEUDAL. LA FORMACION DE LOS LAZOS DE DEPENDENCIA
LA FORMACION DEL IDEAL MODERNO EN EL ARTE DE OCCIDENTE
LA ERA ROMANTICA. EL ROMANTICISMO EN LA LITERATURA EUROPEA
LA ERA ROMANTICA. LAS ARTES PLASTICAS
LA ERA ROMANTICA. LA MUSICA

ENVIE HOY MISMO ESTE CUPON

EDITORIAL GONZALEZ PORTO Apdo. 140-Bis México, D. F.
Sírvanse remitirme el folleto descriptivo de la BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, dándome a conocer sus condiciones de pago

Nombre _____
Domicilio _____
Localidad _____
Estado _____

GRANDES FACILIDADES DE PAGO

DISTRIBUIDORA EXCLUSIVA

EDITORIAL GONZALEZ PORTO

AV. INDEPENDENCIA 10 • AVENIDA 5 DE MAYO 31-C APDO. 140-BIS - MEXICO, D. F.

AYUDE A LA INDUSTRIA...

La industrialización de México es una tarea que requiere del esfuerzo de todos y cada uno de sus habitantes. Es menester construir plantas industriales y adquirir equipo y maquinaria, y para construir unas y adquirir otros es necesario que la población ahorre e invierta sus ahorros adecuadamente.

Contribuya al proceso industrial del país comprando CERTIFICADOS DE PARTICIPACION DE LA NACIONAL FINANCIERA, S. A. De esta manera entrará en posesión de títulos con amplio mercado y garantías de primera calidad.

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

Venustiano Carranza Núm. 35

Apartado 353 México, D. F.

●

(Autorizado por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio Núm. 601-II-7399).

Si usted dispone de RON BATEY, lo demás es lo de menos, porque BATEY es el RON PERFECTO!

Súmelo a otros ingredientes en su "coctel" favorito; agréguele solamente agua natural o soda, o su refresco predilecto . . ¡no importa! Usted, de todas maneras, obtiene una bebida excelente, porque lo demás es lo de menos . . . ¡lo que importa es RON BATEY!

Vea y escuche **"La Hora Batey con Paco Malgesto"** todos los **Jueves** a las **22:00** horas por **XEW-TV Canal 2**

BANCO NACIONAL
DE
COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA

FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•

CAPITAL Y RESERVAS: $276.550,544.45

•

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICADAS AL MANEJO DE DICHOS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL COMERCIO INTERNACIONAL

•

VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en Oficio No. 601-11-15572).

BANCO NACIONAL DE CREDITO AGRICOLA, S. A.

MOTOLINIA Núm. 11
MEXICO 1, D. F.

UNA INSTITUCION AL SERVICIO DE LOS AGRICULTORES

BANCO NACIONAL DE CREDITO EJIDAL, S. A. DE C. V.

Uruguay Núm. 56

México 1, D. F.

• Se fundó en 1936. Funciona de acuerdo con la Ley de Crédito Agrícola del 30 de diciembre de 1955. Forma parte del Sistema Nacional de Crédito Agrícola y tiene las características de Empresa Descentralizada de Participación estatal.

• Fomenta la producción agrícola ejidal concediendo el crédito y la asesoría técnica necesarias para elevar el nivel de vida del ejidatario.

●

CONSEJO DE ADMINISTRACION. **Presidente:** Sr. Ing. Julián Rodríguez Adame. **Vicepresidente:** Sr. Prof. Roberto Barrios. **Consejeros Propietarios:** Sres. Lic. Jesús Rodríguez y Rodríguez, Lic. Emigdio Martínez Adame, Lic. Ricardo J. Zevada, Lic. Roberto Amorós, Lic. Ernesto Fernández Hurtado, Mariano López Mateos y Lic. José Sáenz Arroyo. **Consejeros Suplentes:** Sres. Ing. Jesús Patiño Navarrete, Manuel García Santibáñez, Lic. Fernando Rosenbluth, Ing. Ernesto Reza Rivera, Ing. Emilio Gutiérrez Roldán y Prof. Enrique Beltrán. **Secretario:** Sr. Lic. Rodolfo García Bravo y Olivera. **Comisarios Propietarios:** Sres. Lic. Rafael Urrutia Millán y Lic. Enrique Landa Berriozábal. **Comisarios Suplentes:** Sres. Lic. Mario Salas Villagómez y Lic. Eduardo Claisse.

Director Gerente: Lic. Ricardo Torres Gaitán.

Sub-Gerente: Ing. Enrique Marcué Pardiñas.

AL INVERTIR

tome el camino

F. I. R. M E.

Invierta pensando en su futuro

Desde hoy usted debe procurarse una vida tranquila para su vejez; y no con el valor actual del dinero sino con el que pueda tener el dinero en el futuro.

Coloque su dinero en FIRME y participe en las ganancias de importantes empresas mexicanas.

Solicite informes a:
FONDO DE INVERSIONES RENTABLES MEXICANAS, S. A.

Venustiano Carranza 54, México, D. F. Tel. 10-43-53

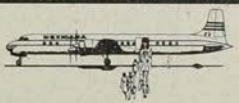
CHICAGO

LOS ANGELES

LA HABANA

SAN ANTONIO

por **MEXICANA**



Volar por **MEXICANA** en lujosos SUPER DC-6 con Radar es una maravillosa experiencia en comodidad y rapidez ★★★ Sin escalas a Chicago y Los Angeles. A La Habana directo o con escala en Mérida. A San Antonio vía Monterrey.

Servicios de Primera Clase y Turista en todos los vuelos. Además, a San Antonio Servicio Económico con las tarifas más bajas en la historia.

CMA EN SU 35° AÑO

Reservaciones con su Agente de Viajes o

MEXICANA DE AVIACION

Afiliada de **PAN AMERICAN**

AV. JUAREZ Y BALDERAS TEL.: 18-12-60

En los servicios de lujo deliciosas comidas supervisadas por el mundialmente famoso Pump Room de Chicago.

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS

Obras publicadas:

MECANIZACION DE LA AGRICULTURA MEXICANA
por
Luis Yáñez Pérez,
con la colaboración de Edmundo Moyo Porras. (Agotado).

LOS DISTRITOS DE RIEGO DEL NOROESTE
por
Jacques Chonchol.

LOS BOSQUES DE MEXICO
Relato de un despilfarro y una injusticia,
por
Manuel Hinojosa Ortiz.

ASPECTOS DE LA INDUSTRIA TEXTIL DEL ALGODON EN MEXICO
por
Javier Barajas Manzano.

Precios:

MEXICO	ESPAÑA Y AMERICA	OTROS PAISES
$20.00	2.00 Dls.	2.25 Dls.

En prensa: "DIAGNOSTICO REGIONAL"
Por Fernando Zamora y un grupo de técnicos.
Obra indispensable para el conocimiento de la realidad nacional.

●

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"
AV. COYOACAN 1035 Apartado Postal 965
México 12, D. F. Tel. 23-34-68 México 1, D. F.

el **DAUPHINE** es el carro más seguro del mundo

¿Cual de los dos frena mejor?

ADQUIERALO EN:

AUTOS EUROPEOS DEL NOROESTE, S. A.
Ave. Miguel Alemán No. 33 Ote.
MAZATLAN, SIN.

AUTOS EUROPEOS DEL BAJIO, S. A.
Corregidora No. 6,
CELAYA, GTO.

AUTOMOVILES FRANCESES, S. A.
Ave. Faustino Ceballos No. 152
GUADALAJARA, JAL.

CIA. MERCANTIL DEL ISTMO
Heroes de Chapultepec
OAXACA, OAX.

AUTOMOTRIZ FARRERA, S. A.
Av. Central 238
TUXTLA GUTIERREZ, CHIS.

AUTOMOTRIZ DEL SOCONUSCO, S. A.
Calle Central Oriente 28
Tapachula, Chis.

DIST. SONORENSE DE AUTOS FRANCESES, S. A.
Miguel Alemán 242
Cd. Obregón, Son.
Tel. 10-42

AUTOMOTRIZ TORRE, S. A.
Edificio Torre
MERIDA, YUCATAN.

AUTOS LAGUNA, S. A.
Av. Juárez 323 Pte.
TORREON, COAH.

MOTORES MODERNOS, S. A.
Morelos No. 639 Ote.
MONTERREY, N. L.

AUTOS FRANCIA, S. A.
Av. Cuauhtémoc No. 393
México, D. F.

¡ EL MEJOR SERVICIO DE REFACCIONES Y TALLERES, ATENDIDO POR EXPERTOS RENAULT !

¡SIEMPRE TENDRA UD. AUTOMOVIL!...

SI,

PREVISOR Y

MODERNO

ADQUIERE UNA POLIZA

EN

INSTITUCION MEXICANA DE SEGUROS

M. E. SCHULTZ Nº 140

México 4, D. F.

¿ Piensa, Ud. Viajar a Europa?

SI ES ASI, ESTA OFERTA LE INTERESA.

AUTOS FRANCIA, S. A., representante Renault, le vende un automóvil NUEVO, modelo 1959, marca RENAULT, de 4 ó de 6 plazas, con garantía de recompra, a base de una depreciación fija por meses de uso, pagándole aquí, en México, en dólares.

Por menos, bastante menos, que el flete de su propio automóvil

Al comprar uno de nuestros automóviles usted pagará:

"Ultramar" 4 plazas	Dls.	880.00
"Dauphine" 4 plazas	„	1,025.00
"Fregate" 6 plazas	„	1,600.00
"Fregate" 6 plazas, automático....	„	1,785.00
"Domaine" 6 plazas, guayín	„	1,625.00

Más Dls. 50.00 de la documentación internacional.

Los precios anteriores comprenden la entrega en París, pero si usted lo desea en España, Italia, Inglaterra, etc., podemos situárselo, siendo a su cargo el transporte.

PERO EN REALIDAD ESTE PAGO ES MAS BIEN UN DEPOSITO, PORQUE...

AUTOS FRANCIA, S. A. al terminar su viaje le recompra su automóvil con la siguiente depreciación:

		1 mes	2 meses	3 meses	4 meses
Renault 4 plazas...	Dls.	175.00	225.00	275.00	310.00
Renault 6 plazas...	Dls.	520.00	570.00	630.00	690.00
Guayín DOMAINE .	Dls.	595.00	645.00	695.00	755.00

Por cada mes adicional, Dls. 35.00 y $60.00 respectivamente. Usted entrega el automóvil en París y cobra en dólares su importe en México.

ANTES DE TOMAR CUALQUIER DECISION VEA Y MANEJE ESTOS AUTOMOVILES EN MEXICO Y ADEMAS PIDA INFORMES A SUS AMIGOS QUE YA USARON ESTE SERVICIO.

AUTOS FRANCIA, S. A.

Av. Cuauhtémoc 393 (esquina Baja California).
Teléfono 25-35-72 México, D. F.

CONSORCIO PARA PROMOCIONES INDUSTRIALES, C. A.

Organización venezolana que se encarga de promover empresas industriales.

Suministra ayuda técnica. Proporciona organización administrativa. Mediante los Bancos y Financieras asociados al Consorcio, realiza la colocación de los valores industriales de las empresas que promueve.

●

Apartado 6847, Caracas, Venezuela.

Las instituciones financieras de la construcción,

BANCO DE LA CONSTRUCCION, C. A.

Y

FINANCIERA DE LA CONSTRUCCION, S. A. (FINACO)

contribuyen al desarrollo de esta importante industria y en general de las otras actividades económicas del país.

●

CENTRO PROFESIONAL DEL ESTE
CARACAS - VENEZUELA

seguridad
comodidad
y
economía
✓Modernos y nuevos coches de primera clase con asientos numerados, sin cobro adicional.
✓Servicios pullman a los más bellos lugares Turisticos del pais!
N DE M
FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO

LA CERVEZA

●

BEBIDA IDEAL PARA EL DESCANSO

Nada más natural y justo que gozar del merecido descanso y, para gozarlo, nada hay comparable a una cerveza mexicana, que es la mejor del mundo. Disfrute como es debido de su descanso después de la diaria tarea con esta bebida sana y pura, de muy bajo contenido alcohólico, de agradabilísimo sabor, que lo reconforta y reanima, por estar elaborada con materias de alto valor nutritivo.

Para compensar los esfuerzos diarios acompañe su descanso con una cerveza mexicana.

●

ASOCIACION NACIONAL DE FABRICANTES DE CERVEZA

En su XXV Aniversario

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

ha publicado, entre otras obras de gran interés cultural:

Economía:

P. A. BARAN: **La economía política del crecimiento.**
DAVID RICARDO: **Obras Completas.**

150 Breviarios:

ALFONSO REYES: **Filosofía helenística** (No. 147)—
J. BAL Y GAY: **Chopin** (No. 148)—
J. TORRES BODET: **Balzac** (No. 149)—
F. ROMERO: **Filosofía moderna** (No. 150)—
50 títulos de Letras Mexicanas con:
M. ANTONIO MONTES DE OCA:
Delante de la luz cantan los pájaros.

Sociología:

J. CHATEAU: **Los grandes pedagogos.**

Filosofía:

GEORGE SANTAYANA: **Los reinos del ser.**

Vida y Pensamiento de México:

J. SILVA HERZOG:
El agrarismo en México y la reforma agraria.
OCTAVIO PAZ: **El laberinto de la soledad.**

Tierra Firme:

BENJAMIN CARRION: **García Moreno.**
E. NEAYE-SILVA: **Vida de José Eustasio Rivera.**

Biblioteca Americana:

J. RUIZ DE ALARCON: **Obras Completas** (Tomo II)—

Antropología:

D. FORDE: **Mundos africanos.**

Av. Universidad 975
México 12, D. F.

Apartado Postal 25975
Teléfono 24-89-33

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO XVIII VOL. CVI

5

SEPTIEMBRE - OCTUBRE
1959

MÉXICO, 1° DE SEPTIEMBRE DE 1959

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F., CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH-GIMPERA

Alfonso CASO

León FELIPE

José GAOS

Pablo GONZÁLEZ CASANOVA

Manuel MÁRQUEZ

Manuel MARTÍNEZ BÁEZ

Alfonso REYES

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHÁVEZ

Se prohibe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MÉXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS
No. 5 Septiembre-Octubre de 1959 Vol. CVI

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

Págs.

JORGE L. TAMAYO. En el X aniversario del Movimiento Mundial de la Paz 7
HÉCTOR ABHAYAVARDHAN. La situación del Tibet 19
JULIO ÁLVAREZ DEL VAYO. España contra Franco 26
GASTÓN GARCÍA CANTÚ. Las dos políticas exteriores de México 41
PEDRO GRINGOIRE. El mensaje universal del Diario de Ana Frank 56

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

MANUEL DURÁN. Dewey y la crisis de la educación en Estados Unidos 75
LEVI MARRERO. Humboldt, la geografía moderna y Cuba 91
ÁLVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ. Hispania y su gente 106

PRESENCIA DEL PASADO

SAMUEL MARTÍ. Danza Precortesiana . . . 129
JOSÉ URIEL GARCÍA. Sumas para la Historia del Cusco. III 152
CARLOS TORRES MANZO. "Tres tumbas de Carlos Marx" 187
Las *Parentalia* de Alfonso Reyes, por MANUEL CALVILLO 192

DIMENSIÓN IMAGINARIA

ALFREDO CARDONA PEÑA. Mínimo Estar . . 197
MANUEL VILLEGAS LÓPEZ. Antonio Machado o el destino del artista 233
ANDRZEJ KIJOWSKI. Algunos aspectos de la literatura polaca contemporánea 248

Págs.

ESTUARDO NÚÑEZ. Teoría y proceso de la antología 257
AGUSTÍN YÁÑEZ. Sueño de Verano en el Parnaso 268

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Frente a la pág.

El presidium en la sesión inaugural 16
La delegación rumana . . . . . „
Los delegados de Mongolia y del Tibet . . . . . „
Un oriental y un africano confraternizando . . . . . „
Un sacerdote ortodoxo ruso y un monje budista de Ceylán . . . „
Nikolai, El Metropolitano de la Iglesia Ortodoxa . . . . . „
El escritor ruso Elya Ehrenburg . . . . . „
Leopold Infeld, Profesor de Física de la Universidad de Varsovia 17
Pareja de danzantes totonacos 144
Cantores en el tlalocan o paraíso . . . . . „
"Hamlet". Actor-Bailarín maya . . . . . „
Bailarina totonaca . . . . . „
Danza sacerdotal dedicada a Quetzalcóatl . . . . . „
Bailarina ejecutando el tribanga hindú o movimiento triple . . „
Danza Cosmogónica . . . . . „
Tzocuicatl . . . . . „
Maceuacuicani . . . . . „
Conjunto azteca de músicos, cantores y danzantes . . . . . „
Netotiliztli . . . . . „
Ceremonia y danzas de la fertilidad durante el mes ochpaniztli „
Fiesta de Xuchil Huitl . . . . . „
Danza de los voladores según Clavijero 145
Grupo coral. Muchachas indias de Písac, Cusco 176
Indias de Caltca. Altiplanicie de Ausangati, Cusco . . . . . „
Tejido de las Acllas. Siglo XVI . . . . . „
"Uncju" o túnica incaica, tramada con hilos de plata 177
La tumba olvidada 190
Se preparan para recibir a los chinos . . . . . „
Había que recibir bien a los rusos 191
Segovia y la casa de Antonio Machado (la flecha) 240
Por esta puertecilla, en el número 5. . . . . „
La cama de hierro, negra y dorada . . . . . „
La mesa donde trabajaba el poeta. . . . . „
Itinerario de Machado, por Segovia . . . . . „
Claustro de la Iglesia de San Martín . . . . . „
En la Calle Real . . . . . „
La Plaza del Azoguejo . . . . . „
Por la cuesta del Angelete, subía Machado . . . . . „
El paseo a lo largo del Eresma 241

Nuestro Tiempo

EN EL X ANIVERSARIO DEL MOVIMIENTO MUNDIAL DE LA PAZ

Por *Jorge L. TAMAYO*

HACE diez años que, en las ciudades de París y de Praga. se reunieron representantes de gran número de pueblos para crear el Movimiento Mundial de la Paz. Tanto con el objeto de conmemorar el X aniversario de este importante hecho, como para rendir un homenaje a Federico Joliot-Curie quien durante nueve años había presidido el Consejo Mundial hasta su muerte y también a fin de analizar la situación política internacional actual, y estudiar con toda amplitud las medidas de reorganización de su estructura y de revisión y adaptación de sus métodos de trabajo, con la doble mira de aprovechar las experiencias acumuladas en la etapa inicial, al mismo tiempo adaptarse a las exigencias impuestas por el crecimiento extraordinario que ha llegado a alcanzar a estas horas, en todo el mundo, el Movimiento de la Paz, se convocó a una reunión ampliada del Consejo Mundial de la Paz, la que tuvo lugar en la bella ciudad de Estocolmo del 8 al 13 de mayo pasado.

El hecho de que la reunión tuviese por objeto, entre otros, hacer un balance de la obra realizada en los diez años transcurridos y además analizar la situación del Movimiento de la Paz en todo el mundo, permitió formarme una idea panorámica de los esfuerzos que los partidarios de la paz están realizando en toda la superficie de la tierra, actualmente.

En las sesiones plenarias pasaron a la tribuna hombres y mujeres de variadas razas, de muy diversas lenguas, que apoyándose en diferentes razones y argumentos, presentaban un anhelo y planteaban una sola demanda: Paz.

Vi monjes tibetanos, monjes mongoles, sacerdotes ortodoxos, encabezados por el Metropolitano Nikolai, sacerdotes budistas, negros de muy variados grupos étnicos, chinos enfundados en su ya clásica filipina, mujeres hindúes con sus vaporosos vestidos, europeos de diversos países, árabes asiáticos y africa-

nos, etíopes. Era un conjunto de hombres y mujeres que en caleidoscópica visión, permitían tener un reflejo de la realidad humana mundial, con su variedad étnica y diversidad de lenguas y aun de atuendos.

Asistieron seiscientos delegados de sesenta países y colonias, destacándose por su número la delegación china encabezados por Kuo-Mo-Jo, las correspondientes a Alemania Oriental y Alemania Occidental, la francesa, italiana, canadiense y estadounidense, llevando a la cabeza esta última al Dr. W. E. B. Du Bois y la Sra. Shirley Graham. De América Latina concurrieron delegaciones de Argentina, Brasil, Chile, Bolivia, Paraguay, Perú, Ecuador, Colombia; la de Venezuela, bastante numerosa, encabezada por un senador; de Nicaragua asistió el Presidente de la Federación Estudiantil; de Puerto Rico también concurrió una delegación, así como la de México integrada por el Ing. Manuel Mesa A., como representante del Círculo de Estudios Mexicanos A. C., y el autor de este artículo, en representación del Movimiento Mexicano de la Paz.

La República del Perú envió un grupo de veinte diputados y un senador, con el carácter de observador, en representación del Poder Legislativo. La Delegación se integró con cuatro diputados de cada uno de los cinco partidos que tienen escaños en el parlamento peruano.

También de varios países asistieron parlamentarios, lo que permitió que se reunieran el 11 de mayo de 1959, setenta y un miembros de Parlamentos de diecinueve países y que bajo la presidencia del señor Chaman Lall, miembro de la Comisión de Relaciones Exteriores del Parlamento de la India, hicieran una declaración de la que se destacan estos conceptos:

> "Conscientes del hecho de que los pueblos del mundo entero, que son los que han elegido a los miembros de los Parlamentos Nacionales, ansían la paz, ansían que desaparezcan los bloques militares, que sean desterrados los peligros que entrañan las armas atómicas, que desaparezca la política desde posiciones de fuerza, conscientes asimismo de que los pueblos del mundo entero anhelan el cese de las pruebas nucleares, así como que se prohiba la fabricación, uso y almacenamiento de armas atómicas, que sean desmantelados los bloques militares y se establezcan regiones exentas de compromisos, como paso previo hacia el desarme general, hacemos un llamamiento a los estadistas reunidos en la Conferencia de Ministros de Relaciones Exteriores en Ginebra,

para que lleguen rápidamente a un acuerdo sobre el cese de la guerra fría y en pro del alivio de la tirantez internacional, para que todos los hombres y mujeres del orbe puedan vivir y trabajar en paz".

Terminaban tan importante declaración de este modo:

"Nosotros, por otra parte, nos comprometemos solemnemente a promover dicha política en nuestros respectivos Parlamentos... con el objeto de liberar la energía de nuestros pueblos para crear y hacer que sazone la prosperidad y felicidad de la humanidad entera".

En la sesión inaugural se hizo un cálido homenaje a la memoria de Federico Joliot-Curie y en todos los discursos, aun de aquellos que abordaron determinados temas concretos, se iniciaban con una referencia a la obra del gran físico francés y combatiente por la paz, que había presidido el Movimiento Mundial de la Paz desde su fundación, hasta mediados de 1958 en que murió.

Se dieron lectura a los mensajes de trece jefes de gobierno entre los que se destacaron los suscritos por la Sra. Soong Ching-Ling, Vicepresidente de la República Popular China; Chou En-Lai, Primer Ministro de la misma; Sukarno, Presidente de la República de Indonesia; Abdul Karim Kassem, Primer Ministro de Irak y de Nikita Khrushchev, Presidente del Consejo de Ministros de la URSS.

En la sesión de apertura se dieron a conocer algunos mensajes de salutación y el resto en otras plenarias. En total fueron 248 de personalidades e instituciones de todo el orbe. Uno de los que mayor impresión me causó, fue el enviado por la reina Madre Elizabeth de Bélgica, del que reproduzco dos párrafos salientes:

"En vísperas de los acontecimientos que se preparan, el X Aniversario del Consejo Mundial de la Paz, marca una etapa de las más importantes, en la lucha que lleva a cabo con tanto arrojo para desterrar el miedo y la desconfianza entre los pueblos"... "Los que han vivido de cerca los horrores de las dos guerras mundiales piensan con angustia en la posibilidad de una tercera"... "Les deseo ardientemente éxito en su trabajo y todos mis pensamientos están con ustedes".

Valiosas personalidades enviaron su saludo y de entre ellas, entresaco algunos nombres: Gral. Lázaro Cárdenas, Pierre Mendes-France, Sra. Rameshwari Nehru; Fernando Targetti, Vicepresidente de la Cámara de Diputados de Italia; el pastor Martín Niemöller de la República Federal Alemana; el obispo checoeslovaco Dr. Miroslav Novak; de Su Santidad Cirilo, Patriarca de la Iglesia Ortodoxa de Bulgaria; el escritor estadounidense John Howard Lawson, el escritor Sean O'Casey de Irlanda; un grupo de diecinueve parlamentarios brasileños que desde Río de Janeiro expresaban su "concordancia con los objetivos de la defensa de la Paz, que constituyen la aspiración común de la humanidad entera".

Organizaciones como el Círculo de Estudios Mexicanos, A. C., la Federación de Trabajadores Petroleros de Venezuela; la Asociación Venezolana de Periodistas, la Unión Sindical de Fundidores de Manchester, y otras más hicieron votos por el buen éxito de los trabajos.

Al entrar en la Casa del Pueblo (Medborgarhuset) donde se celebró la reunión del Consejo, se percibía un ambiente de altura, amplitud de miras, de diversidad de orígenes y de unción casi mística. Al fondo del salón una gran paloma, dibujada por Picasso y en el presidium, personalidades de muy diversos países entre ellas mujeres valiosas, como la doctora Elena Langevin Joliot Curie, hija del gran físico Federico Joliot Curie y de Irene Curie, que es a la vez física destacada, casada con un matemático distinguido.

Los oradores fueron desfilando para informar de los trabajos realizados en diversos países a favor de la paz; de las luchas por este ideal y de cómo, cual gota de aceite, se ha difundido este anhelo por todo el mundo.

Fue verdaderamente impresionante escuchar a la señora sueca Andrea Andreen en su discurso de bienvenida; a la señora Elizabeth Blume dirigente socialista belga; a María Rosa Oliver, socióloga y escritora argentina; a Kuo-Mo-Jo, Presidente de la Academia de Ciencias de China, a Ernesto Ouandie de Camerún, a Seradjuddin Abbas de Indonesia; al historiador Dugursuron de Mongolia; al Metropolitano Nikolai; a una menudita mujer de Viet-Nam del sur que relató sus penalidades para salir de su país y llegar a Europa; al profesor Kaoru Yasui, del Consejo Japonés contra las Bombas A y H; a Elya Ehremburg con blanca cabellera, actitud displicente y cigarro encendido sin

fumar, con la mirada perdida hacia el fondo del salón, que tuvo brillantes e interesantes intervenciones.

Los discursos de los miembros de la delegación estadounidense destacaron

> "el vivo deseo del pueblo norteamericano de vivir en paz al abrigo del peligro de las armas modernas, hablaron del desarrollo de diversas fuerzas pacíficas y del papel jugado por muchos valerosos militantes de la paz, a pesar del maccarthysmo, de la comisión de actividades antiamericanas, de las pérdidas de empleo, etc."

El profesor argentino J. J. Morengo denunció y dio detalles sobre la bomba nuclear arrojada en el Atlántico del Sur y que constituye la Operación Argus; la joven inglesa Patsy Ingold, nos conmovió con el relato de la "Marcha de Aldermaston" en la que fue participante.

El Prof. J. D. Bernal, destacado físico, miembro de la Sociedad Real (Gran Bretaña), pronunció un importante discurso resumiendo las labores de diez años pasados y bosquejando las tareas y perspectivas que a su juicio corresponden al Movimiento Mundial de la Paz. Parece útil reproducir algunos de los párrafos salientes de esta notable intervención:

> "Durante estos diez años, empero, hemos cobrado experiencia, hemos logrado formar dirigentes; hemos aprendido a cumplir nuestro trabajo y, lo que es igualmente importante, hemos aprendido a trabajar conjuntamente".
>
> "Debemos intensificar y ampliar más todavía los métodos de educación y de agitación que tan buen resultado nos han dado en el pasado. Gracias a nuestros esfuerzos iniciales, centenares de millones de personas, en todos los países del mundo, han adquirido mayor conciencia acerca de una guerra mundial que fuera librada con armas atómicas, acerca de los horrores que podrían padecer las grandes ciudades del mundo, horrores mil veces mayores a los de Hiroshima, sin que haya actualmente la menor esperanza de socorro del exterior, ni de prevención paar enfermedades incurables, ni para que las generaciones futuras se libren de los males causados por la radioactividad. Los pueblos ya no se dejan engañar tan fácilmente por las tentativas que se hacen para menospreciar este riesgo derivado de las armas atómicas tácticas"... "Es preciso que completemos nuestra misión, demostrando que no basta exigir la prohibición de las armas nucleares,

sino que para que tal prohibición sea efectiva, debe vincularse al desarme general y al arreglo de los litigios mundiales mediante negociaciones".

Frente a la falsa suposición de que el Movimiento de la Paz sea partidista, dijo con énfasis y gran precisión:

"La actividad del Movimiento de la Paz se ve entorpecida no solamente por la acción de los gobiernos que respaldan la política de la guerra fría, sino también por aquellas personas que han sido llevadas a la persuación de ver la actual situación mundial en términos de guerra fría. Tales personas, a menudo sinceros partidarios de la paz, ven al mundo dividido en dos bloques; por un lado la OTAN, la OTASE y las potencias adheridas a pactos; y por otro los gobiernos de la Unión Soviética y la China Popular, y piensan que cualquier persona que se oponga, en la forma que sea, a la política de las potencias de la OTAN tiene que apoyar forzosamente a las potencias del Pacto de Varsovia o bien a la República Popular China. Dichas personas admiten un mundo en constante estado de guerra fría y ven a los pueblos de la tierra divididos en dos bandos frente a la eventualidad de la guerra. Esta misma actitud rechaza el principio de neutralidad que practican la India y algunos otros países no europeos. Cualquier oposición a respaldar a la OTAN, la interpretan como manera de colocarse en el otro bando de la guerra fría"... *"Nuestra actividad no obedece al propósito de ver que uno de los bandos gane la guerra fría. Estamos contra la guerra fría en todas sus formas y manifestaciones, aspiramos a que sea suprimida y reemplazada por una era de competición pacífica entre Estados que admitan los principios de la coexistencia, los cuales esperamos que conduzcan, más adelante, a una era de cooperación entre todas las naciones y en todos los órdenes"*.

Con gran acierto, en unas cuantas frases, señaló los problemas y daños que la guerra fría produce.

"La guerra fría, a su vez —dijo—, causa estragos, hoy más que nunca, en el terreno económico. El estancamiento del comercio internacional de algunos países coincide con los primeros síntomas, por cierto muy graves, de desempleo. En tales países la producción va en descenso y el comercio, en varios ramos, tiende al estancamiento. Tales situaciones causaron tiranteces que en el

pasado condujeron a la guerra, pues la Segunda Guerra Mundial fue producto de la gran crisis. Este desenlace puede impedirse únicamente poniendo fin, de una vez por todas, a la guerra fría".

Respecto a la necesidad de la Conferencia en la Cumbre, expresó afirmaciones contundentes:

"La reunión de los Jefes de Estado debe llevarse a cabo, así lo exigen todos los pueblos del mundo. Ellos saben bien cuán intolerable se ha vuelto la amenaza de guerra y saben también que los responsables de tal amenaza deben llegar al acuerdo para ponerle fin. Actualmente los pueblos no admitirán tampoco ninguna suspensión de la Conferencia Cumbre bajo muestras de buenas intenciones, pero sin hechos concretos".

A lo largo de su amplia y prolija exposición, señaló como los problemas más urgentes y graves del momento: La cuestión alemana, la abolición de las armas nucleares, el derecho de los pueblos a la independencia y terminó haciéndose esta pregunta: ¿En qué forma llevaremos a cabo nuestro cometido? Completó la pregunta, haciendo una excitativa a los reunidos para opinar y sugerir, respecto a los caminos y tácticas a seguir.

El Consejo se descompuso en dos Comisiones de trabajo: la de Asuntos Políticos y la de Actividades, donde se estudiaron con detalle diversos problemas, examen que permitió llegar a la formulación de declaraciones y resoluciones que puestas a la consideración de la reunión plenaria, después de algunas discusiones y pequeños cambios, se aprobaron como expresión del pensamiento del Consejo. Comentaremos cada una de ellas:

La resolución contra las armas nucleares no provocó debate, pues era general la convicción de los riesgos y peligros tanto del uso de las armas atómicas, como de las experiencias que se están realizando. Se habló con detalle de las pruebas en el Sahara, la Operación Argus en el Atlántico del Sur y se puntualizó que la mayoría de los físicos y en general hombres de ciencia, estaban de acuerdo en los peligros que la mayor radioactividad de la atmósfera entraña; con ironía se apuntó que entre los científicos sólo el Rector de la Universidad de México se había atrevido a negar ese riesgo. Se inició la declaración al respecto, señalando que "Liberar a la humanidad del peligro atómico ha sido uno de los objetivos principales del Movimiento de la Paz desde su fundación". También se "pide a la Organi-

zación Mundial de Sanidad, cuya misión es velar por la salud de la humanidad, que realice una encuesta científica sobre las consecuencias de la radioactividad atómica y dé a conocer sus resultados a la opinión pública y a los gobiernos".

Sobre el problema alemán el debate fue amplio, con la participación de los delegados tanto de Alemania Occidental y como de Alemania Oriental, de franceses y belgas. Muy especialmente de la talentosa Isabelle Blume que hizo alarde de conocimiento del problema.

En expresión casi lapidaria, se inicia la declaración al respecto: "La seguridad de los pueblos y la paz del mundo reclaman la solución del problema alemán". Con clarividencia se apunta que "De todas las situaciones peligrosas que existen en el mundo, es la alemana la que encierra el riesgo más grave de desencadenar una guerra universal y total. Porque es allí, a ambos lados de la línea divisoria, donde se encuentran, frente a frente, ejércitos provistos de armamento moderno". Con absoluta imparcialidad señala que... "Tanto en el Este como en el Oeste se han propuesto soluciones precisas y constructivas. Lo que importa es crear en Alemania una zona desmilitarizada, abolir las armas nucleares, suprimir la ocupación militar y las bases extranjeras, llegar a la conclusión de un tratado de paz que tenga en cuenta las fronteras actuales de Alemania, garantizando su desarrollo pacífico. Es preciso igualmente, poner término a la peligrosa situación de Berlín. Esto crearía en Europa un clima de entendimiento y facilitaría la unificación de los dos estados alemanes".

Cualquier persona que con independencia de criterio analice las expresiones anteriores, tendrá que reconocer que es un planteamiento equilibrado e imparcial del problema alemán.

Al considerar el movimiento general que se observa en el mundo a favor de la independencia de colonias o "países dependientes" se produjo una importante declaración que se inicia como sigue: "Desde su origen mismo, el Movimiento Mundial de la Paz ha condenado la dominación colonial bajo todas sus formas, ya sean políticas, económicas o militares —por imposición de pactos y tratados militares multilaterales o bilaterales, o el establecimiento de bases militares extranjeras—, ha condenado también la ingerencia en los asuntos internos de los pueblos". Concluye esta declaración con la afirmación categórica de que "Apoyamos todos los esfuerzos, cualquiera que sea su origen, para ganar la batalla por la independencia y la paz".

Es interesante destacar que pensando principalmente en los países latinoamericanos y en buena parte, por la intervención del Ing. Manuel Mesa, en esa declaración se destaca que: "Observamos también que países que ya han conquistado su independencia, después de grandes sufrimientos y sacrificios, tienen que dedicar todavía sus esfuerzos a mantener esa independencia frente a las reiteradas tentativas que se hacen para restaurar el régimen colonial en una u otra forma".

Los problemas del Oriente Medio merecieron examen con la intervención de los delegados de los países afectados, denunciándose en la resolución correspondiente el agravamiento de la situación en esa zona, principalmente por el establecimiento de bases militares y rampas lanzacohetes, controladas por fuerzas extranjeras a consecuencia del Pacto de Bagdad y de numerosos tratados bilaterales y además porque la "ingerencia en los asuntos internos de los países de Oriente Medio continúa; la cláusula de los tratados antes mencionados, que da al Presidente de Estados Unidos la posibilidad de intervenir en los asuntos internos de dichos países, constituye un claro ejemplo del intento de legalizar la agresión norteamericana contra los movimientos de liberación nacional del Oriente Medio".

Sobre Argelia, en animado debate en el que tomó parte la delegación francesa, se llegó a una resolución de gran altura y de hondo sentido humano que se inicia así: "El Consejo Mundial de la Paz constata con dolor e indignación que la guerra de Argelia se prosigue desde hace cinco largos años y que adquiere el carácter de una guerra de exterminio, en la cual no se hace distinción entre anciano y jóvenes, ni entre hombres y mujeres, ni tampoco entre combatientes y no combatientes". Con toda franqueza se hace la denuncia de que "la OTAN, al suministrar al ejército francés armas que son utilizadas en Argelia, asume una responsabilidad en la prolongación de la guerra",... también ..."expresa su simpatía a los nobles hijos e hijas de Argelia en sus pruebas y sufrimientos y rinde un respetuoso tributo a la memoria de todos aquellos que, durante cinco años, han muerto en la lucha". Finalmente ..."Llama a todos los defensores de la paz y a todas las fuerzas pacíficas del mundo entero para que actúen conjuntamente por el triunfo de esta solución pacífica".

Otro de los temas que se consideró con amplitud fue la represión contra los cambatientes de la paz y la libertad, resol-

viéndose protestar enérgicamente "contra todas estas violaciones de los derechos humanos, contra todos estos ataques dirigidos a los que luchan por la noble causa de la paz, y condena al colonialismo y al imperialismo, que son las causas profundas de estas violaciones".

Del estudio de los problemas actuales de Asia y África, se pudo presentar el triste panorama de numerosos países, colonias y protectorados, que sufren opresión política en pleno siglo veinte sin contar la explotación económica. Con mesura, dentro de las recomendaciones que sobre estas cuestiones se aprobaron, se destaca un párrafo que exhibe la elevada posición en que esta asamblea se mantuvo. "El Consejo —se dice— pide a las Naciones Unidas que recuerden a las potencias imperialistas, el cumplimiento de sus compromisos dentro del espíritu de la Carta de las Naciones Unidas, y que les recuerde que su actual política de dominio es una negación del espíritu de la Carta".

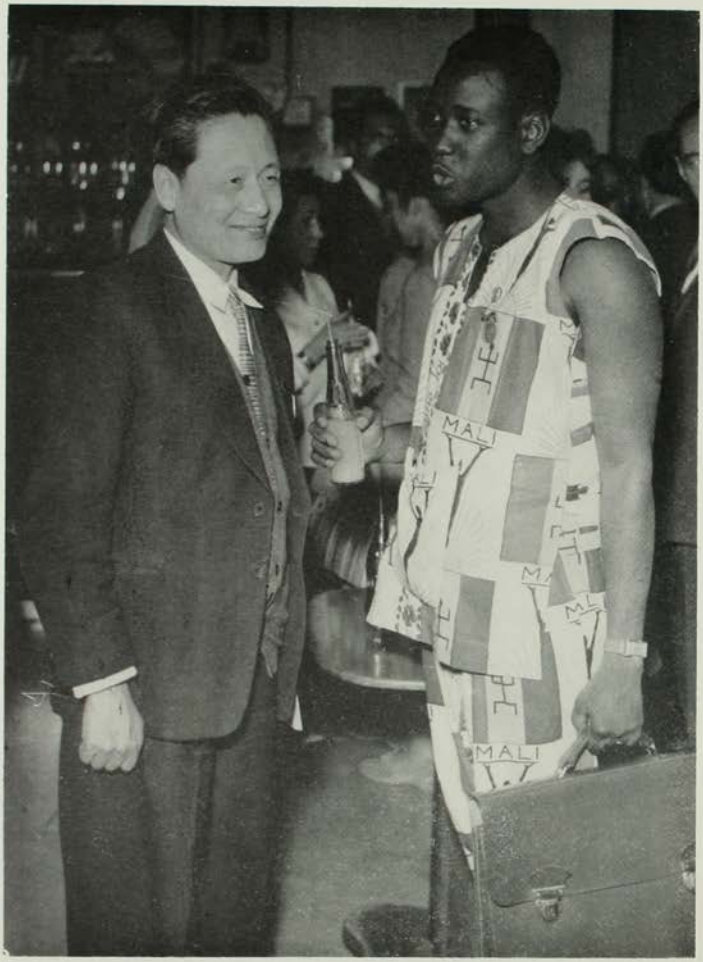
Se hizo una reorganización de la dirección del Movimiento Mundial de la Paz, creando una presidencia colectiva de veinticuatro miembros seleccionados de todos los continentes, en cuidadosa distribución geográfica. Al hacer las designaciones correspondientes fueron elegidas valiosas personalidades, ya sea científicas como John D. Bernal, Eugenie Cotton, Kuo-Mo-Jo, Walter Friedrich, Leopold Infeld, Alexandro Korneitchuk; escritores como Elya Ehrenburg, Pandit Sunderlal, Arthur Lundkvist; periodistas como Emmanuel d'Astier de la Vigerie, Velio Spano; políticos y dirigentes como Isabelle Blume, Laurent Casanova, Saifuddin Kitchlew, y Fernando Targetti, teólogos como el Reverendo James G. Endicott y técnicos como el arquitecto Antoine Tabet. Se resolvió que tres miembros de la Presidencia colectiva fuesen latinoamericanos, habiéndose designado desde luego al ingeniero argentino Alberto T. Casella, ex-rector de la Universidad de la Plata y al diputado brasileño Domingos Velasco, banquero, antiguo senador y ex-Presidente de la Unión Inter-parlamentaria. Quedó pendiente la designación de otro latinoamericano.

Para dar cima a las labores se resolvió hacer la "Declaración del X Aniversario" que es una excitativa a continuar en la lucha... "A fin de asegurar la paz..." invitando ..."a todos los hombres de buena voluntad, doquiera que se encuentren, a contribuir con todas sus fuerzas y a unir sus voluntades en un común y supremo esfuerzo para terminar no sólo con la guerra

El presidium en la sesión inaugural. En la tribuna la Sra. Elizabelle Blune.—En primer término y de izquierda a derecha: Sra. Dra. Elena Langevin Joliot Curie; Emmanuel D'Astier; Sra. Eugenie Cotton; Sra. Andrea Andreen; Fernando Vigne y John D. Bernal.

La delegación rumana.

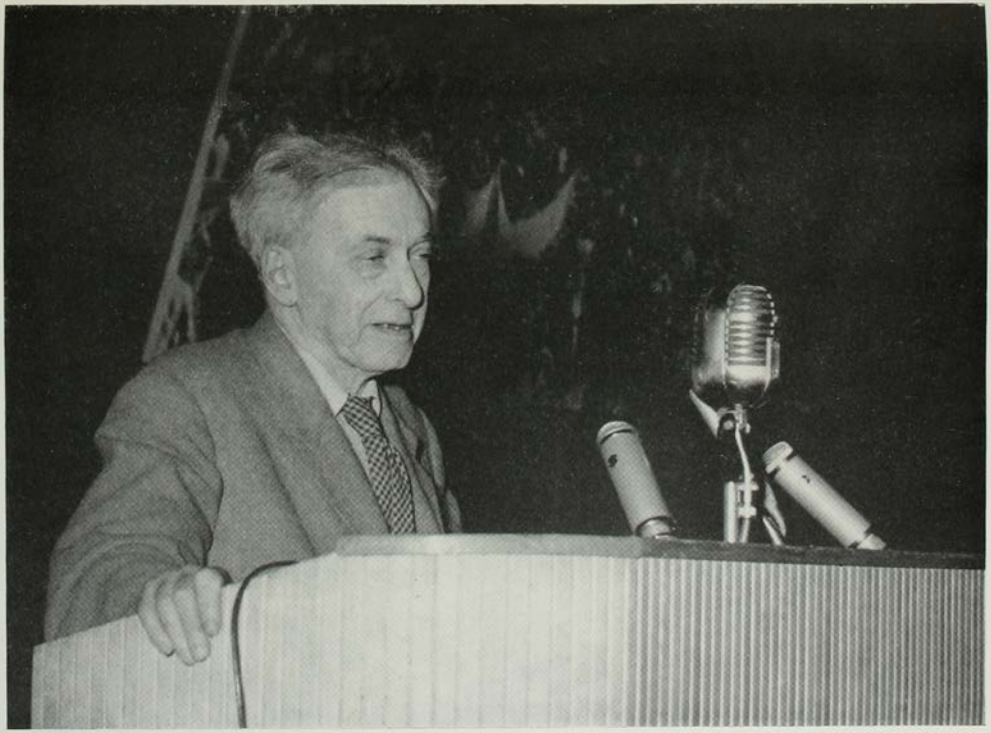
Los delegados de Mongolia y del Tibet.



Un oriental y un africano confraternizando.

Un sacerdote ortodoxo ruso y un monje budista de Ceylán.

Nikolai, El Metropolitano de la Iglesia Ortodoxa, haciendo uso de la palabra en una sesión plenaria.



El escritor ruso Elya Ehrenburg, miembro de la Presidencia colectiva del Movimiento Mundial de la Paz.

Leopold Infeld, Profesor de Física de la Universidad de Varsovia y Presidente de la Academia de Ciencias de Polonia. Kuo Mo-Jo, Presidente de la Academia de Ciencias de la República Popular China.—Ambos miembros de la Presidencia Colectiva del Movimiento Mundial de la Paz.

fría, sino también con toda clase de guerra, para que la humanidad, beneficiándose de los maravillosos progresos de la ciencia pueda entrar en una era de prosperidad y de dicha, viviendo sin temores ni odios bajo la paz universal".

Se lanzó un "Segundo llamamiento de Estocolmo" en que se invita a todas las fuerzas pacíficas a pedir lo siguiente a los Jefes de Estado para cuando se reúnan en una Conferencia en la Cumbre:

—"la suspensión definitiva de los experimentos nucleares y la abolición de las armas nucleares";

—"el retiro de las fuerzas armadas de todo sitio en que la paz esté amenazada y, en primer lugar, del centro de Europa".

Al concluir tan importante reunión, sentí profunda emoción; estaba consciente de que había sido testigo de uno de los más importantes acontecimientos en que se hacía visible el deseo biológico y a la vez racional, de la humanidad, de sobrevivir. Fue una asamblea de fuerzas vitales, luchando por salvar el legado que a través de los siglos han dejado las generaciones pasadas; un legado de civilización y de cultura que no se debe perder.

No observé sectarismo alguno, sino por el contrario la presencia de fuerzas de muy diverso origen, luchando por un elevado ideal: La Paz. Con espíritu abierto se acepta y se busca la cooperación de todo el que tenga el mismo anhelo, se subordine o no al Movimiento Mundial de la Paz, tales como el Consejo Japonés contra las bombas A y H, que moviliza a las masas en el Japón; la protesta internacional expresada por el Congreso de Madres en Lausana; el Llamamiento del Dr. Albert Schweitzer; el Llamamiento de Russel y Einstein a los sabios; el Manifiesto de Gottinga, de 18 físicos alemanes; la reacción general ante la carta del Dr. Linus Pauling; las advertencias de los científicos de la Conferencia de Pugwash; el influjo del industrial Cyrus Eaton en los círculos de negocios y el despertar de la opinión pública norteamericana debido a la influencia del Comité por una Política Extranjera y Nuclear Sensata y de los Cuáqueros; los éxitos de la Marcha de Aldermaston y de la Campaña por el Desarme Nuclear en la Gran Bretaña; los movimientos alemanes contra la Muerte Atómica; los progresos del Consejo de Solidaridad Afro-Asiática y de la Conferencia de los Pueblos de África, celebrada en Acra; la extensión que han tomado los principios de Bandung en Asia y la influencia consi-

derable de los "Pancha Shila" (Cinco Principios de la Paz), que son: a) Respeto mutuo a la integridad y soberanía territorial de cada uno; b) no agresión; c) no ingerencia en los asuntos internos de las naciones; d) igualdad y beneficios recíprocos, y e) coexistencia pacífica.

Haciendo un examen retrospectivo de la obra realizada por el Consejo Mundial de la Paz, no cabe duda que ha cumplido una enorme tarea en todo el mundo, unificando el pensamiento y la acción común de los enemigos de le guerra, definiendo y enarbolando los objetivos concretos de la lucha contra las amenazas bélicas, clarificando y difundiendo el verdadero sentido belicista de numerosas posturas y tendencias políticas de los gobernantes de distintos países y, en una palabra, encaminando y haciendo triunfar en el plano de la vida internacional, el profundo impulso de los hombres y de las mujeres más conscientes y de espíritu más alerta que, en todas las regiones del mundo, perciben la urgencia ineludible de imponer la paz en forma permanente y auténtica, haciendo sentir el peso incontrastable de una decisión en tal sentido, lúcida y universal al mismo tiempo.

LA SITUACIÓN DEL TIBET

Por *Héctor ABHAYAVARDHAN*

La llegada del Dalai Lama a la India y su declaración de que abandonó el Tibet por su propia y libre voluntad han contradicho finalmente la versión china de que había sido raptado de su palacio en Lhasa por los "bandidos" rebeldes. Es cierto que el Dalai Lama no ha dicho nada aún acerca de las cartas que se afirma cruzó con el jefe del ejército chino en Lhasa y que el gobierno chino dio a la publicidad. Sin embargo, tomará mucho tiempo convencer al mundo de que estas cartas son auténticas, dado el desarrollo de los acontecimientos. Los chinos parecen tener a su favor, en ciertos sectores de la opinión pública mundial, la cerrazón del sistema social en el Tibet. Un informe de una "Agencia de Noticias de China Nueva" afirmó que la rebelión en dicho país era obra de "una camarilla reaccionaria de gentes de los estratos superiores" y del gobierno local, que es de pensarse representa a dichos estratos. Se dijo que los tibetanos arguyeron que "en los últimos nueve años, el pueblo Han no se había atrevido a poner ni siquiera un dedo sobre nuestro más maravilloso y sagrado sistema de servidumbre... Si traemos a Lhasa, de otros lugares, un grupo grande de fuerzas rebeldes para combatirlos, ellos seguramente huirán... si fracasamos, escaparemos a la India".

La referencia a "nuestro más maravilloso y sagrado sistema de servidumbre" no es sólo una expresión elocuente del evidente descontento que los dirigentes comunistas chinos consideran a la sociedad tradicional del Tibet. Está en las mejores tradiciones del colonialismo europeo, cuyo sabor aún los chinos han experimentado alguna vez. La tarea de civilizar a los pueblos salvajes fue la carga que sobre sí colocaron todos los gobiernos imperialistas que expandieron sus operaciones al territorio asiático o al africano. El que esta misión civilizadora fuera entonces realizada en el nombre de Dios y ahora lo sea en el nombre de la Concepción Materialista de la Historia hace poca diferencia

material. En ambos casos se trata de civilizadores que tenían como misión civilizar a los incivilizados. La denigración de los africanos como salvajes, obra de los europeos, ahora se considera casi como una descripción obvia, aparte del ridículo y el escarnio que los chinos han derramado sobre "el más maravilloso y sagrado sistema de servidumbre" en el Tibet.

La declaración oficial china es también una admisión clara de la diferenciación que existe en el espíritu tibetano entre el "pueblo Han" y el pueblo del Tibet. Esta diferenciación penetra toda la actitud del gobierno chino hacia el Tibet, aún cuando ella no se exprese en palabras. Está implícita en el modo de referirse al Tibet como "la región tibetana de China". Está explícita en la promesa del gobierno de Pekín, contenida en el tratado chino-tibetano de 25 de mayo de 1951, de respetar la autonomía regional del Tibet y de no interferir en las instituciones políticas y en la administración interna del último. Pero ahora, al final de cuentas, el comunismo chino no ha pretendido probar que los tibetanos eran chinos. Aun aparte de la institución de la servidumbre, que existía hace poco en China, grandes diferencias culturales, tradicionales e históricas separan a los tibetanos de los Han.

Muchas personas llamadas progresistas en todo el mundo no ven ninguna de estas diferencias. Los chinos, dicen, no buscan explotar a los tibetanos o despojarlos de sus recursos naturales. La entrada de ejércitos chinos al Tibet, aunque actualmente se repruebe, no puede sino redundar en provecho de los tibetanos mismos. Ante el choque directo del comunismo chino, el orden tibetano debe desintegrarse. La tecnología, la administración y la educación modernas deben abrirse paso en el país tibetano y la masa de sus habitantes serán liberados de su yugo de opresión y de explotación. En las condiciones que privan en los países como el Tibet, el uso de la fuerza proveniente de fuera de las fronteras estrictamente nacionales es esencial a la tarea de la transformación social. Investido con este papel revolucionario, el ejército chino es esencialmente un ejército de liberación. Es natural esperar que los estratos superiores directivos resentirán ese papel y lucharán contra él. La dirección que los últimos han asumido en la rebelión contra el gobierno chino en el Tibet sólo ilustra la naturaleza reaccionaria de la rebelión misma.

Tal razonamiento no es ningún producto nuevo de la imaginación china. El imperialismo europeo tenía la misma pre-

tensión en sus propios comienzos. Los modernos métodos de producción y de transporte, una ilustrada burocracia gubernamental y un sistema educativo: tales eran los beneficios que el gobierno imperialista extranjero anunciaba continuamente llevar a los nativos retrasados. Marx mismo afirmó, por ejemplo, que la conquista inglesa de la India produjo la única revolución social que tuvo lugar en Asia. Estemos o no de acuerdo con tal afirmación, la transformación total de la sociedad nativa en Asia y en África al choque imperialista europeo es un hecho. Pero si esto constituye una justificación del gobierno europeo en estos países, toda resistencia organizada a su entrada o a su ampliación en Asia y en África constituiría una manifestación reaccionaria. En interés de su propio progreso y del adelanto general del mundo, la actitud correcta que los nativos debían adoptar ante los ejércitos invasores imperialistas habría sido darles la bienvenida y ayudarles a consolidar el gobierno imperialista. En otras palabras, la emancipación de las masas en los países retrasados, exige la previa esclavización de toda la sociedad nativa.

Fácilmente pueden entenderse las consecuencias de tal razonamiento. Ninguna rebelión en una colonia contra el gobierno imperialista se justificaría a menos que pudieran garantizar que las antiguas clases directoras no tendrían acceso una vez más al poder. Sin embargo, durante varias décadas después de la pérdida de la independencia de un país, las masas permanecerían sumidas en la ignorancia y el retraso económico, y sólo las clases superiores desplazadas tendrían la capacidad de organizar y dirigir una resistencia hacia el gobierno extranjero. No sólo en los primeros años del gobierno imperialista, sino aún hoy las rebeliones populares en las colonias raramente son meras luchas de clases de la masa del pueblo contra la explotación tanto extranjera como nacional. En las primeras etapas del colonialismo, las rebeliones fueron invariablemente dirigidas por los "estratos superiores". Largos años de sometimiento han convertido hoy a muchos de esos elementos en sostenes confiables del gobierno extranjero en sus países respectivos. Pero son las nuevas clases superiores originadas por el proceso del gobierno colonial mismo las que, en muchos lugares, encabezan las rebeliones populares en la actualidad.

Debe recordarse que los llamados progresistas han discutido durante muchos años la significación de la rebelión contra el gobierno británico en la India que se conoce como el Motín de la India en 1857. Si podemos tomar prestada por un mo-

mento la terminología que utiliza el gobierno chino en el Tibet, diremos que la rebelión de 1857 fue dirigida por "una camarilla de gentes de los estratos superiores". Antes que hundirse por la "revolución social" mediante la cual los ingleses reorganizaban la sociedad india y consolidaban su propio gobierno, las clases dirigentes desposeídas hicieron un esfuerzo heroico por sacudirse el yugo británico. Si hubieran alcanzado el éxito, habrían restablecido la independencia de la India, pero habrían detenido la "revolución" inglesa y restaurado sus propios privilegios y poder. ¿Era este intento "reaccionario"? En otras palabras ¿era necesario o inevitable que el camino de progreso del pueblo de la India pasara por largos años de esclavitud en manos extranjeras?

Nada ilustra mejor la triste mescolanza que el comunismo ha hecho de una de las más nobles visiones que alguna vez inspiraron al hombre, que esta clase de argumentación. La "revolución social" que el imperialismo europeo instaló en los mundos asiático y africano sólo tuvo efectos negativos. Destruyó el orden social nativo, pero en su lugar hizo nacer una economía ancilar de las necesidades de la economía europea, no las del desenvolvimiento nativo. Sobre todo, embotelló la conciencia nativa dentro de límites arbitrarios estrictamente definidos, deformando sus características y obligándolo a renquear tras de los suyos a una distancia considerable. Al imponer su voluntad a la sociedad indígena, la "revolución social" del imperialismo europeo montó a la raza blanca y dominadora de Europa en las espaldas de los pueblos de color de Asia y África. Si se permite considerar el desarrollo de la economía capitalista como un proceso que se extiende más allá de las fronteras nacionales, seguramente se permitirá también considerar los acontecimientos políticos en la escala de las razas y de los continentes. En tal perspectiva, la resistencia a la colonización blanca entre los pueblos de color, aun cuando sea dirigida por clases dirigentes anacrónicas, asume el carácter de defensa de los derechos de una vasta sección de seres humanos contra la intrusión predatoria de una poderosa minoría privilegiada. Se pervertirían todos los valores si se llamara "reaccionaria" a tal defensa.

El pueblo Han de China, por supuesto, no se distingue de su hermano del Tibet por dichos contrastes raciales. Sin embargo, esto no le da derecho a decidir por el pueblo tibetano las líneas que debe seguir el desarrollo social futuro del último.

Todas las sociedades tienen su porción de opresores y de oprimidos. Es hasta natural que los oprimidos en una sociedad consideren con admiración y simpatía las luchas que se libran contra la opresión. Tal identificación no se aparta de los límites naturales que posee toda sociedad. Estos límites no están determinados sólo por las necesidades de la economía. La economía, al no constituir un fin en sí misma, es a su vez servidora de la sociedad y de su expresión abstracta, la cultura. Si se acepta el principio de la igualdad de las gentes, también debe convertirse en principio el de la igualdad de todas las culturas. Esto no quiere decir que en cualquier etapa una cultura esté tan desarrollada como otra. Pero potencialmente toda cultura es capaz de alcanzar el más alto desarrollo. El proceso del desarrollo de la cultura, en otras palabras, no exige la asfixia de una cultura menos desarrollada por otra aparentemente más adelantada. La tarea es asegurar las máximas condiciones de libertad para que toda cultura realice la plenitud de sus potencialidades. Esto es lo que convierte en imperativa la conservación de la libertad política para todos los pueblos.

Puede concederse fácilmente que las necesidades del desarrollo económico contemporáneo exigen romper las barreras nacionales y ampliar las unidades económicas actuales. Las necesidades de desarrollo de las diversas culturas humanas de nuestra época, por otra parte, exigen simultáneamente la conservación y la ampliación de las actuales libertades y autonomías. Estas necesidades opuestas no son irreconciliables. La formación de unidades económicas mayores es compatible con la conservación y la ampliación de la autonomía local. Las instituciones del federalismo hacen que esto sea posible de una manera especial. Pero el federalismo es un mecanismo democrático. Sus instituciones son instituciones democráticas. La autonomía política y el desarrollo económico son irreconciliables salvo dentro del marco de la democracia suprema. El reconocimiento del comunismo chino de la autonomía del Tibet (que ya ha despojado de todo sentido la ocupación militar) se convierte en un poco más que una frase al servicio de un principio irrefutable en las condiciones de dictadura y de centralización burocrática que existen en China misma.

Sin embargo, sería demasiado fácil considerar a la rebelión tibetana justamente como un ejemplo más de la creciente resistencia a la "tiranía" comunista. Es algo mucho más profundo y significativo. El Tibet es sólo uno de los numerosos países

pequeños que existen en el dilatado continente asiático. Los tibetanos no son más que uno de los muchos pueblos de Asia que tienen que encontrar su camino de desarrollo en el contexto tanto de un medio inmediato como mundial que cambian rápidamente. Empujados a depender sólo de sus escasos recursos, estos pequeños países y pueblos tienen pocas perspectivas de resolver ni siquiera sus necesidades más simples y más inmediatas. La ayuda extranjera proveniente de los distantes países industrializados de Europa y de los Estados Unidos puede hacer poco en su ayuda. No existe alternativa de la organización de un esfuerzo cooperativo de estos pueblos, agrupándose desde un punto de vista regional para llevar a cabo la dirección planeada de una economía más amplia.

Sin embargo, en Asia existen naciones grandes y naciones pequeñas. Existen naciones desarrolladas y naciones subdesarrolladas, naciones poderosas y naciones débiles. De modo que apenas se realice la liberación de la mayor parte del continente de la dominación europea, la ansiedad de los pueblos pequeños relativa a su independencia duramente conquistada o difícilmente conservada será tan grande como su anhelo de desenvolvimiento rápido. Los bloques del poder mundial operan con estos anhelos. El bloque del poder capitalista subraya el peligro de la independencia y hace a un lado la urgencia del progreso económico. El bloque del poder comunista subraya la urgencia del desarrollo económico y hace a un lado la importancia de la independencia política. El Tibet ha sido víctima de una de las soluciones de los bloques del poder, del mismo modo que muchas otras naciones asiáticas han sido víctimas del otro. Ninguno de ellos proporciona una solución efectiva.

Más que cualquier otra cosa, el contratiempo tibetano subraya la urgencia de un tercer camino. Es evidente que éste no puede ser de estricto interés propio de carácter nacional. En ello reside la debilidad, por ejemplo, de la situación de la India frente a la ocupación china del Tibet. India tiene sus propios problemas con los Estados de la frontera del Himalaya, con Nepal, Sikkim y Bhutan, por ejemplo. Ha tenido sus problemas propios con los pueblos que exigen su independencia dentro de sus fronteras, como sucedió con los nagas. Tiene sus problemas con vecinos relativamente más adelantados que ella, como Pakistán. Y tiene sus propios problemas internos de desenvolver la democracia. La solución de muchos de estos problemas es inseparable de un esfuerzo determinado por desarrollar la solu-

ción más amplia de un tercer camino. Hasta ahora el gobierno de la India se ha negado a contemplar esta necesidad. Se ha contentado con explotar las divisiones en el mundo exterior para fortalecerse a sí misma, aun cuando sea en el papel de pacifista. Ya no basta una visión tan estrecha del interés nacional. India tiene que ayudar al desenvolvimiento de su medio asiático, especialmente al que constituyen sus vecinos más cercanos. Esto es imposible sin una orientación regional hacia los problemas del desenvolvimiento económico y de la integración política.

ESPAÑA CONTRA FRANCO

Por *Julio ALVAREZ DEL VAYO*

La lucha del pueblo español contra el régimen fascista del general Francisco Franco ha adquirido últimamente una particular intensidad. De hecho la lucha no cesó nunca. Después de tres años, de 1936 a 1939, en que el pueblo español, en las circunstancias más difíciles, se batió contra las fuerzas unidas del fascismo internacional, la Resistencia se mantuvo viva, a pesar de una represión terrible que hoy conoce un nuevo período de recrudecimiento.

Hubo los años de lucha en las montañas, el "guerrillero", exaltado en las novelas de Benito Pérez Galdós, siendo una figura familiar en la historia revolucionaria española. Hubo huelgas importantes en Cataluña, el País Vasco, Madrid. Hubo jornadas de protesta pacífica, en que los medios de transportes y los espectáculos fueron saboteados. Hubo manifiestos de intelectuales pidiendo la amnistía para los presos políticos y los exilados. Hubo numerosas demostraciones de estudiantes, el estudiante en España, como en América Latina, al lado del pueblo.

Pero, la lucha de hoy se distingue de las precedentes en que en ella intervienen todos los elementos de la sociedad española. Es verdaderamente España contra Franco. Ya no son sólo los obreros, los estudiantes, los campesinos, de cuyos actos aislados apenas ha informado la prensa extranjera diaria poco atenta a lo que ocurre en el campo de Andalucía y Extremadura, los que están contra el Estado policía y su principal polizonte. Incluso la gran burguesía y la burguesía media, la alta finanza, sectores del ejército y aun de la Iglesia católica —bien que ella fuese hasta hoy uno de los sostenes más continuos de Franco— se dan cuenta de que la continuación en el poder de una dictadura a tal punto detestada, es irreconciliable con el interés de la nación.

Franco, y ese es uno de los signos distintivos de la presente situación, ha perdido la confianza de las gentes más pró-

ximas a él. La mejor prueba se halla en el asunto de la evasión de capitales, que constituye uno de esos grandes escándalos que en España preceden la caída de un régimen. La caída de la monarquía fue precedida del escándalo de los petróleos. La derrota del fascismo clerical (instalado en el poder en 1934) en las elecciones generales de febrero 1936, tuvo como prólogo el "estraperlo". En ese caso se trataba sólo de unos pocos millones de pesetas, de un episodio lamentable pero de escaso volumen de novela picaresca española. El "estraperlo" ha dado su nombre popular a la corrupción actual, que, aparte de suponer cientos de millones, ha sido elevada a práctica normal de gobierno.

El asunto de evasión de capitales reveló una falta de fe total entre las personalidades del régimen en su estabilidad. Al depositar en los bancos suizos su dinero, por un valor de conjunto estimado en cuatrocientos millones de dólares, lo que es para la economía española una cantidad respetable, los antiguos partidarios de Franco aceptaban que su caída era únicamente cuestión de tiempo. Fue el escándalo del primer semestre de 1959. El segundo semestre se inaugura con otro escándalo, el de la especulación contra la peseta, objeto en la frontera española y en Tánger de una ofensiva sistemática que acabará por destruir la nueva política de cambios introducida con el fin de abrir paso a la entrada de España en el Mercado Común.

No son sólo los franquistas de hace un año, que hasta 1958 creían a ciegas en que ningún otro gobierno en el mundo podía competir con el español en solidez, los que ven el régimen en pérdida continua de consistencia y autoridad. En los propios Estados Unidos, que tanto han contribuido al mantenimiento de Franco en el poder, el desgaste creciente del aliado fascista inspira de pronto una viva inquietud.

En un número reciente de la revista *Time* de Nueva York puede leerse una crítica de la política económica del franquismo digna de haber aparecido en una publicación republicana del exilio. "Los dos mil millones de dólares —nótese la cifra— dados al régimen franquista debieron haber bastado para haber puesto al país en pie". "Pero los burócratas —laméntase el semanario norteamericano— los gastaron absurdamente, construyendo un altos-hornos cuyo acero resulta dos veces más caro que el acero alemán importado y una fábrica de automóviles en Barcelona para un coche imitación del Fiat que se vende a doble precio que el original". Después de condenar la polí-

tica de alojamiento, "con miles de apartamentos de lujo, construidos, pero deshabitados"; la política de comercio exterior "con trescientos millones de dólares anuales de déficit", y de deplorar "la pérdida para la fruta y los vinos españoles de sus mercados habituales", *Time* ataca la política de cambios, señalando su falta de coherencia, con "los exportadores de mercurio obteniendo treinta y una peseta por el dólar, otros exportadores obteniendo hasta noventa, y el dólar vendiéndose fuera de España a más de sesenta pesetas cuando el cambio oficial es de cuarenta y dos".

Esa misma visión de la economía franquista como una economía de desastre, lleva a otras publicaciones financieras europeas a dudar de la efectividad de la devaluación de la peseta con la que el gobierno de Madrid pretende ahora hacer frente a las dificultades para la exportación, derivadas de una parte del Mercado Común y, de otra, de la absurdidez de la "política de prestigio" con métodos de producción tan irracionales como los comentados severamente por el semanario *Time*.

Yo oí a un financiero europeo, por lo demás conservador, contestar, a su regreso reciente de España a la pregunta de si el gobierno de Franco no había introducido para vencer la crisis económica algún sistema de planificación, del tipo de los planes quinquenales en Rusia y China, en la India, en países capitalistas y en otras partes donde bajo sistemas enteramente diferentes, se ha llegado por la experiencia a la conclusión de que sólo planificando cabe sacar a un país adelante. "¿Plan de cinco años en España? Ni de cinco semanas".

Ese es el panorama económico. En el dominio social un fracaso igualmente completo. No hay más que ver las fotografías publicadas en el número de mayo de la revista francesa *Réalités*, que nadie clasificará como una publicación de izquierda. (Escogemos deliberadamente fuentes de información de las que nadie pueda decir que son el portavoz de los republicanos españoles). Esas fotografías dan el cuadro de una España miserable y hambrienta.

El reportaje de *Réalités*, firmado por Danielle Hunebelle, lleva este título: "La España crucificada reza por el fin del pequeño mundo de Don Caudillo". Y he aquí algunos de sus pasajes, descriptivos de lo visto. "Un país donde un coche es un signo exterior de corrupción... Donde 70 por ciento de la maquinaria y herramienta tiene setenta años de edad... Donde el expreso Barcelona-Madrid pone en el recorrido tres horas

más que en 1935... Donde un ministro de comercio se hace multimillonario en algunos meses... Donde el precio de un kilo de carne equivale a tres días de jornal... Donde los propietarios rurales poseen millones de hectáreas... Donde los generales son miembros de los consejos de administración... Donde 300 nombres dominan los consejos de administración de todas las sociedades, y cinco bancos, el comercio y la industria... Donde la renta por cabeza, la ganancia anual, es una de las más bajas de Europa... Donde las hijas de las grandes familias cuando se casan exponen un "trousseau" que en sábanas bordadas, en servilletas con sus iniciales, en vestidos y plata se evalúa en muchos millones... En una palabra un país donde la mitad del proletariado está sacrificado, la otra mitad "paternalizado" y el resto de la población oscila entre unas clases medias inquietas por el mañana y una oligarquía multimillonaria cuyas preocupaciones datan del siglo de oro. Tal aparece España después de veinte años de franquismo".

Viene luego el detalle. Andalucía y las siluetas de campesinos: Dolores, de dieciséis años, que ha oído hablar de Madrid, pero que no sabe lo que quiere decir la palabra Francia, no exactamente. Pablo, trece años, que no ha ido nunca a la escuela, ni sus cinco hermanos y hermanas tampoco. Añadamos por nuestra cuenta que en las "Cortes", el llamado parlamento de Franco, se discutió hace un par de meses el problema de los maestros, sus sueldos de hambre, en muchos casos (de treinta y cinco pesetas diarias y que allí se dijo cómo 6,000 maestros habían renunciado a su puesto por no ganar ni lo más mínimo para comer, con la consecuencia de que centenares de escuelas habían tenido que ser cerradas. Esa es la lucha contra el analfabetismo de que tanto se jactan las autoridades franquistas.

Pablo y su padre no gozan de la menor protección, ni caja de asistencia, ni sindicato, ni seguridad social. Si se les paga por debajo de la tarifa y protestan, son expulsados pura y simplemente y su nombre es incluido en la lista negra de las fincas.

"El abandono de la aldea" —escribe Danielle Hunebelle— "refleja fielmente el abandono del hombre. Servido por un camino asnal, el pueblo C., de 4,000 habitantes, se compone de pequeñas casas blancas, entre ellas quince farmacias, tres automóviles, ni un solo camión, seis motos y una cuarentena de bicicletas... No se come jamás carne. Hay cinco máquinas de coser, cada una propiedad de una solterona que hace de costu-

rera. El maestro gana una miseria y ha ido una vez a Madrid, por veinte días, para seguir un curso de formación política. En cuanto al joven cura de anteojos, estima que los campesinos están abandonados, que las leyes son escamoteadas, que es imposible hacer cristianismo sin una base social justa, pero que la autoridad no debe ser ni juzgada ni criticada. Una vez al año un misionero pasa por la aldea para decir a los campesinos que Dios ama a los pobres".

Ese es el campo, pero vuélvase la vista a las ciudades andaluzas. "En Sevilla (500,000 habitantes) existen en todo y por todo dos liceos, uno de muchachos, declarado en ruinas por el arquitecto, uno de muchachas, acomodado en el pabellón de Argentina de la Exposición Iberoamericana. Todo el resto enseñanza privada (85 por ciento de la enseñanza en España está en manos de los religiosos) que cuesta muy cara. ¿La calidad de la enseñanza? Depende de los maestros y de los métodos. Los maestros han muerto en la guerra o en el exilio. Se precisará todavía una o dos generaciones para que los nuevos salgan. En cuanto a los métodos, fundados exclusivamente en el "lorismo" (la desenvoltura del papagayo) más que en la inteligencia. La reflexión está desterrada, el razonamiento prohibido, la crítica es sacrílega".

"Se replicará que en este mundo a la inversa —continúa el reportaje de *Réalités*— los obreros resultan favorecidos. Qué benefician de su situación privilegiada, ventajas sociales, atención médica gratuita, prácticamente doble salario cuando tienen hijos. Pedro, treinta y cinco años, gana 3,250 francos franceses por semana, más 1,500 francos de horas suplementarias, más 17,700 francos de compensación mensual familiar pagada por el empleador. Es decir 30,700 francos franceses por mes para siete personas. (Menos de setecientos pesos). Eso en una ciudad donde el pan cuesta 67 francos el kilo, la carne de vaca 900 francos, y los zapatos 3,000 francos el par. En una fábrica de textil en los alrededores de Barcelona (la ciudad más rica e industrializada de España), cuyos edificios en ladrillo rojo datan de 1869, Paloma, veinticuatro años, trabaja de 6 a 14 horas al día para ganar 3,150 francos por semana, después va durante cuatro horas y media a otra fábrica, ésta de imágenes religiosas y allí gana 60 francos por hora. Comida, una sopa, un huevo. No ha tenido jamás vacaciones". La escritora de *Réalités* da las cifras en francos franceses para hacer resaltar el contraste, por lo bajo, con lo que se gana en Francia, los

precios subiendo constantemente y España ya no el país barato para el extranjero de hace dos años.

"Si la vida es esa para los que trabajan, por el contrario el lujo más desmedido para los ricos. Todos los ricos del mundo deberían vivir en España. No es raro encontrar todavía cinco, diez, hasta quince servidores por casa. Tres choferes, dos 'maîtres d'hôtel', una cocinera, dos criadas, un par de porteros, un par de 'valets', una gobernanta, una lavandera, una planchadora, la nodriza para los pequeños y la señorita de compañía para las niñas mayores. Yo he visto prestar 200 francos sobre una camisa de hombre usada, pero nadie verá a una de estas criadas sin su gorro blanco, un chofer sin su gorra de visera, servidores sin el atavío de lujo galoneado".

"¿La salida? Algunos afirman que con una economía moderna un país no se queda medieval y que la puerta debe de ser abierta por ese lado. Pero, la falta de cuadros técnicos y la mentalidad prevaleciente hacen temer, junto con la mediocridad de las élites ministeriales, que una ayuda económica no rigurosamente condicionada continúe sirviendo sólo para que se aprovechen de ella los mismos de antes. Habría que ayudar a España a elevar su nivel de vida, exigir la separación del jefe del Estado y del jefe del gobierno, abrir poco a poco la prensa a la opinión y obtener que se venza la corrupción".

Como se ve no se trata de una recomendación muy revolucionaria, pero es por eso mismo, por venir de una escritora que debe ser clasificada más como moderada que como radical, que el cuadro que traza de España resulta tan impresionante. Y de él no hemos dado sino una pequeña parte ya que el reportaje es muy extenso.

En una emisión de fin de semana de la Radio -suiza, comentando la perspectiva de que España reciba para proceder a la devaluación de la peseta y la puesta en práctica del programa paralelo de "saneamiento financiero" una suma que llegaría hasta 500 millones de dólares, se expresa desde Madrid la misma duda consignada en el reportaje de *Réalités*. Con la prudencia aconsejada por la existencia de la censura, viene a decirse lo mismo: que no es tanto un problema de dólares como de la utilización racional de la ayuda que se reciba. Y en eso los suizos, que tienen un sentido tan ordenado de la economía, no se sienten convencidos por un régimen basado en el privilegio, en la arbitrariedad y en el mayor desorden imaginable.

Junto al espectáculo de miseria e injusticia social más arriba descrito, el juego irresponsable con la seguridad nacional. Cuando se haga la historia de la dictadura franquista, su mayor crimen contra la nación lo constituirá la venta de España a cambio de la ayuda económica norteamericana con la que el régimen ha tratado de suplir su incapacidad de encarrilar la economía española. Un intercambio monstruoso de vidas españolas por dólares.

La oposición contra Franco ha cometido entre otros errores, el de no haber sabido utilizar plenamente contra la dictadura, la perpetración de esta infamia máxima. Ha creído indudablemente que el escepticismo general acerca de una guerra atómica, la cómoda tendencia a concluir que por su propio horror la guerra atómica se excluye a sí misma, apenas permitían movilizar al pueblo español en contra de esa política de exponer al país a su destrucción segura en el caso de una conflagración generalizada. Pero, el peligro de guerra no ha desaparecido enteramente y mientras subsista, el pueblo español debía de ser constantemente esclarecido sobre lo que Franco ha hecho en este aspecto con él y de ser llamado a pronunciarse por todos los medios a su alcance, a través de resoluciones, de octavillas, de una agitación patriótica incesante, contra una servidumbre que aparte de deshonrosa pone en riesgo permanente la seguridad nacional y la existencia misma de los españoles.

Como una parte del ejército español resiente profundamente el que Franco lo haya dejado convertirse en un ejército mercenario a disposición del Alto Mando de los Estados Unidos sin que España sea aceptada en la O.T.A.N., el esfuerzo diplomático por abrirle las puertas de la organización internacional se ha multiplicado en los últimos tiempos y se halla actualmente en un momento de acrecentada presión. La presión es ejercida por la diplomacia de Washington, con el apoyo del general de Gaulle y del canciller Adenauer, sobre los países escandinavos, miembros de la O.T.A.N. que consideran escandaloso el que una organización que presume de defender la democracia se adorne con la presencia del último heredero superviviente de Hitler. Como la admisión de un nuevo miembro requiere la unanimidad y Noruega y Dinamarca continúan resueltas a mantener su veto, algunos periódicos británicos se han manifestado en contra de una maniobra que arriesga hacer todavía más profundas las divisiones existentes dentro de la O.T.A.N.

Después de citar las posiciones públicas que han tomado de Gaulle y Adenauer, *The Economist* de Londres escribe: "Los miembros que se oponen, y que no son sólo los escandinavos, siguen considerando que España presenta algunos aspectos políticos y religiosos (una alusión a la persecución de los protestantes) que repugnan a sus respetables puntos de vista. Y sería bien lamentable que una división de la O.T.A.N. sobre esta cuestión reflejara la división entre protestantes y católicos". En otras palabras, los británicos, que en la Conferencia de Ginebra de Ministros de Asuntos Exteriores han jugado, contra los franceses y los alemanes de la República Federal la carta de la conciliación, y que son en el fondo opuestos a la maniobra De Gaulle-Adenauer en favor de la admisión de Franco en la O.T.A.N., no quieren ver añadida a la presente tensión internacional una cuestión tan irritante como la de colocar en el primer plano a un hombre que en estricta justicia debió de haberse sentado en el banco de los acusados de Nürenberg y que es un factor de guerra.

En efecto, Franco no desperdicia oportunidad en sus frecuentes entrevistas con visitantes influyentes de los Estados Unidos, para propagar las ideas de "la política de firmeza", de no ceder una pulgada a la Unión Soviética. Su entrada en la O.T.A.N. no haría en la opinión de Londres, sino complicar aún más las relaciones entre el Oeste y el Este. De otra parte, cabe descontar que en la conferencia de jefes de gobierno que siga a la conferencia de ministros, la cuestión de las bases americanas será evocada, las establecidas en España naturalmente incluidas.

No pasa mes sin una visita militar importante norteamericana. En el momento en que escribimos el jefe de operaciones de la flota de los Estados Unidos, el almirante Burke, se pasea por España, rinde homenaje a sus marinos y pone de relieve el papel de la marina española en la lucha anti-submarina. Le sobra motivo para sentirse satisfecho. Cartagena es hoy una base americana.

Las bases aéreas instaladas en España fueron ya objeto de una nota soviética en la que se advertía cómo exponían al país a represalias de una gran dureza en el caso de una guerra atómica. Durante mi paso por Moscú, camino de China, tuve ocasión de comprobar hasta qué punto el gobierno soviético veía con preocupación creciente la transformación de España en uno de los principales centros, conjuntamente con Turquía y algún

otro país europeo, de los preparativos norteamericanos para una acción aérea contra Rusia en caso de guerra.

En un despacho reciente de su corresponsal en Washington el *Daily Telegaph*, al hablar de proyectiles de remate nuclear depositados en varios países de la O.T.A.N., decía que existe la creencia de que también los hay en España, bien que no sea miembro de la Alianza Atlántica.

He ahí la realidad española —una acumulación de sufrimiento, injusticia social y miseria— que debe de ser tenida constantemente presente por los españoles que no quieran dejar que su país se hunda irremisiblemente en el desastre, para toda política eficaz de liberación.

Si las cosas no fuesen así el grito por que todo eso termine podría no pasar de ser un anhelo moral o intelectual. Una situación distinta a la presentada aquí carecería de la potencialidad revolucionaria que es el rasgo más sobresaliente de la España de hoy. Como no existe bajo Franco ninguna posibilidad de mejoría para el pueblo español, es, no utópico, sino eminentemente realista, el llamamiento a la acción.

La cuestión está en determinar qué clase de acción. Una cierta decepción ha seguido a la falta de respuesta a la orden de huelga general del último 18 de junio. Aparte de nuestras informaciones propias, tenemos como documento de orientación el reportaje de "un enviado clandestino" publicado en el semanario parisién *L'Express*. De él extractamos los siguientes párrafos:

"Los muros de Barcelona están cubiertos de P. inicial de 'Protestad', consigna del partido demócrata cristiano de izquierda. Pero, la oposición no se ha contentado con trazar la palabra P. sobre las paredes de las casas. Desde hace muchas semanas, el gran puerto mediterráneo y las ciudades más importantes de España han sido inundadas de octavillas llamando a la protesta contra "la corrupción del régimen y su política económica" y pidiendo: 1) un aumento general de salarios; 2) una amnistía total para los presos políticos y los asilados; 3) la partida del general Franco y el señalamiento de una fecha para las elecciones libres".

"El llamamiento 'a la huelga general pacífica' lleva las firmas de todos los partidos de la oposición clandestina, desde los cristianos de izquierda hasta el partido comunista, pasando por el Movimiento socialista universitario, el Movimiento socialista catalán, el Frente de Liberación del pueblo, la C.N.T.,

anarquista. La única sombra de este cuadro es la actitud del partido socialista español. Se ha negado a asociarse a la huelga y su secretario general, Rodolfo Llopis, el 16 de junio, ha declarado en una conferencia de prensa que la huelga 'no serviría la causa del pueblo español'. ¿Medida de prudencia? ¿Sabiduría política? Mis amigos españoles lo enjuician más directamente. Para ellos, Rodolfo Llopis se llama Guy Mollet y el P.S.O.E. 'hace por anticomunismo enfermizo', el juego de Franco".

Sigue la descripción de la jornada del 18 de junio y las conclusiones.

"Los dirigentes de la oposición que vi en Madrid estaban todos de acuerdo sobre las causas del fracaso de la huelga. Las razones que daban eran estas:

1) En los años precedentes, las huelgas de Barcelona, Madrid, Asturias y el País Vasco, fueron en parte un éxito porque habían nacido espontáneamente de la base. Esta vez la orden de la huelga había venido de arriba y la fecha de la huelga había sido fijada por los estados mayores de los grupos de oposición no en función de la situación española, sino de la fecha en la que habían finalmente realizado sus acuerdos de unidad.

2) La idea de una "huelga nacional" era de un optimismo loco. El analfabetismo político es tan grande en España que las masas no se mueven más que si se las propone acciones "limitadas y concretas" (el boycott de los tranvías por ejemplo), y para objetivos concretos (disminución del precio de transportes).

3) No hacer uso de petardos y bombas que incendian los coches, rompiendo los cristales de los escaparates, etcétera (la orden de huelga especificaba que no debía hacerse uso de ellos pues se trataba de una "huelga pacífica") y ha sido un error. Para los españoles una huelga "tiene que ser oída".

4) Las universidades estaban cerradas desde el comienzo de junio; no se podía contar con la ayuda —tan importante en España— de los estudiantes dispersados".

Nosotros dejamos al periodista del *Express* la responsabilidad de esas consideraciones y conclusiones. Pero, desde luego estamos conformes en que una huelga "enteramente pacífica" no es lo que la presente situación de España pide.

Por lo demás, si hay alguien que pregunte si en vista de lo ocurrido el 18 de junio, los que sostienen, como el autor de este artículo, que únicamente una acción de veras puede terminar

con Franco, van a rectificar, reconociendo el error de su posición, la respuesta es, no. Tiene que ser así en tanto que los creyentes en la mágica "solución internacional" —el cambio de corazón de las democracias occidentales— en la "solución monárquica", o en otra igualmente caída del cielo como dádiva divina, no prueben que sus teorías presentan una promesa mayor de acabar con Franco, que la acción inteligente, resuelta y bien coordinada.

En el fondo es un problema de dirección y de masa. La dirección dentro de España se halla todavía en un proceso de formación. La dirección en el exilio adolece de la falta de unidad entre las fuerzas opuestas al franquismo. La masa del exilio también quiere la unidad. Son un puñado de dirigentes que, por unas razones o por otras, se niegan a pasar de una actitud de división a una tentativa seria de cerrar las filas en un reagrupamiento anti-fascista de todas las fuerzas disponibles.

Es una consecuencia de la peculiaridad de la actividad política en la emigración. En la vida de asambleas de la política normal dentro del país, no le hubiese sido posible a este dirigente o al otro, desatender con tal impunidad el sentimiento unitario de la masa. En el exilio la vida de partido es más aparente que real. De hecho son dentro de ciertos partidos y movimientos unos cuantos los que resuelven.

Pero, incluso en el exilio y mucho más naturalmente dentro de España misma, se acusa últimamente una tendencia muy fuerte hacia la unidad de parte de la masa, una sana "revuelta contra la perpetuación de la división". Y es en esa tendencia unitaria, juntamente con el convencimiento creciente de que a "Franco no se le convence, se le vence", en donde reside la mejor esperanza de acontecimientos próximos, llamados a liberar España de la maldición de la dictadura fascista que pesa sobre ella.

La llamada por algunos comentadores de los Estados Unidos "Operación España" ha consistido, como se sabe, en dar a Franco 418 millones de dólares y en admitir a España como miembro completo de la O.E.C.E. (Organización Europea de Cooperación Económica) cuando la dictadura fascista atravesaba una de las más graves crisis de su existencia.

Resumamos brevemente la situación económica, política y social de España en la víspera de esa operación de salvamen-

to. En un país en el que la agricultura juega un papel tan importante, la producción agrícola se hallaba enteramente descuidada. Una huida constante de los obreros agrícolas a las ciudades españolas, o al extranjero. Las producciones vitales como el aceite de oliva, los vinos, el centeno, la avena, no habiendo logrado alcanzar el nivel de los años inmediatamente anteriores a la guerra. Una agricultura carente de la maquinaria necesaria e incluso del ganado, afectado por la crisis de la producción de forrajes.

La industria sufría de la incoherencia que caracteriza toda la economía nacional. Mientras la política de prestigio inherente a todo régimen fascista, sostenía el capricho de una fábrica de automóviles en la que una imitación de la "Fiat" era vendida a doble precio que el coche original italiano, la mayor parte de las fábricas de algodón y de lana, fuente tradicional de riqueza de Cataluña, trabajaban únicamente tres días por semana. En sus discursos pocos días antes de la admisión de España en la O.E.C.E., el ministro de Comercio, señor Ullastre, y el ministro de Industria, señor Planell, reconocían públicamente la crisis de la industria textil.

En el mismo estudio sobre la situación de la economía nacional llevado a cabo por la O.E.C.E. a requerimiento del gobierno de Franco, sus males son descritos con tanta severidad como podría hacerlo un experto de la oposición anti-franquista. No se dice directamente que el principal mal es Francisco Franco, pero las fallas del sistema son presentadas como el resultado inevitable de una falta total de planificación y de dirección.

La situación del Tesoro era antes de que le fuesen acordados a Franco estos nuevos 418 millones de dólares igualmente desastrosa que la de la economía, la industria y el comercio exterior. Las reservas monetarias que en 1956 se elevaban todavía a 225 millones de dólares, habían caído a mediados de 1959 a 57 millones. La deuda del Estado español —siempre según el mismo estudio de la O.E.C.E.— había pasado de 8.633 millones de pesetas en 1952 a 15.037 en 1958. Las exportaciones españolas eran inferiores en un 33 por ciento de las del período 1925-1928, un período, bajo la dictadura de Primo Rivera, que no se distinguió ciertamente por su prosperidad.

Los salarios no alcanzan a cubrir el calculado minimum costo de vida. El servicio de Estadísticas de los sindicatos de estructura oficial ha calculado el costo de la vida para una

familia con dos hijos, en 136 pesetas por día. Los obreros mejor pagados no reciben, incluidas las indemnizaciones por familias numerosas, 100 pesetas. El término medio es de 60, pero hay centenares de miles de obreros que no ganan al día más de 35 pesetas. Algunos obreros agrícolas, en época de intensa actividad en el campo, ganan más que el obrero industrial, pero se pasan la mitad del año sin trabajar.

Los ingresos de los funcionarios del Estado, de los empleados en las empresas privadas, de los miembros de las profesiones liberales, abogados, médicos, como no sean de los muy conocidos y con una clientela rica, no alcanzan tampoco, por ejemplo, en el caso de un médico para comprar y sostener un pequeño coche.

Más conocida todavía del lector extranjero que esta desastrosa situación económica y social, es la extensión de la oposición contra Franco que en el momento de la "Operación España" había penetrado, sin excepción, cada una de las fuerzas que en el pasado habían constituido la base y el apoyo de la dictadura: la Iglesia, el Ejército, la Falange, una parte de la gran industria y de la alta finanza. Era toda la nación contra Franco. Algunas de las hojas que se repartían por todo el país atacando al régimen, salían de las mismas oficinas de los Ministerios. Hasta en la policía había grupos de oposición. En la opinión de los observadores diplomáticos mejor familiarizados con la situación y acreditados ante el gobierno de Madrid, si en ese momento hubiese habido en España elecciones generales, Franco no hubiera obtenido ni el diez por ciento de los votos, y probablemente menos.

Ese es el momento elegido por la gran democracia que dirige la coalición occidental, por los Estados Unidos, para venir una vez más en ayuda de un dictador tan ampliamente odiado, por su pueblo. No es de sorprender que en España, donde nunca hubo un sentimiento antiamericano ni siquiera en los días lejanos de la guerra con los Estados Unidos por Cuba, hoy día la mayoría de los españoles sean anti-americanos, ya que ven a los Estados Unidos lanzando un cable de salvamento a Franco cada vez que este se halla con el agua al cuello.

Pero, los expertos económicos más independientes del país están convencidos de que la devaluación de la peseta, la entrada de España en la O.E.C.E. y "el programa de austeridad" exigido por esta organización y por los bancos de los Estados Unidos, y por el gobierno que han dado entre todos

ellos los 418 millones de dólares van a crear más problemas al régimen dictatorial que resolvérselos. Puesto que en último término es el pueblo español el que va a pagar los gastos de la operación y en primer lugar la clase obrera, se descuenta para el otoño una intensa agitación social.

No sólo los obreros cuyos salarios no podrán ser aumentados dentro del "programa de austeridad, mientras los precios no cesarán de subir, sino entre los mismos elementos que constituyen la jerarquía de la economía y de la sociedad española, esta nueva política iniciada con la devaluación de la peseta y la entrada de España en la O.E.C.E. es vista con gran inquietud. Al perder la peseta la tercera parte de su valor, las materias primas importadas del extranjero se encarecen. El carbón, la gasolina, el algodón tienen que ser comprados a un precio que obliga a las industrias españolas a aumentar a su vez el precio de sus productos, con un mercado interior cada vez más restringido por la pobreza creciente de la población y con un mercado exterior en que el producto español no podrá competir con el producto alemán y de otros países del Mercado Común.

Que el gobierno anticipa una serie de huelgas y una agitación social en ascenso, lo prueba la prisa que ha tenido en publicar la nueva ley de "órden público". Fue introducida en las llamadas "Cortes", en el pseudo-parlamento de Franco por su ministro de Gobernación, el general de la Guardia Civil, Camilo Alonso Vega, a quien comienza a llamarse en la calle " el Himmler español". Dicha ley autoriza al gobierno a decretar el estado de urgencia y, si fuera preciso, la ley marcial, en la eventualidad de "una grave alteración de orden público".

Entretanto los procesos continúan. El 4 de agosto un tribunal militar condenó a tres años de prisión a dos dirigentes estudiantiles, Cimadévilla y Llorens, por difusión de hojas en favor de la Jornada de protesta pacífica del 18 de junio y a dos años y un año a otros estudiantes, de los cuales dos son miembros activos de la Acción Católica. Y en las celdas de la Dirección General de Seguridad en Madrid y en otras de provincias se continúa apaleando a los presos políticos sin que la Comisión de los Derechos del Hombre de las Naciones Unidas, tan activa cuando los sucesos en Hungría, muestre el menor interés por manifestarse contra la represión en España.

¿Cómo es posible, se preguntan algunos, de que en vista de

todo esto los Estados Unidos desafíen el sentimiento del pueblo español y el sentimiento de la América Latina, donde existe una corriente de simpatía tan grande por la lucha dentro de España por la libertad, convirtiéndose en el banquero de la dictadura fascista de Franco?

La respuesta está en el Tratado de "Ayuda y Defensa mútua" firmado en Madrid el 26 de septiembre de 1953, por el embajador de los Estados Unidos, James C. Dunn y el general Franco. Como consecuencia de el, han sido construidas en España cuatro grandes bases aéreas adscritas al grupo 16 de la Aviación militar de los Estados Unidos; Torrejón de Ardoz, cerca de Madrid, Sanjurjo, cerca de Zaragoza, San Pablo, cerca de Sevilla y Morón de la Frontera, al sureste de Sevilla. Una base mixta aérea y naval, Rota, en la entrada de la Bahía de Cádiz. Dos bases navales, el Ferrol, Cartagena. España ha sido convertida así en el más importante, juntamente con Turquía, centro de partida para un eventual ataque aéreo contra la Unión Soviética.

Ahora bien, los españoles se preguntan estos día a sí mismos si en las próximas entrevistas entre Khrushchev y Eisenhower, Khrushchev va a pasar en silencio esta cuestión de las bases americanas en España. No es concebible una verdadera disminución de la tensión internacional mientras España es convertida, contra la voluntad del pueblo español, cada día más y más en puesto avanzado de los Estados Unidos contra la Unión Soviética. Ultimamente se ha hablado incluso de transportar a España parte del potencial de guerra de los Estados Unidos actualmente estacionado en Alemania Occidental, en el caso en que se llegase al acuerdo de reducir los contingentes americanos en Alemania. Y de ahí esa campaña tan intensa en favor de la entrada de Franco en la O.T.A.N.

LAS DOS POLÍTICAS EXTERIORES DE MÉXICO

Por *Gastón GARCIA CANTU*

CIERTO día que el emperador Marco Aurelio estaba rodeado de hombres cuerdos —escribió Antonio de Guevara— movióse la plática acerca del daño que causaban a Roma los lisonjeros. Marco Aurelio tomó la palabra y refirió lo que dijera ante el senado un villano de la ribera del Danubio, describiendo al hombre aquel como a un ser de color adusto, el cabello rizado, la cabeza sin cobertura. "Imaginé —confesó ante sus amigos— que era algún animal en figura de hombre; y después que le oí lo que dijo, juzgué ser uno de los dioses si hay dioses entre los hombres".

El alegato del villano del Danubio es uno de los más brillantes discursos de la literatura moral española y un ejemplo para imaginarnos lo que debió ser, para los diplomáticos extranjeros, oír de nuestros distintos representantes los agravios padecidos por el imperialismo. Así como el villano del Danubio es uno de los símbolos de las nacionalidades humilladas, nuestro país es —lo fue para muchos hasta la guerra contra Corea— defensor tenaz de la justicia internacional.

Para casi todos los mexicanos la política exterior viene a ser expresión de una conducta que ninguno se atreve a ejercer en la política interior. Se acepta que los gobiernos se olviden de la Constitución, que se comprometa la independencia nacional en las concesiones a empresarios extranjeros, que el pueblo, al través de las organizaciones obreras, padezca persecuciones, pero jamás que la política exterior no haya sido justa, respetuosa del derecho internacional y de los pactos suscritos con otras naciones. Dichas ideas son patrimonio de nuestro pensamiento político. Cada seis años, al rendir cuentas verbales los jefes del Poder Ejecutivo, el pueblo hace correr, de boca en boca, un ba-

lance diferente: carestía de alimentos, inferior poder adquisitivo de la moneda, restricción de las garantías individuales, centralismo del Poder Ejecutivo, etc., propolándose, en sentido contrario, el rumor que obra como paliativo: la política exterior fue irreprochable.

Se admite, por tanto, que un gobierno puede escamotear la Constitución; y sostener, a la vez, una política afín al ideario forjado en nuestras luchas históricas.

Dos políticas internacionales

La política exterior es un reflejo de nuestras luchas internas. La aplicación de los programas revolucionarios —desamortización de los bienes del clero, libertad de expresión, reparto de tierras, cumplimiento del artículo 27 de la Constitución, etc.— han provocado nuestros únicos conflictos internacionales. No hay un sólo ejemplo de tentativa por alcanzar una libertad o disfrutar de una riqueza que no hubiera acarreado protestas, injurias y demandas contra México. A cada progreso nacional corresponde una lucha exterior. No podría ocurrir de otra manera: fuimos territorio del colonialismo feudal de España durante tres siglos y, de 1848 a nuestros días, parte importante del reparto imperialista del mundo.

El conflicto entre los intereses extranjeros y el ejercicio de la soberanía nacional, es permamente en nuestra historia. La contradicción predominante está entre los que luchan por la autonomía del país y los que se oponen a ella, de ahí que la política exterior ofrezca un valioso ejemplo para conocer qué gobiernos han sido leales al pueblo y qué regímenes han sido antinacionales. A una política interior reaccionaria ha correspondido, invariablemente, una conducta internacional moderada, dócil al firmar convenios que enajenen el territorio; a gobiernos que procuran el progreso democrático, el bienestar y el acrecentamiento de las fuerzas espirituales, una política internacional apegada a las más hermosas tradiciones del Derecho de Gentes. La primera ha dejado tratados ignominiosos; a los segundos, debemos los medios legales para defender la independencia de nuestra patria.

Un esquema de nuestro ideario internacional

El 1º de septiembre de 1918, Venustiano Carranza, en su informe al Congreso de la Unión[1] dijo lo siguiente: "Las directrices de la política internacional son pocas, claras y sencillas. Se reducen a proclamar:

> Que todos los países son iguales; deben respetar mutua y escrupulosamente sus instituciones, sus leyes y su soberanía;
>
> Que ningún individuo debe pretender una situación mejor ningún motivo en los asuntos interiores de otro. Todos deben someterse estrictamente y sin excepciones, al principio universal de no intervención;
>
> Que ningún individuo debe pretender una situación mejor que la de los ciudadanos del país a donde va a establecerse ni hacer de su calidad de extranjero un título de protección y de privilegio. Nacionales y extranjeros deben ser iguales ante la soberanía del país en que se encuentran; y finalmente,
>
> Que las legislaciones deben ser uniformes e iguales en lo posible, sin establecer distinciones por causa de nacionalidad, excepto en lo referente de la soberanía".

Estos principios, que al decir de Carranza, modificaban profundamente el concepto de la diplomacia, eran parte de los ideales esbozados, presentidos o claramente expuestos, por otros mexicanos, en horas adversas. Ya en la Constitución de Apatzingán se afirmaba que la nación que intentase sojuzgar a otra, debería ser obligada, por las armas, a respetar el Derecho de Gentes; la Comisión de Relaciones Exteriores, en 1821, recomendaba que la conducta con las tribus de indios bárbaros, debía fincarse en la amistad y no en la conquista, divulgando, por vez primera, el concepto de solidaridad continental hispanoamericana. El presidente Victoria, iniciador de nuestra política internacional, afirmaba en 1826: "La paz con todo el mundo es el primero de nuestros votos" y ante el Congreso de Panamá —Michelena había señalado la necesidad de que se unieran todos los países, "con objeto de fijar los principios de su independencia, sin intervenir en la forma de gobierno ni en la organización interior de los Estados..."— decía: "Afianzar la independencia

[1] *Labor Internacional de la Revolución Constitucionalista de México*, Sría. de Relaciones Exteriores, México, 1918, pág. 490.

ganada con los más heroicos esfuerzos; estrechar de un modo sólido y permanente las relaciones de la gran familia americana; proclamar las intenciones amistosas y pacíficas de los nuevos Estados, ésas son las bases; y sus resultados, la creación del derecho público, del derecho magnánimo de las Américas".[2] En ese tiempo se intentó la liberación de Cuba y Puerto Rico desde las costas mexicanas y se rechazó todo reconocimiento de la independencia que no fuera incondicional. Así como nuestro país aceptó la anexión de Centroamérica, respetó su separación.[3] A partir del pronunciamiento del ejército en Yucatán, proclamando el centralismo, la República se llena de patíbulos y de cárceles bajo los generales que entran y salen del Palacio Nacional. Los episodios que van de la insurrección de Texas, a los días en que Atristáin, Couto y De la Peña ven cómo el "absurdo caballerito Mr. Trist" traza sobre el mapa de la patria los nuevos límites con los Estados Unidos, culminan en el sereno "patriotismo humillado" de don Manuel de la Peña aquel 7 de mayo de 1848: "Los territorios que se han cedido por el Tratado (el de Guadalupe Hidalgo) —advirtió— no se pierden por la suma de quince millones de pesos, sino por recobrar nuestros puertos y ciudades invadidas; por la cesación definitiva de toda clase de males, de todo género de horrores... en fin, para aprovechar la ocasión que nos presenta la Providencia de organizar regularmente un pueblo que no ha cesado de sufrir durante el largo período de treinta y siete años".[4] Las ardientes protestas de Rejón, Doblado, Arriaga y Prieto, ante aquellos Tratados, habrían de madurar en las palabras de Juárez en otros días igualmente aciagos: "Que el enemigo nos venza y nos robe, si tal es nuestro destino; pero nosotros no debemos legalizar ese atentado, entregándole voluntariamente lo que nos exige por la fuerza. Si la Francia, los Estados Unidos, o cualquiera otra nación se apodera de algún punto de nuestro territorio y por nuestra debilidad no podemos arrojarlo de él, dejemos siquiera vivo nuestro derecho para que las generaciones que nos sucedan lo recobren".[5] Toda

[2] *Un Siglo de Relaciones Internacionales de México a través de los Mensajes Presidenciales.* Prólogo de Genaro Estrada, Archivo Histórico Diplomático Mexicano, núm. 90, págs. 16 y 17.

[3] *Ibíd.*, pág. 72.

[4] *Ibíd.*, pág. 73.

[5] Carta del señor Juárez a Matías Romero (26 de enero de 1865). Carta número 177 del *Epistolario* de Benito Juárez, Selección, prólogo y notas de Jorge L. Tamayo, México, 1957, págs. 294-296.

la lucha por la independencia la libró, sin ayuda alguna, el pueblo. Zarco lo dijo por todos: "Solos mantuvimos el fuego de la insurrección durante once años, solos afianzamos la independencia, solos burlamos las tentativas de reconquista, solos hemos adelantado en el sendero de la civilización. Solos, pues, tenemos que solvar nuestra autonomía, o al menos nuestro nombre seguros de que sean cuales fueren nuestros desastres, no hay ya conquistas que puedan extinguir las nacionalidades que defienden vigorosas su derecho a existir".[6]

Nuestras tradiciones de política exterior se decantan en las ideas de Lázaro Cárdenas: "...esta supremacía de la voluntad popular —escribió a don Isidro Fabela[7]— la democracia auténtica, el respeto a la integridad de cada país y el propósito sincero de pacificación constituyen la esencia de la doctrina social e internacional de México, que nos empeñamos en hacer oír desde la tribuna de la Liga (de las Naciones), no sólo por la importancia del lugar donde se habla, sino por la trascendencia de la causa que se defiende". La posición de nuestro país en Ginebra y Bruselas, ante la agresión del fascismo en China, Abisinia, España y Austria, expresan las ideas de Cárdenas y de las más caras tradiciones mexicanas en política internacional. Fabela apuntó en estos términos los principios de aquel internacionalismo:

"I. México es y deberá seguir siendo fiel a la Sociedad de las Naciones.

II. México cumplirá estricta y puntualmente el Pacto de la Liga.

III. México ha reconocido y reconoce como inalienable el principio de no intervención.

IV. Como consecuencia de lo anterior, México se constituirá, en todo momento que sea necesario, en defensor de cualquier país que sufra una agresión de cualquier potencia y

VIII. En términos generales, México ha sido y debe seguir siendo un país de principios cuya fuerza consiste en su derecho y en el respeto a los derechos ajenos. Consecuentemente, la representación de México en Ginebra deberá

[6] Francisco Zarco, *Comentarios de F. Z. sobre la invasión francesa*, México, 1929.

[7] Isidro Fabela, "La política internacional del Presidente Cárdenas", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, núm. 4, vol. VII, México, 1956, pág. 10.

ser intransigente en el cumplimiento de los pactos suscritos, en el respeto a la moral y al derecho internacional y específicamente en el puntual cumplimiento del Pacto de la Sociedad de las Naciones".[8]

La política exterior de Cárdenas fue comedida y justa. Y eso fue posible por el programa revolucionario que imprimió a su gobierno. No fue una gracia concedida por F. D. Roosevelt que México aplicó sus leyes en materia agraria o de expropiación. Lo único que nos favoreció fue la política de Buena Vecindad en su fase inicial, la cual, al ejercerla, excluía un tratamiento especial a los extranjeros dueños de tierras o de compañías anónimas. Por lo demás, si en Ginebra o Bruselas los delegados mexicanos exigieron el cumplimiento de los pactos suscritos, a los repartos agrarios y a la expropiación petrolera siguieron reclamaciones, injurias y coacciones de toda índole. Desde los años de Juárez no se había enfrentado gobierno alguno a un conflicto internacional como el arrostrado por Cárdenas.

Los Estados Unidos, en diversas notas, se refirieron a que la Legislación Agraria mexicana era contraria a los principios fundamentales del Derecho de Gentes, de la moral y la justicia[9] y como respuesta a tales juicios, Cárdenas, en su informe del 1° de septiembre de 1938, dio a conocer cuáles serían las objeciones mexicanas: "Se sostendrá que la Reforma Agraria representa la más urgente y trascendental de las medidas empleadas por México para lograr su estabilización social y económica y que frente al deber imperativo e ineludible de cumplirla, el Gobierno ha considerado obrar justificadamente al ocupar las tierras, reconociendo en favor de sus propietarios la obligación de indemnizarlos, si bien el pago respectivo haya tenido que ser demorado. Considerando México que los derechos de la colectividad deben prevalecer sobre los derechos individuales, no podía subordinar la aplicación de la ley a las posibilidades de un pago inmediato".

La expropiación de las compañías petroleras hizo que se volviera al principio sustentado por Carranza respecto de los

[8] Isidro Fabela, *Cartas al Presidente Cárdenas*, México, 1947, págs. 3-5.

[9] Lázaro Cárdenas, "Informe al Congreso de la Unión", 1° de septiembre de 1938, en el libro *Las relaciones internacionales de México 1935-1956*, de Luis Padilla Nervo, Archivo Histórico Diplomático Mexicano, Segunda Serie, núm. 9, México, 1957, pág. 28.

derechos de los extranjeros en nuestro país. Cárdenas hizo de esta doctrina la fuente principal de sus alegatos internacionales, describiendo así el proceso —una imagen de lo que fue el porfiriato y de casi todos los países hispanoamericanos— por el cual un país es enajenado por los inversionistas extranjeros: "... se ha creado la teoría de las sociedades innominadas que se organizan conforme a las leyes extranjeras o a leyes propias, pero con ciudadanos extranjeros que, so pretexto de explotar recursos naturales de otra patria, se internan en suelos extraños bajo el escudo de sus gobiernos de origen, o simplemente bajo la protección de su ciudadanía nativa. Los pueblos impreparados los reciben como extranjeros; les guardan, como a tales, consideraciones que sobrepasan los límites del respeto y que confinan con las del temor; les llegan a consultar sus leyes impositivas y casi deslindan las propiedades que adquieren con una ficción de extraterritorialidad. Por su parte, los gobiernos de origen los impulsan y los protegen como una avanzada de inesperada conquista y como el primer paso para el logro de una extensión de sus linderos y de su soberanía".[10]

En los párrafos de los informes, las cartas y las notas de Cárdenas, se advierte hasta qué punto la tradición sustentaba sus puntos de vista y en qué medida se defendieron, con la soberanía de nuestro país, el progreso social del pueblo y se cumplieron los compromisos con otras naciones.

En este brevísimo esquema, hemos procurado subrayar las ideas, mencionando los nombres de los que tuvieron el poder en sus manos. Justo es suponer que la ideología internacional de México es fruto, tanto de la delicada labor de sus diplomáticos profesionales —nunca de los agentes electorales, los ministros venidos a menos o los amigotes investidos embajadores— cuanto de los secretarios de Relaciones. Algunos diplomáticos pertenecen a esos "héroes de la moderación" cuya obra se diluye en las notas y mensajes oficiales no quedando ni el nombre de su autor. Así como una de las "más arduas tareas de la lógica —escribió Alfonso Reyes— es levantar constancia de lo negativo, de lo inexistente o de lo que no llegó a existir", refiriéndose a la tarea diplomática que evita más que resuelve conflictos,

[10] LÁZARO CÁRDENAS, "Discurso al inaugurarse el Congreso Internacional contra la Guerra", 10 de septiembre de 1938, en el folleto publicado por Salvador Mendoza, *La Doctrina Cárdenas*, México, 1939, págs. 67-78.

sería igualmente imposible deslindar del pensamiento de los mandatarios el de sus ministros o consejeros en política exterior. En uno u otro caso, la ideología internacional de México refleja, con las virtudes más nobles de nuestro pueblo, el impulso y los ideales que animaron las tres revoluciones de nuestra historia moderna.

La otra política internacional

Así como el general Bustamante pretendió conservar los intereses coloniales en el México independiente, presentó, a la vez que aprehendía a Guerrero un tardío y "falso panorama de los negocios extranjeros" en los intentos separatistas de Texas, cuál era su política exterior: "La iglesia mexicana —confesó el 1º de enero de 1831— ha sido objeto de la constante solicitud del Gobierno: proveerla de dignos pastores era su primera necesidad, y ha sido también el primer cuidado del Ejecutivo, siguiendo a este fin con la Silla Apostólica, las negociaciones más activas de las que se promete un feliz resultado".[11] Se inauguraba, de este modo, una política también constante en sus diferentes tentativas, contra la independencia y la soberanía de nuestro país: por una parte, la falsificación y el ocultamiento del verdadero problema, la persecución de los patriotas, la entrega de los recursos naturales a los extranjeros y el apoyo de esas mismas clases —en la época de Bustamante principalmente el clero— para sujetar al pueblo en la servidumbre. Santa Anna sería, como en todo, más explícito: "...yo anuncio con absoluta seguridad, que la multiplicación de Estados independientes y soberanos, es la precursora indefectible de nuestra ruina". Y, además: "...he adoptado el principio, que para afianzar el derecho propio es indispensable no perjudicar al ajeno". Santa Anna emplea, por vez primera, la confusa palabrería que habría de oírse en otros presidentes: "...Yo no adulo al pueblo, porque mi deber es instruirlo; y después de veinte años si éstas mis amonestaciones no fueren atendidas, se recordará, aunque sin fruto, mi vaticinio, de que la República Mexicana desaparecerá de la lista de las naciones, si no se separa avisadamente de los terribles escollos que le presentan la inexperiencia de unos y la desordenada ambición de otros, que se deleitan en la reproduc-

[11] *Un siglo de relaciones*, pág. 32.

ción de cuerpos soberanos con la esperanza de convertirlos en esclavos de su dirección y de sus caprichos".[12]

En la política internacional de Porfirio Díaz, pueden distinguirse varias etapas: en la primera modifica la Constitución de 1857 y aplica las ideas del grupo que lo lleva al poder respecto de la incapacidad del pueblo mexicano para el desarrollo autónomo de su economía; en la segunda, bajo el gobierno de Manuel González, promulga el deslinde de tierras; iniciándose la feudalización y el acoso de las comunidades indígenas; la tercera coincide con el desarrollo del imperialismo; es la época que Lenin, para Europa, señala como la de la sustitución del capitalismo antiguo por el nuevo. Díaz celebró muchos tratados: de límites, de comercio, de paso de las tropas norteamericanas para el exterminio de las tribus nómadas,[13] asistiendo sus representantes a casi todas las conferencias de paz y arbitraje. Para algunos panegiristas de don Porfirio, la declaración que éste leyera en 1896 puede titularse la Doctrina Díaz: "...no entendemos que sea suficiente, para el objeto a que aspiramos, el que sólo a los Estados Unidos, no obstante lo inmenso de sus recursos, incumba la obligación de auxiliar a las demás repúblicas de este hemisferio contra los ataques de Europa (si aún se consideran posibles,) sino que cada una de ellas, por medio de una declaración semejante a la del Presidente Monroe, debería de proclamar que todo ataque de cualquier potencia extraña, dirigido a menoscabar el territorio o la independencia, o cambiar las instituciones de una de las repúblicas americanas, sería considerado por la nación declarante como ofensa propia...".[14] Estos términos ocultaban, en realidad, la enajenación del país: hacia 1911 los capitales extranjeros, principalmente norteamericanos ascendían a 1,641 millones de dólares; la

[12] *Ibid.*, pág. 51.

[13] Uno de los crímenes menos citados del Porfiriato fue la guerra contra las tribus nómadas del norte de México y el oeste de los Estados Unidos, de acuerdo con el ejército norteamericano. A los tratados con ese país se refirió Díaz en sus primeros informes de gobierno. Tales acciones militares anticipan las campañas de exterminio contra los seris, las yaquis, los mayos, etc. Ya Genaro Estrada consideró la necesidad de recopilar y estudiar los documentos suscritos por los gobiernos mexicano y norteamericano para el exterminio de esas tribus.

[14] Véase: "Las Relaciones Exteriores de México y el Derecho Internacional", por Genaro Fernández Mac Gregor, en *México y la cultura,* Sría. de Educación Pública, México, 1946.

tierra, el petróleo, las minas y el comercio, estaban en manos de esos inversionistas.[15]

En 1920 el informe de Albert B. Fall y Brandgee Smith[16] denuncia cuáles eran las pretensiones norteamericanas para otorgar el reconocimiento diplomático al gobierno de Obregón. La nota de Wilson, en 1921, comunicaba que se abstenía "...de reconocer al actual Gobierno mexicano y de reanudar con él sus relaciones diplomáticas regulares, mientras no cuente con las garantías que en su concepto son necesarias para la seguridad de los derechos adquiridos legalmente por los ciudadanos norteamericanos en Méjico, antes de la vigencia de la Constitución de 1917".[17] El reconocimiento norteamericano fue obtenido mediante amparos otorgados, ilegalmente, a varias compañías petroleras, culminando aquella política en los Pactos de Bucareli. Literalmente, por las pistolas de Obregón se afirmó que el Artículo 27 carecía de retroactividad[18] para poner a salvo las propiedades norteamericanas en nuestro país.

La publicación de la Ley sobre Tierras y Petróleo y la Orgánica de la Fracción primera del Artículo 27 Constitucional, en 1925,[19] que prohibe a las sociedades de extranjeros adquirir bienes raíces en el territorio mexicano, provocó el primer conflicto internacional —el de la rebelión cristera no tuvo la importancia del desafío a la nación en tiempos de Juárez— al gobierno de Calles. La manera como se libró la República de las exigencias del embajador norteamericano, Sheffield, son más un tema de novela policial que de la historia diplomática; con todo, fue la última actitud decorosa de aquel gobierno. Lo que vino después puede calificarse de hábil domesticación de aquellos broncos revolucionarios para que aceptaran la tutela de Washington y pusieran a resguardo de las leyes a los inversionistas norteamericanos.

Así como en las palabras del general Bustamante, Genaro Estrada advirtió la voz de Manuel Eduardo de Gorostiza, en la del general Manuel Ávila Camacho es posible reconocer la voz de Ezequiel Padilla: "América, hoy refugio de la democracia, entiende que es urgente rescatar al hombre de la situación a

[15] Scott Nearing y J. Freeman, *La diplomacia del dólar*.
[16] Fabela, *La política internacional*, págs. 54-55.
[17] *Ibid.*, pág. 54.
[18] Salvador Diego Fernández, *Los Pactos de Bucareli*, México, 1937.
[19] Fabela, *La política internacional*, págs. 65-70.

que lo han conducido el odio, la discordia, el egoísmo, que se apoyan sobre bases materiales. Mientras éstos dividen a unos grupos humanos de otros, distancian a unas clases sociales de las otras y a las naciones entre sí; en cambio, en el dominio del espíritu es dable conseguir la unificación y la solidaridad de todas las aspiraciones legítimas, si se intentan en torno de los valores morales, que simbolizan lo más selecto de cuanto la especie humana ha creado".[20] Tal dominio espiritual se llevó al cabo en la política de unidad nacional entre el pueblo y sus explotadores, en la modificación del Artículo 30. Constitucional, la limitación del reparto agrario, el ametrallamiento de trabajadores y sus familias a las puertas de la residencia presidencial y en las facultades extraordinarias por la declaración del estado de guerra. Las reuniones internacionales en Panamá, La Habana, Río de Janeiro, los tratados de comercio y distribución de aguas fronterizas con Estados Unidos, culminaron en la Conferencia de Chapultepec y, específicamente, en la "Carta económica de las Américas", cuya parte sexta de la declaración de objetivos dice: "Actuar individual y conjuntamente, ya entre naciones americanas ya con los de otros continentes, por medio de tratados, convenios u otros arreglos, para asegurar el tratamiento justo y equitativo y el estímulo a las iniciativas, técnicas y capitales llevados de un país a otro. Las Repúblicas Americanas se empeñarán en prestar amplias facilidades para el *libre tráfico e inversión de capitales*, dando igual tratamiento a los capitales nacionales y extranjeros salvo cuando la inversión de estos últimos contraríe principios fundamentales de interés público".[21] Esta política, había de abrir la puerta a la empresa del gobierno del licenciado Miguel Alemán, bajo el cual la tradición internacional de nuestro país desaparece ante el conflicto provocado por los Estados Unidos en Corea.[22] No sólo decretó

[20] MANUEL ÁVILA CAMACHO, "Primer Informe de Gobierno al Congreso de la Unión", 1º de septiembre de 1941, en *Las relaciones internacionales*, pág. 50.

[21] "Carta Económica de las Américas", en el folleto *El Plan Clayton*, por V. Lombardo Toledano, México, 1945, págs. 49 a 56. Lombardo examina las consecuencias económicas de los acuerdos de la Asamblea de Chapultepec, exponiendo el peligro que representaría para los países latinoamericanos el Plan Clayton. A pesar de las modificaciones, la redacción final incluyó la cláusula 5ª que contenía la posibilidad de una mayor influencia de los inversionistas norteamericanos en América Latina. Las advertencias de Lombardo, se han cumplido.

[22] Las pruebas abrumadoras de la agresión al pueblo coreano pro-

el embargo de armas para el pueblo coreano, sino hizo que nuestro país participara en todas las resoluciones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, aprobando aquella agresión. En los días en que los coreanos derrotaban a las tropas norteamericanas,[23] Alemán prometía: "... México cumplirá con su deber, en defensa de sus intereses, en uso de su soberanía y en apoyo de los principios democráticos, para que esos postulados prevalezcan contra la amenaza que se cierne no sólo sobre la dignidad y la libertad, sino también sobre la vida misma de los hombres. No podemos asistir indiferentes al desplome de la civilización..."[24] Ciertamente, su sinceridad fue coherente con la de sus predecesores al declarar, en 1947, exactamente en el aniversario de la invasión norteamericana en México: "Nunca nuestras relaciones con la Unión Norteamericana habían alcanzado la estrecha cordialidad de que fueron públicos testimonios la visita que el señor presidente Truman hizo a México, del 3 al 6 de marzo, y la que realicé a los Estados Unidos del 29 al 7 de mayo",[25] porque nunca, excepto en los años de Díaz, los inversionistas norteamericanos habían alcanzado igual edad dorada: "En 1951 el Gobierno Federal obtuvo ingresos totales de 4,880 millones de pesos y las 25 grandes empresas extranjeras las tuvieron de 4,875 millones. Las 10 mayores (compañías) tienen ingresos equivalentes al 70% de los ingresos totales del Gobierno Federal".[26] El titanio, el azufre, la pesca, la electrificación, etc., están en manos de extranjeros.

Por eso mismo no carece de patetismo que Ruiz Cortines, en su discurso en la Presa Falcón, hubiera dicho a Eisenhower:

"México siempre ha asumido una actitud ejemplar que debe mantener. Su vigorosa repulsión a cualquier forma de he-

---

ceden, principalmente, de periodistas norteamericanos. De los estudios publicados, el más brillante es, sin duda alguna, el de I. F. Stone, *La historia oculta de la guerra de Corea*, México, 1952.

[23] El fuego cesó el 28 de noviembre de 1951. Los soldados coreanos —los del ejército de Kim Il Sung— jugaron bólibol frente a las trincheras de la ONU. *Ibid.*, pág. 364.

[24] MIGUEL ALEMÁN, *Quinto Informe de Gobierno al Congreso de la Unión*, 1º de septiembre de 1951, en *Las relaciones internacionales*, pág. 114.

[25] MIGUEL ALEMÁN, *Primer Informe de Gobierno al Congreso de la Unión*, *Ibid.*, pág. 99.

[26] JOSÉ LUIS CECEÑA GÁMEZ, "Política en materia de inversión extranjera", en *La intervención del Estado en la economía*, México, 1955, pág. 84.

gemonía externa; su inquebrantable respeto al derecho que todo pueblo libre tiene a darse las normas que mejor le acomoden; su innata simpatía para los débiles y los oprimidos; su ausencia absoluta de prejuicios raciales; su aversión congénita a todas las injusticias; su acendrada devoción a la causa de la paz, y por encima de todo, su amor indomable a la libertad, le han permitido ocupar un sitio de honor entre los paladines de esas causas".

¿Por qué en 18 años la política exterior de nuestro país —teniendo una base económica que jamás tuvo y por tanto la de llevarse a cabo una política más independiente— no ha sido la que le diera, en los años de Carranza y Cárdenas, su más alta reputación como defensor de la justicia internacional?

Durante la época de Cárdenas —y ésta es una tentativa por explicarse la realidad inmediata— se organizaron varias empresas descentralizadas, para encauzar una producción necesaria y sustraerla a los inversionistas extranjeros. A partir de la Segunda Guerra Mundial, durante el gobierno de Ávila Camacho, esa misma burguesía obtuvo cuantiosas riquezas, por la ampliación del mercado interno derivado del reparto agrario de la época precedente. Esa acumulación de capital sirvió para incrementar la producción de las industrias de transformación; aunque no somos, en rigor, un país industrializado, ni lo seamos hasta no fabricar nuestra propia maquinaria.

Al terminar la guerra y entregar el poder Ávila Camacho, la nación estaba en posibilidad de dirigir la producción industrial con mayor independencia de los capitales extranjeros, de incrementar la explotación de los recursos naturales al través de las empresas descentralizadas, y de ejercer una política popular. Los sectores progresistas pidieron, una y otra vez, la industrialización efectiva. Había, además, una fuente de ingresos no sospechada: la de petróleos mexicanos; ya por entonces la industria más importante de la República. No es necesario recordar que el entusiasmo de obreros, campesinos, estudiantes y empresarios mexicanos, apoyó los primeros pasos del gobierno de Alemán. Al poco tiempo, sin embargo, se dio mayor margen en la economía nacional a los inversionistas norteamericanos, se limitaron —con brutalidad policíaca— los derechos sindicales procurando, por todos los medios, la sujeción de las centrales obreras a la voluntad del gobierno. La industrialización fue, en cambio, la de las plantas armadoras y embotelladoras. La burguesía, desalentada por una confusión social y política, prefirió invertir en bienes raíces. El comercio exterior, en vez de diver-

sificarse, como lo hacía posible el mercado abierto durante la guerra, se hizo, exclusivamente, con Estados Unidos.

Sin embargo, la administración alemanista no pudo impedir el desarrollo de los recursos nacionales y aumentó las empresas descentralizadas, organizando un capital nuevo en México; el capitalismo de Estado. La burguesía tuvo, a partir de entonces, un rival en la producción y los inversionistas extranjeros un competidor que, en diversas ocasiones, han calificado de socialista.

Estamos, por tanto, ante varias contradicciones: por una parte, la de la autonomía de nuestro país ante los Estados Unidos; y, por otra, la de la burguesía nacional —en parte procedente de los industriales de las fábricas de transformación y de las empresas descentralizadas— ante los comerciantes y la burguesía subsidiaria de las inversiones extranjeras.

La política que se deriva de tal situación es confusa y contradictoria en grados no previsibles. Un hecho es indudable: el gobierno es cada día —sobre todo a partir del período de Ruiz Cortines—, un gobierno de la burguesía que, a veces, para consolidar sus posiciones, requiere del concurso de los inversionistas extranjeros; por esta razón su política interna no es una política revolucionaria sino en los aspectos en que puede significar la aplicación de un programa para ampliar el mercado interior, una mayor cuantía de los brazos de trabajo disponibles, etc., pero, si ese programa exige un rompimiento con los inversionistas o la burguesía afín a tales intereses, el gobierno optará, como en innumerables ejemplos puede demostrarse, por aplicar un rigor extremo y trato de "tropa enemiga", a la clase obrera.

En tales circunstancias, ¿qué puede representar hoy la política internacional? Si los intereses en debate, como en el ejemplo de la delimitación del mar territorial, significan la pérdida de una riqueza tarde o temprano explotable por la burguesía nacional, hay oposición no carente de brillantez; si, como en el ejemplo de los contratos a los braceros, el éxodo reduce la presión demográfica y la demanda de reparto de tierras, la transacción se lleva a cabo aún a sabiendas de las vejaciones de que son objeto los campesinos mexicanos.

Una nueva etapa, sin duda, cubre México. El largo recorrido de la Revolución Mexicana: conquista de derechos sociales, organización de los trabajadores, reparto de tierras, educación popular, etc., son ideales en parte cumplidos. Las contradicciones internas son hoy más agudas que nunca, prin-

cipalmente entre el imperialismo y el desarrollo autónomo de México; en dicha contradicción se apoya la actual política: o docilidad al imperialismo o rechazo de sus demandas. Confiamos aún que la segunda política predominará, para que nuestro pueblo alcance el bienestar por el que ha luchado incansablemente.

EL MENSAJE UNIVERSAL DEL DIARIO DE ANA FRANK*

Por *Pedro GRINGOIRE*

> ¿Quién pensaría jamás que tanto así pudiera acontecer en el alma de una jovencita?—*Diario de Ana Frank.*

La historia de Ana Frank y su famoso *Diario* es ya bien conocida. El *Diario* se ha publicado en más de veinte países, en varias lenguas y sucesivas ediciones. La historia prestó argumento a un drama de Frances Goodrich y Albert Hackett, y a una película de la 20th Century Fox, producida por George Stevens. Con informaciones recogidas de los supervivientes de la tragedia, Ernest Schnabel ha reconstruido la vida de Ana Frank en un libro *(Anne Frank: A Portrait in Courage,* Longmans Green, Londres) del cual la revista *Life* ha publicado un resumen (septiembre 22, 1958).

Una lluviosa mañana del mes de julio de 1942 —el día 6 para ser exactos— Otto Frank, judío de Alemania refugiado en Holanda, se trasladó con su esposa y sus hijas —Margot, de 16 años, y Ana, que apenas había cumplido los trece tres semanas antes— a un escondite, preparado con anticipación en una casa de almacenes y oficinas que caía sobre el canal de Prinsengracht, en Amsterdam. Procuraban escapar así de las redadas de judíos que Hitler, empeñado en su completo exterminio, lanzaba una tras otra en los países ocupados, llevándolos a muerte lenta en los campos de concentración, o rápida en las pavorosas cámaras de gas.

Habíase arreglado el refugio secreto en la parte trasera del edificio, en lo que los holandeses llaman *Het Achterhuis,*

---

* Trabajo leído en la Sala " Manuel M. Ponce", Palacio de las Bellas Artes, México, D. F., el 4 de junio de 1959, con los auspicios de la Sociedad Bené Berith.

literalmente, la "trascasa" o "casa de atrás". Se componía de tres cuartitos, dos pasillos y un desván, situados en los dos pisos superiores. Y se aisló y selló, cubriendo la puerta de comunicación con un anaquel de libros. De los siete empleados del edificio, todos, menos dos, estaban en el secreto, y resueltos a proteger celosamente a los reclusos. Eran los señores Kraler, Koophuis y Vossen, y las secretarias Miep y Elli.

Posteriormente, los Frank dieron albergue a los esposos Van Daan y su hijo de 15 años, Peter, y al dentista Albert Dussel. Así quedó constituida la pequeña compañía que, en mundillo aparte, con sus gozos y tristezas, afectos y antipatías, querellas y reconciliaciones, temores y esperanzas, iba a permanecer oculta ahí algo más de dos años.

El 14 de junio anterior, dos días después de su cumpleaños, Ana Frank había empezado su Diario en un cuaderno de tapas a cuadros rojos y blancos. Siguió escribiendo en él durante todo el tiempo del encierro. Agotado el cuaderno, continuó en unas libretas de contabilidad. A poco de empezado, le puso un nombre. Desde el 20 de junio, sus apuntes comienzan invariablemente así: "Querida Kitty". Hablaba con él como con una compañerita imaginaria. Fue el compañero y confidente más íntimo de aquella niña genial.

Por este documento transparente, sin afectaciones, sabemos cómo transcurrió, hasta en sus detalles, la vida del grupo, y lo que entre tanto tenía lugar en el alma de la pequeña escritora. Su relato es tan vívido, que nos parece, al leerlo, que formamos también nosotros parte del grupo, con sus conflictos naturales, agravados por la estrechez y nerviosidad del encierro, pero a la vez con su básico sentimiento de solidaridad e indisoluble destino. Fue un extraordinario experimento de convivencia que, de por sí, constituye un tema fascinador de estudio. Pero, no siendo ese nuestro asunto, no nos detendremos en él.

El último asiento del Diario de Ana es del 1º de agosto de 1944. Así había corrido el tiempo, entre sobresaltos y esperanzas, marcado por el cercano tañido del reloj de la Westertoren. Tres días después, y de repente, sucedió aquello. Alguien, casi con certidumbre un oscuro empleado de los almacenes, que había entrado a trabajar cuando ya el refugio estaba ocupado, lo denunció a la temida *Grüne Polizei* de los nazis. El 4 de agosto, un sargento y tres agentes irrumpieron en la casa, se hicieron dar acceso al anexo pistola en mano, y se lle-

varon a todos sus ocupantes junto con los señores Kraler y Koophuis, que no eran judíos, por encubridores.

Otto Frank, único superviviente del grupo judío, ha contado a Schnabel, años más tarde, lo que pasó una vez que todos hubieron sido alineados en el cuarto principal, manos en alto, frente a las bocas amenazadoras de los revólveres. El sargento empezó a registrarlo todo, buscando objetos de valor. Halló algún dinero, echó mano de los cubiertos de plata, y aun se apoderó del candelero consagrado. Luego vio la cartera de Otto Frank, donde Ana había guardado su Diario y otros escritos, la abrió, y sin prestar la menor atención a su contenido, lo derramó por el suelo, guardó en ella su botín, e hizo que todos fueran saliendo, encañonados por las pistolas.

"Nadie lloró —recuerda el señor Frank. Ana se mostraba silenciosa y compuesta, aunque abatida como los demás. Quizás por eso ni pensó en llevarse sus papeles, que seguían desparramados por el suelo. O tal vez ella tuviera el presentimiento de que todo estaba perdido, y por eso andaba de un lado para otro sin dirigir siquiera la mirada a su Diario". ¿O no sería —preguntamos nosotros— que, por el contrario, alentaba una esperanza de que no todo estaría perdido, de que quizá ella volvería y podría recuperar el Diario y los papeles que tanto estimaba? Entonces fingiría no darles ningún valor, a fin de que los policías no fueran a fijarse demasiado en ellos, y a llevárselos consigo.

Sea como fuere, quedaron ahí, providencialmente. Cuando los policías se marcharon con sus prisioneros, Miep y Elli subieron al escondite. Fueron ellas las que levantaron el Diario y los papeles, con los ojos llenos de lágrimas, y los guardaron en la caja fuerte de su oficina. Cuando, terminada la guerra, Otto Frank volvió a Amsterdam, y visitó la casa y el memorable refugio, le entregaron todo. En esa forma se salvó para el mundo y para la posteridad el Diario de Ana Frank.

El desenlace de la historia es rápido y transido de tragedia. Koophuis, enfermo, fue puesto en libertad al poco tiempo. Kraler logró fugarse. Los demás fueron conducidos primeramente al campo de Westerbork, y luego al pavorosamente célebre de Auschwitz. En octubre, Ana, Margot y la señora Van Daan fueron despachadas al campo de Bergen-Belsen, de siniestra fama. La señora Frank murió en diciembre. Van Daan pereció en las espantosas cámaras de gas. Dussel marchó a otro campo, donde murió. En enero de 1945, al evacuar los nazis

Auschwitz, ante la proximidad de las tropas rusas, se llevaron a Peter entre otros prisioneros, y jamás se ha vuelto a saber de él.

En Bergen-Belsen la situación se hizo cada vez más terrible. Sobrevino el hambre más extrema. Y cuando se declaró una violenta epidemia de tifo, Ana, Margot y la señora Van Daan fueron de sus víctimas. Ana sucumbió la última de las tres. Una superviviente ha relatado: "A Ana, que se encontraba en ese entonces muy enferma, no se le informó de la muerte de su hermana. Pero unos días más tarde lo supo, y poco después murió en paz". Esto debe de haber sido a mediados de marzo. Tres semanas escasas más tarde, hacia el 10 de abril, las tropas británicas liberaban a Bergen-Belsen. Pero Ana Frank, la pequeña heroína y mártir judía, se hallaba confundida ya en la fosa común.

ANA Frank sin embargo, no murió del todo. Como se dijo de Abel el protomártir, "aunque muerta, habla todavía". Su voz nos llega, estremecida de vida y de verdad, en las páginas inmortales de su Diario. ¿Cuál es para nosotros su mensaje?

Es natural y debido que el mensaje del Diario de Ana Frank sea, primero que todo, para sus hermanos de nación. Porque ella y los suyos son mártires representativos. Vivieron en toda su intensidad la tragedia de su pueblo, cuando se abate sobre él la garra exterminadora del infame delirio hitleriano. El alma sensible de Ana debió de padecer, como en carne viva, el dolor de tamaña injusticia y tan inaudita crueldad. Y sin embargo, las páginas de su Diario respiran —sin que dejen de dolerle e indignarle los atentados del nazismo— una heroica serenidad, una indomable fortaleza, una lealtad inconmovible, una inmarcesible esperanza y, ante todo, una acrisolada bondad.

Es notable que en esas páginas no babee el odio a los perseguidores. Si desea su derrota, es más por amor positivo a la libertad y la justicia que ellos pisotean, y por el anhelo de ver a su nación libre de la opresión y el exterminio, que por enconado rencor o reconcentrado resentimiento. Un espíritu tan diáfano como el suyo no podrá empañarse con éstos ni aun bajo los golpes rudísimos de la persecución.

El mensaje de fortaleza, de encendida esperanza que vibra en el Diario de Ana Frank es, por eso, ante todo, para su propio pueblo. Le asegura, en la mejor tradición, si no en la forma

y estilo, de los apocalipsis, que una Mano soberana rige, a pesar de todo, la historia, y preside los destinos del pueblo elegido. Les recuerda —heredera, a su modo, de los viejos profetas— que el divino propósito no puede ser derrotado, y que pase lo que pase, tras la más oscura noche vendrá, más refulgente, el día, y que tarde o temprano el bien y la justicia cubrirán la tierra como las aguas cubren la mar. Oigamos sus radiantes, magníficas palabras:

> Nosotros los judíos no debemos externar nuestros sentimientos. Debemos ser valerosos y fuertes. Hemos de aceptar todos los inconvenientes y no murmurar jamás. Debemos hacer cuanto este dentro de nuestros poderes, y confiar en Dios. Algún día esta terrible guerra tendrá fin. Y llegará seguramente el tiempo cuando los judíos volveremos a ser personas y no simples judíos.
>
> ¿Quién nos ha inflingido todo esto? ¿Quién nos ha hecho a nosotros los judíos diferentes de los demás? ¿Quién ha permitido que suframos tan terriblemente hasta hoy? Es Dios quien nos ha dicho lo que somos, pero será Dios también quien nos levantará de nuevo. Si soportamos todo este sufrimiento, y si para entonces, cuando todo termine, quedan todavía judíos, en vez de vernos condenados, se nos tendrá a los judíos como ejemplo. Y quién sabe, pero podría ser que aun fuese de nuestra religión de la que el mundo y todos los pueblos aprendan el bien, y que por esa razón, y sólo por ella, tengamos que sufrir ahora. . .
>
> ¡Seamos valientes! Mantegámonos conscientes de nuestra tarea, y no nos quejemos. Vendrá una solución. Dios jemás ha abandonado a nuestro pueblo. En todo el curso de las edades ha habido judíos. Y en todo el curso de las edades han tenido que sufrir. Pero eso también los ha hecho fuertes. ¡Los débiles caerán, pero los fuertes permanecerán y no serán nunca abatidos!

Pero el Diario de Ana Frank tiene también un mensaje universal. Un mensaje de simple, diáfana humanidad. Un mensaje para todos los hombres, por encima de cualquier diferencia de raza, nación, credo o clase. Ese mensaje es, en primer término, una demanda a todos los hombres de bien de todo el mundo, a todas las naciones libres y en verdad amantes de la libertad, a todas las instituciones adictas a la justicia y a la fraternidad universal. Una demanda que secundan, con la potente voz de su silencio, desde sus sepulcros conocidos o ignorados,

con nombre o anónimos, todos los judíos que han caído en el curso de los siglos, a los que se suman los seis millones asesinados por el hitlerismo, bajo los golpes nefandos de la persecución.

Es la demanda —yo diría, la exigencia sagrada— de que todos empeñemos toda nuestra buena voluntad, toda nuestra determinación, todos nuestros recursos, especialmente los morales y espirituales, que son los más poderosos, para que la iniquidad del antisemitismo, con el horror de sus persecuciones y la abominación de sus matanzas en masa, no vuelva a imperar jamás! Y me atrevería yo a decir más. Me atrevería a decir —y ahora me dirijo a mis correligionarios— que somos nosotros los cristianos, los que nos decimos discípulos del judío Jesús de Nazaret y seguidores de su doctrina de universal amor, quienes tenemos mayor obligación de avalar, con todo nuestro ser y nuestras fuerzas, este solemne compromiso.

El mensaje universal del Diario de Ana Frank, tiene, por supuesto, otras facetas. Una de ellas, muy interesante desde el punto de vista sicológico, es la que se manifiesta en la manera como Ana iba saliendo de una de las crisis típicas de la adolescencia. Crisis que en ella, por su talento despierto, su exquisita sensibilidad y su precocidad emotiva, era particularmente aguda. Luchaba por ser ella misma, por afirmar su personalidad. Y en la explicable efervescencia de esa crisis, tropezó con el romo sentido de la madre, que la hizo experimentar muy vivamente la amargura de la incomprensión.

Las páginas del Diario están nutridas de comentarios y confesiones sobre esta pugna sorda entre madre e hija. Son tal vez los pasajes más patéticos que salieron de su mano. En una época en que, acaso más que nunca, la niña que se va convirtiendo en mujer necesita del amor y paciente consejo de la madre, Ana sentía que le faltaban los de la suya. Lo cual se le hizo más notorio y punzante en la estrechez de aquel encierro.

La señora Frank, en su amor mal entendido, se mostraba incapaz de comprender las inquietudes de Ana, sus "rarezas" e inestabilidad de temperamento, su necesidad de sentirse amada y de recibir ayuda para entenderse y hallarse a sí misma. La quería sumisa, pasiva, incolora, casi inerte como su favorita Margot. Si la veía llorar, se burlaba de ella. Si le brotaban desplantes de independencia, quería aplastárselos con regaños

y reproches. Y Ana, a veces, reventaba, y hasta llegaba a responderle con palabras rudas e hirientes.

> Me hallo en posición muy difícil. Mami está en contra mía, y yo estoy contra ella. Papi cierra los ojos y trata de no ver la silenciosa batalla que se libra entre nosotras...
>
> Yo la veo solamente como madre, pero ella no logra serlo para mí; yo tengo que ser mi propia madre...
>
> Me imagino a una madre como a una mujer que, en primer lugar, muestra gran tacto, especialmente para con sus hijos cuando llegan a nuestra edad, y que no se ría de mí, como lo hace Mami, si lloro por algo —no por algo que me duela, sino por otras cosas.

Sin embargo, a medida que Ana va afinando su mente y haciendo madurar su carácter, más se esfuerza por, a su vez, comprender a su madre. Le entristece que ésta la trate en ocasiones con frialdad, dureza o menosprecio. Y es porque, en el fondo, está deseosa de atraerse su cariño. Esto era desde antes, en los días felices de libertad.

> Cada mañana, tan pronto como oía que alguien bajaba las escaleras, esperaba yo que fuera Mami que venía a darme los buenos días, la saludaba calurosamente, porque en verdad ansiaba yo que me tratara con amor. Entonces ella decía algo que me parecía poco amistoso, y me marchaba yo una vez más a la escuela sintiéndome por completo descorazonada.

A veces era a la inversa. Una noche, la señora Frank siente de pronto un impulso de maternal ternura. Va donde Ana se encuentra ya disponiéndose a dormir, y se ofrece a decir con ella sus oraciones. Pero la niña la rechaza. La madre, entonces, se retira con los ojos llenos de lágrimas, llora casi hasta media noche, y apenas puede dormir. Aunque Ana no llegó hasta pedir perdón, sí se sintió ruin, miserable y profundamente contristada por su acción. Con altas y bajas, avances y retrocesos, lucha, a todo esto, por sobreponerse, por comprender. Y así logra ir deponiendo poco a poco su actitud pugnaz. Se forma un propósito:

> No quiero pronunciar juicio sobre el carácter de Mami, porque eso es algo que yo no puedo juzgar... Quiero ver sólo su lado bueno...

Y releyendo antiguas páginas de su Diario, comenta:

> Acostumbraba ponerme furiosa con Mami, y todavía me pongo así a veces. Es cierto que ella no me comprende, pero yo tampoco la comprendo a ella. Ella me amaba en verdad mucho, y era tierna, pero como por mi causa caía en tantas situaciones desagradables, y estaba nerviosa e irritable por otras ansiedades y dificultades, ciertamente es de comprenderse que estallara contra mí.
>
> Yo tomaba todo eso muy en serio, me deba por ofendida, y me portaba ruda y pesada con Mami, lo cual, a su vez, le causaba a ella pesar. De modo que realmente era cuestión de un continuo rebote de la aspereza y la tristeza. No era nada agradable para ninguna de las dos. Pero eso ya va pasando.
>
> La época de hacer yo que Mami derrame lágrimas ha terminado. Me he vuelto más prudente, y los nervios de Mami no están ya tan de punta...

Lo cierto es que el idilio en capullo que se entabla entre Ana y Peter Van Daan, va sirviéndole a ella de refugio. Y aunque el muchacho, que no da la medida de los ideales de Ana, acaba por desilusionarla, aquello sirve en algo para satisfacer su íntimo anhelo de sentirse amada y de recibir particulares atenciones. Con ello, el conflicto con sus padres tiende a suavizarse.

Pero ahí queda el mensaje indirecto que se deriva de aquella crisis. Es un llamado a los padres, y sobre todo a las madres, que tienen hijos adolescentes, a ejercer con ellos paciencia, comprensión, amor inteligente, a fin de ayudarles a trasponer victoriosamente las crisis propias de su edad. Crisis en principio naturales y saludables, porque indican el amanecer de la personalidad propia. Ana Frank, sicóloga instintiva, la interpreta así en certero y espontáneo análisis:

> No quería yo que me trataran cual una "niña-como-todas-las-otras", sino como una Ana-por-sus-propios-méritos... "Porque en sus más íntimas profundidades, la juventud es más solitaria que la ancianidad." He leído esa sentencia en algún libro, y siempre la he recordado. Es más, he hallado que es la verdad. Entonces, ¿será cierto que los mayores pasan aquí más dificultades que nosotros? No. Yo sé que no es así. Los mayores se han formado sus opiniones acerca de todo, y no experimentan vacilaciones antes de actuar. Pero es doblemente difícil para

nosotros los jóvenes defender nuestro terreno y mantener nuestras opiniones, en una época en que todos los ideales están siendo sacudidos y destruidos, en que la gente exhibe su lado peor, y no sabe si ha de creer o no en la verdad, en el derecho y en Dios.

Ana se da cuenta de su propio conflicto interno. Esa sensación tan común, no sólo en la adolescencia sino en otras etapas posteriores de la vida, como de que fueran dos naturalezas opuestas las que habitan y se combaten dentro de nuestro ser, pero mezclada siempre con el anhelo y la esperanza de que al fin triunfe la parte mejor de nosotros mismos. Ana llega a reconocer la razón de que su familia le haya puesto como apodo "Manojito de contradicciones". Tal es el tema de la última entrada en su Diario. Como quien habla al oído, le dice a su "querida Kitty":

Ya antes te he dicho que poseo, como si dijéramos, una doble personalidad. Una mitad encarna mi alegría exuberante, que todo lo toma a broma, mi exaltación, y sobre todo, mi manera de tomar todo a la ligera. Esto incluye el no sentirme ofendida por un flirteo, un beso, un abrazo, un chiste sucio. Este lado mío está usualmente al acecho, y hace a un lado mi otra parte, que es mucho mejor, mucho más profunda, mucho más pura. Debes darte cuenta de que nadie conoce este lado mejor de Ana, y por eso es que la mayoría de las personas me encuentran tan insufrible.

Mi lado ligero y superficial siempre será más listo en comparación con mi lado más profundo, y por eso siempre venceré. No puedes imaginarte cuán a menudo he procurado desterrar a esa Ana, inutilizarla, esconderla, porque después de todo sólo es la mitad de lo que se llama Ana. Pero no lo consigo, y yo sé también por qué.

Es que tengo muchísimo miedo de que todo el que me conoce como soy siempre, llegue a descubrir que tengo otro lado, un lado más hermoso y mejor. Tengo miedo de que se rían de mí, de que piensen que soy ridícula y sentimental, de que no me tomen en serio... Por tanto, la Ana buena nunca se presenta en público. Hasta ahora no se ha dejado ver así ni una sola vez. Pero casi siempre domina cuando estamos solas. Se exactamente cómo quiero ser, cómo soy también realmente... por dentro... Esta Ana pura que llevo dentro es la que me guía, pero por fuera no soy más que una cabrita loca que anda suelta.

Todas estas reflexiones contienen también un mensaje para los adolescentes. Es un llamado a buscarse y a entenderse a sí mismos, para no creer que de todo tienen siempre la culpa los demás. Un llamado a tratar de entender por qué a los mayores se les hace difícil comprenderlos, y a procurar a su vez comprender también a sus mayores. Un llamado, sobre todo, a estimular y desarrollar lo mejor que hay en sí mismos, a dejar que el chico bueno o la chica buena que cada uno lleva dentro, prevalezca sobre el ligero y superficial que gusta de exhibirse para saborear la alarma o el escándalo que produce entre la gente adulta, y que a menudo acaba por hacer caer en el ridículo, cuando no, cosa peor, en graves aprietos, al auténtico ser que son ellos en lo más íntimo de sí mismos.

En medio de todos estos conflictos internos y externos, lo que iba salvando a Ana era su absoluta sinceridad, con los demás y consigo misma, su sensible conciencia, su natural nobleza y humildad, pese a todos sus desplantes de rebeldía. En una ocasión que ha escrito a su padre una carta llena de reproches, y tras que el señor Frank le ha hecho ver, con lágrimas, cuán injustamente se ha comportado con él y con toda la familia, Ana le confiesa a su Diario:

> Oh, he fracasado miserablemente. Esto es, de seguro, lo peor que he hecho en mi vida...
>
> ¡Qué bueno que por una vez me hayan bajado de mi inaccesible pedestal, que me hayan sacudido un poco el orgullo, porque me estaba yo otra vez volviendo muy ufana de mí misma! ¡Lo que la señorita Ana hace, de ningún modo está siempre bien. Cualquiera persona que cause a otra tanta infelicidad, sobre todo a alguien a quien profesa amar, y de ribete con toda intención, es baja, demasiado baja!
>
> Y la forma en que Papi me ha perdonado me ha hecho sentirme más que nunca avergonzada de mí misma... No, Ana, todavía tienes que aprender una tremenda cantidad. ¡Comienza primero por hacer eso, en vez de menospreciar a otros y acusarlos!

Los retratos de Ana Frank que se conocen nos la muestran como de temperamento dulce y complexión delicada. Para una naturaleza así han de haber sido particularmente duras y agobiantes las circunstancias en que a tan temprana edad se vio

obligada a vivir. Nadie imaginaría que en criatura en apariencia tan frágil, pudieran anidar la valentía y la fortaleza moral que su Diario transpira, y de los cuales —según testimonios presenciales— dio muestras todavía bajo el cruel cautiverio que después sufrió. El valor de Ana Frank es otra noble faceta de su mensaje.

En primer término, valor para enfrentarse con la realidad. No buscaba —a pesar de su viva imaginación y su temperamento idealista— el refugio falaz de un mundo imaginario. Ningún "escapismo". Ningún complejo de fuga. Si en su Diario halla la amistad de la dulce ficción que es Kitty, es sólo para desahogar sus emociones, no para sustraerse a la realidad. Su determinación es clara y firme:

> No trataré de escabullírmele a la verdad... perseveraré a pesar de todo... encontraré mi camino por en medio de todo... me tragaré mis lágrimas.

Esta decisión valerosa de no dejarse abatir por los conflictos de familia, se echa de ver también con respecto a las crueles circunstancias que la vida le arroja al paso:

> Joven como soy, me enfrento a la vida con más valor que Mami... Sé que soy mujer, pero una mujer con fuerza interior y mucha valentía... ¡Sé que, primero y ante todo, necesitaré ahora valor y ánimo!
>
> Mi trabajo, mi esperanza, mi amor, mi valor, me sostienen la cabeza fuera del agua, y me impiden quejarme.

Pero advirtamos que esa valentía, esa capacidad de resistencia al sufrimiento y las contrariedades, no provienen de un encallecimiento del espíritu, de una petrificación de la conciencia. Ana Frank posee, por el contrario, una exquisita capacidad de compasión, una gran sensibilidad al dolor. Ya esto se advierte en su Diario y se pondrá aún más de relieve, como veremos después, en el campo de concentración.

La vida en el escondite es incómoda, con muchedumbre de motivos de descontento y queja, y a momentos quizá hasta para caer en desesperación. Ana, sin embargo, no puede menos que pensar en los que son más infortunados que ellos, en sus amigos y sus hermanos de nación más azotados todavía por la desgracia. Y comparando su propia situación con la de ellos,

esta almita buena y compasiva llega incluso a sentir remordimientos:

> ¡Qué afortunados somos en estar aquí, tan bien cuidados y sin que nadie nos moleste! No tendríamos que preocuparnos por tanta desgracia, si no fuese porque nos sentimos muy llenos de ansiedad por todos aquellos nuestros seres queridos a quienes ya no podemos ayudar.
>
> Me siento perversa durmiendo en un lecho caliente, mientras mis amigos más queridos han sido abatidos a golpes o han caído en alguna zanja allá afuera en alguna parte, bajo la fría noche. Me espanta pensar en amigos íntimos que han sido entregados ahora en manos de brutos más crueles que pisan la tierra. ¡ Y todo sólo porque son judíos!

Pensaba sin duda especialmente en una querida amiguita de su infancia, Lies Goosens, que había sido capturada por los nazis y enviada a un campo de concentración. Ana se afligía mucho por ella, preguntándose cómo estaría, qué le habría ocurrido. Un día, a medio dormir, la sueña. Se le aparece demacrada y harapienta, mirándola tristemente, como con reproche, como diciéndole: "Oh, Ana, ¿por qué me has abandonado? ¡Ayúdame, oh, ayúdame, rescátame de este infierno!"

Pero ¿qué puede hacer por ella? El recuerdo de que alguna vez fue ruda e injusta con Lies, le atenacea la conciencia:

> ¡Qué horrible fui tratándola como lo hice! Y ahora me miraba, oh, tan desvalida, con su carita pálida y sus ojos implorantes. ¡Si pudiera yo ayudarla!
>
> ¡Oh, Dios, que yo tenga todo lo que deseo, y de ella, en cambio, se haya apoderado tan terrible suerte! Yo no soy más virtuosa que ella. También ella quería hacer lo bueno. ¿Por qué he de ser yo elegida para vivir y ella probablemente para morir? ¿Qué diferencia había entre nosotras?
>
> ¡Buen Señor, defiéndela, para que al menos no esté sola! Oh, si pudieras Tú decirle que pienso en ella con cariño y simpatía, tal vez eso le daría más fuerzas para resistir.

Por extraña ironía de la vida, cuando Ana y Lies se encuentran más tarde, en el hórrido campo de Bergen-Belsen, es ella, Ana, la harapienta, pálida y demacrada. Y es su amiga quien la auxilia. Lies sobrevivió, y ahora, casada con un oficial del

ejército israelí, vive en Jerusalén. Ella misma le ha referido a Schnabel aquel triste encuentro: "Estaba cubierta de harapos. Reconocí su rostro demacrado y pálido en las sombras. Lloramos, lloramos mucho mientras nos contábamos nuestras desventuras. Ahora sólo se interponía entre nosotras una alambrada de púas, y no había diferencia alguna entre nuestros destinos". Excepto que en la sección del campo a que pertenecía Lies, había algo más de ropa y alimento. Y puede hacerle llegar a Ana por lo menos un par de medias y algunas galletas secas.

Siempre esperanzada, siempre confiando en que sobreviviría a la prueba, Ana confía a su Diario sus propósitos para el futuro. Y en ellos figura el de ayudar y servir a sus semejantes:

> Yo sé lo que quiero. Tengo una meta, una opinión. Tengo una religión, y amor... ¡Si Dios me permite vivir... trabajaré en el mundo, y en bien de la humanidad!

¡Pobre Ana! Las cosas sucedieron de otro modo. Pero ahí, en el campo de concentración, tuvo oportunidad de mostrar la sinceridad de esos propósitos. Mientras tuvo fuerzas, procuró hacer más llevadera la situación ajena, con pequeños actos de bondad y de servicio. Una superviviente de Auschwitz, la señora Wiek, relata que ahí padecían "tanta sed, que cuando pasábamos lista, en el patio, sacábamos la lengua si llovía o nevaba, y muchos enfermaron por beber aguas contaminadas". Ana muestra entonces su bondad. Una bondad, en aquellas circunstancias, realmente sublime. "En una ocasión —sigue diciendo la señora Wiek—, cuando ya me encontraba próxima a morir de sed, apareció Ana con una taza de café. No sé de dónde la sacó".

Cuando cada quien tenía de sobra razón para no pensar sino en sí mismo, cuando la inaudita brutalidad del sufrimiento propio fácil y naturalmente embotaba toda sensibilidad respecto a los otros, Ana conservó su fina capacidad de compasión. He aquí otro testimonio de la misma señora Wiek:

"La mayoría habíamos perdido la capacidad de sentir. Pero Ana, no. Todavía me parece verla en pie a la puerta, mirando hacia afuera, mientras unas muchachas gitanas desnudas eran arrastradas hacia el crematorio. Ana las vio pasar y lloró. Y lloró también cuando pasamos frente a los niños húngaros que estaban desde hacía doce horas bajo la lluvia frente a las cá-

maras de gas. Ana me tocó con el codo, y me dijo: '¡Mira, mira esos ojos...!' Y lloraba. En cambio, casi todos los demás habíamos agotado nuestras lágrimas".

FINALMENTE, el mensaje universal del Diario de Ana Frank es una proclama de fe, a pesar de todos aquellos horrores, en la bondad de Dios y en la bondad última del hombre. Fácil es creer en una Providencia buena y justa, y que en el corazón de los hombres anida esencial bondad, cuando todo en la vida es color de rosa, cuando se disfruta de bienestar y de la estimación y buen trato de todo el mundo. Pero en las condiciones por las que atravesaban Ana, su familia, su pueblo, el país en que peregrinaban, el mundo entero durante la guerra, se requería realmente una fe de heroica sublimidad y de singular potencia. ¡Antorcha azotada por los vientos nocturnos del infortunio, persistía en aventar sus chorros de luz contra el rostro mismo de las tinieblas!

Ana no presume de piedad u ortodoxia. Es más, confiesa humildemente que no las tiene. Con todo, tiene una fe. Es, en el fondo, un alma religiosa. Su fe se cifra en la confianza en el amor y la bondad de Dios, no, como la "fe" del vulgo, en el simple miedo a las penas eternas.

> Quienes tienen religión deberían sentirse contentos, porque no todos poseen el don de creer en las cosas celestiales. No que necesariamente hayas de tenerle miedo al castigo después de la muerte. Purgatorio, infierno y cielo son cosas que muchas personas no pueden aceptar. Pero con todo, una religión, cualquiera que sea, mantiene a una persona en el buen camino.

Es lo que le ha alarmado de Peter, el amado de su adolescencia. Que sea un chico sin ideales que tira por el lado de lo fácil —"esa terrible palabra *fácil*", como la llama Ana—, sin una meta fija que le cueste empeño, esfuerzo y trabajo alcanzar. Le preocupa que no tenga religión ninguna, que se burle de todo lo sagrado, que tome el inefable nombre de Dios en vano:

> Me duele cada vez que veo cuán desamparado, cuán burlón y cuán pobre realmente es. ¡Pobre muchacho! Nunca ha sabido lo que se siente cuando uno hace dichosos a otros, y tampoco puedo yo enseñárselo!

Pero cuando la fe y la bondad de Ana alcanzan su más radiante cumbre, es cuando, a pesar de todo el horror que la rodea, a pesar de la infamia inhumana cuyos cuatro apocalípticos jinetes cabalgan sueltos sobre la tierra, afirma que hay un fondo de bondad en el alma humana. Si hubiera caído en el cinismo, el rencor, el odio acérrimo al género humano ¿quién habría podido reprochárselo? Pero no. Sus palabras a este respecto son dignas de hacerse la confesión de fe, el credo civil de la juventud de todo el mundo:

> Soy joven y poseo muchas cualidades ocultas. Soy joven y fuerte y estoy viviendo una gran aventura. Todavía me hallo en medio de ella, y no puedo rezongar el día entero. Mucho se me ha dado: una naturaleza feliz, una gran medida de jovialidad y fortaleza. ¡Cada día me doy cuenta de que me voy desarrollando en mi interior, de que la liberación está cerca, y de cuán hermosa es la naturaleza, cuán buenos son los que me rodean, cuán interesante es esta aventura! ¿Por qué, entonces, he de desesperar?

Apenas dos semanas antes de que el refugio de la *Achterhuis* fuera descubierto, y ella y los suyos fueran brutalmente lanzados al martirio, el alma luminosa de Ana Frank, inundada de un optimismo sano, vigoroso, invicto e invencible, profiere lo más generoso y valiente de su mensaje, que es a la vez como su testamento:

> Es en verdad una maravilla que yo no haya renunciado a todos mis ideales, ya que parecen tan absurdos e imposibles de realizarse. No obstante, los conservo, porque a pesar de todo creo todavía que los hombres son realmente buenos en el fondo. Sencillamente, no puedo edificar mis esperanzas sobre cimientos que consistan de confusión, desgracia y muerte. Veo cómo se está convirtiendo gradualmente al mundo en un desierto. Oigo siempre acercándose el trueno que nos destruirá a nosotros también. Puedo sentir los sufrimientos de millones de seres. Sin embargo, si alzo la vista al cielo, creo que todo saldrá bien, que también esta crueldad tendrá término, y que retornarán la paz y la tranquilidad.

Unas cuantas páginas más adelante, el Diario de Ana Frank quedó trunco para siempre. Bien sabemos el resto de la historia. Pero ahí queda, ondeando como bandera inarriable

al viento, bajo todos los cielos y sobre todas las tierras del mundo, su mensaje universal e imperecedero.

Envío

Ana Frank, dulce y atormentada criatura, florecita de Dios destrozada por el humano y rabioso vendaval:

Un día —poco menos de un año antes del fatal desenlace—, hablando de tus aficiones de escritora, y sintiéndote agradecida a Dios por el don maravilloso de poder escribir, le hiciste a tu Diario esta confesión:

¡Quiero seguir viviendo aun después de que haya muerto!

Tu paso por la tierra fue breve y doloroso. Pero cumpliste tu misión. Y has seguido viviendo, Ana, como lo querías, aun después de tu muerte. Has seguido y seguirás viviendo en ese mensaje de fe, de bondad, de fortaleza, de alegría y de esperanza que nos dejaste.

¡Gracias, Ana Frank! Bendita seas. ¡Descansa en paz!

Aventura del Pensamiento

DEWEY Y LA CRISIS DE LA EDUCACIÓN EN ESTADOS UNIDOS

Por *Manuel DURAN*

Es bien sabido que nuestros abuelos —positivistas, liberales, o simplemente hombres del siglo XIX— tenían en la educación, en las consecuencias sociales, económicas, políticas y progresivas del proceso educador, una fe apasionada, casi patética y un poco inocente, que por desgracia no compartimos ya plenamente. "De la ciencia nace la previsión, de la previsión nace la acción", había afirmado Comte, y, antes todavía, Bacon: *knowledge is power*. Desconfiamos un poco de la educación como panacea, y ello precisamente en los años en que empiezan a hacerse sentir las consecuencias de un esfuerzo educativo generalizado y al servicio de las masas. En ningún país, quizá, ha estado tan cerca de realizarse plenamente el ideal décimonónico de la educación general de las masas como en Estados Unidos. Y en ningún país se halla tan claramente en crisis el concepto optimista de que tal educación iba a resolver los problemas políticos y económicos que planteaba —y sigue planteando— la lucha entre la democracia y los totalitarismos, antiguos y modernos, la oposición entre el individuo y la masa, la constante tensión entre libertad y orden, entre la aventura y el *statu quo* conservador.

La existencia de una crisis en la educación norteamericana es fácilmente observable en la experiencia cotidiana: artículos en los periódicos y las revistas, informes de grupos de especialistas, opiniones recogidas al azar en reuniones o en conversaciones privadas, coinciden en ello: en la conciencia de una crisis, de una falta de adecuación entre lo que se ha propuesto el proceso educativo y lo que efectivamente ha conseguido y está consiguiendo. Los únicos que la niegan son ciertos profesionales para quienes es cuestión de prestigio el seguir afirmando que todo va bien, que no hay problemas graves, puesto que, en gran parte, son ellos quienes han dado a la educación norteame-

ricana las características y la dirección general que lleva en la actualidad, y que son censuradas por el resto del país. La polémica ha alcanzado una actualidad y urgencia sorprendentes gracias a los últimos éxitos de la ciencia aplicada soviética. La pregunta que está en boca de todos es simplemente ¿qué es lo que no funciona en la educación norteamericana, y por qué? Desde Conant, ex-rector de Harvard, hasta la más modesta asociación de maestros y padres de familia (P.T.A., *Parents and Teachers Association)* de cualquier aldea provinciana, todo el mundo se halla vitalmente interesado en el problema. Y como en la marcha de la educación en Estados Unidos es, quizá, posible hallar la clave al destino del país, y éste, a su vez, afecta al resto del mundo, no hay, posiblemente, problema cuya discusión importe más, a largo plazo, que el que esbozamos someramente en estas líneas.

Se impone, ante todo, un esfuerzo encaminado a delimitar el problema, a hallar sus límites separando lo esencialmente problemático de lo que no lo es. Es opinión general, que no vamos a examinar en detalle, que no toda la educación norteamericana está en crisis, y que hay un sector muy importante que se salva de las críticas. Éste es el sector universitario en sus centros más sólidamente establecidos. (Y ello a pesar de los últimos comentarios de Jacques Barzun en *The House of Intellect)*. Claro está que en un país en que *colleges* y Universidades pasan del millar no resulta difícil señalar docenas —centenares incluso— de *colleges* y Universidades que funcionan defectuosamente en un sentido u otro. Lo contrario sería un sorprendente milagro. Pero —señalan los críticos del sistema— incluso si damos por descontado que hay Universidades norteamericanas que funcionan perfectamente y en las cuales la investigación y la cultura son respetadas y fomentadas, estas Universidades dependen, en último término, de la "materia prima" estudiantil que preparan las escuelas secundarias y antes todavía las primarias, y resulta difícil que una Universidad corrija errores y defectos procedentes de la escuela secundaria sin rebajar el nivel de sus enseñanzas al de dicha escuela. Es, pues, urgente concentrarse en los problemas de la escuela secundaria y resolverlos.

Porque en ésta son patentes las fallas de la educación norteamericana: cursos faltos de contenido cultural, programas caóticos que cambian constantemente, y que varían de una ciudad a otra, falta de método riguroso y de exigencia en los exá-

menes: todos estos son puntos que los críticos atacan, y que los defensores justifican alegando dificultades materiales y señalando lo inmenso de la labor que la sociedad les ha señalado. En todo caso la enseñanza secundaria está siendo atacada, y sus detractores concentran el fuego de la crítica hacia un sector que les parece especialmente vulnerable: el de la "educación progresiva" que, en forma pura o diluida, constituye el eje central de las tendencias educativas en el nivel secundario, y que ha sido propagada y sistematizada por las enseñanzas filosóficas y pedagógicas de John Dewey. Todo queda claro: hay un culpable, un responsable, y es John Dewey; se trata ahora de combatir su influencia —innegable— y sus ideas —mucho menos conocidas y estudiadas— y sustituirlas por una nueva filosofía educativa —no formulada todavía. La empresa parece arriesgada, pero no debe serlo tanto, puesto que por este camino se lanza una mayoría de opinantes. No es difícil hallar vaguedad en las ideas que acerca de Dewey y del pragmatismo sustenta la mayor parte de los lectores cultos no norteamericanos; pero al fin y al cabo ello es explicable, puesto que se trata de un filósofo y una filosofía que les son en gran parte ajenos (la única excepción la constituye Inglaterra, fuente de posturas filosóficas en cierto modo afines al pragmatismo). Lo que sí constituye una sorpresa es hallar tan poca información y tantas imprecisiones en algunos críticos norteamericanos. Pues, ante todo, si lo que queremos es precisar el éxito o la falta de éxito de la educación secundaria norteamericana, es preciso ver qué se proponía esta educación, cuáles eran sus fines, y (ya que una vasta organización burocrática y profesional casi nunca se expresa con claridad y en forma sistemática) qué se proponía Dewey al formular sus ideales filosóficos y educativos, aceptados en gran parte por los educadores norteamericanos. La indignación y el improperio son raras veces buen método de realizar una investigación seria.

En primer lugar, y para señalar lo más evidente, las ideas educativas de Dewey dependen de su teoría general acerca de la función de la inteligencia humana, la cual a su vez está supeditada a una visión que él llama "instrumentalista" del funcionamiento y la actividad humana en general y cuyas raíces son netamente biológicas. Sin Darwin, en particular, Dewey no habría podido dar ni un paso; y uno de sus libros se titula precisamente *The Influence of Darwin on Philosophy*. La filosofía darwiniana y neodarwiniana a fines del siglo pasado y princi-

pios del presente se movía casi exclusivamente en terrenos biológicos y evolucionistas, y, aunque el evolucionismo del siglo pasado haya producido tendencias tan contradictorias como las de Nietzsche, Spencer y —en último término— Bergson, los especialistas en la biología de que Dewey deriva algunas de sus ideas no llegaban a ambicionar una explicación sistemática y total de la inteligencia humana y de sus obras sino más bien se limitaban a describir la interacción entre sujeto y ambiente, refinando y modificando constantemente las ideas darwinianas, insistiendo menos en la "supervivencia del más apto" y más en la simbiosis y en fenómenos ambientales de mayor complejidad. Buen ejemplo de las nuevas tendencias biológicas a principios del siglo XX es, entre otros, el alemán Von Uexküll.

No hay —indican los nuevos biólogos— descripción acertada posible de un organismo que no implique y suponga, al mismo tiempo, una descripción del ambiente en que este organismo se mueve y con el que tiene que contar; sus órganos sensoriales, sus medios de locomoción, su forma de alimentarse, de atacar, de huir, no funcionan en el vacío sino que dependen de ciertas condiciones fuera de las cuales resultarían inútiles e incluso nocivos. Es, pues, indispensable partir del ambiente, o de un círculo que, saliendo del organismo, vaya hacia el ambiente en amplia curva, lo recoja y organice, y vuelva hacia el organismo, permitiéndole así el contacto y la acción. Un organismo es ante todo una ordenación de factores físicoquímicos con vistas a una actividad en un medio ambiente determinado.

Dewey recoge, amplía y sistematiza estas ideas. Lo que le interesa es el estudio del ambiente en que se mueven esos organismos biológicos tan complicados y variados que son los hombres, y la función de la inteligencia en esa actividad: para él está bien claro que la inteligencia —como señalaban por aquel entonces numerosos biólogos y especialistas de la evolución— no es más que un instrumento en la lucha por la vida, instrumento que la evolución ha puesto en marcha tras numerosas tentativas fracasadas, tras una larga serie de *trials and errors*. La inteligencia es un instrumento como los medios de que se sirven los animales para reptar, volar, trepar o correr. Nació de la lucha por la vida, de las necesidades prácticas del hombre primitivo; se desarrolló porque consiguió rápidamente para el hombre la solución de numerosos problemas prácticos que los otros animales fueron incapaces de resolver. Observemos de paso que Dewey siente por toda actitud filosófica de

tipo metafísico, por todo idealismo más o menos abstracto, el mismo desprecio —velado a veces por un odio activo— que caracteriza a los otros filósofos de la era positivista, pero con una ligera diferencia: transforma su crítica antimetafísica en actitud político-social al relegar la metafísica al rango de diversión ociosa propia de minorías europeas enraizadas en el pasado y con mucho tiempo libre para dedicarse a pasatiempos de esta clase, tiempo libre conseguido, claro está, a costa de la explotación de las masas; la actitud metafísica en filosofía, concluye Dewey, es, pues, impropia de una democracia popular y progresista como la norteamericana. Este mensaje, que coincide, por otra parte, con la desconfianza que tantos pensadores anglosajones han manifestado frente al pensamiento abstracto —y no sólo en Estados Unidos, sino también en Inglaterra; recordemos la oposición entre las tendencias empiristas inglesas en el siglo XVIII y el racionalismo del continente europeo— exalta el patriotismo nacional, es un llamamiento a la conciencia del país, pretende, en suma, dar base científica a las preferencias populares. Y cuando una filosofía coincide con una tendencia general que hasta aquel momento no había hallado expresión adecuada, nada ni nadie es capaz de contrarrestar el éxito de tal filosofía. Esto ocurre con las ideas de Dewey a principios de nuestro siglo. Dewey llega a ser mucho más eficaz que William James, a pesar de la inteligencia y finura de este último, de su acendrado sentido artístico, y de que James, si bien avanzaba en principio en la misma dirección que Dewey, era hombre más variado y complejo, y su pensamiento podía satisfacer a grupos más dispares. Santayana queda, frente a los otros dos, como figura trágicamente aislada en su pequeño grupo selecto de amigos y admiradores, sin influencia seria en el resto del país, propugnador solitario de un "materialismo artístico" que no coincide en absoluto con ninguna tendencia fundamental norteamericana. Cuando Dewey publica su *Democracy and Education* en 1916 queda bien claro que ha ganado la partida, y que su influencia será decisiva, por lo menos en la primera mitad del siglo, y, sobre todo, en el campo de la educación.

El movimiento llamado de "educación progresiva" (o radical, o avanzada, o como queramos llamarlo en español) impulsado por Dewey no se habría extendido tan rápidamente a no ser por el hecho de que estaba ya en marcha cuando recibió el impulso de las teorías de Dewey y de que respondía a una necesidad urgente de cambiar de métodos y principios educati-

vos. Las escuelas primarias y secundarias norteamericanas de la época —y lo mismo ocurría en muchos otros países— ofrecían con frecuencia un espectáculo lamentable. La educación se hallaba en crisis, una crisis posiblemente más grave que la de hoy. Las escuelas se multiplicaban prodigiosamente; el país, en transición rápida, se industrializaba a toda velocidad, recibía grandes oleadas de inmigrantes que se concentraban en las grandes ciudades. Las escuelas urbanas, sobre todo, crecían desorbitadamente. Y la educación que en ellas se impartía, mezcla estática y confusa de recetas elaboradas en el siglo XIX y antes, no tenía casi nada que ver con la vida cotidiana de los alumnos. Oscar Handlin, el inteligente historiador y ensayista, ha hecho hincapié recientemente (en el *New York Times Magazine* del 15 de junio de 1958) en los vicios de la vieja educación: disciplina rígida, cruel incluso a veces, represión a toda costa de la espontaneidad juvenil, aprendizaje de memoria, mecánico y estéril, "incertidumbre acerca de lo que había que enseñar. Cualquier asignatura podía justificarse como fuente de disciplina mental: lenguas clásicas, matemáticas, historia, basquetbol, poco importaba. El plan de estudios lo determinaba en parte los vestigios de la educación secundaria inglesa tradicional, en parte las presiones de ciertos grupos de maestros con intereses creados, y en gran parte la inercia". El único denominador común era la vaga creencia de que la cultura impartida por las escuelas debía permanecer aparte, digna y orgullosamente retirada como en lo alto de una invisible columna, sin contacto alguno con la realidad cotidiana. Los estudiantes no hallaban el puente que les permitiera pasar de su ambiente urbano o rural al olimpo de los clásicos o de las disciplinas tradicionales que la escuela les ofrecía. No podían hacer preguntas; debían limitarse a aceptar pasivamente el regalo cultural que los maestros se dignaban hacerles. Contra este estado de cosas desencadenó su ofensiva la educación progresiva. El ataque estaba plenamente justificado.

Dewey lo llevó a cabo en tres sectores: fundando escuelas experimentales, como la de la Universidad de Chicago ya en 1896; formando educadores desde la Universidad de Columbia y su Teacher's College, que difundieron su tendencia por todo el país; lanzando sobre sus adversarios una lluvia de libros y folletos con que en el curso de su larga vida fue afianzando sus ideas filosóficas y pedagógicas. La bibliografía de Dewey y de sus principales partidarios llega ya a varios centenares de

libros y artículos. Y aunque el estilo del propio Dewey y de sus entusiastas es con frecuencia seco, árido y pedante, el impacto de tantas páginas impresas no deja de ser considerable. Y la nueva escuela pedagógica insiste, con justicia, en que el proceso de aprendizaje no puede quedar divorciado de la experiencia concreta de cada niño o adolescente. La educación —a diferencia de lo que pudiéramos llamar Cultura con mayúscula— es un acontecer, un cambio interno, un proceso de crecimiento, algo que le ocurre a alguien —al niño, al adolescente— no solamente durante los períodos en que se halla en el aula, sino durante toda su vida. Si lo que aprende en clase no puede relacionarlo con la experiencia cotidiana, le parecerá remoto e inasequible, verá la cultura como algo ajeno, indiferente u hostil a su propia vida. (En España no tardaría Ortega en escribir: "La vida debe ser culta, pero la cultura tiene que ser vital").

El estudiante-organismo se mueve en un ambiente determinado, en una "circunstancia" determinada, para emplear un vocabulario orteguiano —la biología no ha dejado de tener influencia en la obra del pensador español. Si queremos que la cultura sea para él un alimento vital, que determine su crecimiento —y la palabra "crecimiento" tiene para algunos deweyanos virtudes explicativas casi mágicas— debemos tratar de incorporar la cultura, o parte de la cultura, a la experiencia cotidiana, y no al revés, lo cual resultaría, en la práctica, imposible; y debemos empezar por aquella parte de la cultura que sea más fácilmente asimilable y observable: el niño aprende *by doing*, "al hacer" toda clase de cosas, objetos, desempeñar funciones y actividades variadas. Hay que colocar al niño en situaciones auténticas; y dejarlo así que aprenda por sí solo. Que elija un presidente de la clase y se pregunte así por el proceso electoral de la ciudad o del país. Que cultive flores antes de estudiar botánica; las preguntas teóricas, y sus respuestas, vendrán después, y naturalmente. Los experimentos de laboratorio —en que con frecuencia los estudiantes habrán construido, en todo o en parte, los instrumentos y aparatos necesarios— deberán preceder a las explicaciones teóricas. Los alumnos deberán tratar de publicar un periódico, escribir poemas, montar obras de teatro, y comprender así las dificultades —y las glorias— de la literatura y las artes de comunicación.

Apresurémonos a afirmar que estas teorías pedagógicas —nuevas hacia principios de siglo y en gran parte aplicadas sistemáticamente en Estados Unidos tan sólo a partir de 1920,

pero bien conocidas y establecidas hoy día— representaron un serio esfuerzo, en parte muy provechoso, para establecer un enlace entre escuela y sociedad, enlace que el desarrollo y la multiplicación de los sistemas escolares, junto con los cambios radicales en la estructura social a fines del siglo pasado y principios del presente, había acabado por romper. La educación secundaria, por ejemplo, prevista en principio para una minoría selecta, había llegado en algunos Estados, como Nueva York, por hacerse obligatoria; de ahí que, al abarcar a la totalidad, o casi, de la población de edad escolar, se impusiera una revisión en el plan de estudios. La educación primaria era excesivamente rígida y formalista, no tenía en cuenta las últimas teorías psicológicas, lo sacrificaba todo a una disciplina impuesta desde arriba, ciegamente, y al aprendizaje forzoso y forzado de ciertos conocimientos que el niño aceptaba a disgusto, mecánicamente. La historia de la reforma de la educación primaria es cosa bien conocida de todos, y que afecta no solamente a Estados Unidos, sino, en mayor o menor grado, a todos los países occidentales medianamente adelantados. La revolución ha sido en algunos casos radical, en otros menos, pero ha ido siempre en el sentido de aflojar la disciplina, dejar al niño mayor iniciativa, relacionar en lo posible los conocimientos que hay que adquirir y la experiencia cotidiana del niño: principios todos propugnados por Dewey, y también, simultáneamente, por otros educadores en distintos países. Pero al llegar a la escuela secundaria la experiencia norteamericana adquiere un carácter único. Ningún otro país ha llegado a tales extremos; a tal ausencia de disciplina, a tanta libertad de elección de materias o asignaturas, a tanto desprecio por el pasado, a una entronización tan completa de las ciencias sociales y de todo lo que pueda ser "estudiar el presente". Mientras en Inglaterra o en Francia los muchachos estudian libros de texto —mejores o peores— de historia, muchos alumnos norteamericanos se contentan con analizar en clase los "current events", los acontecimientos de actualidad, leídos en el periódico, que se convierte así en texto obligatorio, o por lo menos en punto de partida del debate. Los alumnos hablan en clase a veces mucho más que el maestro, y no se dejan convencer fácilmente por éste, que ni tan sólo lo intenta, pues, en su afán de evitar todo dogmatismo, reduce su papel en ocasiones al de un presidente de debates y se limita a dar la palabra a uno u a otro. A veces la única historia que se estudia es la local, la de Tejas o de Maine, sin establecer cuidadosamente

los lazos entre esta historia y la del resto del país —y del mundo. La disciplina es casi inexistente. Dewey suponía que los estudiantes, absortos en problemas que de veras les interesaran, se disciplinarían a sí mismos, se impondrían espontáneamente un esfuerzo de atención y de respeto por los asuntos tratados, mucho más provechoso moral y prácticamente que la disciplina cuartelaria, impuesta desde arriba, a palmetazos, del sistema antiguo. Hay que confesar que estas nobles ideas fracasan en la práctica con aterradora frecuencia, y que los maestros, uno tras otro, e incluso cuando son ardientes partidarios de Dewey, confiesan que la disciplina se ha convertido en el problema número uno, y que no pueden resolver precisamente porque el hacerlo por imposición autoritaria destruiría una base fundamental del sistema pedagógico en uso. Hay que admitir, sin embargo, para ser justos, que las ideas de Dewey no son las únicas que contribuyen a la falta de disciplina, y que el hogar norteamericano no es, en general, lugar en que triunfe la disciplina, en gran parte debido a las ideas freudianas —o a la vulgarización de esas ideas y a un latente "psicologismo progresista" que ha penetrado en este país por todas partes— de que el exceso de disciplina "frustra" al niño, le hace odiar al padre, y exacerba el latente complejo de Edipo. La penetración de las ideas freudianas es un fenómeno sin paralelo que se impone a partir de 1920, y coincide con el triunfo de la educación progresiva, reforzándolo en muchos sentidos. El padre no debe ser jamás un tirano, sino un amigo, una especie de hermano mayor con el que se puede discutir, de cuyas opiniones cabe discrepar en medida mucho mayor que en otras partes. La rebelión abierta frente a la autoridad paterna carece de sentido, ya que esta autoridad es sumamente débil; el niño "colabora" con sus padres, lo mismo que "colabora" con sus maestros, y consigue con frecuencia hacer pesar su voluntad.

Y, en efecto, el centro de atención de la nueva pedagogía ha sido, y sigue siendo en gran parte, no la cultura que hay que enseñar, sino el niño o el adolescente que ha de ser enseñado. La escuela tradicional desatendía al niño y sus problemas; la nueva educación desatiende a la cultura, preocupada por su noble deseo de entender y situar al niño, de no penetrar demasiado bruscamente en el ambiente delicado y único en que se está formando. La cultura no es, al fin y al cabo, dicen los deweyanos, un monstruo sagrado, una deidad lejana a la que hay que propiciar con sacrificios de adolescentes, sino, simple-

mente, el esfuerzo que el hombre —el hombre de hoy y también el hombre de otras épocas— ha venido haciendo por adaptarse al medio ambiente, por modificar ese medio ambiente y hacer que le fuera más favorable. Y, además, la adquisición de ciertas técnicas culturales "elevadas" no ha sido en el pasado sino una forma de perpetuar la división en clases sociales, separando por una parte a los hombres cultos, con la autoridad y el poder del dinero y la posición social reforzados y "garantizados" por la cultura adquirida, y por otra a los trabajadores, incultos y sumisos. Tal división no tiene sentido en una democracia; es, al contrario, la negación misma de los principios democráticos. El amor alemán a la cultura en sí creó un país en que las masas humildes no pudieron oponerse a la voluntad de unos pocos.

Ocurre aquí una vez más que los deweyanos tienen y no tienen razón; y su mezcla de aciertos y errores no hace sino exasperar a sus adversarios que, como Hutchins, claman por un nuevo eje unificador de la cultura contemporánea, a semejanza de la teología medieval, sin poder proporcionarlo en forma irrebatible. Si la "cultura para minorías" puede convertirse en instrumento del autoritarismo y la dictadura, perpetuando en el poder a ciertos grupos, la "cultura basada en el mínimo denominador común" discrimina en contra del joven bien dotado y ambicioso que desea aprender rápidamente y se ve obligado a seguir a la masa de los torpes y rezagados. La importancia dada a "la adaptación al medio", finalmente, crea una mentalidad conformista, sin verdadera iniciativa, en que el individuo queda supeditado al grupo y en definitiva destruido por el grupo como tal individuo. La tiranía de las masas puede ser tan odiosa como la de las minorías, y, quizá, mucho menos creadora. David Riesman ha señalado en *The Lonely Crowd* que el conformismo social y psicológico es actualmente el factor esencial de la sociedad norteamericana, y —agreguemos nosotros— se trata de una actitud que va imponiéndose igualmente en otros países. El norteamericano del siglo pasado era —o trataba de ser— individualista; creía en su destino, sabía que su esfuerzo personal podía conseguirle el éxito o el fracaso sin tener muy en cuenta la opinión de los demás; el norteamericano de hoy, producto de las escuelas de Dewey, mira a los demás antes de adoptar actitudes nuevas, y se pregunta ante todo si su iniciativa gustará a los demás o no. El norteamericano del siglo pasado aspiraba a encumbrarse en Wall Street, sede de la banca; el de hoy

quiere abrirse paso en Madison Avenue, centro de la propaganda comercial, máxima atalaya de la sociedad, sus gustos y sus caprichos, conscientes o subconscientes. "¡Al diablo con el Cliente!" dijo uno de los magnates del siglo pasado, sabiendo que el éxito dependía de imponer su voluntad a los demás, no de dejarse guiar por la masa. Pero el hombre de negocios de hoy sabe que "el cliente siempre tiene razón".

En todo caso, es posible que cada país tenga el tipo de escuela —y de gobierno— que se merece. Pero es también muy probable que el tipo de pedagogía vigente en un momento dado sea el resultado de ideas filosóficas, sociológicas, psicológicas, y, finalmente, pedagógicas, elaborado por la generación anterior. Aunque Dewey muere en 1952, no hay que olvidar que, gracias a su extraordinaria longevidad, no hizo sino desarrollar a lo largo de la primera mitad del siglo XX ciertas ideas que adquirió y elaboró en el siglo XIX, y que es, fundamentalmente, un hombre del siglo pasado. Ello a pesar del carácter de modernidad de muchas de sus ideas. Del siglo pasado procede el cariño y respeto frente a la individualidad de cada estudiante, posición admirable que, hay que esperar, se mantendrá. Y del siglo pasado procede también una fe casi ciega en la ciencia, en las virtudes del cientificismo positivista, en el valor casi absoluto de todo lo que se lleve a cabo en un laboratorio. Por absurdo que parezca, esto trae como consecuencia un extraño desprecio por las matemáticas, tan importantes para toda actividad creadora en las ciencias físicas, pero que no parecen relacionarse, por su carácter general y abstracto, con los experimentos de laboratorio que se efectúan al nivel de la enseñanza primaria y secundaria. La falta de buenos cursos de matemáticas impide a muchos estudiantes seguir más tarde una carrera científica, cosa que el mismo Dewey sería el primero en deplorar, pero que es consecuencia inexorable —por falta de tiempo y de energía— de la atención dada al estudio del "ambiente" y de las ciencias sociales, del tiempo invertido en pequeños experimentos a base de vasos, cucharas, pajuelas, discos de cartón y objetos parecidos. (Subrayemos una vez más que no todo nos parece malo en esas tendencias; bien al contrario. Muchas escuelas europeas, por ejemplo, descuidan casi totalmente, en el nivel secundario, las ciencias sociales, lo cual es un grave error. La familiaridad con los aparatos de laboratorio no es un mal, sino una positiva ventaja. Y el "no acabar el programa", el no extender el plan de estudios históricos o literarios hasta la

época contemporánea, en teoría o, cosa frecuentísima, en la práctica, es vicio arraigado e intolerable de la educación secundaria europea tradicional, escasamente modificado en estos últimos años).

Y precisamente por ser Dewey en esencia un hombre del siglo pasado encontramos implícito en su ideario un optimismo difícil de compaginar con los años en que vivimos. La época positivista creía que la ciencia, el sentido común, la democracia parlamentaria triunfante, la industrialización, en suma, la marcha general de la historia, iban a poner coto en breve a los más urgentes problemas de la humanidad. Las ideas pedagógicas de Dewey, inspiradas en gran parte en el evolucionismo darwiniano y en el biologismo "fin de siècle", pero influidas también por las de Rousseau —otro optimista— se basaban en una fe, que hoy vemos como inmotivada y casi como "fe del carbonero", en el progreso unilinear, en línea recta. El progreso que veía a su alrededor le obligaba a insistir en que el presente, su presente, la época en que el progreso había triunfado de manera que parecía definitiva, era época distinta a las anteriores, superior a ellas, irreductible y victoriosa. De ahí que fuera urgente *adaptarse* a época tan ventajosa y disipar las tinieblas de un pasado feudal y autoritario. El progreso era como la ola azul y poderosa que lleva a los australianos, sobre frágil tabla de madera, hasta la playa que brilla a lo lejos. Había que dejarse llevar, que adaptarse al progreso, al presente, a toda costa. Pero la sumersión total en el presente no deja energías ni perspectivas para escapar a él cuando, como creemos hoy, existe en este presente una posibilidad interna de fracaso y de ruina. Los psicólogos, sociólogos, antropólogos norteamericanos de hoy se hallan muy lejos de suscribir a un credo optimista. La juventud de Dewey fue, sin duda, época gloriosa para las ciencias sociales en Estados Unidos —recordemos a William James, a Boas, a Veblen. Las nuevas generaciones han producido a hombres no menos brillantes —Erich Fromm, Riesman— pero sí menos satisfechos (aun cuando Veblen fue crítico violento de su sociedad, había en sus páginas una fe implícita en una posible reforma que no parece encontrarse en las páginas de los críticos actuales de la sociedad norteamericana). Las corrientes existencialistas, con su crítica de la mala fe y la inautenticidad, vienen a subrayar más aún la gravedad de toda adaptación ciega a una sociedad que nos ha llevado al borde del abismo. La desconfianza se halla hoy sumamente extendida. Y es evidente

que para poder cambiar de rumbo es preciso una visión del pasado, no solamente del presente; la adaptación al presente, a toda costa, produce una inhibición en las facultades críticas al suprimir toda comparación válida con otras épocas, que tenían, sin duda, graves problemas, pero no precisamente, o sólo en parte, los problemas de hoy. La mejor forma de continuar evolucionando es, a veces, no adaptarse al medio sino negarlo, superarlo, como hace el pez que aprende a vivir fuera del agua y se transforma en anfibio. El pez perfectamente adaptado no dejará nunca de ser pez. La adaptación al medio produce, sin duda, la comodidad, y posiblemente, incluso, para la mayoría, la satisfacción —llamémosle, si queremos, felicidad— pero a costa de otros valores; a costa, a la larga, de poder distinguir entre los valores, de poder entender lo que no sea inmediato e inmediatamente útil.

El estudio del pasado —y de las disciplinas que más alejadas parecen de la experiencia cotidiana— es, pues, tan necesario para la supervivencia de la especie como la adaptación al medio. La disciplina impuesta desde arriba, aunque moralmente menos creadora que la autodisciplina, es a veces indispensable para mantener el esfuerzo creador (y para no agobiar al estudiante con responsabilidades excesivas: "maestra, ¿tenemos que hacer hoy, otra vez, lo que queramos?", clamaba cierto día, desesperada, una alumna de una escuela "progresiva").

Es, pues, la crisis de la sociedad contemporánea, la disminución de la fe en la ciencia y en el progreso, la que, al afectar el optimismo "oficial" en Estados Unidos, ha revelado las insuficiencias y el provincialismo de las corrientes educativas deweyanas. No hay sistema pedagógico que funcione en abstracto, al margen de la sociedad; el de Dewey, construido para una época más segura de sí misma y de su futuro, resulta inadecuado a la sociedad de nuestros días. Su provincianismo consistía, sobre todo, en un "hic et nunc", en un *aquí* y *ahora* en que se subrayaban las ventajas de vivir en el siglo XX y en Estados Unidos, se menospreciaba el pasado y la cultura europea como tal. Observemos que su triunfo coincide con la gran ola de aislacionismo, de provincialismo al fin y al cabo, que separa a Estados Unidos del resto del mundo —políticamente, pero también, en forma sutil, culturalmente— a partir de 1920. Roto el enlace con la tradición, convencido el norteamericano de entonces de hallarse en el apogeo del poder y la prosperidad, el pasado le aparece como cultura de museo y archivo, inútil para el

presente, y los países europeos, pequeños, pobres y amargados por sus disensiones, son vistos como ejemplo cultural indigno de imitación. Han ocurrido tantas cosas desde entonces —la crisis del 29, la vuelta de Estados Unidos al campo de la política internacional, la guerra del 39, la aparición de Rusia como potencia industrial que ha conseguido su poderío gracias a "principios abstractos", no mediante el empirismo y la colaboración democrática— que el orgullo narcisista y solipsista de la época aislacionista nos resulta hoy de difícil comprensión. Existió, sin embargo, y de él quedan aún huellas en Estados Unidos.

Los ingleses ganaron —y liquidaron— un imperio "desde los verdes terrenos de juego de Eton", desde Oxford y Cambridge, desde los centros formativos de sus minorías selectas. La Francia contemporánea no sería lo que es sin la reforma de la enseñanza hecha por Jules Ferry. La República española de 1931 fue casi un subproducto de la actividad renovadora organizada a partir de la Institución Libre de Enseñanza y sus reformas al margen de la actividad oficial. Los cambios en el sistema educativo no son jamás actividad "meramente académica" sino que afectan la marcha de la historia. La educación —a pesar de sus ineficiencias y sus torpezas, a pesar de su casi increíble lentitud, de su falta de efecto visible e inmediato— es todavía el único medio de que disponemos para enfrentarnos a ciertos problemas —sociales, económicos, culturales— de cuya solución (o quizá en plan menos optimista de cuya neutralización parcial) depende el futuro de todos. Lo que ocurra en la educación norteamericana es, posiblemente, decisivo, y en todo caso importantísimo. Y lo que está pasando es lo siguiente: los enemigos de la "educación progresiva" deweyana se hallan en plan de guerrilleros, aislados entre sí, sin idea clara de cómo imponerse, sin más apoyo que el de una opinión pública inquieta, imprecisa y a la postre poco eficaz. Corren, además, el riesgo de liquidar las ventajas positivas conseguidas en los últimos años y de volver a métodos anticuados. El mayor éxito de los enemigos de Dewey parece consistir en obligar a los educadores oficiales, deweyanos, que controlan la mayoría de las escuelas, a una solución de compromiso, ecléctica, basada en varios planes de estudios, unos más difíciles que otros, para que los alumnos puedan elegir. Sería difícil hoy hallar escuelas en que se apliquen las "ideas progresivas" en su forma pura; las críticas y las resistencias han obligado por doquier a llegar a soluciones de compromiso, a planes intermedios trazados al azar. Tal ten-

dencia conciliadora se halla de acuerdo con la creencia norteamericana en el empirismo y el libre ensayo, en el *trial and error* que aparece por doquier —con frecuencia ventajosamente— en la vida social de los países anglosajones. Creemos, sin embargo, que es posible modificar profundamente los resultados prácticos de la educación deweyana *desde dentro* del pensamiento de Dewey, ya que, por ahora, no ha triunfado en el país ningún otro sistema de ideas que pueda sustituirlo eficazmente. No nos parece tan equivocada la idea de Dewey de que la inteligencia consiste en adaptarse al medio ambiente como la definición que del medio ambiente va implícita en Dewey. El medio ambiente del hombre no es el presente, sino la historia; no el presente norteamericano, sino todos los países. Restringir la educación al presente de un solo país significa suprimir en los jóvenes sometidos a esa educación la posibilidad de adaptarse a su pasado —y a su futuro, determinado en parte por el pasado— y al resto del mundo, inseparable del presente; al resto del mundo, sobre el que han de actuar, en una u otra forma, sobre el que actúan incluso cuando —como en 1920— la indiferencia y el orgullo les llevó a no hacer nada. La política de la época hitleriana en sus primeros años está hecha de presencias y de ausencias: la presencia más visible es la del nazismo, pero la ausencia más visible es la de Estados Unidos. Y, finalmente, el que sospeche —como un Hamlet moderno— que "hay algo podrido en el siglo XX" hará bien en no adaptarse excesivamente a su época; si lo hace perderá toda posibilidad de superación y reforma. Es fácil, claro está, impacientarse ante la indecisión y la locura. El lector norteamericano deberá recordar que en cuanto a la "educación para las masas" los Estados Unidos se hallan, a pesar de sus aparentes deficiencias, muy adelantados al resto del mundo. Todo lo que afecta a las masas es cuestión de estadísticas, o es, por lo menos, incomprensible sin recurrir a ellas; y las estadísticas demuestran que no hay ningún otro país que esté educando a tanta gente. Si se compara a un bachiller norteamericano con un bachiller francés, el norteamericano sufrirá, posiblemente, en muchos aspectos. Pero si comparamos a un bachiller norteamericano con un europeo sin más educación que la primaria —y éstos son todavía, estadísticamente, los europeos más numerosos— será el europeo el que no estará a la altura en numerosos puntos. Y las Universidades —al menos las mejores— están, éstas sí, a la altura de los tiempos, aunque tienen que luchar con mayor ahínco que nunca porque

los alumnos que las escuelas secundarias les envían suelen ir mal preparados. Aunque sean patentes las deficiencias de la educación norteamericana, el querer educar a la inmensa mayoría de la población es empresa gloriosa y arriesgada que otros países habrán de emprender bien pronto, que están emprendiendo ya. De los errores norteamericanos —que muchos hombres de buena voluntad se esfuerzan en estos momentos por corregir— podrán, sin duda, aprender mucho, a no ser que crean, como Dewey —y como el sentido común suele indicar— que la única experiencia útil es la que nos afecta directamente. En todo caso el espectáculo de un país inmenso que se debate, inquieto, y trata de hallar solución a uno de los problemas más urgentes de nuestro tiempo tiene características épicas que sobrecogen al observador, le imponen atención e incluso respeto. Ya no cabe decir, con Don Quijote, "paciencia y barajar": el problema es demasiado urgente y afecta demasiado directamente al resto del mundo.

HUMBOLDT, LA GEOGRAFÍA MODERNA Y CUBA

Por *Levi MARRERO*

Nos separan justamente una centuria y dos años de los días en que un viajero y escritor norteamericano, Bayard Taylor, decía a sus muy numerosos y devotos lectores, que había ido a Berlín, ese año de 1857, "no para visitar sus museos y galerías, sus óperas y sus teatros, ni para mezclarme en la vida alegre —sino para ver y hablar con el más grande de todos los hombres vivientes— Alejandro Von Humboldt".

No había en estas palabras nada excepcional en aquellos tiempos en que el sabio prusiano había sido ampliamente reconocido, según palabras de Emerson, como "una de esas maravillas del mundo, como Aristóteles, como Julio César..., que aparecen de tiempo en tiempo para mostrarnos la posibilidad de la inteligencia humana y el alcance de sus capacidades: un hombre universal".

Aquel hombre de baja estatura y encorvado, con la cara de un querubín y la blanca cabeza de un Júpiter, a quien rendía homenaje el mundo occidental en el ocaso de una vida larga y fecunda, acababa de publicar ese mismo año de 1857 el volumen cuarto de su Cosmos, culminación de la física romántica, en el que según Von Hagen "el concepto uniforme de la Naturaleza recibió su memorial más glorioso". Con esta obra cerraba Humboldt una época, mientras Darwin, su amigo y protegido intelectual, estaba abriendo otra. Al saludar "al más grande de todos los viajeros científicos que ha vivido jamás", Taylor podía muy bien decir que había estrechado la mano que, a su vez, había cerrado las de Federico el Grande, Schiller, Goethe, Bolívar, Napoleón, los Mariscales de Francia, Jefferson, Franklin, Laplace, Cuvier, Herder, Gay Lussac, Hamilton, Beethoven, Walter Scott —en resumen, como dijera uno de sus biógrafos— de todos los grandes hombres que Europa y América habían producido en tres cuartos de siglo. Podía

mirar a los ojos que habían visto el punto en que se reúnen las aguas del Orinoco y del Amazonas, que habían ascendido al Chimborazo, al Popocatépetl, a los Alpes; los ojos grises que habían visto el Caspio, los Urales, Siberia y las estepas tártaras. Esas eran las manos y esos eran los ojos del hombre que "había vuelto a descubrir las Américas"...

Cien años después de su muerte, la admiración por Humboldt no ha decaído. En este centenario, cuando las instituciones culturales de todo el mundo le están rindiendo justísimo homenaje, la voz de Cuba no puede faltar en el amplio y fecundo ciclo de resonancias humboldtianas. Con orgullo y complacencia debemos recordar, al reclamar la vigencia de la vinculación del sabio a Cuba, una feliz paráfrasis de don Fernando Ortiz, quien por su sabiduría longeva y generosa, pertenece por derecho propio al linaje de los Humboldt: "El autor de la obra *Cosmos* pertenece al mundo; el ilustre sabio pertenece a Alemania; el autor del *Ensayo Político sobre la Isla de Cuba* a esta Patria cubana pertenece".

La magnitud y significación del genio de Humboldt, y la amplitud sorprendente de su obra, pone muy lejos de nuestro alcance el intento de bosquejarla, ni aun en brevísimo esquema. Preferimos, pues, intentar en estas páginas, una presentación de aquel aspecto de su obra más próximo a nuestros intereses profesionales: la geografía; a la vez que nos esforzaremos por destacar algunos de los rasgos más significativos del *Ensayo Político,* en el que con mano maestra ofreció un análisis lúcido, sincero y valiente, de la realidad cubana del primer cuarto del siglo XIX.

Humboldt y la geografía moderna

La multiplicidad y vasto alcance de los temas que suscitaban el interés de Humboldt llevó a varios de sus contemporáneos a considerarlo demasiado versátil. ¿Fue ello un pecado? En manera alguna, a nuestro juicio. Se estaba entonces lejos del estrecho especialismo de nuestros días, y era necesario —como ocurre todavía hoy— que alguna mentalidad excepcional fuese capaz de saltar fronteras y anudar temas. Fue precisamente por esta ambiciosa disposición de la curiosidad de Humboldt que hoy podemos llamarle creador máximo de la geografía moderna. Pero antes, debemos ofrecer un esbozo de la etapa juvenil

del sabio, cuando se preparaba para una vida de constante indagación y creación.

Federico Alejandro Humboldt nació en Berlín en 1769, de padre perteneciente a la nobleza prusiana y de madre francesa. El signo de lo excepcional se muestra hasta en la educación que recibiera en las primeras etapas de su vida. Bajo la dirección de un preceptor poco común, el profesor Campe, por otro título traductor del *Robinson*, la formación intelectual inicial de los Humboldt, Alejandro y Carlos Guillermo, su hermano mayor, más tarde filólogo famoso, tuvo como escenario la pradera que rodeaba el castillo familiar de Tegel. Campe, que amaba los principios russeaunianos, estimuló en su alumno Alejandro el interés por los viajes. Desde la infancia soñó Humboldt con explorar tierras lejanas, llamado por un mundo distante que el romanticismo hacía más atrayente aún.

Fue con esta disposición que el joven Alejandro de Humboldt llegó a la Universidad, poseedor ya de una notabilísima base cultural. Los cursos de botánica, de física y de geología fueron sus favoritos en las universidades de Francfort y Gotinga. En esta última nació su amistad con George Forster, otro de los creadores de la moderna geografía. Forster, quien muy joven había dado la vuelta al mundo en compañía de su padre, como miembro de la expedición de Cook, estimuló aún más la vocación viajera de Humboldt, y le acompañó en varias excursiones científicas por Europa.

Su vida, larga y fecunda, que iba a prolongarse durante noventa gloriosos años, le daría oportunidad de ampliar su horizonte cultural ilimitadamente, y de recorrer tantas tierras como pocos hombres antes que él habían logrado. Pero Humboldt no fue sólo un viajero incansable en los años de su juventud; no solamente vio los hechos, sino que tuvo una capacidad genial para entrelazarlos, descubrir sus relaciones y crear así una nueva visión del espacio geográfico. Por ello hoy le reconocemos como el primero de los geógrafos modernos.

Para comprender la magnitud de la tarea cumplida por Humboldt en el campo de la geografía basta revisar lo que era la geografía antes de él. De una esfera de conocimientos ilimitados, en la cual cabían todas las indagaciones sobre la tierra y el universo, que fue la geografía durante siglos de imprecisión de los campos del conocimiento en la Antigüedad, nuestra ciencia había venido a ser con Ptolomeo y durante los quince siglos en que sus ideas predominaron, una ciencia interesada en la

búsqueda de hechos, tales como la localización de lugares, la configuración de las costas, y otros de igual sentido, casi siempre orientados al servicio de la navegación y del comercio, que se iban haciendo más significativos según avanzaba la edad media.

La aurora de los tiempos modernos coincidió con la época de los descubrimientos, y sobre Europa se volcaron, mitad mitos y mitad realidad sorprendente, las presencias de mundos nuevos que desafiaban la imaginación medieval apenas desperezada. La llamada entonces geografía se vio reclamada por una tarea de Hércules: debía recopilar, revisar y clasificar toda aquella información, aquel incontenible aluvión de datos, que arribaban sin tregua a Europa. Debían ser descritas aquellas nuevas tierras, determinadas sus posiciones, dibujadas sus cartas para el uso de los marinos, y sobre todo, había que saciar el apetito de noticias de los deslumbrados europeos...

El volumen de información pintoresca e inorgánica que era entonces el presunto contenido de la geografía, algún día alcanzaría sus últimos límites, pues si la misión del geógrafo no era sino "descubrir, explorar, describir, bautizar y etiquetar", habrían de terminar las posibilidades de su ciencia tan pronto terminara de ser explorado el mundo. Y mientras de una parte la geografía veía la liquidación de su campo a plazo fijo, por otra las ciencias especiales, que en otro tiempo los antiguos consideraron como inclusas en la geografía, iban adquiriendo categoría propia, se independizaban, y empobrecían así la que en un tiempo hubiera podido ser considerada madre de las ciencias. Una geografía como ciencia de relaciones habría de surgir con vigor nuevo y campo propio, pero para llegar a ello debió existir un Humboldt, y la inspiración inigualada de un mundo extraño y casi virgen, América, que fue el vasto laboratorio donde su genio concibió y maduró el sentido de las relaciones geográficas.

Paradigma de viajeros científicos, fue Humboldt el perfeccionador del método de la observación de la naturaleza en regiones casi desconocidas para la ciencia. Su técnica, se ha dicho, sirvió a cuantos le siguieron, como modelo y como estímulo. En todos sus viajes, por breves que fuesen, realizó multitud de observaciones. Midió la temperatura del aire y del suelo; estudió la presión y los vientos; determinó la latitud y la longitud, obtuvo la elevación sobre el nivel del mar; observó las variaciones magnéticas e investigó la naturaleza de las rocas, estudió

los tipos de plantas y su relación con el clima y la altura, y nunca olvidó estudiar las características de la población. George Thatan ha podido decir, por todo lo anterior, que "nada escapó a su vista y ningún aspecto de la naturaleza dejó de despertar su curiosidad científica".

El deseo de organizar esta información obtenida personalmente en sus recorridos por América, llevó a Humboldt al cultivo de la geografía. Pero él reclamaba una geografía nueva, en lo cual tenía puntos de contacto con otro gran contemporáneo suyo, Ritter, figura de primer rango en la formación de la geografía moderna. Como explicaría Humboldt, en su libro postrero, *Cosmos,* resumiendo sus puntos de vista geográficos: "Las descripciones de países diversos ofrecen materiales muy importantes para la composición de una geografía física; sin embargo, la reunión de estas descripciones, aun ordenadas en series, no nos darían la imagen verdadera de la conformación general de la superficie poliédrica de nuestro planeta; como las floras de las diferentes regiones, colocadas las unas a continuación de las otras, tampoco formarían lo que designo bajo el nombre de Geografía de las plantas. Por la aplicación del pensamiento a las observaciones aisladas; por las miras del espíritu que compara y combina, llegamos a descubrir en la individualidad de las formas orgánicas, es decir, en la historia natural descriptiva de las plantas y de los animales, los caracteres comunes que puede presentar la distribución de los seres, según los climas; la inducción es la que nos revela las leyes numéricas, según las cuales se regulan la proporción de las familias animales con la suma total de las especies, y la latitud o posición geográfica de las zonas donde cada forma orgánica alcanza en las llanuras el máximo de su desarrollo. Estas consideraciones asignan, merced a la generalización de sus miras, un carácter más elevado a la descripción física del globo; y es efectivamente de esta repartición local de formas, del número y crecimiento más vigoroso de las que predominan en la masa total, de lo que dependen el aspecto del paisaje y la impresión que nos deja la fisonomía de la vegetación".

Entraba así en el campo de la geografía, con un aval de hechos bien observados y relacionados, el concepto espacial, que hoy predomina como básico del investigar geográfico, muy distinto de las ciencias morfológicas moleculares, según el decir de Vallaux. Agregaba Humboldt: "Los catálogos de los seres organizados, a que se daba otras veces el pomposo título de *Sis-*

temas de la Naturaleza, nos ponen de manifiesto un admirable enlace de analogía de estructura..., pero estos pretendidos sistemas de la naturaleza, ingeniosos en sus clasificaciones, no nos hacen ver los seres distribuidos por grupos en el *espacio*, con respecto a las diferentes relaciones de latitud y altura a que están colocados sobre el nivel del océano, y según las influencias climáticas que experimentan en virtud de causas generales y las más de las veces muy remotas..."

Con toda claridad exponía, pues, la posibilidad de explicar por medio de relaciones causales, las diferencias regionales de los paisajes naturales, pero no se detenía aquí, sino que postulaba la necesidad de investigar profundamente las relaciones entre los elementos integradores del paisaje natural: "Mi atención se dirigirá siempre a observar la armonía entre las fuerzas de la naturaleza, para destacar la influencia ejercida por la creación inanimada sobre el reino vegetal y animal", pues consideraba que la investigación de estas relaciones era la tarea básica de la geografía.

Cuando hoy aceptamos y divulgamos el concepto de la geografía ofrecido por los especialistas de la Unesco, de que nuestra ciencia tiene como tarea "localizar, describir, explicar y comparar los paisajes y las actividades de los hombres sobre la superficie de la tierra", estamos pisando terreno que se afirmó y delimitó con el pensamiento creador de Humboldt.

Sintetizar todo cuanto la geografía como ciencia autónoma y recuperada debe a Humboldt, es difícil. Baste señalar que son suyos muchos de los principios vigentes de la fisiografía y las geografías política y económica. Que fue el primero en introducir en el ámbito científico el concepto de isotermas, familiar hoy a todo estudiante, y que a sus observaciones e investigaciones y a su capacidad de promover la colaboración internacional, se debió el interés por compilar los resultados de las dispersas observaciones meteorológicas, que llevarían a crear la climatología, ciencia hoy de extraordinaria significación. Su capacidad increíble para observar y precisar, permitió la acumulación de observaciones astronómicas que sirvieron para preparar cartas geográficas más exactas de la América del Sur, de la América Central y México y de las Antillas. Y en una época en que, como la nuestra, la presentación gráfica de los hechos y el interés por la visualización ha dado a este aspecto de la geografía amplia aceptación, debemos recordar aquí que fue Humboldt, antes que nadie, quien creó el método de los perfiles geográficos

para la presentación visual de las relaciones de los hechos geográficos.

Si intentáramos subrayar, aunque fuera en forma semejante a la anterior, cuanto aportó Humboldt a las otras ciencias: a la antropología, a la astronomía, a la botánica, a la geología, a la geofísica, a la meteorología, a la oceanografía, a la fisiología y a la zoología, como lo hiciera su más reciente biógrafo Helmut da Terra, nos tomaría muchas páginas. No es de asombrarnos, pues, la admiración universal que rodeara al sabio desde su temprana madurez, hasta su muerte, y que hoy todavía nos conmueva su presencia intelectual como espectáculo admirable de increíble capacidad humana.

Humboldt y su ensayo político sobre la Isla de Cuba

Que tan excepcional espécimen humano pusiera su atención en Cuba y dedicara largas horas a ofrecer la primera descripción científicamente orgánica de nuestra patria, es motivo de noble orgullo para todo cubano culto. Y aunque el *Ensayo Político sobre la Isla de Cuba* ha sido más mencionado que leído por las últimas generaciones cubanas, esperamos que al retornar Humboldt al primer plano de la actualidad, devuelta su figura a la admiración mundial por la efeméride del centenario de su tránsito, el *Ensayo* sea lectura obligada entre nosotros.

El *Ensayo*, publicado en 1826, fue el fruto maduro de las dos visitas de Humboldt a Cuba, la última de las cuales había ocurrido veintidós años antes de ser editado el libro. Entre la presencia en Cuba del entonces joven sabio y la publicación de su obra sobre nuestra Isla, ocurrieron en el mundo hechos memorables: el ascenso y la caída de Napoleón; el Congreso de Viena, la independencia suramericana. En Cuba el progreso económico era enérgicamente impulsado sobre toneladas de carne esclavizada. En todo este tiempo Humboldt se mantuvo en contacto con sus amigos cubanos, recopiló informaciones, analizó hechos, estableció relaciones. Su libro, al publicarse, estaba al día, y reflejaba la realidad contemporánea de la Isla.

Pero creemos lógico no anticiparnos, y recordar, aunque sea a saltos, las visitas del sabio a Cuba, su contacto personal con la colonia antillana que iba despertando. El viaje de Humboldt a América, que vendría a ser el eje de toda su vida posterior,

fue casi obra del azar. El propósito original del entonces joven sabio era participar en el viaje de circunnavegación terrestre que planeaba Baudin, bajo los auspicios del Directorio francés. Pero eran tiempos difíciles de la Revolución Francesa y el proyecto tuvo que ser pospuesto. Pensó luego ir a Egipto, pero los planes de Napoleón, que irrumpía ambiciosamente en la historia, impidieron el viaje. Desilusionado, y en unión de uno de los jóvenes que debían acompañarlo en el pospuesto periplo mundial, el botánico francés Aimé Bonpland, cuyo nombre uniría para siempre a su fama, Humboldt decidió ir a España, única vía que le quedaba expedita en el convulso ámbito europeo. Sería en la península donde habría de surgir el proyecto del viaje a América. No parecía esta una empresa fácil. Hacía más de cincuenta años que ningún explorador extranjero visitaba los Reinos de las Indias, como se decía en la prosa oficial de la época. Pero Carlos IV, por lo demás un rey de ingrata memoria, tuvo una decisión feliz al abrir a los jóvenes científicos el camino de América después de escuchar a Humboldt exponer personalmente sus planes. Con una increíble carta blanca para sus andanzas partieron Humboldt y Bonpland hacia América el 5 de junio de 1799.

Cuba debió ser la primera escala americana del viaje, según varios autores. Pero después de una breve estancia en Canarias, de la que Humboldt dejó amplio informe, pues escaló el Teide y realizó observaciones interesantísimas, llegaron a Cumaná, Venezuela. Humboldt escribió más tarde páginas memorables sobre estas primeras andanzas suyas por las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente, que se iniciaron con un viaje remontando el curso del Orinoco hasta comprobar la unión de la cuenca de este río con la del Amazonas. Llegaron en esta prolongada excursión en la cual durante meses no vieron ser humano alguno, sino selvas, víboras y monos, hasta la frontera del Brasil. Con la determinación de posiciones astronómicas ejecutadas por Humboldt durante este recorrido, quedaron eliminados definitivamente del mapa suramericano numerosos errores repetidos hasta entonces.

Humboldt, que era un corresponsal incansable, mantenía informados a sus amigos europeos sobre sus descubrimientos. Sus cartas, leídas en las sociedades científicas, y reproducidas por la prensa, hicieron nacer un nuevo interés por América en los círculos cultos de Europa. De ahí su nombradía como "redescubridor". Cuba sería la segunda tierra americana visitada

por Humboldt. El viaje que hoy se realiza por avión en menos de cinco horas, tomó a nuestros sabios cuarenta y cuatro días de navegación, durante los cuales vivieron incidentes tales como la captura de su barco por un navío inglés y un incendio a bordo. Así eran entonces los riesgos de viajar.

A La Habana llegó Humboldt el 18 de diciembre de 1800, cuando estaba a punto de nacer el siglo XIX. Su primera impresión, decantada por los años y a través de experiencias posteriores, quedaría escrita de su puño y letra en las primeras páginas del *Ensayo:* "La vista de La Habana, a la entrada del puerto, es una de las más alegres y pintorescas de que pueda gozarse en el litoral de la América equinoccial, al norte del ecuador. Aquel sitio, celebrado por los viajeros de todas las naciones, no tiene el lujo de vegetación que hermosea las orillas del Guayaquil, ni la majestad silvestre de las costas rocallosas del Río de Janeiro... pero la gracia de nuestros climas adorna las escenas de la naturaleza cultivada, se mezcla allí con la majestad de las formas vegetales, y con el vigor orgánico característico de la zona tórrida. El europeo que experimenta una mezcla de impresiones tan halagüeñas olvida el peligro que le amenaza en medio de las ciudades populosas de las Antillas *(referencia inevitable a la horrorizante fiebre amarilla)*, trata de comprender los diferentes elementos de un país tan vasto, y de contemplar aquellas fortalezas que coronan las rocas al este del puerto, aquella concha interior de mar, rodeada de pueblecillos y cortijos, aquellas palmeras de elevación prodigiosa, y aquella ciudad medio cubierta por un bosque de mástiles y de velas de embarcaciones".

En esta ciudad y en sus inmediaciones se detuvo el admirativo y observador viajero hasta el 16 de marzo de 1801. Una de las primeras actividades de Humboldt en La Habana fue determinar la longitud de la ciudad, desde la azotea de la residencia del Conde de O'Reilly. La determinación de posiciones astronómicas, de tanto valor en aquella época en que la geodesia apenas existía, era —según sus biógrafos— una especie de obsesión en Humboldt. Descubrió que la longitud que se calculaba a La Habana estaba equivocada en grado y medio. No es para asombrarnos, porque en la Carta Militar oficial de Cuba, según han revelado recientes estudios geodésicos y cartográficos norteamericanos, muchas estaciones están a 6 kilómetros de los puntos señalados en el único mapa oficial de la República y muchos poblados aparecen en el lado contrario

de una carretera o ferrocarril. Al mismo tiempo observaciones astronómicas recientes han revelado que la Isla de Pinos se encontraba en los mapas cerca de 29 kilómetros fuera de posición.

Retornando a Humboldt, sabemos que en las cortas semanas que permaneció en La Habana recorrió las áreas próximas a la capital colonial, especialmente Güines, entonces corazón agrícola de Cuba. Su contacto con la nobleza de la sangre y del talento, le permitió adentrarse en la realidad económica floreciente, y en el drama social que vivía la colonia, dependiente en su desarrollo económico del tráfico esclavista.

Las investigaciones científicas y sociales de Humboldt quedarían en suspenso ante una noticia traída por la prensa norteamericana. Decíase que Baudin, al fin, había partido de Europa en su viaje alrededor del mundo. Humboldt, decidido a acompañarlo, fletó una goleta en Batabanó, en la cual hizo el viaje hasta Nueva Granada, la actual Colombia. En ese viaje bordeó la costa meridional de Cuba hasta Trinidad, experiencia a la cual debemos su bella descripción de la cayería cubana. Tras una brevísima estancia en la ciudad de Trinidad, que hoy vive en el aura de leyendas que envuelve todavía a la ciudad colonial superviviente, el sabio y su inseparable Bonpland siguieron a Cartagena de Indias.

Afortunadamente para la ciencia americana no encontró allí la expedición francesa, como hubiera deseado. Se vio obligado a remontar el río Magdalena, y después de visitar Bogotá, continuar a través de los Andes hasta Quito. En la futura república del Ecuador escaló varios picos andinos, para estudiar las relaciones entre la temperatura y la altura, tema que le apasionaba. Fue entonces que ascendió al Chimborazo, considerado en esta época la montaña más alta del mundo. Aunque no llegó a su cima, logró alcanzar los 5,872 metros, casi tres veces la altitud de nuestro Pico Real de Turquino. Fue así el hombre que había llegado hasta aquel momento al punto más alto de la superficie terrestre. Esta hazaña la consideró siempre el sabio como la más notable de cuantas realizara, y su retrato, con el Chimborazo al fondo, fue uno de sus favoritos.

Baudin seguía siendo un elusivo fantasma, y Humboldt pensó encontrarlo en el Perú. En la ruta a través del desierto que desnuda la costa del Pacífico, al sur de las selvas y sabanas del Ecuador, aplicó Humboldt certeramente su método de análisis y relaciones geográficas. Pudo descubrir así el origen

del paisaje desolado de la costa desértica, que se debe a la corriente fría que hoy lleva su nombre. Igualmente advirtió el valor compensador del guano, fertilizante natural que es un subproducto de la fauna abundantísima de esos mares fríos y del clima seco que preserva sus residuos. El guano, olvidado desde tiempos del imperio de los quechuas, recobraría gracias al interés indagador de Humboldt, el carácter de recurso natural valiosísimo para la economía peruana.

Al fin se convenció Humboldt de su error al seguir una noticia periodística sin confirmación posible en aquellos tiempos de lentos medios de comunicación. Baudin no había partido para su viaje soñado, y Humboldt y su fiel acompañante salieron hacia México, donde desembarcaron en Acapulco. Nueva España le recibió en triunfo, y Humboldt le correspondió más tarde, escribiendo un notable libro sobre el país.

Desde México retornó a Cuba en abril de 1804, y de nuestra Isla fue a Estados Unidos, invitado por el Presidente Jefferson. De la nueva República volvió a París, donde pasaría veinte años en la tarea de escribir y editar sus libros sobre América. En ellos, para los cuales contó con la colaboración de los más notables sabios de la época, ofreció un cuadro totalmente nuevo y original de las que él llamara Regiones Equinocciales del Nuevo Continente. Como parte integrante de esta serie primero, y más tarde en edición aparte, publicó su *Ensayo Político sobre la Isla de Cuba*. En su libro sobre Cuba cumplió lo que había escrito mucho antes sobre sus propósitos al visitar América: "Deseo dar a conocer los países que he visitado, y recoger tanta información como sea dable para elucidar una ciencia de la cual apenas conocemos el esquema, vagamente definido como Historia Natural del Mundo, Teoría de la Tierra o Geografía Física. El último de estos temas me parece el más importante".

El paisaje natural de Cuba, para decirlo con la terminología geográfica actual, le interesó vivamente, por tanto. Y si en el aspecto de la naturaleza Cuba no podía ofrecerle la majestad de los picos andinos, ni el aplastante dominio de la selva ecuatorial, encontró en sus recorridos por el occidente cubano, zona única de sus exploraciones, elementos bastantes para revelar muchos aspectos de nuestro mundo natural no estudiados hasta entonces. Entre sus observaciones con vigencia científica todavía, figuran la distinción entre las calizas miocénicas de Güines, que él asignó tentativamente al jurásico, y las calizas recien-

tes de nuestras áreas costeras; advirtió el valor mineral de la serpentina, principal depositaria de las riquezas de nuestro subsuelo; la anomalía ecológica de nuestros pinares, que ya antes había sorprendido a Colón, según Humboldt recordara; la influencia sobre nuestro clima de los "nortes", de los que genialmente advirtió eran "aires fríos del Canadá", un siglo antes de estar en auge la teoría del frente polar que hoy nos explica al fenómeno; y determinó numerosas posiciones astronómicas y compiló otras, para hacer posible el primer mapa confiable de Cuba.

Su interés no se limitó, sin embargo, al paisaje natural de la Isla, menos incitador en aquel momento que el proceso de ajuste —o más bien, desajuste— que creaba el auge de la economía azucarera, en nuestro paisaje cultural. En el período que medió entre sus visitas a Cuba y la publicación de su *Ensayo,* se habían producido cambios radicales en América, que ya se debatía en el caos de los primeros años de independencia, mientras Cuba sufría una violenta crisis de crecimiento caracterizada por el fomento azucarero y el auge de la esclavitud. Casi todos los críticos han considerado como las páginas más notables de su notable libro, las dedicadas al estudio de la esclavitud en Cuba. Su espíritu liberal se sublevó ante la "trata", ese "comercio bárbaro", como lo llamó, y aun reconociendo que en Cuba todavía el esclavo recibía mejor trato que en otras tierras, su condenación fue enérgica, sobre todo al recibir nuevas informaciones, mientras preparaba el *Ensayo,* sobre el incremento de la esclavitud en Cuba, muchos años después de la Revolución Francesa, de la proclamación de los derechos del hombre y de la renuncia oficial de los gobiernos europeos a auspiciar el comercio nefando.

"En un país que abre un vasto campo a la civilización humana" como decía Humboldt de Cuba, la esclavitud era un estigma y un peligro potencial. Y con datos estadísticos indubitables demostraba lo que más tarde alegarían también los cubanos más progresistas: que la industria azucarera podía sostenerse sin la esclavitud, porque ya entonces —primer cuarto del siglo XIX— los hechos así lo probaban, al analizar la distribución del trabajo servil según las áreas de producción. Y reiteraba que "el número de gentes de color que habitaban las ciudades, casi igualaba a todo el número de las que se hallaban repartidas en las haciendas... mientras... los ingenios no tienen sino una sexta parte de los esclavos". La esclavitud

no era, pues, un requisito indispensable de la producción azucarera, como alegaban los elementos más retardatarios de la colonia. Humboldt, que decía haber regresado a Europa más enemigo de la esclavitud que antes de salir de ella, se encargó de subrayar la importancia que daba a su estudio demoledor de la esclavitud en Cuba, cuando en carta a Guizot, acompañándole el *Ensayo,* le indicaba su interés en que leyera el capítulo sobre "el estado de la sociedad humana en las Antillas".

Su posición antiesclavista, vívidamente expuesta en el *Ensayo,* llevó al Cabildo habanero a prohibir la circulación de la obra en Cuba, donde tan necesario hubiera sido su estudio y análisis. Era explicable la actitud de la oligarquía habanera, que personalmente le acogiera con tantas muestras de estimación, ante lo que para ellos era un crimen, ya que iba contra las bases mismas de la sociedad encastada de la época. Humboldt, en cambio, había cumplido con su conciencia, porque como dijera uno de sus biógrafos, "aborreció toda esclavitud: la intelectual, la espiritual y la física, y fue sólo intolerante con la intolerancia".

El contacto que había sostenido Humboldt con la realidad cubana, a través de su correspondencia con las figuras más notables de la Isla, le permitió llevar a su *Ensayo* las cifras más exactas y actuales entonces disponibles. Al publicarse el libro, estaba totalmente al día. Aún hoy, podemos suscribir muchos de sus diagnósticos —tan poco ha cambiado nuestra realidad, en tantos aspectos negativos—, como cuando criticó la importación excesiva de víveres, contrasentido secular de un país agrícola, y sugirió una adecuación de las divisiones territoriales a la realidad geográfica, cosa de que aún carecemos.

En la amplia edición popular que debe hacer Cuba del *Ensayo,* como parte del homenaje nacional a Humboldt, muchos de los que nunca lo leyeron antes, descubrirán su genio, como él había ya descubierto las vastas posibilidades de lo que era entonces una colonia semi-olvidada.

Humboldt, el liberal

Resultaría a nuestro juicio incompleto este bosquejo, si no hiciésemos referencia a un aspecto fundamental del espíritu humboldtiano: su liberalismo. A casi un siglo de su muerte, y en una reunión celebrada en su nativa Berlín después de

terminada la última contienda mundial, los intelectuales de todo el mundo libre tuvieron que juntarse para iniciar una nueva cruzada por lo que fue para Humboldt razón de su vida: la libertad de la cultura. Y en esta tarea defensiva todavía andamos.

Cuando en los últimos años de su vida miraba Humboldt hacia el cóncavo firmamento de su propio mundo cultural, y elaboraba las páginas de magistral síntesis de su *Cosmos*, pudo escribir: "La Naturaleza es el reino de la libertad, y para pintar vivamente las concepciones y los goces que su contemplación profunda espontáneamente engendra, sería preciso dar al pensamiento una expresión también libre y noble, en armonía con la grandeza y majestad de la creación".

Fue por este su espíritu liberal, que reconoció que América, inmadura aún, estaba en camino hacia la libertad. Aunque noble, su cuna aristocrática no le impidió sentir profundas simpatías por las repúblicas liberales y ganó, por su sincera fe en la libertad, el respeto a sus ideas, aun en la corte absolutista a cuyo servicio estaba. Fue este el hombre, par del genio de Bolívar, quien mereció del Libertador el reconocimiento de que había "hecho más bien a la América que todos sus conquistadores".

Sabio de honda sabiduría intelectual, liberal que no ocultaba su pensamiento y que reclamaba un ambiente de libertad para que la cultura floreciera, advirtió también Humboldt que el hombre necesita una base de sustentación económica para poder afianzar su libertad. La cultura debe ser un esfuerzo hacia la comprensión de la naturaleza, para que sus recursos nos sean más útiles. Y mientras más inteligentemente podamos servirnos de sus dones, más garantizado estará el fundamento material de la libertad humana, que no puede florecer en la miseria.

En su *Cosmos* vive todavía un mensaje que los pueblos hoy llamados "subdesarrollados", entre los cuales figura el nuestro, deben reactualizar, porque es un llamado al estudio, a la investigación y a la justicia. Terminamos así, con palabras de Humboldt que todavía tienen vigencia en Cuba, como base de programa nacional de ancho aliento: "El hombre no tiene acción sobre la Naturaleza ni puede apropiarse ninguna de sus fuerzas, si no en tanto que aprenda a medirlas con precisión, a conocer las leyes del mundo físico. El poder de las sociedades humanas, Bacon lo ha dicho, es la inteligencia; este poder se eleva y se hunde con ella. Pero el saber que resulta del libre trabajo del pensamiento no es únicamente uno de los goces del

hombre, es también el antiguo e indestructible derecho de la humanidad, figura entre sus riquezas, y es frecuentemente la compensación de los bienes que la naturaleza ha repartido con parsimonia sobre la tierra.

"Los pueblos que no toman una parte bastante activa en el movimiento industrial, en la elección y preparación de las materias primas, en las aplicaciones felices de la mecánica y de la química, en los que esta actividad no penetra todas las clases de la sociedad, deben infaliblemente caer de la prosperidad que hubieren adquirido".

HISPANIA Y SU GENTE

Por *Alvaro FERNANDEZ SUAREZ*

El concepto de raza es una de esas ideas cargadas de afectividad cuyos bordes, por otra parte, suelen ser muy dudosos y cuya substancia es confusa y mestiza.

Sin embargo, uno ha oído hablar, en demasía, de "raza" en la América Hispánica (refiriéndose no a los pueblos americanos autóctonos solamente, lo que tiene un sentido bastante delimitable, sino al elemento europeo, llevado por el descubrimiento y la colonización). También en España se habla alguna vez —aunque menos— de una "raza española". En ambas orillas del Atlántico se le atribuyen a la "raza" virtudes y fallas ahistóricas. ¿Qué hay de esto?

La humanidad primitiva estuvo moviéndose a través del Planeta durante un tiempo tan largo que produce vértigo. Aquí sí que puede hablarse de las "tinieblas del pasado", la gran noche del tiempo, una noche de auroras y atardeceres, de oscuridad y de sol, de hielos y tórridos períodos, de centenares de miles de primaveras que no podemos imaginar. Los hombres iban y venían sobre los lomos de la Tierra, lentamente, pero iban muy lejos, se encontraban hordas y grupos, se cruzaban, se exterminaban, se comunicaban sus saberes, se extinguían o sobrevivían más allá de la memoria. Estos movimientos no se hicieron en un sentido único: la lanzadera de los pueblos tejió y destejió mil veces la misma tela, de Sur a Norte, de Norte a Sur, de Este a Oeste, de Oeste a Este. Gentes que emigraron del Mediterráneo hacia el corazón de Europa regresaron de nuevo a su hogar original a título de invasores con otro nombre y como si fueran otra raza. ¿Quién puede poner orden en esta maraña?

Cualquier esquema que pretenda apresar tan complejos fenómenos resultará, en el mejor de los casos, muy burdo y, a menudo, erróneo.

La vanidad vino en ayuda de la ignorancia para introducir apasionadas confusiones en este laberinto.

Hubo un tiempo en que fue inventada una palabra: la palabra "ario". Con esto de los arios nos aconteció a nosotros una experiencia divertida. Habíamos leído en un autor alemán —y creído, pues somos por inclinación ingenuos— un estudio, muy encopetado de erudición y seguridad, sobre cómo la evolución del "carro ario", el carro de los pueblos blancos invasores de la India, dio el modelo para los templos brahamánicos. La teoría estaba muy bien ilustrada con dibujos y gráficos convincentes. Resultaba claro que el cuerpo del edificio era la reproducción, en piedra, de la estructura básica del carro, ruedas y adrales, y la torre venía a ser el desarrollo arquitectónico de la capota. Luego supimos que los "arios" no habían tenido nunca carros. Esta decepción nos hizo desconfiados en materia de razas, de templos, de carros, de indios y de sabios alemanes, porque, como les sucede a todos los inocentes, nos enfurece el ser engañados.

En esta cautelosa disposición abordamos el punto de la raza o razas que habitan en la Península Ibérica. Y, para empezar, diremos que eso de Península Ibérica es una expresión impropia, si con ella aludimos al supuesto de que la península en cuestión esté habitada por "iberos". En primer término no se sabe con exactitud qué eran ni quiénes eran los tales iberos, salvo en el único sentido posiblemente correcto, el mismo sentido con que usaron el vocablo quienes lo introdujeron, es decir, los escritores greco-latinos. Pero los escritores greco-latinos lo que hicieron, con el empleo de la expresión "iberos", fue distinguir a ciertos pueblos de la Península de otros pueblos de la misma Península, llamados celtas. Probablemente, en tal distinción, entraban, sobre todo, consideraciones culturales, tanto o más que consideraciones étnicas y, por supuesto, la misma necesidad de una palabra diferencial para esos pueblos, en oposición a los celtas, implica la idea de que la Península no estaba —y no está, evidentemente— habitada sólo por iberos (ni siquiera por una mayoría de iberos). Por tanto, étnicamente considerado, el apelativo de "ibérica", dado a la Península, no es propio, y resulta mucho más adecuado hablar de una Península Hispánica, porque Hispania era, bajo la cultura greco-latina, como ahora, una denominación simplemente geográfica, no racial, y su amplitud cubre cualquier contingencia étnica, como cuando decimos Euro-

pa o América. Por lo demás, Hispania es concepto que abarca a la Península entera y no sólo a cualquiera de sus partes.

¿Cuáles son los caracteres "raciales" de los españoles? Pero, ante todo, digamos qué entendemos por caracteres raciales. Estamos aludiendo a los rasgos físicos o aparentes, no a las modalidades psicológicas. En esta materia, como en tantas otras, gobierna la confusión, y así suele decirse que la "raza" acusa tales o cuales características morales o de inteligencia, buenas o malas. Por supuesto, esto es un dislate, en el que se barajan conceptos pertenecientes a la etnia con otros que corresponden a la sociología y a la historia. Algo parecido sucede cuando se habla de "raza latina". Apenas es necesario decir que no hay ninguna raza latina, claro está, sino una cultura latina, susceptible de ser caracterizada, tal vez, por ciertas notas o fijaciones comunes a los países que hablan lenguas romances.

Entretanto, quedamos en que aquí se trata de allegar algunas precisiones, lo más objetivas y correctas que podamos, sobre la somática racial de los españoles.

Por de pronto, no parece inútil que le echemos, a nuestro objeto, una ojeada de paseantes. Es un primer contacto con el tema, a la buena de Dios o del sentido común, quizá la forma en que puede atacar el asunto lícitamente quien, como nosotros, está lejos de ser un especialista en la materia. Por tanto, rehuiremos aquí cualquier aparato científico que habría de ser enteramente prestado y trataremos la materia con honrada incompetencia, único modo de decir algo útil, por paradójico que parezca. Si más adelante nos valemos del auxilio de la ciencia, lo haremos siempre con parquedad, pues sería grotesco que intentáramos emular a los conocedores del tema. Ellos sabrán completar, mejorar, o rectificar lo que aquí se diga.

Lo primero que se advierte, al pasear por las calles de una ciudad española con el ojo limpio de esquemas previos, manías o erudición más o menos inauténtica, es la gran variedad somática en los individuos que se ofrecen a nuestra vista.

Lo que tal vez no se encuentre sino en número muy escaso, es el "tipo español". Ignoro si los turistas sufren grandes decepciones cuando vienen a España. Si yo fuera turista, seguramente me decepcionaría en cierto sentido: en el sentido de que España se parece muy poco a la idea que sobre España tiene crédito vulgar por esos mundos. En general, es una idea extravagante y, en cierto aspecto, en los aspectos más sensibles, precisamente, siempre peor que la realidad. Las ideas de la gente,

aquí y en todas partes, son tan tontas como es obligado que lo sean, y nadie se salva, pues la mayor o menor ilustración popular no puede hacer nada en este punto, como no sea propagar más fácilmente y hacer más movibles los errores (el caudal de estupidez humana es meramente y directamente proporcional a la densidad demográfica). Así, pues, los viajeros que vienen a España no deberían encontrar, o apenas, las indispensables palmeras, puesto que sólo hay muy pocas palmeras en el país, ni tampoco al indispensable español. Lo que salva a los viajeros de este cruel desencanto es que sus esquemas previos les harán ver, de todos modos, palmeras y españoles, lo que seguramente tranquilizará sus naturales apetencias y otro tanto gana la balanza nacional del turismo. Loado sea Dios. Pero no seamos crueles con nadie: si nosotros vamos a Colonia, nada nos producirá tanta alegría como encontrar la catedral (aunque se trata de un "pastiche" moderno) y ver el puente sobre el Rhin. En fin: todos vamos en busca de la confirmación de nuestros sueños y nostalgias, y así debe ser. Por tanto, el viajero que viene a España se alegrará igualmente si puede ver un torero y una palmera. Y de vez en cuando, si tiene suerte, también podrá toparse con un "verdadero tipo español".

En general, en todos los países sucede lo mismo: el "tipo nacional" es siempre minoría porque se trata de una imagen ideal, un símbolo, no un ser real y concreto.

La "raza" española es un compuesto de todas las razas europeas: se encuentra el tipo mediterráneo y el tipo celta, el germánico o nórdico, el alpino, incluso el eslavo y la mezcla de todos estos tipos.

Otro dato se puede anotar, sin miedo a equivocarse: la uniformidad racial de este complejo, en toda la Península, aunque con variedad en las dosis de los respectivos ingredientes.

En general, la idea de que los españoles son "morenos" significa lo mismo que la idea de que los alemanes son "rubios". Ninguno de estos enunciados es exacto. Se trata de caracteres estadísticos. Hay en España no pocos rubios, desde luego, y la mayoría de los españoles son de tez clara. Si la tez clara es una nota racial "nórdica" la matización nórdica en España es el elemento predominante del compuesto.

Pero este dato admite ciertos distingos. En efecto, en el Norte y Centro prevalece, sin duda posible, un tipo celtoide y también en Andalucía, contra lo que suele creerse. En cambio la densidad de las razas mediterráneas es más acusada en Le-

vante, no sólo en Valencia sino en el litoral catalán. Así, el viajero advertirá que Barcelona es sensiblemente más morena que Madrid y, en este sentido racial, menos "europea", si se nos permite una palabra tan insensata.

Ahora bien: este complejo racial da una resultante en modo alguno precisa, pero capaz, sin embargo, de suscitar una intuición panorámica, a la manera del efecto que nos produce un cuadro. Y así resulta que observamos algunas notas predominantes, no todas ellas "raciales", en el sentido étnico, y más bien demográficas, simplemente, como es el caso de la estatura más corriente, media o baja (la estatura no depende sólo de factores genéticos). Cabe anotar una proporción más elevada que en otros países europeos de individuos de cabeza fina y alargada y rostro estrecho (dolicocéfalos), en notoria coincidencia de formato con el cráneo de muchos habitantes de las Islas británicas. También puede decirse que los españoles tienen, a menudo, los huesos delgados, lo que sugiere la imagen de un tipo grácil. En las mujeres este carácter va acompañado muy frecuentemente de los pies pequeños y las manos finas.

Anotaremos, también, la presencia en España de un ejemplar bastante frecuente cuyas características son algunas de las enunciadas anteriormente más otra que vamos a señalar. Este tipo está lejos de ser mayoritario, pero no se encuentra en ningún otro país con tanta abundancia. Se trata de un hombre —precisamente varón— moreno, de miembros finos, cara alargada, mentón fuerte y pronunciado, ojos menudos, vivos y hundidos, cuyo rostro está como armado sobre recios tirantes interiores. Esto produce el efecto de unos rasgos muy definidos, con profundos surcos en dirección sensiblemente vertical, una cara de asceta apasionado. Hasta qué punto estas características son raciales, salvo en el sentido de "aire de familia", no podemos decirlo.

Resulta difícil ir mucho más adelante porque si apuramos un poco más el catálogo de caracteres de la gente española corremos el peligro de adentrarnos —con la consiguiente transgresión del buen método y la claridad— en el campo cultural. En efecto, hay diferencias y peculiaridades de los españoles, como sucede con todos los pueblos, que a los ojos de un observador común pasan por caracteres raciales y son apariencias de índole cultural. Si tomamos a los individuos tal como se nos ofrecen en el grupo nacional a que pertenecen, quizá nos resulte muy fácil decir: "Éste es francés, éste es inglés, éste es ame-

ricano y éste es español". Pero no nos engañemos: si a veces somos capaces de señalar con tanta seguridad la filiación de la persona que se nos presenta es gracias a los caracteres culturales aparentes: modo de vestir, de moverse, de accionar, de andar. Pero esto nada tiene que ver con la raza, naturalmente, aun cuando a menudo se confunde en la observación corriente. Tenemos la seguridad de que si trocáramos los datos culturales, entre unos cuantos individuos de diversas naciones, incluyendo no sólo los más superficiales, como el modo de vestir y el peinado, por ejemplo, sino también la manera de accionar, de moverse, de andar, el ritmo y el aire de grupo, caeríamos en las más curiosas confusiones en muchos y aun en la mayoría de los casos. Así, tomaríamos por alemán a un francés, al alemán por británico y el español sería clasificado en cualquiera de los grupos nacionales europeos. Esto, por elemental que parezca, conviene decirlo y repetirlo para situar los datos en su terreno y en el valor y significado exactos que tienen. Tal referencia no carece de interés para la conclusión a que puedan llevarnos estas reflexiones.

Ahora bien: ¿qué sabemos en cuanto al origen de la gente española?

Esta pregunta traslada al planteamiento de la cuestión a otro terreno muy distinto de aquél en que nos hemos venido moviendo hasta ahora. En efecto, aquí nada puede hacer, con sus recursos propios, el observador indocto y paseante, por mucha que sea su perspicacia. Hemos de acudir, pues, a los sabios, a las personas especialmente —y si es posible científicamente— documentadas. Pero estas personas, al ilustrarnos sobre el tema, lo harán en su propio lenguaje, en el tecnicismo de sus disciplinas, y ello nos permitirá, en la medida en que seamos capaces de seleccionar e interpretar correctamente su información, llevar nuestro asunto al campo expresivo propio de la ciencia. Es decir, quizá podremos saber algo sobre la "raza" española tal como la califican los expertos y científicos, a lo menos los arqueólogos y prehistoriadores y los historiadores en cuanto abordan, por necesidad de su materia, puntos relacionados con la etnia de los pueblos, en un período histórico precisamente.

¿Qué se dice saber sobre las gentes que poblaron y vienen poblando a España desde que hay testimonios sobre esas gentes? ¿De dónde vinieron? ¿Cómo eran? ¿Dónde se establecieron, en qué partes del territorio que hoy es España, y en qué proporción o densidad relativa, comparadas unas razas con

otras? Finalmente, entramos en la historia y continúan los movimientos de gentes y pueblos que invaden la Península: ¿en qué medida las invasiones históricas modifican la etnia que encontraron formada en la Prehistoria? Pero no sólo hay invasiones sino movimientos de penetración pacífica, tal vez muy importantes: ¿qué parte y papel tienen estas penetraciones pacíficas en la resultante étnica española de hoy?

Estas son las preguntas que nos salen al camino, de manera inmediata, sin apenas llamarlas o suscitarlas. No sabemos, en este momento, si vamos a poder responder a todas ellas, una a una, por el orden en que nos las hemos planteado o siguiendo otro orden o si contestaremos a unas y no a otras tal como la respuesta venga al orden, no forzado, del discurso; tampoco sabemos si en curso de tarea aparecerán otras cuestiones que hasta ahora no se nos habían manifestado. Decimos esto para advertir que nuestro trabajo no es un trabajo científico. Pero será —creemos— un trabajo honrado y veraz, dentro de sus posibilidades y sin ocultar las reservas que deben hacerse en una materia oscura.[1]

Para entender los movimientos de los grupos humanos es imposible prescindir de los recursos vitales del suelo y de los que crea la industria del hombre. Esto es válido ahora y siempre. Pero es más válido aún para la humanidad primitiva, pues cuanto menos poderosa es la técnica, más dependen los grupos y sociedades de la naturaleza. En las civilizaciones muy desarrolladas la libertad del hombre respecto al medio es mucho mayor y tal vez se llegue a una emancipación del imperativo natural prodigiosa, de tal modo que los desiertos y los hielos se hagan habitables. Pero, repetimos, en las sociedades primitivas la dependencia del medio natural era —y es— muy estricta.

Por tanto, no es posible entender las migraciones de gentes

[1] Éste ha sido un tema que hemos tratado, muchas veces, en ocasionales conversaciones, con nuestro amigo José Ma. Fontana en cuyo libro, *Los españoles ante el año 2,000*, abundan los juicios sobre la etnia española. Esta comunicación debe haber dejado no pocas huellas en las presentes líneas, por ejemplo la relación entre el modo de repartirse las razas y el clima de la Península y el influjo climático en la selección de las migraciones y establecimientos de pueblos en la Península.

El esquema de las razas españolas que aquí exponemos se corresponde con el del libro de Martín Almagro, *Origen y formación del pueblo hispano*, Vergara, Barcelona, 1958, que nos sirvió de guía, en gran parte.

y razas en la prehistoria sin contar con el clima de los diversos territorios en cuanto el clima es determinante de la existencia, abundancia o penuria de alimentos.

Así, la presencia en España, hace cuarenta milenios o algo más y hasta una época que puede situarse hacia unos siete mil años antes de Cristo, de cazadores de bisontes, corresponde a un clima frío y húmedo, con grandes praderas. Son los pueblos o gentes que pintaron el famoso bisonte coloreado de Altamira y las variadas imágenes de las cuevas de la Dordogne (Francia).

Los restos que dejaron estos hombres acreditan su pertenencia a dos grupos: la raza de Combe-Capelle, tenida por madre de los dolicocéfalos mediterráneos más remotos y la raza de Cro-Magnon, cepa de los dolicocéfalos nórdicos. Ambas ramas son antepasadas muy antiguas de los europeos actuales. Europa, achicada por los hielos polares, se había concentrado, por así decirlo, en el mediodía.

El tipo cromañonoide se extiende por toda la Península y va a perdurar en todas las épocas posteriores.

Queda dicho que hacia el año 7000 antes de Cristo cambia el clima y, por tanto, también el medio y la economía. La gran estepa afroasiática se deseca y muchos de sus habitantes se ponen en movimiento hacia el Norte y el Oeste en busca de recursos vitales. Otros, según Toynbee, se quedan en su habitat oriental y van a ser los fundadores de las civilizaciones fluviales de Egipto y Mesopotamia, en las riberas de los ríos.

A todo esto, el clima de la Península se hace también más seco y los grandes rumiantes así como los equinos que servían de alimento a los cazadores paleolíticos españoles (entiéndase "españoles" en un sentido forzado, puesto que España no existía) emigran hacia el Centro y Este de Europa o se refugian en las montañas de la Península a donde les sigue la población cromañonoide.

En este momento, irrumpen en la Península, empujadas por la sequía, gentes venidas del Próximo Oriente, por ambas riberas del Mediterráneo y acaso por mar. ¿Qué clase de gentes eran? Se trataba de tipos mediterráneos, adaptados, como lo demuestran sus menudas armas (microlitos), a la caza menor.

Los mismos factores climáticos y otros que pudieran haber movido estas migraciones siguen actuando durante un largo período que cubre el *mesolítico* y el *neolítico*, hasta la Protohistoria europea. Pueden ser unos seis mil años de clima seco

que atrae a Occidente, como un vacío de succión, pueblos mediterráneos.

En el *neolítico* aparecen nuevas gentes que dejan el testimonio de su presencia, sobre todo, en la costa Suroriental de la Península, así como en Liguria, en el Sur de Francia y en un lugar tan alejado como Kartum (Sudán) y, desde luego, en Asia Menor, en la región del Orontes, donde parece que su establecimiento es más antiguo que en ninguna otra parte.

No se trata de un solo pueblo ni de una sola raza. Son grupos diferentes. Los antropólogos, por las mediciones hechas sobre los restos humanos encontrados, distinguen una "raza mediterránea robusta", de fuerte estructura ósea y buena talla, y una "raza mediterránea grácil", de miembros más delicados y estatura más baja.

Evidentemente estos pueblos no se quedaron sólo en el Mediterráneo sino que penetraron en el interior del continente y, claro está, en la España Atlántica y del Norte. Se puede considerar a estas gentes como uno de los estratos fundamentales de las razas europeas, no sólo en España, Francia e Italia sino en Inglaterra y Alemania. Las diferencias resultantes hoy, entre estas regiones europeas, dependen del grado de matización nórdica.

Pero no hemos terminado aún con las migraciones mediterráneas que continúan en la edad de los metales. En busca de yacimientos mineros aparecen en Almería y Baja Andalucía nuevos elementos de origen mediterráneo. Alguno de esos pueblos está ya muy civilizado pues es capaz de construir ciudades.

También estos pueblos de llegada tardía se expansionan por Europa, sobre todo por la Europa Atlántica desde España hasta el Sur de Escandinavia. Pero su misma elevación cultural y su desarrollo técnico permiten pensar que su influencia puede haber sido mayor que su misma presencia física. Debe suponerse, en efecto, que entonces como antes y después, el contagio cultural entre pueblos de razas diferentes, tendía a producir una sensación de uniformidad entre grupos racialmente diversos. El hecho es que los testimonios de la cultura megalítica, propia de estos pueblos, constructores de grandes monumentos de piedra, forman un rastro muy denso en el Suroeste, Oeste y Noroeste de nuestra Península, cubren toda Francia, Irlanda, Sur de Gran Bretaña, siguen por el Mar del Norte y Báltico hasta el mediodía de Escandinavia, después de haber dejado también su sello en diversos puntos del Mediterráneo Oriental.

Por tanto, parece claro que hay una migración muy importante, étnica y cultural, desde el Sur, más definidamente desde lo que hoy es España y Portugal, hacia el Norte europeo.

Del neolítico data la formación del grupo vasco cuyos ingredientes, de toda evidencia, son los mismos que en el resto de la Península, con alguna variante en cuanto a las proporciones. El idioma vasco debió ser aportado —esto se cree— por mediterráneos neolíticos, quizá procedentes del Cáucaso y pertenecientes a los constructores de megalitos.

Y vamos a entrar en la protohistoria europea.

En esta época se produce un nuevo cambio de clima muy favorable para la Península que se hace más húmeda. El agua debió ser, siempre, en la vida de estos territorios, un factor decisivo porque nos encontramos en una zona límite entre el régimen pluviométrico de la Europa Central y nórdica y el muy seco sahariano. Por tanto, aquí las oscilaciones en el grado de humedad provocan fenómenos de suma importancia que, sin duda posible, han influido violentamente incluso en la historia de la Península.

España vuelve a ser húmeda por efecto de los vientos atlánticos. De nuevo son ricas o, en todo caso, más ricas que antes, las praderas, y se extiende el bosque.

Coincide este cuadro climático con la irrupción de los celtas.

Esta inmigración, procedente del interior de Europa, no se realiza de golpe, ni en unos cuantos años, sino durante una etapa considerablemente larga. Se afirma que los primeros inmigrantes entran en la Península alrededor del siglo VIII antes de Cristo y siguen entrando en olas sucesivas hasta los siglos IV y III.

Por tanto, estamos, por así decirlo, en nuestra época. Menos de tres mil años nos separan de la aparición de los celtas y muy poco más de dos mil años de las últimas olas de estos inmigrantes que son —ya—, por así decirlo, nuestros contemporáneos, si comparamos el tiempo de su venida con la jornada de cientos y cientos de milenios que ya había recorrido la humanidad cuando llegaron los celtas a lo que hoy es España.

¿Quiénes eran los celtas? A pesar de su contemporaneidad, aun pueden caber muchas dudas acerca del carácter étnico de los pueblos célticos. La denominación que los distingue es muy vaga y sospechamos en ella la constante confusión entre el factor étnico y el factor cultural. Sin embargo, puede decirse que entre los celtas debieron abundar elementos que hoy llamaríamos nórdicos, de diverso tipo, así como alpinos y también

mediteráneos establecidos en el interior de Europa desde tiempo atrás. En fin, se trataba de europeos como los de hoy, mezclados, cual si la invasión se hubiera producido ahora mismo con un arrastre que empujara por delante a alemanes, flamencos, suizos, franceses... Así es como nos podemos representar la irrupción céltica, si partimos de la hipótesis de que no se puede diferenciar étnicamente a ninguno de los grupos nacionales europeos y esta diferenciación ya debía ser imposible en el tiempo de la irrupción céltica.

¿Qué significación tienen las invasiones de los celtas para España?

Decisiva, sin duda. España se hace céltica en el orden cultural. Muchos de los grupos y culturas que se solían llamar ibéricas antes resultan ser célticas, desde Numancia a Andalucía. Un idioma indoeuropeo o diversos idiomas indoeuropeos, célticos, se extienden por todo o casi todo el país. Se encuentran testimonios de la cultura céltica en cualquier parte. No hablemos ya del Oeste, del Norte y del Centro que fueron densamente poblados e influidos por los celtas, sino de Levante y el Sur. Se ha leído, hace poco, una inscripción celta cerca de Villastar (Teruel) que alude a los *turos* o *turbuletas* que luego serán los turolenses de la Edad Media. Tengo a la vista, entre un gran número de datos, un artículo de Camón Aznar sobre el descubrimiento, tan reciente, del Tesoro de Carambolo, correspondiente a la ola céltica de los siglos IV y III antes de J.C. que cubrió a Andalucía. Concluye el autor que la Península es predominantemente céltica y el supuesto iberismo del Sur de España una hipótesis incapaz de resistir a los testimonios que se van recogiendo.[2]

Si esto es así, sería más exacto llamar a la Península, Península céltica y no Península Ibérica. Pero lo que esto nos indica es la conveniencia de utilizar lo menos posible los apelativos de sentido racial.

Parece claro, pues, que la Península era céltica cuando entró en la historia, con la llegada de fenicios y griegos a sus costas, si bien podía ser ibérica en los puntos de desembarco de esos comerciantes ultramarinos. ¿Pero en qué sentido era céltica? Por de pronto, en el sentido cultural de la palabra. Todo indica que, en efecto, los invasores impusieron su estilo, su cultura, su lengua. ¿Y los antiguos pobladores, a su vez mezcla

[2] *A.B.C.*, 25 octubre 1958

de mediterráneos más recientes y antiguos cromañones? Es de suponer que subsistieron y se mezclaron con los recién llegados.

Resulta difícil, más exactamente, imposible, estimar el aporte racial de los celtas. Debió ser muy cuantioso. Por de pronto, lo demuestra su incontestado dominio cultural y su presencia, evidentemente densa, en un ámbito geográfico tan dilatado. La sangre predominante en la mayor parte del Norte, en el Noroeste, Centro, algunas zonas de Aragón, otras zonas de Cataluña y en toda Andalucía, es céltica, según puede apreciarse sensiblemente.

Con el decisivo aporte céltico tenemos la etnia española formada, en lo esencial, como ahora. Los pueblos que van a encontrar los viajeros de la época histórica llevan, incluso, los mismos nombres que hoy distinguen a los habitantes de las diversas regiones españolas, como se habrá advertido, por cierto, al mencionar, anteriormente, la inscripción de Villastar sobre los *turos* o turolenses.

El Mediterráneo Oriental da ya un poco antes de la llegada de los celtas y repite, en este momento, otro latido que nos envía a los primeros visitantes históricos, fenicios y griegos, cuya influencia en la etnia española es inapreciable.

Luego serán los romanos que establecen buen número de colonias en nuestra Península. No es necesario decir que los romanos son el factor cultural más importante de los pueblos peninsulares y su empujón histórico crea la base del ser de España y de otras naciones. Pero étnicamente su presencia no modifica nada: eran afines de los pueblos aquí establecidos, en la práctica, casi la misma gente.

La invasión histórica siguiente es la de los suevos, vándalos, alanos y visigodos. Los visigodos aportan el caudal de sangre más cuantioso de todos estos grupos bárbaros. En total, los germanos —se afirma— trajeron unos 200,000 individuos que podrían representar el cinco por ciento de la población, uno de cuyos componentes principales ya era afín racialmente a los invasores. Lo que hizo esta invasión, pues, fue reforzar el caudal nórdico (aunque no todos los bárbaros eran "nórdicos" tampoco, conviene señalarlo) de la antigua etnia española, en cuya composición, como hemos visto, el elemento nórdico data de los primeros tiempos del *homo sapiens* peninsular, más los aportes célticos de este tipo. Pero ni aún así la resultante pudo cambiar mucho.

Y pronto vendrá el impacto musulmán —último latido de Oriente—, la invasión que va a ejercer tanta influencia sobre la historia española. ¿Qué cambios introduce este nuevo fenómeno, en el aspecto étnico? Todos los historiadores convienen en que la modificación no iba a ser cuantiosa. En primer término, es casi ridículo hablar de la influencia étnica "árabe", pues todos los documentos confirman que los árabes fueron una minoría entre los invasores sarracenos y, de hecho, no se aprecia hoy una huella árabe notoria en la etnia peninsular. A lo sumo, la encontramos representada en algún raro individuo que precisamente nos llama la atención como un ejemplar excepcional, aunque probablemente el "tipo árabe" sea también excepcional en los propios países árabes. Sobre esto de los tipos raciales ya hemos dichos que gobierna la apreciación intuitiva un esquema, digamos, literario, de escasa correspondencia con la realidad.

Los invasores eran, en su mayoría, sirios y bereberes, afines de los pueblos mediterráneos cuyo establecimiento en Europa, durante el mesolítico y el neolítico, hemos registrado anteriormente.

Respecto a su número, nunca fue muy elevado, salvo en zonas determinadas y no muy extensas y su suerte en estas zonas iba a ser decidida en el fenómeno de la reconquista.

Sobre la reconquista se ha escrito en diversos sentidos, según el saber o el humor de los historiadores: primero fue imaginada como una guerra de exterminio y expulsión radical; luego, como una guerra civil con períodos de mutua tolerancia.

Pues bien: hubo de todo, según las conclusiones a que han ido llegando los historiadores. El sentido común nos dice que la primera e inmediata contraofensiva de los reyes asturianos, cuando la invasión estaba aún en marcha, no debió ser algo así como un viaje de buena voluntad. Y en efecto: los reyes asturianos que ya a mediados del siglo VIII habían recuperado más de un tercio del país, de Lisboa a Navarra, llevaron la empresa a punta de lanza y sin dar cuartel. El vasto territorio de la Submeseta del Norte quedó vacía de toda clase de pobladores y no sólo de "moros". Va a ser preciso repoblarla como si fuera una tierra nueva. Más tarde, la política de los reyes cristianos se hizo más benévola para las poblaciones musulmanas, en gran parte españolas por su origen étnico, aunque convertidas al Islam. Sin embargo, la evacuación en masa de los musulmanes, ante el avance cristiano, fue la nota predominante allí donde

no hubo capitulaciones. Así, Sánchez Albornoz registra el dato de que Sevilla (reconquistada en 1248), estuvo durante tres días vacía. En cambio, como es bien sabido, Granada se rindió previa capitulación y muchos habitantes musulmanes se quedaron en el reino, sobre todo en ciertas zonas de la campiña; pero más tarde estalló el conflicto religioso y político que produjo la expulsión en masa y el país fue repoblado con colonos procedentes de Galicia (repoblación de las Alpujarras).

Visto en conjunto, el efecto más destacado de la invasión sarracena y de la posterior reconquista, en el aspecto étnico, consistió en que los territorios recuperados por el reino de Castilla recibieron una población norteña: de Norte a Sur, en la mitad occidental, Galicia dio el mayor contingente de estos nuevos colonos; en la franja Este, de Castilla la Vieja, los repobladores fueron, sobre todo, vascos. Ahora bien: en Galicia y en la Submeseta Norte y parte de la Submeseta Sur, los celtas habían asentado, ya en la Protohistoria, sus aportes demográficos más densos que ahora se corren hasta Andalucía, incluyendo la Andalucía Oriental, antiguo dominio de los inmigrantes mediterráneos; parece ser que los suevos y visigodos tampoco habían penetrado profundamente en Andalucía, sobre todo en la Oriental. Por efecto de la reconquista, pues, estas zonas, más o menos preservadas de matización céltico-germánica, se igualan con el resto de los dominios castellanos del Norte.

Por eso el carácter "árabe" o "moro" de Andalucía, en el aspecto étnico, es un producto típico de la fácil lógica vulgar que, por cierto, no resiste seriamente a una compulsa objetiva. Andalucía, si se prescinde de los gitanos (Granada, Málaga, Almería), es racialmente muy parecida a las mesetas y a la zona noroccidental de la Península y, desde luego, es más "nórdica" ahora que antes de la invasión sarracena.

En el reino de Aragón la política de los monarcas y de la nobleza fue más favorable a la conservación de las poblaciones musulmanas. Si a esto se añade que la franja mediterránea de Aragón era de siempre más densamente "ibérica" (dicho sea con uso del vocablo tradicional), el efecto de estos factores habrá dejado alguna huella más o menos perceptible en el matiz de la población.

Es lo que puede comprobarse "de visu", como ya dijimos anteriormente, aunque esta suerte de apreciaciones intuitivas están siempre sujetas a errores y es preciso tomarlas con prudencia. Sin embargo, nos parece que el tono más "moreno" del

Mediterráneo es bastante sensible para que no pueda dudarse de su realidad, aunque —conviene repetirlo para evitar falsos juicios— las diferencias nunca son muy importantes, pues los mediterráneos se habían extendido por toda la Península en la Prehistoria y se les encuentra en todas partes dando una nota muy visible y fuerte en la población española, cuyo complejo está repartido con una uniformidad notoria.

Queda por examinar la participación en la etnia española de los aportes procedentes de pueblos o gentes cuya entrada en la Península no se llevó a cabo por invasión sino por penetración pacífica. Estos elementos son los judíos y los gitanos. Los judíos pretenden haber residido en la Península desde antes de las Diáspora (de ahí la afirmación sefardí de que los judíos españoles no participaron en la muerte de Cristo); los gitanos entraron en Europa en el siglo XIV, procedentes de la India, y a España llegaron por los Pirineos.

Los judíos son uno de los aportes raciales que más influyeron en la etnia española, aparte de celtas e iberos (o como quiera que se deban llamar las poblaciones mediterráneas). ¿Cuántos judíos había en España en la Edad Media? Se habla de doscientos mil y aún de cifras más elevadas, es decir, alrededor de un cinco por ciento de la población. Es posible que, pese a su número, los israelitas fuesen un quiste en medio de la masa hispánica, sin un intercambio de sangres muy cuantioso mientras no intervino la Inquisición, precisamente un aparato en parte decisiva judío por la filiación de quienes lo organizaron y administraron en su etapa más activa. La volcada del aporte judío debió realizarse a partir del siglo XIV cuando empezaron los grandes "pogroms" y las conversiones en masa. La memoria del origen israelita en las familias españolas de conversos se ha perdido en unos casos y en otros perdura más o menos clara, sin referirnos al caso especial de los "chuetas" mallorquines que aún forman un grupo en estado de secesión bastante definida respecto a la población no judía. Pero, en la mayoría de los casos, la cepa israelita se ha perdido anegada en el complejo racial hispánico.

Sin embargo, la gravitación del aporte judío es desdeñable en el plano propiamente étnico. Ante todo, porque los judíos no son una raza sino un complejo con muchos elementos afines o iguales a las razas mediterráneas; de cualquier modo, lo que más nos interesa a nosotros es que el hecho racial, por sí solo,

no podría haber modificado sensiblemente los factores históricos del país.

Pero conviene distinguir una vez más entre raza y cultura. Si la influencia étnica judía es prescindible, aunque haya sido bastante cuantiosa, no puede decirse lo mismo, sino todo lo contrario, de la influencia cultural. La clave de este efecto —repetimos— ha sido, no la presencia de un número mayor o menor de israelitas en la Península, sino su conversión. Si los judíos no se hubieran convertido se habrían mezclando menos con la población, como hemos dicho; pero esto tampoco tiene importancia. Lo importante es que, ya en el plano cultural, los judíos no conversos habrían hecho un aporte de elementos culturales y personales, por otra parte muy valiosos, a la sociedad española, sin modificarla por eso medularmente. Estos elementos culturales serían una accesión más o menos externa y, a la postre, una herencia a recoger. Pero, convertidos, los judíos penetraron en las esferas dirigentes de la Iglesia (más que del Estado) y en las familias y modificaron la sociedad española desde dentro. Estamos convencidos de que a los conversos se deben ciertas notas de la España posterior al siglo XV, tan diferentes por su espíritu de la España jocunda, más bien de una vitalidad sencilla y graciosa, de la Edad Media; si es cierto que la lucha contra el Islam marcó con caracteres peculiares la religiosidad hispana, la nota propiamente teocrática bien pudiera proceder de los judíos conversos, así como el rigorismo minucioso, formal y suspicaz, propio de las vivencias del converso bajo la presión del miedo y del resentimiento y movido por el afán de extirpar fuera de sí el judío que llevaba dentro. En fin, la influencia israelita que hubiera sido externa y accesoria pasó a ser existencial. Los perseguidores del judío fueron poseídos por el espíritu judío. No importa que el "ethos" español sea tan diferente, en fundamentales aspectos, del "ethos" del judío recluso en el barrio israelita y convertido en un quiste social. El judío español era también español y probablemente se parecía al judío independiente y guerrero cuya admirable expresión encontramos hoy en el Israel libre del Próximo Oriente. Pero no se olvide que el judío que penetró en el espíritu español era, precisamente, el converso, y en la peculiar psicología del converso es preciso buscar el rastro de su presencia. Y qué converso? Un converso no espontáneo, lo que sería radicalmente distinto, sino un alma forzada en su intimidad por la presión exterior, el miedo o la conveniencia.

Muy diferente es el aporte de los otros inmigrantes pacíficos: los gitanos. Los gitanos tienen alguna importancia como grupo en Andalucía, sobre todo en Andalucía del Sureste y en algunos puntos de Levante. Su influjo étnico y cultural es muy pequeño.

Y con esto podemos abordar el punto que nos interesa, el de los efectos de la etnia en el quehacer histórico del pueblo español y en el resultado de tal quehacer.

¿Pero se puede hablar de "razas" como determinantes de la historia? En rigor sólo conocemos efectos raciales seguros en el campo animal, como lo demuestran los éxitos alcanzados por lo ganaderos y los criadores de perros. Pero el hombre no es naturaleza sino historia.

Sin embargo, se observa, por ejemplo, que todas las grandes civilizaciones han sido creadas por hombres de raza blanca, amarilla o cobriza. Los negros no dieron nacimiento a ninguna sociedad comparable a la egipcia o a la occidental. Admitido el hecho, ¿estamos en condiciones de concluir que los negros son incapaces de crear civilizaciones? En rigor científico o en mero rigor de un común discurso, no parece posible sacar semejante consecuencia, porque los factores que intervinieron en la génesis de las civilizaciones no pueden ser sólo raciales (supuesto que los factores raciales hayan sido decisivos). Si bastara la presencia de una raza apta para hacer surgir una civilización, habrían aparecido civilizaciones más o menos como árboles. Pero el nacimiento de una de estas sociedades, con caracteres originales, es un hecho bastante raro y, de toda evidencia, la raza, aun suponiendo que sea una de las causas del fenómeno, no parece ser causa suficiente. Es decir: que algunos grupos humanos, de raza blanca o amarilla o cobriza, crearon determinadas civilizaciones; pero no todos los grupos blancos, amarillos o cobrizos suscitaron la aparición de esta suerte de hechos históricos. Debemos inducir de tal observación que a los grupos blancos o amarillos de resultado negativo, les faltaron otras concausas que actuaron en los casos fecundos. Según esto, es posible que una raza entera, sin faltarle en potencia la aptitud creadora de civilizaciones, careciese de los otros factores concurrentes. Así, pues, con independencia de la aptitud o ineptitud de los negros, como creadores de civilizaciones, cabe que no hayan encontrado los estímulos externos necesarios para desencadenar la reacción creadora.

Por tanto, no podemos decir lícitamente que los negros son incapaces ni tampoco capaces de crear una civilización del tipo de la occidental, de la egipcia o de la sínica. Sencillamente, no lo sabemos. Por lo demás, la trayectoria recorrida por la especie, por larga que nos parezca, es corta relativamente a sus posibilidades de vida sobre el Planeta. Quizá los negros, en un futuro que ignoramos, hagan las cosas mejor que nosotros en este campo de la actividad humana o lo hagan peor o no hagan nada.

En términos más generales, debemos reconocer que ignoramos si la raza tiene una incidencia efectiva sobre las resultantes históricas. Para saberlo sería preciso disponer de un conocimiento serio de la psicología de las razas, con una separación rigurosa y clara entre los rasgos psicológicos atribuibles a la etnia y los correspondientes a factores sociológicos.

Es cierto que los antropólogos —y quienes no lo son— advierten ciertos rasgos psíquicos dominantes o más frecuentes en unas razas que en otras. Tal es el caso de la aguda sensibilidad de los negros para la música y la danza. Pero no hay seguridad alguna de que no influyan, en estas expresiones identificadas como raciales, factores de cultura o una peculiar experiencia histórica del grupo. Así, sucede, por ejemplo, que abundan entre los gitanos los individuos dotados para esas mismas actividades artísticas. Pero abrigamos personalmente serias dudas de que la raza gitana, como tal raza, posea facultades singulares para el arte musical o el baile. Más bien nos inclinamos a creer que podría decirse lo contrario, pues los gitanos no han creado, al menos desde que están en Europa, ninguna de estas formas de expresión artística y, más bien, cabría decir que han adulterado y hasta pervertido o rebajado la dignidad de las estructuras culturales de esta clase encontradas por ellos en las sociedades occidentales donde el pueblo gitano vino a establecerse en una época históricamente muy próxima a la nuestra. En el caso de los gitanos ha sido un factor social y cultural el que les indujo a especializarse en ciertas formas de arte, según toda razonable conjetura. A este mismo tipo de especializaciones y "fijaciones" pertenecen las supuestas peculiaridades raciales psíquicas de los judíos, impuestas por razones elementales de adaptación a una sociedad que ejercía, sobre el grupo israelita, diversas formas de presión y le imponía un estatuto particular. Estamos persuadidos de que no sería difícil fabricar artificialmente una "raza judía" con individuos de cualquier raza. Bastaría con someter

a estos individuos a un tratamiento especial, a un particular condicionamiento social, durante generaciones, limitando sus actividades a determinado campo, creando una adecuada inseguridad para el grupo, e impidiéndole diluirse en el sector mayoritario. Si el grupo en secesión tuviese ya, de antemano, por el modo de elegir los individuos, una nota particular (pongamos una creencia religiosa diferente), el resultado del experimento sería perfecto.

¿Cómo separar estos factores sociales y culturales de los factores raciales? Prácticamente, no es posible.

Estas consideraciones, aunque carentes de originalidad, y quizá no muy interesantes, nos han parecido necesarias.

¿Qué utilidad tienen?

Tienen una utilidad negativa, pero de gran importancia. Sirven para eliminar de las preocupaciones sociales y políticas de España y de los pueblos donde la estirpe hispánica tiene alguna parte en el componente demográfico, el factor racial como causa supuesta de sus características sociales, de su "idiosincrasia", como suele decirse. No hay ninguna "idiosincrasia" atribuible a la "raza" hispánica.

En efecto: si ignoramos la influencia histórica de los caracteres diferenciales de las grandes razas bien podemos desdeñar este factor en el caso de una "raza" —la española— que ni siquiera lo es en el sentido de aquellos grandes grupos humanos. Los españoles pertenecen a la misma o a las mismas razas que otros pueblos europeos, y sus diferencias, respecto a los complejos étnicos de esos pueblos, son meramente de proporción y de matiz, dentro de la gran raza blanca. Por tanto, este elemento es prescindible en nuestro problema y podemos dejarlo de lado.

En consecuencia, los rasgos peculiares que acusa el pueblo español, respecto a otros pueblos de Europa, dependen de su experiencia vital diversa. Esta experiencia tiene su causa en el medio natural, en cuanto influye sobre el "ethos", y la acción y la reacción que componen el condicionamiento histórico.

Así, pues, dejemos en paz la "raza". Ni es culpable de los fracasos de la comunidad ni tiene derecho a que se le acrediten las virtudes comunales. La "raza" española, como tal, es ajena al quehacer cumplido y en nada impide ni estorba cualquier empresa de hoy o de mañana.

De no ser porque la tesis contraria conserva aún la cola de una vigencia por inercia, se nos podría reprochar que hubiéra-

mos infligido al lector un largo viaje a fin de alcanzar una conclusión obvia que ya teníamos en casa, y que apenas podría encontrar contradictores solventes. Si esa cola fuese un mero error inocuo, tampoco hubiera valido la pena de salir a campaña para combatir tan mezquino enemigo. Pero sucede que semejante prejuicio no es error inocente puesto que tiende a congelar las *fijaciones* en una objetividad inmóvil, no susceptible de ser modificada e incurre en cualquiera de estos dos pecados, no sabemos cuál más reprobable: la vanidad estúpida y el estúpido desánimo de cara a los empeños del futuro.

Presencia del Pasado

DANZA PRECORTESIANA*

Por *Samuel MARTI*

"Procuraban los señores ser liberales y tener tal fama, y así hacían grandes gastos en las guerras y en los areitos. . .".—

Fray BERNARDINO DE SAHAGÚN.

TODO gira alrededor de los dioses en el mundo azteca. Al igual que el cristiano primitivo y el mahometano, su obsesión es la de identificarse con los dioses a través del sacrificio, o muerte en la guerra. Estos caminos y el privilegio de ser escogido por Tláloc-Quetzalcóatl, ya sea al ser ahogado o fulminado por sus rayos, o la muerte en el parto, eran los únicos caminos al cielo y a la inmortalidad. Para los demás no había otro destino que vagar en las moradas subterráneas y tranquilas de *Mictlatecuhtli* y su consorte *Mictecacíhuatl,* señores de la muerte, la paz —y la vida!

Este concepto trascendental que nos recuerda ciertas creencias orientales como la de la reencarnación y la transmigración, se adivina en las representaciones de esta deidad, con la mitad del rostro y el cuerpo descarnados y la otra mitad rebosante de vitalidad y juventud. Indudablemente que al ahondar en la filosofía indígena se encontrarán vínculos estrechos entre Xipe Totec, símbolo de la renovación de la naturaleza y *Mictlatecuhtli,* señor de la Muerte y la Vida.

La evolución, metamorfosis y rejuvenación de la masa del pueblo a través de las fuerzas regenerativas de la naturaleza, concepto biológicamente inatacable, también aparece en la poética y la filosofía indígena. La dualidad y unidad que apreciamos en el cosmos y la identificación y valorización de la vida y la muerte encuentra expresión genial en la formidable Coatli-

* Del libro que publicará en breve el Fondo de Cultura Económica.

cue, Señora de las Serpientes o Madre Tierra, que todo lo da y todo lo recoge con sus manos generosas y garras implacables.

Esta creencia se refleja en el aparente fatalismo y evidente dinamismo del azteca. Desde el momento de nacer hasta su muerte el azteca creía que su único destino era el de honrar y ayudar a sostener el poderío de sus dioses, que eran encarnaciones de las fuerzas de la naturaleza. Solamente con la ofrenda de su propio corazón y sangre podía el hombre conservar el orden y concierto del cosmos, y asegurar su bienestar y el de la comunidad.

Este profundo sentimiento filosófico y cósmico refleja y apoya la política unificadora del azteca. Recordemos que los aztecas adquirieron sus conocimientos, ritos y artes, de los pueblos con quienes convivieron y de los que conquistaron, pero todo lo adaptaron a su política de expansión y unificación. El problema consistía en amalgamar, organizar y adaptar a su política nacionalista, mexicanista, elementos culturales y sociales extraños, dándoles un carácter propio. El azteca conjugó las tradiciones milenarias de pueblos cultos y desarrollados con sus propias tradiciones e ideales. En su admirable esfuerzo de síntesis social, religiosa y política, el azteca no vaciló en reformar los archivos históricos y aun sus creencias religiosas.

No obstante sus numerosas deidades y que los dioses de los pueblos vencidos eran acogidos y venerados en el *Coacalco* del Recinto Sagrado, se advierte una tendencia a fusionar los ritos primitivos de Tezcatlipoca-Huitzilipochtli de gentes seminómadas con los más avanzados y humanos de Tláloc-Quetzalcóatl procedentes de pueblos sedentarios. Su filosofía y poética acusan un impulso sutil y constante hacia la implantación de un Dios Único, el Hunab Ku de los mayas o Tloque Nahuaque o Ipalnemohuani, dios invisible, omnipotente y creador del cosmos.

Su meta era un estado único, unido y poderoso, formado con los diferentes señoríos de Anáhuac ligados por un idioma y una religión común. Esta es la razón de ser del hieratismo, fanatismo y formalismo que distingue el genio azteca.

Esta política encuentra eco en la rigidez de sus danzas, cantos y música, estilizados a tal grado que cualquier equivocación era inmediatamente notada y el infractor castigado severamente. Por esta misma razón los sacerdotes-compositores, aunque conocieron las escalas y los instrumentos perfeccionados de pueblos más cultos del sur y del golfo, insistieron en seguir ba-

sando su música ceremonial en su escala tradicional de solamente cinco sonidos. Todas las flautas de origen azteca tienen cuatro agujeros y producen escalas de cinco sonidos fundamentales. En cambio, los instrumentos que provienen de culturas de épocas anteriores tienen cinco o más agujeros y producen escalas mucho más desarrolladas. Podemos afirmar que la danza y música azteca ceremonial era de un carácter hierático, intenso, extático, formal, estilizado y viril.

En cambio la danza y música maya al igual que su arte y arquitectura ofrecen un cuadro variado y desconcertante. Aunque formando una unidad cultural por su idioma, creencias y estética, cada centro maya se desarrolló individualmente, aislado de los demás por selvas, ríos y montañas. Con obvias raíces olmecas y preclásicas, el arte de cada región evolucionó según el genio, talento o habilidad de sus artistas. En todo caso, la teocracia maya formada por hombres de ciencia, filósofos y guerreros sólo tenía un ideal, la perfección a través de la fusión del conocimiento, arte y filosofía. Estas disciplinas eran empleadas como medio de ejercer un poder absoluto sobre la masa del pueblo. Caso parecido a nuestra época, los hombres de ciencia mayas también tenían, y ejercían, un poder de vida o muerte sobre la humanidad y también emplearon las matemáticas como un idioma esotérico para comunicarse sus descubrimientos y conocimientos.

Esta élite intelectual patrocinó un arte inquieto, exuberante, elegante, sibarítico y esotérico, destinado a exaltar su poderío, riqueza y su identificación con los dioses. Su motivación surgía de un anhelo de superación intelectual y perfeccionamiento espiritual. En contraste con los pueblos del altiplano, el hombre siempre es el personaje central. Los dioses son relegados a un plano secundario y parecen servir sólo para mayor gloria y prestigio del hombre.

Copán, Quiriguá, Tikal, Bonampak, Yaxchilán, Piedras Negras y otras capitales mayas dieron forma a este ideal, según la maestría de sus artistas-sacerdotes, hasta alcanzar su más perfecta expresión en la maravillosa Palenque, milagro del arte depurado y recóndita sabiduría.

Las procesiones y ceremonias fastuosas que aparecen en los murales de Bonampak y en las decoraciones de las estelas, templos, y los vasos ceremoniales, así como la impresionante cámara mortuoria encontrada debajo de la Pirámide de las Inscripciones en Palenque, nos revelan el lujo y riqueza que caracteri-

zaba a la teocracia maya y la diversidad y suntuosidad de los atavíos de los danzantes y señores.

El carácter ostentoso, pretencioso, exuberante y esotérico del arte maya se percibe en la arrogancia de sus sacerdotes-dioses, la verticalidad y adornos decorativos exagerados de sus estructuras, la riqueza de sus joyas, en su mayoría de jadeita, la piedra sagrada, y las ricas telas y pieles de tigre forradas de tela púrpura. En este festín de formas, líneas y colores se destacan los enigmáticos jeroglíficos y glifos, máxima expresión del arte y de la ciencia de los mayas. Estos símbolos religiosos, cálculos matemáticos y observaciones astronómicas son trazados con simetría y dibujo perfecto y sirven como motivos decorativos y como marcos para las representaciones ceremoniales. El glifo es el símbolo del ideal maya y una muestra de su increíble desarrollo cultural y genio artístico, al lograr que una cifra, axioma o ecuación se torne en una auténtica obra de arte.

La sinuosidad ascencional de las estructuras mayas, coronadas con falsas fachadas y crestas para aumentar aún más la sensación de verticalidad, contrasta con las fachadas barrocas cubiertas de mosaicos de mascarones y motivos geométricos simbólicos del tigre y de la serpiente. La fuerza y arrogancia del felino, símbolo del cielo y los astros, unida a la astucia, sabiduría y elegancia del reptil, símbolo de la tierra fecunda y generosa, ambos en eterna lucha y conjunción para asegurar o negar las cosechas que sostienen al hombre.

Elegancia, inquietud, maestría, afán de llegar al espíritu a través de la materia y el conocimiento, superación intelectual y artística, es el sello del numen maya. Indudablemente que su música, canto y danza seguían estos mismos lineamientos.

A través de todas las culturas precolombinas se aprecia el influjo de un poderoso elemento universal, hasta ahora púdicamente descuidado por los investigadores... el amor. El amor en todas sus manifestaciones, y sobre todo el fálico y erótico relacionados con la fecundidad y fertilidad, animan las danzas y arte de la humanidad desde épocas pretéritas, y esto es evidente entre los pueblos de Mesoamérica.

Existen muchos ejemplos tanto en la cerámica como en la estatuaria y pintura, del papel importante que jugaba el amor en las ceremonias y en la sociedad indígena. El culto fálico asociado a ritos de pubertad y fertilidad aparecen desde el horizonte más antiguo que conocemos hasta ahora, el preclásico, y culmina en las ceremonias representadas en los códices Dres-

den y Borbónico, y en los templos fálicos de Chichén Itzá, Uxmal y otros lugares. Las representaciones realistas del miembro viril se encuentran en todas las zonas arqueológicas.

Motolinia, Sahagún y Durán nos informan del entrenamiento y preparación que recibían las doncellas encargadas de divertir al Mancebo de Tezcatlipoca y las danzas eróticas de las *auainime*, compañeras de los guerreros victoriosos, entre otras el *Cuecuexcuícatl*, "danza de cosquilleo propia de mujeres y hombres lascivos". Landa menciona el *naual*, "baile no muy honesto". También existen muchas alusiones de los cronistas al temperamento apasionado y ardiente de las mujeres indígenas y el desenfado sexual que existía entre los huastecos, otomíes y totonacos. No cabe duda que la pasión de la mujer indígena en contraste con la frialdad convencional y sentido práctico de la mujer española, contribuyó en buena parte al mestizaje. Este proceso se aprecia en nuestros días doquier hay contacto entre el blanco o mestizo y núcleos indígenas. Las figuras femeninas desnudas plenas de lujuria, alegría de vivir y pasión abundan en la cerámica totonaca y preclásica. Es obvio que el amor sexual inspiró muchas de las danzas ceremoniales y profanas indígenas.

"Cada cultura, en sus aspectos intelectuales y emocionales principalmente, debe ser entendida en su campo y ambiente propio", escribe Garibay en su *Historia de la Literatura Náhuatl*, 206. "No habrá nunca una sola medida para el hombre, y ni el concepto griego, ni menos el concepto español de la vida, si alguno original existe, pueden imponerse como metro para medir la calidad de otros modos de pensar y sentir. No comprender al hombre y no esforzarse por comprender a todos los hombres es lo más opuesto que hay al verdadero humanismo... la base del cristianismo es la comprensión universal de todos los hombres".

La religión, la astronomía y la danza... íntimamente ligada al canto y música... formaban la trilogía substancial de la vida del hombre precortesiano. Hasta ahora estas son las disciplinas olvidadas de las investigaciones americanistas. Sirva el presente trabajo como un esbozo para iniciar el estudio de uno de estos factores que jugaron, y siguen jugando, un papel importante en la vida del indígena. La danza que formaba parte esencial del canto y música nos revela el increíble desarrollo que alcanzó esta trinidad del arte en Mesoamérica.

Juzgando por las estatuillas de bailarinas de jade y barro que se han encontrado podemos afirmar que la danza al igual que la música alcanzó notable perfección, aun en las culturas más antiguas que se conocen hasta ahora, la preclásica (1500 A.C.) y su contemporánea, la llamada olmeca. Por cierto, que casi todas las figuras preclásicas y las de origen totonaca son femeninas y respiran un aliento de pasión, energía y naturalidad que contrasta con las representaciones de los bailarines nahuas. Estos últimos tienen un carácter telúrico, inexorable y ritual que las asemejan a su escultura religiosa.

Las figuras desnudas, dionisiacas, rebosantes de humanismo y alegría de los preclásicos y olmecas, pueblos agrícolas, sugieren un sentido del baile muy diferente del hierático y formal que distingue a los danzantes representados en los códices. Este mismo contraste se aprecia actualmente entre las danzas de grupos periféricos o aislados como los huicholes, yaquis y coras del norte, y las de los nahuas del centro de la República. En cambio las danzantes de origen maya están impregnadas de misticismo y simbolismo, y acusan una técnica depurada.

Contrasta la falta de noticias sobre las danzas de los mayas con los datos abundantes que nos legaron Sahagún, Durán y otros cronistas sobre los bailes y ceremonias aztecas. Sin embargo, las representaciones de músicos y danzantes en la cerámica, pintura mural y la escultura, sobre todo la de la Isla de Jaina, nos revelan la perfección que alcanzó este pueblo de artistas en esta disciplina del arte.

Todos los bailarines mayas que hemos estudiado en museos y colecciones particulares hacen alarde de elegancia y maestría, así como de adornos y tocados riquísimos, que nos recuerdan las danzas orientales. Todos sus movimientos y actitudes, ya sean del sacerdote en su danza ritual o el danzante enmascarado bailando en las puntas de los pies respiran belleza, dinamismo y disciplina.

Saltan a la vista muchas actitudes y posiciones del cuerpo, brazos y manos que traen a la mente los movimientos simbólicos de los Bangas y Mudras hindús. Tanto entre los mayas como en el oriente es obvio que no se intenta copiar a la naturaleza, sino de revelar simbólicamente su esencia mágica y sobrenatural. Cabe señalar cierta similitud, que acusan una misma escuela o estilo, entre los bailarines de las culturas del Golfo y las de origen maya, lo cual indica y confirma una influencia marcada de grupos mayoides.

Resulta interesante el contraste entre el dinamismo de los danzantes preclásicos, totonacas y teotihuacanos y el formalismo de las danzas aztecas. En cambio la danza maya implica una síntesis admirable de la técnica, expresión y emoción, al igual que en sus maravillosos relieves y esculturas. Fenómeno singular, aunan a una técnica depurada y movimientos de fuerza incontrastable una emoción y un frenesí que llega al éxtasis. En cambio en sus bailes ceremoniales se impone lo solemne y señorial.

Medina Solís nos entrega datos valiosos sobre las danzas mayas en los capítulos once y veinticinco de su *Historia del Descubrimiento y Conquista de Yucatán.* Solís anota: "A la par de las cantigas se solazaban con bailes de distintas clases, y de pasos artificiosos, alegres y festivos. El baile era muy popular entre los mayas, y se puede decir que era un rasgo esencial de sus costumbres, y un elemento indispensable de su vida. El baile se mezclaba en todas las solemnidades públicas y privadas, religiosas y civiles, cambiaba de figuras según las circunstancias en que se verificaba: sus pasos se acomodaban al objeto a que se dedicaban; y el tono variaba con el motivo o razón que le daba lugar. Se bailaba en las fiestas de familias; en las ceremonias sagradas no podía prescindirse del baile; y en las fiestas públicas servía de mayor incentivo. Los destinados a estas últimas eran variados y numerosos; pero se distinguían como más donosos, el baile de las cañas (lolomche), y el baile de las banderas".

Fray Diego Durán refiere (I-227): que de allí "Tlahuic que es la provincia que llamamos Marquesado tuve alguna relación que tenían un Dios de los bailes a quien pedían licencia para bailar antes que empezasen su baile, y primero componían al ídolo a la manera que ellos sacaban el disfraz y dábanle rosas en las manos y al cuello con algunas plumas que le ponían a las espaldas como los indios acostumbran llevar en los bailes el cual ídolo fingían algunas veces estar enojado y que no quería que bailasen al cual para aplacarle le componían nuevos cantares de su alabanza y grandeza y de su honor haciéndole algunos sacrificios y ofrendas. Era este ídolo de piedra y tenía los brazos abiertos como hombre que baila y tenía unos agujeros en las manos donde le ponían las rosas o plumas; teníanlo en un aposento frontero del patio donde era el orinario baile y dicen que en algunas festividades le sacaban al patio y le ponían junto al atambor que ellos llaman teponachtly". No se puede

describir mejor la estatua de Macuilxóchitl-Xochipilli, actualmente en el Museo Nacional de Antropología.

Sahagún subraya (II-318): "Lo tercero de que los señores tenían gran cuidado era de los areitos y bailes que usan para regocijar a todo el pueblo (netotiliztli). Lo primer, dictaba el cantar que se había de decir, y mandaba a los cantores que le pusiesen en el tono que quería, y que le proveyesen muy bien También mandaba hacer aquellas macetas de ulli con que tañen el teponaztli, y que el teponaztli y atambor fuesen muy buenos; también mandaba los meneos que había de haber en la danza, y los atavíos y divisas con que se habían de componer los que danzaban; también señalaba los que habían de tañer el atambor y teponaztli, y los que habían de guiar la danza o baile, y señalaba el día del baile, para alguna fiesta señalada de los dioses".

Es muy importante la aclaración que Motolinia hace en sus *Memoriales* (C. 27) al recalcar que los aztecas tenían el baile: "...por obra meritoria, así como en las obras de caridad, de penitencia y en las otras virtudes hechas por buen fin... En estas fiestas y bailes no sólo llamaban y honraban y alababan a sus dioses con cantares de la boca, mas también con el corazón y con los sentidos del cuerpo, *para lo cual bien hacer, tenían y usaban muchas maneras, así en los meneos de la cabeza, de los brazos y los pies como con todo el cuerpo* trabajaban de llamar y servir a los dioses por lo cual aquel trabajoso cuidado de levantar sus corazones y sus sentidos a sus demonios, y de servirles con todo los talantes del cuerpo, y aquel trabajo de perseverar un día y parte de la noche llamábanle *maceualiztli*, penitencia y merecimiento..." Este mismo espíritu priva hoy en día entre los danzantes indígenas, quienes bailan "por manda" según dicen, y no por interés personal alguno. A base de un entrenamiento riguroso en sus cofradías suelen bailar horas y días sin descansar. Como dicen los tarahumares, "Pedimos con la danza y con la jícara".

Si reflexionamos que la voz *maceua,* significa hacer penitencia, nos damos cuenta del sentido esencialmente religioso de la danza indígena. Al igual que en el caso de la música y la plástica, estamos frente a un concepto diametralmente opuesto al europeo. Nuestros indígenas practicaban y siguen ejerciendo estas artes no con un afán de lucimiento de habilidades o para darse o darnos gusto, sino más bien dentro del sentido esotérico y simbólico de las danzas orientales. Conviene ahondar en

la analogía que se presiente entre los símbolos y conceptos religiosos y filosóficos de los iniciados americanos y los de sus colegas de oriente. Este vínculo metafísico se aprecia con mayor intensidad entre los monumentos, figuras y relieves en Palenque, Copán, Xochicalco y Teotihuacán.

Westheim subraya en su *Arte Antiguo de México,* que el arte precortesiano era arte colectivo, mágico-religioso, cuya finalidad primordial era exaltar el culto de los dioses: "El baile era baile sagrado, danza ritual ejecutada para adorar y divertir a los dioses. Lo que nosotros llamamos baile de salón y que no es sino un afrodisiaco admitido en la buena sociedad, no existía... El baile era conjuro mágico, parte del ritual, destinado a provocar en danzantes y espectadores un estado de éxtasis religioso".

Es esencial compenetrarse de este hecho fundamental, pues hasta ahora el concepto de la danza prehispánica se basa en un falso indigenismo y un romanticismo de fin de siglo. Concepto que como escribe Miguel Covarrubias está totalmente mistificado y es de un gusto ramplón y operático. Los guerreros "aztecas" semidesnudos y pintarrajeados, con sus mantas de colores chillones, tienen tanto que ver con la danza prehispánica como sus colegas de los llamados ballets aztecas. Ambos son productos comerciales de los organizadores de espectáculos escolares y turísticos.

Estas parodias contrastan con los bailes y danzantes de grupos nativos como los Santiagueros, Voladores y Quetzales de Veracruz y Puebla, y los bailes de algunos grupos del norte de México y suroeste de Estados Unidos del Norte como los Coras, Yaquis, Tarahumaras, pueblos y Hopis, cuyas danzas todavía están muy cerca del espíritu precortesiano.

Es de sumo interés la lista de danzas y cantares compilada en el siglo XVI por el Dr. Francisco Hernández en su *Antigüedades de Nueva España,* anotadas por su dilecto traductor D. Joaquín García Pimentel.

LISTA A

Nombre del baile o cantar	Lib. II Cap. 60 Lugar Dr. Hernández	SPR	*Otros lugares*
Anahoacáyotl ¿Baile de Anáhuac?	Lín. 6, F. 59 Vso	I-LXII I-318	Cod. Matr. Edn. Troncoso. VII-303-4
cempoaltecáyotl ¿Baile de Cempoala?	Lín. 5, F. 59 Vso.		
chichimecáyotl Baile del origen de la gente; derivado de los chichimecas.	Lín. 14, F. 59	I-LXII	Cod. Matr. Edn. Troncoso. VII-303-4 CMBN—69 Vso. a 71 Vso.
cococuícatl Canto de las tórtolas Epitalamio "Non murmura vestra, columbae".	Lín. 18, F. 59	I-LXII	Cod. Matr. Edn. Troncoso. VII-303 CMBN. Fols. 74 Vso. a 76
coyxcáyotl	Lín. 4, F. 59 Vso.		
cozcatecáyotl ¿Baile del pajarote "cozca"?.—I, 308	Lín. 6, F. 59 Vso.	I-LXII	Cod. Matr. Edn. Troncoso. VII-303/4
Cuextecáyotl o tlauanca cuextecáyotl	Lín. 10, F. 59	I-LXI I-LXII I-318	Cod. Matr. Edn. Troncoso. VII-303/4
Baile de la gente huaxteca. Sahagún dice "cuextecas".		II-313	CMBN. Fols. 36, 55. Vso. 65

Los nombres en español (entre interrogaciones) abajo del nombre original, han sido puestos por el autor.

CMBN significa Cantares Mexicanos de la Biblioteca Nacional.

SPR se refiere a la edición de Sahagún, por Wigberto Jiménez Moreno, publicado por Pedro Robredo en 1938.

La cifra en la obra de Troncoso al Libro del Códice Matritense, el folio y página del trabajo del editor.

Nombre del baile o cantar	Lib. II Cap. 60 Lugar Dr. Hernández SPR	*Otros lugares*
cuitlatecáyotl	Lín. 3, F. 59 Vso.	
¿Baile del excremento?		
huexocincáyotl	Lín. 25, F. 59 y 1 F. 59 Vso. I-LXI I-LXII	A. Ma. Garibay K. ap. Abside IV, p. 55
Uexotznicáyotl	I-318	
Vexotzincáyotl	II-313	Cod. Matr. Edn. Troncoso. VII-303/4
Cantar de los Huexocingo.		CMBN — 6 Vso. 7, 7 Vso. 27, Vso. 28, 79
ixcuecuechcuícatl	Lín. 23, F. 59 I-LXII	Cod. Matr. Edn. Troncoso. VII-303/4
Xochicuícatl cuecuechtli	I-LXIII	CMBN F. 67-68
michoacáyotl	Lin. 4, F. 59 Vso.	
¿Baile de Michoacán?		
nenahuayzcuícatl	Lín. 15, F. 58 Vso. Lín. 25 ibid. Lín. 1, F. 59	
otoncuícatl	Lin. 3 F. 59 Vso. I-LXIII	Cod. Matr. Edn. Troncoso. VII-303/4
¿Otontecutli ycuic?	V-106	
oztomecáyotl	Lín. 6, F. 59 Vso. I-LXII	Cod. Matr. Edn. Troncoso. VII-303/4
temazcalcuícatl	Lín. 5 F. 59 Vso.	
¿Baile del temazcal?		
tlacahoilizcuícatl	Lín. 4, Fol. 59 Vso.	
tlaçahualizcuícatl	Lín. 20, F. 59	

Nombre del baile o cantar	Lib. II Cap. 60 Lugar Dr. Hernández SPR	*Otros lugares*
Canto de los viajeros. cf. Yyacatecutli icuic, Canto del dios de los mercaderes y viajeros SPR—V, 185		
tlacuiloltepecáyotl	Lín. 2, F 59	
Canto de la pintura, honrado por la presencia del rey.		
tlascaltecáyotl	Lín. 4, F. 59 Vso.	
¿Baile tlaxcalteca?		
xaponcuícatl	Lín. 15, F. 59	
Canto del Festín. La letra entre la *p* y la *n* no se puede leer porque hay un borrón sobre ella.		
yxcuecuechcuícatl	Lín. 23 F. 59	
Canto épico.		

LISTA B

Nombre del baile o cantar	*Lugar SPR*	*Otros lugares*
Atzotzocolcuícatl	I-LXII	Cod. Matr. Edn. Troncoso. VII-303/4
auilcuícatl	I-LXII	Idem.
V/ —zan auilcuícatl		
cioacuícatl	I-LXII	Idem.
cihua cuícatl	I-LXIII	CMBN, F. 42 Vso.
matlatzincáyotl	I-LXIII	CMBN — 53 Vso. 55 Vso.
V/Quatacuícatl		

Nombre del baile o cantar	*Lugar SPR*	*Otros lugares*
metzititlancáyotl	I-LXII	Cod. Matr. Edn. Troncoso. VII-303/4
¿Canto de Metztitlán?		
mexicáyotl	I-LXIII I-LXIV	CMBN. Fol. 37
¿Canto de los méxica?		
nonoalcáyotl	I-LXII	Cod. Matr. Edn. Troncoso. VII-303/4
Baile de los nonoalca		
V/SPR.—III, 144		
Pilcuícatl	I-LXIV	CMBN. Fol. 46
Canto de los muchachos.		
quappitzuícatl	I-LXII	Cod. Matr. Edn. Troncoso. VII-303/4
quatacuícatl	I-LXII I-LXIII	Cod. Matr. Edn. Troncoso. VII-303/4
V/matlatzincáyotl		
teniacáiotl	I-LXII	Idem.
tepetlacáiotl	I-LXII	Idem.
teponazcuícatl	I-LXII I-LXIII	Cod. Matr. Edn. Troncoso. VII-303/4
¿Baile del teponaztli?		CMBN — F. 26, Vso. 31
tlaoancacuextecáiotl	I-LXI I-318	Cod. Matr. Edn. Troncoso. VII-303/4
tlaxotecáyotl	I-LXII I-193	
Canto del dios de Tlaxotlan (Huitzilopochtli) en el Panquetzaliztli	V-21	
tochcuícatl	I-LXII	Idem.
Tochcoco Cuícatl	I-LXIII	CMBN, F. 77
¿Totochtin icuic tezcatzoncatl?	V-162	
Canto de los conejos al dios del pulque		
zan auilcuícatl V/ auilcuícatl	I-LXII	Cod. Matr. Edn. Troncoso. VII-303/4

A esta lista podríamos agregar los siguientes bailes que menciona Sahagún:

Nematlaxco	Durante la fiesta del mes Ochpaniztli (T. I-192): "Iban ordenados en cuatro rencles y bailaban, no cantaban en este baile..."
Netecuitotiliztli	Baile de los señores después de las ceremonias dedicadas al Dios del Fuego, Xiutecutli o Ixcozauhqui, en el mes Izcalli (T. I-109).
Toxcachochcloa	Baile de los sacerdotes con mujeres durante las fiestas dedicadas a Huitzilopochtli (T. I-140): "...ellos y ellas bailando saltaban, y llamaban a este baile Toxcachocholoa, que quiere decir saltar o bailar de la fiesta de Toxcatl".
Recula	Baile durante la fiesta dedicada a Illamatecutli (T. I-203): "...hacían continencias volviendo hacia atrás, como haciendo represa, y alzaban los pies hacia atrás..."

Además del *Popol Vuh* menciona los siguientes bailes mayas:

Camucú	"Nosotros vamos o nuestra paloma". Canción o danza de despedida aparentemente parecida al Kacarpari quechua.
Chitic	Baile de los zancos. Landa apunta que se bailaba en las ceremonias del año Muluc, que era de mal agüero.
Cux	Baile de la comadreja.
Iboy	Baile del armadillo.
Ixtzul	Baile del cienpiés.
Puhuy	Baile de la lechuza.
Quiche Vinac	"Baile que recordaba al legendario Príncipe Agorero que predijo la destrucción del poderío maya".

Landa, Cogolludo y otros cronistas mencionan las siguientes danzas mayas:

Batel okot Batelokot	Danza guerrera.
Chaktun yah Chantun yab	Danza de los hechiceros o curanderos, bajo la advocación de la diosa Ixchel.

Chohom	Baile popular, muy alegre, celebrado durante las fiestas de los pescadores.
Holcanokot Holcan okot	Danza guerrera.
Lolomche	Baile de las cañas o carrizos.
Nawal Naual	Baile erótico, "no muy honesto".
Ok'ot wil	Danza de la luna o del mes. Según Roys, danza de los médicos.
Oxtun	Baile acompañado con trompetas largas, descrito por Fuentes y Guzmán.
Xibalba ok'ot	Danza del Demonio.
Xtoles	Canto y baile tradicional.
Zono	Ceremonia en honor de Xochipilli, representada en el Códice Magliabecchi-23, y descrita en la *Relación* de Fr. Ponce.

Son de sumo interés los comentarios de Hernández *(Op. cit.* 94):

> Acostumbraban unas maneras de bailar, dignas de verse, llamadas por los mexicanos *nitotelitztli,* pero arreitos por los haitianos. A pesar de que a veces concurrieran tres mil, a veces cuatro mil o más hombres, todos cantaban el mismo canto con la misma voz y con la misma danza y movimiento del cuerpo y de cada una de sus partes; variadas sin embargo en cada una de las mudanzas, respondiendo y concertando con los temas mismos en modo maravilloso; y no sólo se ejercitaban en el canto y en el baile, sino que representaban a manera de comedia o tragedia alguna imagen de sus hazañas. De lo que resultaba que había muchas clases de bailes; a veces se cantaban las alabanzas del rey y a veces las de algún héroe o cacique y tal vez las del dios en cuyo honor se celebraba la fiesta, y en otras se ensalzaban las victorias. De aquí que hayan nacido tan numerosos nombres como *Nenahuayzcuicatl,* o sea canto de los abrazos; se llamaba así el baile que solía hacerse en la tarde que precedía a la fiesta de alguno de aquellos que aquella gente perdida adoraba y veneraba como dioses; la danza empezada al principio de la noche duraba hasta la mañana, al esplendor y luz de las teas y de las flamas de carbones ardientes y de leños encendidos. Tenía lugar al derredor de la plaza del templo mayor y cada varón abrazaba a una mujer poniéndole el brazo derecho al de-

rredor del cuello. Pero el *Tlaculoltepecayotl,* o sea el canto de la pintura, se honraba con la presencia de los reyes que bailaban y danzaban y tenía también lugar junto a la plaza del templo mayor, como casi todos los otros bailes, en cada una de las cuatro fiestas del año, de las cuales las principales eran el *Tlacaxipeoaliztli* o fiesta de la desolladura de hombres, *Panquetzaliztli* o fiesta de la estatua. ¿Qué diré del *Cuextecayotl* en el cual imitaban el modo de bailar, el ornato y la apariencia de la gente huasteca, y representaban la guerra en que los vencieron, con sonido vario y tumulto marcial muy bien acomodado? El *Chichimecayotl* en el cual recordaban los principios y origen de aquella gente.

El *Xaponcuicatl,* o canto de los festines, en el cual se cantaban las alabanzas al héroe, que convidaba a cenar. El *Cococuícatl,* o sea canto de la tórtola, se cantaba en las nupcias y en él se alababa a los que contraían matrimonio.

El *Tlacahualizcuícatl,* o sea canto de los viajeros, en el que se referían las labores de los que traían a los reyes los impuestos anuales acostumbrados. El *Ixcuecuechcuícatl,* o sea canto en el cual eran celebrados promiscuamente varios héroes. El *Huexocincayotl,* o sea canto de los de *Huexocingo,* en el que celebraban la victoria que habían alcanzado sobre ellos; se cantaba principalmente en el tiempo en que eran arrastrados para ser inmolados a los dioses.

Como se puede inferir por algunos de los géneros enumerados por Hernández, como el *cococuícatl*, canto de los recién casados, que nos recuerda los *casarasiri* o música nupcial de los quechuas y el *pilcuicatl*, canto de los muchachos, no todas las danzas eran de carácter esotérico, mágico o religioso. Sabemos que había otros tipos de bailes de carácter popular, de regocijo y de placer, como el nanual maya, según Landa" no muy honesto", parecido al *cuecuecheucatl* azteca, baile de comezón.

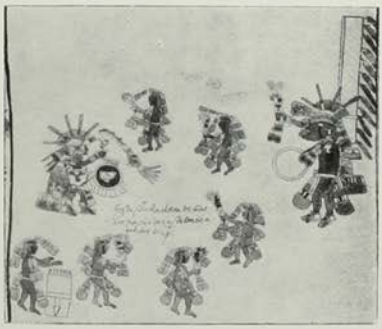
"...con tantos meneos y visajes y deshonestas monerías que fácilmente se verá ser baile de mujeres deshonestas y de hombres livianos", según anota Durán (T. II-230). También conviene recordar el *Netotiliztli* o baile de diversión descrito por Torquemada. Al igual que los actuales, a dichos bailes no se les daba mayor importancia y servían de distracción y solaz a los grandes señores y al pueblo. Lo mismo ocurre actualmente con las canciones o bailes subjetivos o personales que por regla general los indígenas se niegan a bailar o cantar.

PAREJA DE DANZANTES TOTONACOS
Figuras de barro cocido con una altura de 56 cm. Col. Stavenhagen. (Foto Irmgard Groth-Kimball).

CANTORES EN EL TLALOCÁN O PARAÍSO
Murales del templo de Tláloc en Tepantitla, Teotihuacán. Museo Nacional de Antropología.

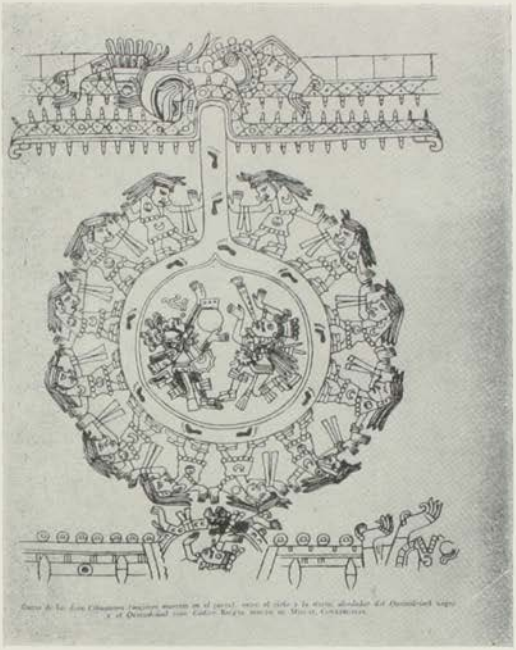
"HAMLET", ACTOR-BAILARÍN MAYA
Figura de barro procedente de la Isla de Jaina, Campeche, y mide 12 cm. de alto.
Col. Stavenhagen.

BAILARINA TOTONACA
Figura de barro con una altura de 20 cm. Col. Covarrubias. Museo Nacional de Antropología.



DANZA SACERDOTAL DEDICADA A QUETZALCÓATL Y SU HERMANO GEMELO XOLOTL
Códice Borbónico, 26.

BAILARINA EJECUTANDO EL TRIBANGA HINDÚ O MOVIMIENTO TRIPLE
Figura preclásica de Tlatilco, D. F. Tiene 11 cm. de alt. Col. Covarrubias. Museo Nacional de Antropología.



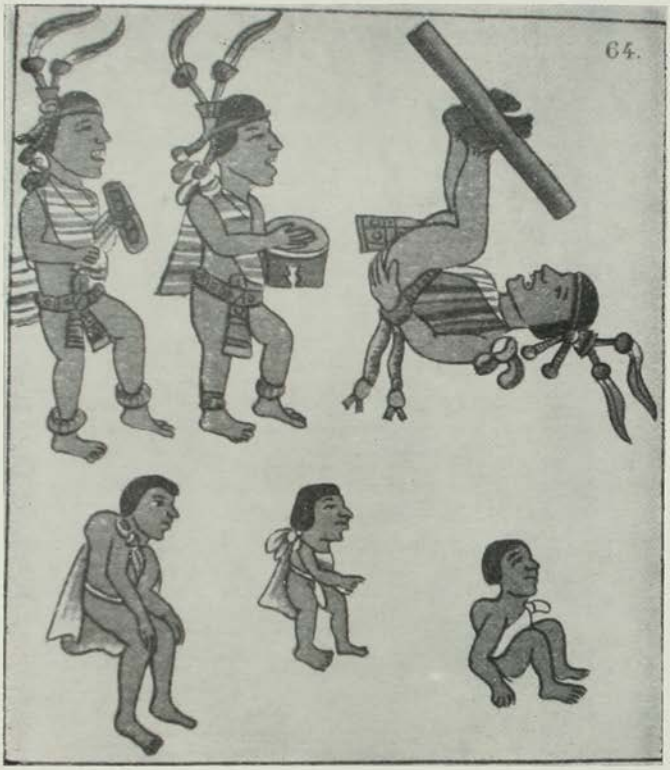
DANZA COSMOGÓNICA

Baile de las doce Cihuateteo, mujeres muertas en el parto, entre el cielo y la tierra, alrededor del Quetzalcóatl negro y el Quetzalcóatl rojo. Códice Borgia, 40.

TZOCUICATL
"Cantares de luto y de la suciedad que el luto y lágrimas traen consigo". Aparece un danzante y la deidad de la danza disfrazado de coyote (Huehuecóyotl). Códice Borgia, 64.

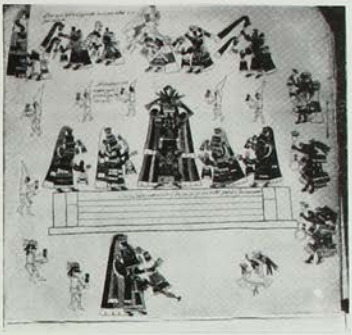
MACEUACUICANI, CANTOR-DANZANTE
Códice Florentino, L. XXII-11.

CONJUNTO AZTECA DE MÚSICOS, CANTORES Y DANZANTES
Códice Florentino, L. XXII-31.

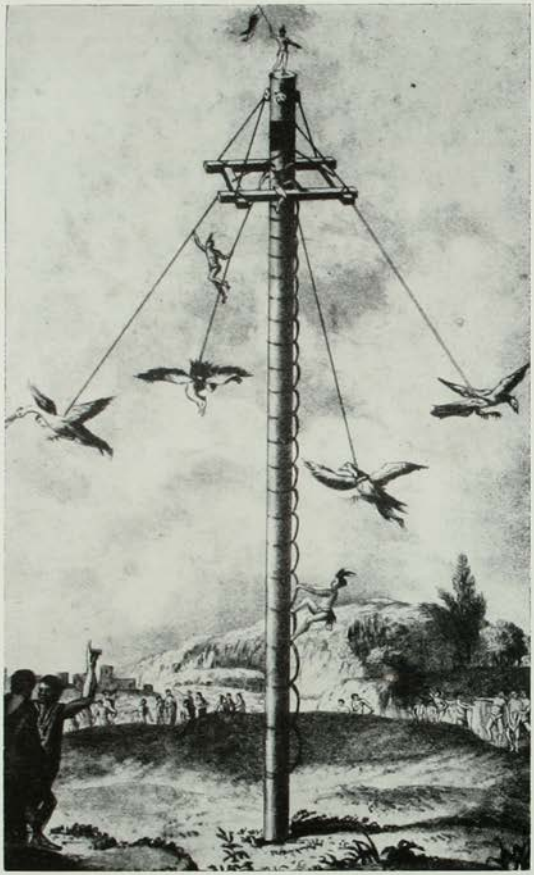


NETOTILIZTLI
Festivales populares de placer y regocijo. Códice Florentino, L. XLVIII-64.

Ceremonia y danza de la fertilidad durante el mes ochpaniztli
Códice Borbónico, 30.



Fiesta de Xuchil Huitl
Esta ceremonia se celebraba "dos veces en el año de dozientos en dozientos dias . . . en ella los mancebos q. ellos llaman telpchetl hazian areito cada uno en su barrio . . ." La diosa q. festejaban se llamaba Ehicome Xuchitl que quiere decir "Siete Rosas". Cód. Magliabecchi, 47.



Danza de los Voladores según Clavijero

Ni qué decir que entre estos cantos hay melodías y letras conmovedoras y bellísimas, así como las hay mordaces y picarescas, sobre todo en los cantos otomíes. Pero es evidente que la música y danza ceremonial nahua había desarrollado cánones estrictos a través de cientos de años de evolución, a los cuales se apegaban sus intérpretes y los tlacuilos, sacerdotes pintores, que las representaban en los códices. Esto explica el por qué de los castigos tan severos aplicados a los artistas que se equivocaban durante una ceremonia. Sahagún señala *(Op. cit.,* T. II-318):

> ...Y andando en el baile, si alguno de los cantores hacía falta en el canto, o si los que tañían el teponaztli y atambor faltaban en el tañer, o si los que guían erraban en los meneos y contenencias del baile, luego el señor les mandaba prender y otro día los mandaba matar.

Aún hoy cuando ocurre alguna falla en la música o danza, cosa muy rara, se vuelve a repetir la ceremonia desde el principio.

Sahagún *(Op. cit.,* T. I-292) nos cuenta que en el *telpochcalli* o academia para los futuros guerreros nobles, éstos:

> tenían costumbre cada día, a la puesta del sol (que) ponían lumbre en la casa de cuicacalco los mancebos, y comenzaban a bailar y danzar todos, hasta pasada la media noche; y no tenían otras mantas sino aquellas mantas que se llaman *chalcaáyatl* que andaban casi desnudos; y después de haber bailado todos iban a las casas de *telpochcalli* a dormir, en cada barrio, y así lo hacían cada noche; y los que eran amancebados íbanse a dormir con sus amigas.

Clavijero complementa el dato anterior al contarnos *(Op. cit.,* 269) que:

> No sólo bailaban los señores, los sacerdotes y las muchachas de los seminarios, sino también el rey en el templo, por ceremonia de su religión, o para recreo en su palacio, teniendo en ambas circunstancias un puesto señalado, por respeto a su carácter.

Landa *(Relación de las Cosas de Yucatán,* Ed. Robredo, p. 98), anota que los mayas durante las solemnes ceremonias

dedicadas a Cuculcán (Quetzalcóatl): "pasaban cinco días y cinco noches en oraciones y en algunos bailes devotos".

Durán recoge datos valiosos relacionados con la danza *(Op. cit.,* 230):

> ...porque el baile de éstos no solamente se rige por el son; empero también por los altos y bajos que el canto hace, *cantando y bailando juntamente.* Para los cuales cantares había entre ellos poetas que los componían, dando a cada canto y baile diferente sonada, como nosotros lo usamos con nuestros cantos, dando al soneto y a la octava rima y al terceto sus diferentes sonadas para cantarlos, y así de los demás. Así tenían éstos diferencias en sus cantos y bailes, pues cantaban unos muy reposados y graves, los cuales bailaban y cantaban los señores y en las solemnidades grandes y de mucha autoridad, cantándoles con mucha mesura y sosiego. Había otros de menos gravedad y más agudos, que eran bailes y cantos de placer, que ellos llamaban bailes de mancebos (telpochmacehualliztli), en los cuales cantaban algunos cantares de amores y requiebros, como hoy en día se cantan cuando se regocijan.

Torquemada menciona *(Monarchia Indiana,* L. VI-202):

> Los cantares en el mes Tecuilhuitontli eran de amores, dulces, historias, riesgos en caza y monterías, hazañas de los hombres y sucesos notables; si para éstos eran alegres, tornábanse tristes y melancólicos en las exequias de los difuntos y en las memorias de los muertos.

Hernández *(Op. cit.,* 27) nos cuenta que las mujeres enclaustradas bailaban los días festivos:

> ...delante de los dioses según la costumbre de esa gente, adoptando géneros de bailes congruentes a cada una de las fiestas.

El mismo autor refiere *(Op. cit.,* 44) que en el banquete de Teuhyotl que era de enorme rango y prestigio:

> algunos ciudadanos entretanto pulsaban huesos, tímpanos, tibis, trompetas y otros instrumentos propios de los conciertos musicales, y ejercitaban los bailes y danzas que se llaman nitotiliztli, ejecutadas por todos al mismo tiempo que los cantos y con movi-

mientos armoniosos y correspondientes entre sí en admirable relación.

También Torquemada menciona que Moctezuma tenía otro pasatiempo: "...que regocijaba a los de palacio y aun a toda la ciudad; es muy bueno y largo, y público; el cual o lo mandaba él hacer o venían los del pueblo a hacerle en palacio aquel servicio y solaz... que llaman Netoteliztli, danza de regocijo y placer..." En este baile participaban conjuntos de músicos, danzantes, cómicos, acróbatas, recitadores, truhanes y enanos corcovados, es decir un verdadero circo. En ella se llevaba a cabo danzas acrobáticas como la de los zancos "de una o dos brazas de largo" y la de un hombre que oscilaba sosteniendo a dos individuos sobre sus hombros, los que llevaban ramos de flores y plumas en las manos.

No debemos confundir este tipo de danza colectiva con la impresionante Danza del Volador. Esta danza es de origen solar y agrícola, y está relacionada, a juzgar por sus evoluciones y ritual, con ceremonias de la fertilidad.

Esta ceremonia y baile que tal vez fue disfrazada de juego para burlar a los inquisidores cristianos, es una de las más antiguas que se conocen y sigue practicándose en México y Guatemala. Al aparecer el sol, los voladores encabezados por el sacerdote músico, tocando un tamborcito de doble parche y una pequeña flauta de carrizo de tres agujeros y de sonidos muy agudos, recorren la población entonando una melodía melancólica y nostálgica llamada el Son de la Calle.

El vuelo se realiza precisamente cuando el sol está en su zénit y generalmente el 24 de junio, o sea en el equinoccio de verano y antes de la época de lluvias.

El número de voladores varía en cada lugar y en cada ocasión, conforme se va perdiendo la tradición y sentido religioso de la danza, al entrar en acción los organizadores de ferias y festivales turístico-comerciales. En Pahuatlán, Puebla, los voladores incluyen una "Malinche" o volador disfrazado de mujer, y solamente los voladores bailan sobre el palo mientras el músico se limita a entonar las melodías. En Papantla, Veracruz, los voladores después de hacer su "paseo" por la población bailan una danza circular de pasos cortos y reposados y de carácter religioso, en el jardín, hasta llegar la hora del vuelo. Al llegar al palo enclavado frente a la iglesia nuevamente danzan alrededor del palo, con el mismo paso hierático.

Sobre el "tecomate" o "cuacómitl" ajustado a la punta del palo, que a veces mide más de cuarenta metros de alto, el volador-músico inicia la ceremonia principal. Empieza con una profunda reverencia hacia el Oriente, mientras entona con mayor intensidad una melodía o "son" sugerente y muy bello, el Son del Perdón. En el mismo orden que el sacerdote azteca el músico volador hace profundas reverencias hacia los cuatro puntos cardinales: "conviene a saber Oriente, Occidente, Norte y Mediodía..." En Papantla solamente el músico baila sobre el tecomate y los voladores se limitan a danzar al vacío amarrados a la cintura con sogas y volar majestuosamente hasta llegar a tierra sin preocuparse por el número de vueltas.

Helga Larsen, Bodil Christensen y Stresser Pean han publicado valiosos trabajos sobre la Danza del Volador en nuestros días.

Garibay *(Historia de la Literatura Náhuatl*, 164) traduce un pasaje importante del *Ms. Palatinato* (f. 201) que nos da una idea del frenesí con que en ciertas ocasiones se practicaban los bailes y la estimación en que se tenía a los artistas:

> era también entonces, al presentarse el día 1-Flor, cuando totalmente daba principio y se establecía fijo estar siempre bailando, danzando. Así lo usaba Motecuzoma (sinónimo de mandatario) por su espontáneo querer: nadie le marcaba por cuánto tiempo había de durar la danza: quizá hasta por veinte días duraba el danzar. Y la señal de que había de mandar él a la gente que bailara era poner enhiestos dos palos enflorados: se colocaban en el palacio, en la casa real. Con ellos se daba a conocer que era fiesta de flores, de alegrarse con flores, de gozar con flores. Entonces a su placer determinaba, a su gusto total elegía el canto que había de cantarse.
>
> También entonces eran premiados, adquirían dones, se daban regalos a todos los cantores, cantores de la danza, disponedores de cantos, inventores de cantos; lo mismo que los tañedores: los que tañen el tambor, los que tienen atabal y lo tañen; los que dicen las palabras del cantar, los que inventan el canto, los que lo arreglan y proponen, y también los que silban con las manos, los que dirigen a los otros, los que bailan en representación de algo, los que bailan cuadrillas, los que se entrecruzan partiendo el baile, los que dicen cantares traviesos, los que cantan endechas fúnebres, los que bailan haciendo giros.

Después de esta descripción nadie puede poner en tela de duda el alcance y desarrollo extraordinario de la danza, música y canto entre los antiguos mexicanos. Estos datos implican una tradición añosa y equipos de músicos, poetas, cantores y bailarines especializados en determinadas técnicas y disciplinas, y sobre todo una organización perfeccionada y una estimación y afán de estimular a los artistas que ya quisiéramos en nuestros días.

Esta tradición y amor al arte de la música perduró hasta fines del siglo dieciséis, no obstante las persecuciones y castigos de los frailes, como podemos ver por lo que escribe Durán *(Op. cit.,* II, 233):

> Había otros cantores que componían cantares divinos de las grandezas y alabanzas de los dioses, y éstos estaban en los templos. Los cuales, así los unos como los otros, tenían sus salarios, a los cuales llamaban *cuicapicque,* que quiere decir "componedores de cantos". Para que noten los que quieren abatir el modo de estos indios, si tenían en todo el concierto posible, pues no discrepa de lo que se dice del Rey nuestro señor tiene en su capilla, y el Arzobispo de Toledo otra, y el otro señor, otra. Lo mismo sabemos de esta tierra, y hoy en día los tienen los señores de los pueblos a su modo antiguo. Y no lo tengo por inconveniente, pues ya no se hace sino a buen fin, para no decaer de la autoridad de sus personas, pues también son hijos de reyes y grandes señores, como cuantos lo han sido.

Los adornos de los danzantes actuales serán de latón y vidrio en vez de oro y piedras preciosas, sus antiguos huaraches de piel de venado adornados con oro y plata serán burdos zapatones, pero el espíritu que anima sus bailes es el mismo de sus antepasados. El fervor, disciplina, señorío, dignidad, fe y fuerza que respiran todos sus movimientos y actitudes, imponen respeto y admiración. Existen dinastías de músicos-danzantes quienes conservan viva una tradición oral y crean nuevas melodías inspiradas en los antiguos cantares.

Cuando se les pregunta quién los enseñó, siempre responden igual:

"Oyendo, señor, oyendo y viendo cómo tocaba el antiguo Maestro, ya difunto".

Con razón los Santiagueros y los Señores de la Pluma nos impresionan con su elegancia y prestancia, recordándonos la antigua Danza de los Señores Aztecas. Mientras los Voladores

con su ceremonia tradicional de "sembrar" el árbol y todos sus movimientos y pasos, respiran el ambiente de las inmemoriales danzas de fertilidad y su simbolismo universal fálico.

Todo aquel que se familiariza con nuestras danzas indígenas está constantemente observando alusiones y supervivencias de las danzas precortesianas descritas por los cronistas y representadas en los códices. Estos últimos encierran un tesoro inagotable de adornos, trajes, máscaras, actitudes y movimientos que expresan la dinámica de la danza nativa. Un estudio y análisis concienzudo de las actitudes y movimientos de los danzantes en los códices, cerámica y estatuaria nos brinda un material valiosísimo para la reconstrucción de la danza prehispánica. Este material comparado con los pasos y dinámica de las danzas actuales nos da la clave para la creación de una auténtica danza mexicana.

Es evidente que la recreación de la danza indígena debe basarse en una compenetración profunda del arte nativo y el estudio de los datos arqueológicos y etnográficos. Este fue el camino que siguieron los grandes renovadores de la danza hindú Uday Shankar y Ram Gopal y el maestro chino Meilan Fang. El problema estriba en asimilar y ahondar en la *esencia* y *carácter* del arte indígena, y no quedarse o conformarse con imitar o querer imitar su forma exterior. No se trata de volvernos aztecas o mayas sino de expresar la esencia de lo que somos, mexicanos.

BIBLIOGRAFIA

Covarrubias, Miguel, "La Danza Prehispánica", Revista *Artes de México,* marzo-agosto, 1955.

Clavijero, Francisco J., *Historia Antigua de México y de su Conquista,* Trad. J. Joaquín de Mora, Ed. de Dublán y Cía., México, 1883.

Durán, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme,* Ed. de José F. Ramírez, México, 1867.

Cogolludo, Francisco López de, *Historia de Yucatán,* Mérida, 1867.

Garibay, Ángel María K., *Historia de la Literatura Náhuatl,* Ed. Porrúa, México, 1953.

Hernández, Francisco, *Antigüedades de la Nueva España (1514-1578),* Trad. de Joaquín García Pimentel, Ed. Robredo, México, 1945.

Landa, Diego de, *Relación de las Cosas de Yucatán (1566),* Ed. del Museo Peabody, Boston, 1941.

Larsen, Helga, "Notes on the Volador and its associated ceremonies and superstitions", *Ehnos* No. 4, Stockholm, 1937.

Martí, Samuel, "Música de las Américas", *Cuadernos Americanos,* vol. LII, núm. 4, México, 1950.
——, "Organografía Precolombina", *Cuadernos Americanos,* vol. LII, núm. 2, México, 1951.
——, "Flautilla de la Penitencia", *Cuadernos Americanos,* vol. LVI, núm. 6, México, 1953.
——, "Música Precortesiana", *Cuadernos Americanos,* vol. VI, núm. 4, México, 1954.
——, "Instrumentos Musicales Precortesianos", *Publicaciones del Instituto Nacional de Antropología,* México, 1955.
——, "Música Primitiva", *Yan,* vol. I, núm. 1, México, 1953.
——, "La Música de Mesoamérica", *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público* núm. 113, México, julio 15 de 1957.
——, "Música Mixteco-Zapoteca", *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público* núm. 128, México, abril de 1958.
Mena, Ramón, *Catálogo del Salón Secreto (Culto al Falo),* Imp. del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México, D. F., 1926.
——, "Precortesian Music", *Ethnos,* The Ethnographical Museum of Sweden at Stockholm, 1954, 1-4.
——, *Música Prehispánica,* Folletos del Museo Nacional de Antropología, México, septiembre, 1954.
Molina Solís, Juan Francisco, *Historia del Descubrimiento y Conquista de Yucatán* (1850-1932), Imp. E. Caballero, Mérida, 1896.
Motolinia, Toribio de Benavente Fray, *Memoriales,* Ms. de la colección del señor D. Joaquín García Icazbalceta, publicólo por primera vez su hijo Luis García Pimentel, México, 1903.
——, *Historia de los Indios de la Nueva España,* Ed. Salvador Chávez Hayhoe, México, 1941.
Popul Vuh. Ed. de Adrián Recinos, Fondo de Cultura Económica, México, 1941.
Sahagún, Bernardino de, *Historia General de las Cosas de Nueva España* (1558-60), Ed. Robredo, México, 1938.
Stresser-Pean, Guy, *Les origines du Volador et du Comelagatozate,* Actes du XXVIII Congres International des Americanistes, París, 1947.
Torquemada, Juan de, *Los veinte i un libros rituales i Monarchia Indiana, con el origen y guerras de los Indios Occidentales,* etc. (1613), Madrid, 1723.
Westheim, Paul, *Arte antiguo de México,* Fondo de Cultura Económica, México, 1950.

SUMAS PARA LA HISTORIA DEL CUSCO

Por *José Uriel GARCIA*

III

ACLLA-HUASI. Fue otro de los grandes monumentos del Cusco incaico, fruto de las nuevas relaciones de producción establecidas desde el advenimiento de los Incas.

Desde su extenso frente, erguido hacia el ángulo sureste de la inmensa plaza *"Huacapata"* o de "Armas", como se llama actualmente, se desplegaban sus naves, espaciosas y recias, hacia el sur de la ciudad, hasta las cercanías de Coricancha. Por su costado occidental corría paralela y dominante —de murallas más altas que por sus demás frentes— con respecto a *Amaru-Cancha* o palacio de Huaina-Cápac, formando ambos macizos enfrentados una de las más típicas callejuelas cusqueñas que incluso avalora la estructura urbanística del Cusco actual; y, por el oriente, era la mejor joya de los barrios de *"Pucamarca"*, la antigua sede de los *"Allcahuicsas"*, ocupantes primitivos de aquellos un tiempo roquedos y herbazales de la etapa preincaica, del Cusco rústico todavía. Tiempos después los primitivos poseedores fueron despojados por los Incas para la edificación de viviendas no menos espléndidas, cuyos restos valiosos se ven por doquier, oprimidos entre los basamentos de las construcciones españolas.

Por su estructura artística no le iba en zaga a Coricancha. Era un conjunto numeroso de edificios encercados por sus cuatro flancos, en pleno corazón de la ciudad, encercados por elevados macizos, de fina labor de cantería, del mismo estilo "cúbico" que aquel otro núcleo ya señalado, aunque de otro pique de cincel, primoroso y original. Inmensos alzados, en escarpa, por tanto, de inclinación piramidal sobre el suelo, del que surgen sin ningún basamento visible ni decorativo, dotados de aparejos de sillares biselados o en chaflán, circunstancia que da hasta ahora al conjunto cierto relieve almohadillado, de sua-

ve plasticidad, lo mismo que los ángulos de intersección de las esquinas "matados en redondo" y la bocacalle constituida así para mayor facilidad en el tránsito.

El interior de este otro inmenso falansterio se componía, como queda dicho, de grandes y numerosos edificios. Viviendas para cientos de mujeres concentradas y oriundas de todos los confines del dominio incaico; dormitorios colectivos y, a veces, departamentos privados (clase dominante) para las *"Mamacunas"* o "maestras", como se ve actualmente en Machupic-chu; talleres para hilanderas y tejedoras; galería y patios para el recreo y el tráfago. Según una "Información" del siglo XVI, había en uno de los patios "un estanque donde se bañaban (las Acllas) y en el circuito del estanque, en las paredes, estaban hechas concavidades, a manera de una puerta, y allí se desnudaban y ponían sus vestidos". ("Informaciones sobre el Antiguo Perú", Colección Urteaga, Lima, 1920, pág. 84). Es decir, había piscinas y fuentes de agua corriente para el aseo y el placer de las jóvenes cautivas; alrededor de la piscina, unos camarines finamente labrados, como se ven actualmente semejantes en las ruinas incaicas de *Tampu-Machay,* no lejos de Sacsa-Huaman.

Fuera de los bloques descritos, lo que llamaríamos ahora la "Economía" no dejaba de disponer de despensas amplias y de cocinas numerosas, no sólo para preparar la alimentación del Inca y de su Corte, sino para atender a esos servicios en las grandes y frecuentes fiestas calendáricas que se realizaban en la plaza mayor o en las explanadas de Sacsa-Huaman o en la de Coricancha. Esa era una de las obligaciones de los habitantes de este centro de trabajo. A su vez, había oficinas para la administración, los informes o "porterías", como llama Garcilaso, departamentos adecuados para esos fines.[1]

[1] Quedan actualmente los restos de una soberbia esquina matada en redondo, fragmento de la portada que daba salida a la calle *"Capchi" (Capchi-calli,* como se llama hasta ahora en lenguaje mestizo), una de las "porterías aludidas por el autor de 'Los Comentarios' ". El último terremoto del Cusco, el de 1950, puso también al descubierto una bellísima y rara portada, dentro del perímetro de esta famosa Casa, adintelada, de jambas primorosamente talladas, de dintel monolítico pulido, con la singularidad de que sus llagas o junturas tenía una incrustación de paja sutil mezclada con finísima arcilla. Esa portada ejemplar y rara fue destruida a golpes de caterpillar por un "ingeniero" moderno, encargado de la "reconstrucción" de la maltrecha ciudad, ingeniero-agente de una casa vendedora de automóviles. Fragmentos de esa portada yacen aún, por los suelos, no lejos de su sitio de honor.

Pues bien, ¿qué era *Acllа-Huasi?* En el idioma quechua quiere decir "Casa de las Escogidas" o de las Selectas. Algunos cronistas dicen que las llamaban también *"Capchi"*,[2] palabra que según el Vocabulario del P. Domingo de Santo Tomás (1567), equivale a "lozanía", "gallardía" o sea, en este caso, belleza. Huaman-Puma las nombra de su parte por *"Phurum-Tasque"*, vírgenes. Casa de "Selectas", de "Bellas", de "Vírgenes".

Para unos cronistas estas "selectas" eran comparables a las Vestales romanas; para otros, como para Garcilaso y el mismo cáustico Huaman-Puma, se asemejaban a las monjas medievales, es decir, a las monjas españolas que ingresaron con los conquistadores. Pero ni sacerdotisas como las vestales, ni rezadoras como las monjas. Sencillamente mujeres de trabajo y su residencia asimismo un gran centro de trabajo femenino, casi esclavizado, bajo un sistema más próximo a la explotación que a la cooperación. Cuando menos ese su aspecto esclavista era de orden doméstico y patriarcal, en forma parecida a la que soportaban los "yanaconas".

Las "Escogidas" eran muchachas enclaustradas, desde la adolescencia, después de haber sido escogidas entre las más bellas, tanto en el Cusco como en todas las comarcas pertenecientes al dominio incaico y ofrecidas como "tributo" para el servicio del inca del cielo, el Sol, y para el beneficio y placer de los Cápac y de los Yupanqui; en servicio de toda la clase dominante. Esta institución correspondía pues a la época en que por el ímpetu de las fuerzas productivas y el mayor desarrollo en las relaciones de producción, los Incas iban consolidando el Estado y la sociedad avanzaba hacia la formación de clases, a expensas del relajamiento de las tribus o de la disolución de la familia

---

Lo han visto hasta dos presidentes de la "Reconstrucción del Cusco" y de la "Comisión Conservadora de Monumentos Artísticos", todos ellos residentes en Lima, "fetiches" del culto a las *eminencias* vivas, vinculados con la oligarquía de turno, apresurados en mejorar la jubilación más suculenta, pues la "reconstrucción" de la ciudad herida da buenos millones anuales.

[2] Actualmente se llama *"Capchi-Calli"* (Calle de las Bellas, sería la traducción del término amestizado), la que cursa por el oeste del actual convento de Santa Catalina, construido en el siglo XVII sobre los restos de "Aclla-Huasi". Esa callejuela continuaba por un segundo tramo hasta desembocar al frente mismo de Coricancha, como lo demuestra la bocacalle incaica, cuyos fragmentos precisos se ven entre las bases de una casa española. Por esa calleja se deslizaban las "Acllas" a la residencia del Sol.

gentilicia y a expensas igualmente del fraccionamiento de la tierra y del avance de la propiedad individual.

Ingresaban aquí muchachas llenas de lozanía y vigor para el trabajo y de cualidades de ingenio para el arte. Sus obras que han llegado hasta nosotros, recogidas por los museos del mundo, demuestran el aserto. Bastaría compararlas con la posteridad de su propia nación para inducir el valor de la mujer quechua de la época de los Incas, internada en aquella mansión. Esa posteridad que siguió dando a veces mujeres célebres, por su temple de carácter, no obstante su servidumbre, o por sus rebeldías sociales, e infundiendo siempre vida y esplendor a nuestros campos, hasta ahora.

"Selecta" fue aquella *Curi-Ocllo,* mujer de Manco II, que en 1536, solamente después de dos años que dejó aquel internado de Aclla-Huasi, murió asaetada, dentro de su calabozo, murió con admirable heroísmo y dignidad, por orden de Gonzalo Pizarro, víctima de la venganza de este amo de la Conquista, por no haber accedido a sus requerimientos, ofensivos a su lealtad consigo misma y con su tradición.

Las "Bellas" de este agraciado encierro debieron de ser también como estas gallardas campesinas que rebullen de alegría en las ferias dominicales de Queromarca y Tinta, de Langui y de Acomayo, de la misma estirpe que Micaela Bastidas, Tomasa Tito Condemayta y que tantas otras, naturales de estas comarcas, heroicas adalides del movimiento social de 1780, acaudillado por el famoso Túpac-Amaru, cacique de Tungasuca.

Vivaces, ágiles, risueñas fueron a no dudarlo las "Lozanas" del hermoso claustro, como las que recorren hoy mismo por las pampas de Anta, llevando cereales a los mercados lugareños o como las que se encaraman por las breñas de Paucartambo, Paruro, Quispicanche, cargando sobre las espaldas el maíz cultivado con amor y sacrificios en los secanos y pedregales que les dejan el latifundio y la hacienda; como esas peripuestas de los jardines de Yucay, Maras, Písac, que infunden sonoridad a los caminos con su canto y su música, ofreciendo cerones de deleitosos capulíes y frutillas de sus huertos; como esas otras, en fin, que transitan sin temor, a pesar de todos los peligros, avenidas con sus seculares desdichas, por los páramos y soledades de las altiplanicies de Chincheros, Cotabambas, Chumbivilcas, Canas, asaltadas en los suburbios de las ciudades y poblados a donde llegan, por la carne, la leche o los quesos de su negocio, aviniéndo-

dose con los precios que les imponen sus compradores, descendientes de la conquista.

Y cuando el Collao fue sometido al dominio de los Incas, aquellas "Vírgenes" del tributo humano debieron ser como son ahora mismo las bizarras quechuas de Capachica, las menudas y atractivas aymaras de Chucuito, en las márgenes del lago Titicaca.

Aclla-Huasi era por cierto un vivero de admirables muchachas, admirables por su esfuerzo para el trabajo, como fueron así las "mitanis" (siervas), que trabajaban sin descanso para enriquecer a doctrineros y corregidores, en la época colonial; como las "sipas" (jóvenes) del peonato de las haciendas, de la servidumbre de los terratenientes.

El historiador cusqueño (nuevo indio) Santa Cruz Pachacuti, ya citado, las clasifica a las "Escogidas" en cuatro categorías: las *"Yúrac-Acllas"* o de piel clara y cabellos negros (desde luego, dentro de la tonalidad pigmentaria de su etno-morfología); las *"Pacco-Acllas"* o de piel clara y de cabellos castaños; las *"Huairuro-Acllas"*, de piel bruna y de mejillas encendidas, carmíneas, como el pallar rojinegro de ese nombre, tan apreciado en el adorno femenino; las *"Yana-Acllas"* o morenas del todo. De entre las dos primeras categorías se seleccionaban a las que debían de pertenecer al servicio del Sol. El resto quedaba para el arbitrio de los Incas.

Se comprenderá que todas estas mujeres jóvenes, sin excepción, estaban obligadas al trabajo, sometidas a una especialización de carácter interno. Aquellas encargadas de hilar la lana de vicuña, de alpaca o de algodón, en diversas clases de hilado, especialmente en el manejo del huso para reducir a hilos finísimos que requería la confección de trajes tupidos, impermeables a la acción de las lluvias. Las que manejaban los colorantes de origen mineral, vegetal, animal y de las mezclas químicas, que sabían por experiencia. Las tejedoras del estilo *"Pallay"*, *"Puyto"*, *"Yupi"*, *"Quencco"*, etc. y las especialistas en *componer*, mediante la urdimbre, ideogramas referentes a acontecimientos del pasado o de la vida cotidiana; el arte textil para éstas, era, en efecto, "un pensamiento por imágenes". Las tejedoras de mantos y de túnicas, las dos prendas fundamentales de la indumentaria aborigen; las de bolsas y de chumpis o fajas, etc. Las que confeccionaban ropa burda, de esparto, para que el Inca repartiera a los "yanaconas", trabajadores en las obras públicas:

construcciones de toda clase, canalización de los ríos, apertura de caminos, etc.

Cabía la misma división del trabajo interno con respecto a las "Acllas" cocineras. Las que atendían la mesa de los Incas; las que surtían de comidas y de bebidas para el ritual de los mitos agrarios; las que confeccionaban potajes especiales y abundantes para el reparto en las grandes y numerosas fiestas del calendario agrícola, sobre todo de aquel panecillo llamado *"zancju"*, empanada hecha de maíz tierno. Finalmente, las clasificadas entre los cuadros de danzas y los coros de cantos, pues danzas y coros, formas superiores de la cultura aborigen, servían, antes que para simple diversión, para reproducir escenas del pasado y relatar cantando hechos esclarecidos.

Las "Vírgenes" del Sol eran las trabajadoras más esclavizadas. Junto con el rendimiento de su labor material, de abundante producción, estaban obligadas al solterío y a la virginidad forzosos. Esto último no precisamente por escrúpulos místicos, para mantenerlas "inmaculadas" o como "esposas divinas", parecidas a las monjas católicas, como pensaron muchos cronistas, sino y más que todo, obedeciendo a fines económicos, encubiertos en los mitos agrarios, pues solamente en esa forma, por el celibato y la castidad obligatorios, podían consagrarse íntegramente a la abrumadora tarea de todos los días, de todos los años, casi de toda la vida, hasta que llegaran a cierta edad límite para pasar al desempeño de las funciones de "Mamacunas" o "maestras", administradoras de los bienes de consumo y de los medios de producción pertenecientes a los ritos.

Las "Lozanas" del Sol sufrían un doble tributo, el que soportaban ellas mismas, ofrecidas en esa condición por sus comunidades, a cuya consecuencia vivían en el venusto cautiverio, y el que daban con su trabajo para abastecer el sobreconsumo que causaban las ofrendas a los símbolos de aquellos mitos agrarios, trabajo consistente en trajes tejidos a mano, comidas y bebidas, con el fin de aplacar las fuerzas destructoras, encubiertas mágicamente en el débil dominio de la naturaleza. A esa consecuencia recaía sobre aquellas mujeres la responsabilidad del restablecimiento del "orden" cósmico, alterado por calamidades inevitables, que trastornaban la armonía entre los medios todavía deficientes del trabajo humano y las fuerzas productivas impetuosas y no bien dominadas por tanto. Claro está que al coincidir ese restablecimiento beneficioso de la naturaleza con el

esfuerzo de las "Acllas", la clase más favorecida era la dominante.

Los trajes más finos y primorosos que salían de los telares de este centro de trabajo, eran ofrecidos a esas causas ocultas y misteriosas de las fuerzas productivas, como al Sol, la Luna, las Estrellas, lo mismo que a los ríos, nevados, fuentes, la tierra nutricia, a fin de prevenir o rectificar las calamidades públicas, como las sequías, terremotos, pedriscas de las nubes, en fin, de que son proclives, con cierta periodicidad, hasta hoy mismo, los cielos andinos, lo que retrasaba, como es lógico, el desenvolvimiento más acelerado de aquellas fuerzas productivas, sus tentáculos de la estructura social. Por lo que el Estado incaico, reflejo de esa sociedad, carente de otros medios, a que no alcanzaba todavía la técnica, ofrecía el trabajo de las doncellas de Acllahuasi, como tributo, a esas entidades, consideradas superiores y al margen de los medios de producción, a fin de que esas fuerzas invocadas y halagadas, al "consumir" el presente ofrecido fueran, tanto como son los hombres de bien, recíprocas y gratas, devolviendo con creces el exvoto valioso, es decir, restableciendo el ritmo benéfico de la naturaleza. De ese modo, el tributo de aquellas doncellas servía para congraciarse con lo misterioso y lo mágico, a fin de que el "mito" deviniera a la postre, merced a la constancia del trabajo, claridad racional, por tanto, fuerza productiva superada y dominada por el esfuerzo humano, en vez de hacerlo sólo con "oraciones", "sortilegios", "sacrificios", ni con prácticas monstruosas ni cruentas, como solían hacerlo otros pueblos de la antigüedad. Era tan sólo por el trabajo espléndido de las mujeres, aunado al trabajo en general, o sea por el progreso de los medios de producción y de la superación de las contradicciones entre las fuerzas y las relaciones de producción, que podían quedar en lamentable evidencia lo "misterioso" y lo "mágico" o "degradarse", hasta convertirse en mero juego y humorismo lo que antes demandaba solemnidad y fervor, como analiza así, este aspecto sociológico, con tanto acierto, el filósofo y sociólogo francés Henri Lefebvre.[3]

El trabajo textil, el más entrañable para las "Bellas" del Sol, tanto como para la mujer quechua de todos los tiempos, en estrecho vínculo con la naturaleza, por su realismo plástico, por su sencillez amable, por su carencia de estilizaciones "mons-

[3] H. LEFEBVRE, *Critique de La Vie Quotidienne*, Grasset, París, 1947.

truosas" —como en otros pueblos—, era al mismo tiempo algo así como un juego, no obstante su abrumador esfuerzo, y una maravillosa obra de arte, que superaba la técnica atrasada y simple. Artesanía en la urdimbre, "pintura" en la vibración del color, lenguaje ideográfico en las figuras decorativas, pensamiento social, en el conjunto. Obra de arte mediante la cual la "servidumbre" encontraba una liberación, pues el trabajo espléndido hacía florecer en el alma de las trabajadoras siervas, en vez de la protesta, los sentimientos de abnegación y de desprendimiento, característicos hasta hoy del espíritu popular, de la mujer cusqueña.

Estas "Selectas" del Sol producían las obras más primorosas del arte textil precolombino. Túnicas y mantos, las piezas fundamentales del vestuario aborigen, tejidos con hilos de la lana de los camélidos andinos, especialmente de la vicuña, tanto o más finos que la seda, tanto o más suaves que la felpa, hechos en el sencillo telar individual. Este instrumento de trabajo, el telar, consta de dos marcos entre los cuales están tesados los hilos ya preparados y distribuidos según los colores fundamentales que tendrán el "campo" del lienzo, las "calles", las "guardas". Uno de los marcos va prendido a una estaca, que también puede ser el tallo de un árbol o cualquier otro soporte, y el otro marco se ciñe a la cintura de la tejedora, en este caso, de la artista que trabaja sentada, a ras del suelo. Por entre esos hilos y mediante una palanca de madera, que sirve para levantar los hilos del campo, en número y proporción de colores necesarios, pasa el devanador, entramándose con los tesados y formando así las figuras decorativas. Un ajustador de hueso aprieta cada vez la urdimbre, como si fuera la pincelada del pintor, que concreta la figura. Esa técnica sencilla, casi elemental, superó a la de muchos pueblos asiáticos de la antigüedad.

Aquellas telas tramadas y urdidas con innumerables hilos, fulgurantes de color, tenían además ornamentos que reproducían y rememoraban el paisaje ambiente, acaso el del breñal nativo. Las cúspides angulosas de los Andes, el ajedrezado de las chacras y de los huertos, las huellas lobuladas de las pezuñas del puma o de la llama, la línea sinuosa del desplazamiento de la serpiente, las alas pasmadas del cóndor que acecha la carnaza desde los acantilados o desplegadas en el vuelo sobre las pampas donde pacen los rebaños; la espiga del maizal, la flor predilecta, el perfil de las aves, que con sus cantos esperan la pronta maduración de los frutos para gustarlos primero; y, sobre

todo ellos, los gratos contornos del hombre y de la mujer, que transforman con su trabajo estos panoramas. Muchas veces también, en el campo de la tela se expresa con colores y figuras todo un "cuadro" ideográfico: el pajizal donde pacen los rebaños y el pastor que los encamina blandiendo su honda (una hermosa pieza, así tejida, se encuentra actualmente en el Museo de Arte, de Nueva York); los temas del dominio cerúleo, de la teogonía quechua; o, en fin, relatando por ideogramas los hechos de los Incas, como aquellas famosas "pinturas" (tejidos, con la técnica de las Acllas), enviadas desde el Cusco al monarca español, en 1572, por el virrey Toledo.

Esas primorosas obras ejecutadas por las "Gallardas" del Sol servían en gran parte, como queda dicho, para las afrendas propiciatorias, mediante ritos no exentos de juego y de humorismo, antes que de solemnidad litúrgica. Así, para el "regalo" en honor del Sol, de la Luna o de los demás símbolos del cielo, se encendían grandes hogueras, a cuya brasa se arrojaban los trajes destinados, para que las llamas las consumieran y las redujeran a cenizas. Se cumplía la magia del "consumo" por parte de la deidad favorecida. Y si coincidían en caer las lluvias, disipando la sequía, o sobrevenían días radiantes de luz, venciendo a los cielos encapotados y grises, que impedían que los frutos, en los tendales, se secaran pronto, esos hechos eran celebrados como un triunfo del trabajo femenino, realizado con tanto esfuerzo e ingenio. En torno a la hoguera se danzaba y se cantaban canciones alusivas, como si fueran jaculatorias o ditirambos. Los niños saltaban gozosos por encima de las llamas. Esta costumbre de encender fogatas para conjurar las calamidades de la naturaleza indómita, subsistió bajo el régimen de la monarquía española y aún subsiste hasta nuestros días, en homenaje a las santidades católicas. Desde luego, ya no se despilfarraron primorosos tejidos, que esas obras iban ahora a manos de los doctrineros y corregidores, en calidad de mercancías, en aquel entonces, o a las de hacendados y terratenientes republicanos, posteriormente. El *"Cconoy"* incaico (la llamada *conopa* se deriva de aquella raíz: quiere decir, "ofrenda"), se hizo "banal" en la fiesta "de la velada de la Cruz" o "Cruz-velácuy", pues se cuecen en la hoguera pucheros de papas y de maíz recién cosechados y los muchachos saltan y juegan con las llamas con manifiesta irreverencia.

Del mismo modo, casi un juego y sin fórmulas de hechicería, era el rito de ofrecer trajes no menos lujosos a los ríos, más que todo a los más poderosos. Consistía en arrojar a la corriente las prendas señaladas; hombres apostados en cada orilla y dotados de pértigas o varas largas marchaban en dirección de la corriente, prestos a impedir que la "ofrenda" se enredara en algún obstáculo de las orillas, hasta tanto que se hundiera y fuera absorbida por la vorágine de las aguas. Entonces era de esperarse que el buen río, que baña las tierras lugareñas, fuera recíproco con el trabajo femenino, así desprendido y abnegado, acrecentando sus aguas, en justa proporción, para el alimento de las sementeras, sin salirse de madre ni desbordarse, sin destruir los sembrados ni arrasar con las viviendas. Debían ser complemento del trabajo de las "Selectas". Asimismo, al buen peatón, que con su llama a cuestas, traspone a la otra orilla, allí donde faltaba un puente, el río debía de dejarlos pasar a él y a su acémila, sin ahogarlos ni arrastrarlos en sus torrentes, para lo cual el caminante tomaba en la cuenca hecha por las palmas de sus manos una porción de agua y la bebía, con amistosa unción, exclamando: "¡déjanos pasar!", según informa Pablo Joseph de Arriaga, jesuita, que en 1620 escribió *"La Extirpación de la Idolatría en el Perú"*, (Ed. Urteaga, Lima, 1920).

Esa misma magia, por otra parte, reveladora del amor a la naturaleza, consistente en ofrendar regalos de objetos valiosos, se empleaba en homenaje de los neveros andinos, que con sus deshielos alimentan a los ríos, haciéndolos más "habladores" *(Apu-Rímac*, torrentoso) o más grandiosos *(Huillca-Mayu)*. Parecidos saludos usaban en favor de roquedales, grutas, canteras, de donde extraían los materiales más nobles para su empleo de la técnica del trabajo y para las grandes construcciones de monumentos y andenes agrícolas, porque, además, la teogonía señalaba que los demiurgos, fundadores, revolucionarios, impelidos socialmente por las fuerzas productivas, salieron de las grutas, como de claustros maternales, y volvieron a trocarse, cumplida su misión, en rocas, acantilados, cumbres y ápices andinos, vale decir, volvieron al seno de los Andes, que les dieron y les dan vida, volviendo incluso a emparejarse y ser amantes, como en la vida, en esas rocas muy juntas o dualizadas, con la misma raíz, en aquellas cumbres gemelas, "macho" y "hembra".

Del mismo modo, las "Lozanas" de los mitos agrarios cuidaban de abastecerles a las momias de los antepasados, a quie-

nes se les concedía una vida marginal constante, de convivencia con la sociedad y en vínculo indirecto con las fuerzas productivas, propicias a las clases dominantes. Se cuidaba en primer término de los Incas difuntos, cuyos cuerpos embalsamados, yacentes sobre sus asientos de oro, en el Coricancha, recibían la constante renovación de ofrendas, consistentes en ropas de las más lujosas, en comidas y bebidas servidas en vajillas y vasos de oro. Durante las fiestas solares, eran llevadas esas momias procesionalmente, engalanadas con sus ajuares más suntuosos, a la plaza mayor para que desde el andén prominente espectaran las fiestas en honor del Inca del cielo, como símbolos o representantes del pasado conservador, interesado en mantenerla incólume a la clase dominante.

Por ese mismo afán de tenerlos siempre presentes a los antepasados, a los antiguos jefes, se hacían igualmente servicios mágicos en honor de las momias depositadas entre los ápices de las nieves eternas o entre las grutas cimeras, que rodean al pueblo, en toda esa zona que venía a ser el "ultramundo" visible de todas partes, a tiro de honda, cerca a las sementeras, no lejos de las viviendas, al roce mismo de la vida cotidiana, como si esas fuerzas reaccionarias estuvieran siempre presentes en favor de la clase dominante.

OTRA categoría de esas jóvenes cautivas, como se ha dicho, se esmeraba en la atención exclusiva de los hijos del Sol, los Incas, por medio de su trabajo específicamente individual, la artesanía más entrañable de la mujer aborigen, la del hilado y del tejido. La obrera rendía su especialidad, conseguida por la práctica y por la tradición, trasmitida mediante la enseñanza de las "maestras", confeccionando ropas "a la medida", de acuerdo con la contextura corporal del Inca reinante, ropas lujosas y finas y para cada circunstancia. Esa especialidad consistía además en la selección de los vellones, sea de vicuñas y de alpacas, pertenecientes a los rebaños de propiedad del inca, adecuados para tal o cual labor. Sea en el arte del hilado, fundamental y previo al del tejido propiamente dicho, para conseguir hilos delgados o gruesos, de conformidad con la manera de darle impulso a la rueca o de repasar el hilado en otro huso más fino. Sea, en fin, en el estilo de las telas mismas, tupidas o ligeras, fuertes o suaves, de determinados colores en el campo y en las guardas, de armonía de figuras en su expresión ideográfica, etc. Pero ade-

más del vestuario para el Inca y su Corte, debían de llenar con ropas hechas, sin medida, los almacenes del Inca, para el reparto a los servidores del soberano o para los hombres que ejecutaban determinados trabajos públicos y privados. Todo lo que implicaba una superproducción, no sólo de lo que llama la Economía moderna, valores de uso, sino aun de valores de cambio, del advenimiento de la mercancía, es cierto todavía en su forma inicial.

Digamos de paso, que había "Selectas" que se especializaban a su vez en el arte culinario, para la atención del comedor del Inca y de sus familiares, numerosos, desde luego, que comportaba la cocina de diversas y variadas viandas, en su mayor parte de origen vegetal, pero también de ciertas especies de animales procedentes de la caza, de la pesca o de la captura de cierta clase de aves; potajes de gran valor nutritivo y de depurado gusto que, incluso, los conquistadores, prelados, terratenientes y demás clases dominantes, de ayer y de hoy, los siguen usando en la cocina criolla. Las domésticas del Inca debían de preparar asimismo, comidas y bebidas para cientos de personas que asistían a las fiestas realizadas en la plaza pública; comidas y bebidas para el servicio de los difuntos o para la atención de yanaconas o peones de las chacras del Inca.

Si este sector de las "Bellas" del Inca realizaba trabajos abrumadores, tanto como las de otros grupos, su papel en la nueva sociedad, a medida que se fortalecía el poder de los Incas, ofrecía otro aspecto revelador de las relaciones de producción y de reproducción de dicha sociedad, aspecto nuevo y en consecuencia más complejo y más concreto, al mismo tiempo, con respecto a la sociedad antigua. Estas muchachas podían ser concubinas del Inca, pues con ellas no rezaba la virginidad ni el celibato, según nos informan los cronistas más autorizados, por más de que Garcilaso lo niegue. Y no sólo que podían ser madres de la prole incaica, sino, además, se las podía transferir a otros jefes aliados o colaboradores del gobernante, para que pasaran a ser mujeres de los favorecidos. Lo que implicaba el poder patriarcal del Inca sobre sus "escogidas", un poder semejante al de los "dueños" de esclavos o al de "señores" de siervas. A ese grado iban ascendiendo las relaciones de producción. Por algo el calificativo de "inca" equivalía al de "señor", "dueño", "amante", como sigue usándose hasta ahora en el lenguaje popular. "Inca-Yupanqui —informa Cieza de León en su obra varias veces citada— dio por mujer al capitán de los Chancas a

una palla del Cusco" (mujer del Inca). Y Manco II, aceptó cederle a Gonzalo Pizarro a una de sus mujeres, después de una pintoresca escena realizada en la casa de Manco, donde desfilaron más de veinte mozas, "unas buenas y otras mejores", para que escogiera el conquistador a la preferida del Inca, la mujer de su codicia, aquella "Cori-Ocllo", la "heroína". Pero Pizarro se equivocó, la señaló a "Inquill" (flor andina), a quien Manco II venció su resistencia en forma violenta y la ordenó a seguirle a su nuevo "inca".[4] Poco después Cori-Ocllo pagaría con la vida la burla a Gonzalo Pizarro.

Por último, había otro sector de "Gallardas" que formaban los cuadros de danzas y los coros de canciones, sin duda seleccionadas entre las trabajadoras de las diversas ramas ya mencionadas, de acuerdo con aquella especialización interna. Danzas que reproducían, a falta de escritura, escenas del pasado, alusivas a los acontecimientos notables, sin duda vinculados con el advenimiento de los Incas, la hazaña más revolucionaria hasta entonces. Canciones igualmente que se referían a hechos no menos extraordinarios. Desde luego, ese bello arte de la pantomima coreográfica y de aquellas "canciones de gesta", como se llamarían, cultivado por aquéllas, fue la forma superior de expresión del pensamiento y de los sentimientos de la clase gobernante. Por eso, con el transcurso del tiempo, consolidado el dominio incaico cada vez más vigorosamente, ese arte de la poesía, de la danza y de la música, nutrido en sus orígenes por el folklore y por la savia popular, iba tornándose mecanizado y cortesano, poesía ditirámbica, apología de los Incas, hasta cierto punto.

Acllahuasi, como se ve, constituyó pues un centro de trabajo de fundamental importancia en el proceso histórico del incanato. Trabajo y técnica en relación de equilibrio con las fuerzas productivas de las campiñas y de las altiplanicies cusqueñas, pues mientras concentraba y absorbía la técnica y el trabajo del campo, devolvía a su vez, a las capas sociales más retrasadas, formas y medios de producción más depurados, conseguidos en su seno y en la práctica cotidiana.

[4] Diego de Castro Tito Cusi Yupanqui, *Relación de la Conquista del Perú*. En la Colección Urteaga-Romero, Lima, 1916.

Tan amplia y poderosa fue la organización del trabajo femenino, en este período ascencional del incanato, que hubo necesidad de establecer otros centros semejantes, no lejos de las industrias artesanales del Cusco, como en Písac, Ollantaitambo y sobre todo en Machupic-chu, espléndida "Acllahuasi", erguida sobre la cúspide de un soberbio risco, a 900 m. de altura sobre el nivel del río Vilcanota. No simplemente una "casa" *(huasi)* de "Selectas", sino toda una ciudad en pequeño, imitada de su modelo grandioso, el Cusco. Cuando las conquistas incaicas ensancharon los límites geográficos del mundo quechua y se extendieron por la Altiplanicie del Titicaca, la isla de Coati fue otra Acllahuasi notable; lo mismo que cuando las huestes incaicas avanzaron por los arenales costaneros, Paracas, Pachacámac, entre las localidades principales, tuvieron sus establecimientos de trabajadoras. Un estudio comparativo del desarrollo histórico, de la técnica urbanística usada por los Quechuas precolombinos y de las estructuras arquitectónicas, estudio aplicado a los restos actuales de Písac, Ollantaitambo y Machupicchu, nos permite el convencimiento de que esos lugares fueron otros tantos centros de trabajo femenino, semejantes al del Cusco, en esta vez emplazados sobre las cumbres de las Andes.

No estará demás añadir, a manera de apéndice complementario de este capítulo, respecto a la influencia que siguieron ejerciendo los medios y formas de trabajo de las "Escogidas" en la producción posterior al incanato destruido por la conquista española. Técnica y formas de producción engranadas bajo el sistema económico implantado por los conquistadores y aceleradas en su régimen de explotación, en esta vez hasta alcanzar por completo el nivel de la servidumbre de tipo ampliamente feudal. Así, la artesanía del tejido fue estimulada por los colonizadores, no tanto por su valor artístico cuanto porque representaba mercancía, cotizable en dinero. Pues los pueblos serviles debían de pagar parte de los tributos en piezas confeccionadas en aquellos telares domésticos, piezas que podían servir para la indumentaria de los mismos aborígenes o como elementos decorativos de las mansiones señoriales: alfombras o *"cumpis"*, incluso utilizadas en el ajuar de las iglesias y conventos, "gobelinos", como aquellas "pinturas" mandadas hacer por el virrey Toledo, tapices en general. Entonces, las tejedoras "gallardas", mejor dicho, campesinas simplemente, abrumadas por el palo

y el látigo del doctrinero, su "amo", por el corregidor rapaz, por el "feudatario" rentista, iba perdiendo su savia creadora de arte y atingida por el tiempo, siempre estrecho para ella, mecanizaba su espléndido arte decorativo y se atenía sólo a la técnica de su telar, sin poner ya cuidado en el "pensamiento por imágenes". Y en la época republicana, se mecanizó aún más ese arte, hasta trocarse en estilizaciones abstractas, insustanciales. Máxime, si bajo el capitalismo moderno el pueblo aborigen pierde mucho más su escasa capacidad económica y ya no puede comprar la materia prima, la lana de sus un tiempo "mágicos" camélidos andinos, que pasaron desde la conquista a ser propiedad particular de encomenderos y hacendados; fuera de que los vellones de esos finos animales se exportan al extranjero y que los pastizales, asimismo, acrecientan las tierras de los llamados "consorcios" agropecuarios, los modernos latifundios del capitalismo financiero, en vínculo con el capitalismo de extorsión, que viene desde *Wall Street*. En la actualidad el indígena se viste sólo de harapos, no tiene qué tejer.

Igualmente, las recias, limpias y soleadas cocinas de Acllahuasi, destruidas por los invasores de 1533, se desparramaron por todas las serranías, reacias a liquidarse. La Conquista, del siglo XVI, las trocó, eso sí en sórdidos tugurios de "bajo fondo", llamados "chuperías", "chicherías", "pincanterías", emplazados cerca de la chacras agrícolas, entre los gélidos vientos de las punas, por los arrabales de aldeas y ciudades, en el traspatio de las mansiones hidalgas, en fin, allí por donde transitase cerca el pongo, el colono o peón de la hacienda y de la casagrande, el "yanacona" y la "mitani", siervos doctrineros y de terratenientes, al artesano sin taller propio. A pesar de su emplazamiento a trasmano, a todos ellos los llamaba mediante divisas, algo parecidas a sus antiguas "magias", en las que anticipan su cordialidad, como el pendón que plásticamente reproduce alguna escena humorística o el ramo de flores frescas, recién recogidas, que se ostenta por encima de un mástil. Los llama, no precisamente con finalidades de exacción y de lucro, a pesar del carácter comercial del "negocio", sino y aunque parezca paradójico, para compartir de la miseria de los parroquianos, pues los precios de las bebidas y alimentos ofrecidos son tan bajos como los salarios percibidos, no obstante de que en el aderezo de los alimentos se emplean víveres legítimos, comprados en el mercado. Desde luego, la baratura de esos establecimientos complacía y complace a los terratenientes. La cocinera india, y en esta vez,

su hija, la mestiza, parece que hubieran heredado aquella abnegación y espíritu de sacrificio de las "Selectas" del Sol y del Inca. La sordidez de aquellos establecimientos populares, no fue obstáculo para que en ese ambiente de "bajo fondo" se expresara el arte vernáculo, se vertiera la idea sencilla del hombre del pueblo que fuera como una umbre entre las sombras, que una emoción encendida y entusiasta encauzara la rebeldía de los sumisos.

A su turno, la "democracia" republicana va liquidando con más ímpetu que la Colonia a esos comederos humildes, a medida que sube el costo de la vida, que el capitalismo financiero estrangula cada día con más fuerza, que se establecen los restaurantes modernos y que las municipalidades —agencias políticas de los gobiernos que nombran a su personal— se van convirtiendo casi exclusivamente en "compañías recaudadoras", recaudadoras de gabelas municipales, para el sustento de las burocracias que sostienen. De donde va resultando que el aborigen ya no tiene qué ni dónde comer, que no sean las hierbas o las suelas de sus sandalias, si aún las tienen.

No se diga de las danzas y de las canciones de las "Bellas". No sólo que volvieron a recobrar la savia del alma popular aborigen, desde luego, de acuerdo con su servidumbre y su despojo. Sigue desenvolviéndose, ahora con el aporte de los mestizos, sus hijos, y mezclada a su vez con el arte coreográfico y musical del pueblo español —al margen de su clase dominante, la nobleza. Las danzas y las canciones aborígenes se incrustan con la liturgia de los catequistas, de las congregaciones religiosas, del espíritu católico, muchas veces hasta reemplazar totalmente a la música litúrgica o hasta mezclarse con ella, en nuevas expresiones amestizadas. Es verdad que en este orden coreográfico y lírico del arte aborigen hubo bastante vigilancia de autoridades eclesiásticas y civiles. Ilustran con demasiada claridad las *"Ordenanzas para los Indios de las Parroquias"*, dadas, hacia 1578, por el continuador del virrey Toledo, el corregidor del Cusco, Gabriel Paniagua de Loaiza, que en uno de sus mandatos dice: "Y ningún natural destos pueblos e parroquias haga taquies de noche y los que le hizieren de día no sean de palabras sospechosas de sus ceremonias antiguas ni estando en misa e no traigan ni se pongan insignias ni divisas que representen sus cosas pasadas ni canten los cantares que solían e acostumbraban en sus tiempos cantar si no fueren los quales son enseñados por los sacerdotes que los doctrinen o otros que no sean malos ni deshones-

tos. Pena de cien azotes". (Copiado por el autor, en el Museo de Arte, de Nueva York, de los documentos legados a dicha institución por el investigador peruanista Ad. F. Bandelier).

Las danzas y canciones aborígenes todavía resuenan en las serranías peruanas, pese a su miseria y a su servidumbre.

La Ciudadela

FINALMENTE, el otro centro de trabajo coordinado, dentro de la economía incaica, era el que tenía por sede la fortaleza o, con más propiedad, la ciudadela de Sacsa-Huaman, sobre la cúspide del collado del mismo nombre que, desprendiéndose de la cadena de los Andes, avanza hasta el mismo corazón de la ciudad, en ondulaciones que luego se deprimen, se aquietan en su violencia, se allanan, por fin, merced al trabajo urbano y forman las plazas y las arterias de la parte baja y llana de "Urin-Cosco". Mientras que sobre sus faldas frontal y laterales se agazapan las barriadas de "Hanan-Cosco" (Cusco-Alto), aquellos barrios lúcidos y patentes que resplandecen al sol desde estas alturas. Por las cimas de ambos lados del cerro, riscosas, escarpadas, cursan dos de los cuatro riachos, "de aguas limpias y claras" (Pedro Sancho), que riegan las chacras y sirven para el aseo de la población, encauzados y canalizados con piedras labradas y cruzados convenientemente, de una orilla a otra, por puentes que son "tablones" de piedra, de una sola pieza. Canalizaciones mandadas hacer por Inca-Roca (Cieza de León).

La cima de Sacsa-Huaman era el primer término del sistema urbanístico de la sede incaica y al mismo tiempo un activo centro de trabajo, conexo con Coricancha y Aclla-Huasi. Los precursores de los Incas comenzaron por aquí a extender la ciudad. De aquí se deslizaban los edificios hacia el sur, hasta Coricancha, y del mismo modo arrancaban las principales arterias que ponían en comunicación las urbanizaciones en llanura con estas eminencias. Naturalmente que esas vías de tránsito entre los extremos alto y bajo consistían en escalinatas y cuestas, elaboradas con peldaños bien labrados y numerosos; a veces, escaleras corridas, de una sola vez, empinadas, o también más suaves, cortadas en varios tramos por rellanos convertidos en plazuelas, terrazas y lugares de recreo y descanso. Transversales a estas arterias principales, se cruzaban callejas sinuosas, serpenteantes, que daban a la estructura urbana de estos andurriales un

carácter pintoresco, de singular encanto, por el juego de luces y de sombras entre sus calles estrechas. Este ambiente perdura hasta ahora, pues el urbanismo español se adaptó íntegramente al plano de la capital de los Incas.

La cúspide de Sacsa-Huaman viene a ser por tanto la de la ciudad misma, su remate o timbre airoso, a una altura de 225 m. sobre el nivel de la plaza mayor (Squier, citado, señala 764 pies). Sobre los repliegues de esa cumbre, los arquitectos aborígenes levantaron monumentos grandiosos, admirable y racionalmente adaptados a la topografía irregular de la naturaleza y a las necesidades económicas y sociales.

La arquitectura de Sacsa-Huaman —toda una fuerza productiva por sí sola como por su constante uso— comprendía varias y extensas zonas de diversos estilos que respondían asimismo a finalidades múltiples, en armonía con la división del trabajo, tanto interno como externo, y con la correspondiente especialidad ideológica, aunque todas conjugadas con las relaciones de producción y con el impulso de las fuerzas productivas de cada época. En esa extensa cúspide, de forma elíptica, semejante a un gigantesco camafeo, en un perímetro de tres Km., más o menos, de largo por uno de ancho, en su área construida, se enlazaban los principales núcleos arquitectónicos, como quien dice, los diversos eslabones del desarrollo histórico, en forma de primorosas piedras. La etapa del tránsito entre los precursores del Estado incaico, aquellos guerreros o "pirhuas" (Fernando de Montesinos) que impelidos por el avance de las fuerzas productivas fueron los ejecutores del ansia expansiva de los ayllus y de las tribus homogéneas que al irse resquebrajando lentamente buscaban nuevas relaciones de producción; luego, los "amautas" o sabios que a su vez representaban el avance ideológico y la conciencia más concreta y, por tanto, más eficiente en la práctica, en cuanto les permitía el constante dominio de la naturaleza por la técnica mejorada por ellos. Precursores ambos del advenimiento de los Incas propiamente dichos, que son guerreros y amautas, al mismo tiempo. Esos diversos eslabones están manifiestos por los distintos estilos arquitectónicos empleados aquí. El "megalítico" (dominio de la masa sobre la forma); el "ciclópeo" (equilibrio entre la masa y la forma); el "seudo-ciclópeo" (dominio de la forma prismática y poligonal sobre la masa, casi totalmente labrada, por todas o casi todas sus caras). El estilo "cúbico" o "cubista" no se empleó todavía en esta zona. Estos estilos, como toda la cultura,

fueron interrumpidos en su evolución autónoma por la conquista española. Bueno es recordar aquí que "los estilos son determinados por las épocas".[5]

En primer término, se destacan por su extraordinaria grandiosidad, como por que son las construcciones más antiguas, las tres series de murallas superpuestas, que a su vez forman tres terrazas escalonadas, en una extensión de más de 200 m. de longitud, de norte a sur, tres series de macizos que se ciñen al cabezo, fuerte, airosamente por su flanco nororiental y caen, a su vez, como si fueran sus barreras, a un coso o plazón que se abre y corre en llanura entre tal cabezo, como si fuera su prolongación, y la "Suchuna" ("El Rodadero", llamado hoy así), que se encuentra sobre unos peñascales, más al oriente.

Cada serie de esas murallas tiene la planta serpentina, en zig-zag y entre la inferior y la inmediata superior se abre una explanada, por donde pueden caminar hombres hasta de diez o más en fondo. La planta serpentina de cada sistema da lugar, en el aparejo de sus alzados, a muros con ángulos salientes y entrantes, más o menos, a cada diez metros de distancia, como si fueran las flechas a sagitas de los baluartes medievales, lo que ofrece a la vista un conjunto abigarrado de baluartes, circunstancia que ha servido de fundamento a muchos cronistas y a intérpretes de estas construcciones para considerarlas específicamente como una "fortaleza". Esos ángulos predichos están "matados en redondo", lo mismo en su vértice saliente y convexo como en su esquina rehundida y cóncava. Cada vértice saliente, al menos en los macizos de la primera planta, es todo un mega-monolito (si vale la redundancia), labrado, panzudo, "en redondo". En estas murallas del primer piso es notable el hecho anotado de que estas sagitas son un solo bloque monolítico, muchas veces hasta de seis metros de altura y por tanto son "más peñas que piedras y más parecen pedazos de sierra que piedras de edificio". (Garcilaso, *Comentarios)*.

Pero no. Estas "peñas" están asentadas sobre cimientos especialmente labrados, como se pueden ver en el subsuelo. Fueron trasladadas de las canteras próximas y a veces a distancias de varias leguas, como informan Garcilaso y Cieza de León. Extraídas a corte, de las peñas vivas y mediante procedimientos muy propios del conocimiento técnico de la época. Los bloques

[5] MARX-ENGELS, *Sur la Litterature et l'Art*. Estudio preliminar de Jean Freville, pág. 28, Edit. Sociales, París, 1954.

ya cortados, eran trasladados a rastras, a tiro o a empujones, es decir, sujetados con "maromas y cabuyas" (Cieza) y decenas de hombres uncidos al esfuerzo. Luego, a empujones, introduciendo debajo de la mole, para más facilidad, unas bolas de piedra que hacían el papel de ruedas, por medio de palancas. Muchas veces el monstruo se hundía en un tremedal imprevisto o se quedaba prisionero, dentro de la tierra arenosa, obstinado a seguir adelante. Ningún número de hombres ya podía con él. Se le declaraba "¡saicusca!", cansado, indigno de alcanzar la gloria de ser admirado por los siglos como guarismo de estos edificios admirables. En esto como en todo lo relativo a la arquitectura se cumplía aquel pensamiento de Engels: "La cooperación de muchos hombres, la fusión de muchas fuerzas en una fuerza total, engendra", hablando como Marx, "una nueva potencia de la fuerza", esencialmente diferente a la suma de estas fuerzas".[6] O sea que la cantidad puede producir la cualidad.

Al decir de Cieza de León, fue Inca-Yupanqui el iniciador de estas obras. Para llevarlas a cabo pidió a los pueblos ya sometidos a que le enviaran veinte mil trabajadores —debió ser esa cantidad para cada turno. Pero adviértase que siguiendo la lógica del desarrollo histórico aquel Inca podría ser más bien Manco-Cápac o, mejor aún, el primer gobernante en el trascendental y revolucionario advenimiento del Estado, en el tramonto de una clase social privilegiada, por encima del pueblo, y, en consecuencia, en las nuevas relaciones de producción establecidas, pues de otro modo, por una simple inspiración de Inca-Yupanqui, "el de los pensamientos grandes" (Cieza de León), no se habrían construido aún estas "cadenas" de piedras, semejantes a las "cadenas" de los Andes. Aquellos ayllus y tribus todavía gentilicios, cerrados en su campiña agrícola o en su pastizal rodeado de cumbres, de conciencia social todavía abstracta, por homogénea, no habrían podido enviar los veinte mil trabajadores en cada turno si no es porque el ímpetu de las nuevas fuerzas productivas y como resultado de las nuevas relaciones de producción les dio la claridad concreta y la posibilidad de mayores capacidades productivas, de la formación de unidades económicas y sociales más amplias como para emplear sobrantes en la construcción de esta epopeya en piedra, que, dicho sea de paso, más que *fortaleza,* específicamente hablando, es el

[6] FED. ENGELS, *Contra Duhring,* Ed. Bergua, Madrid, 1935, pág. 227.

monumento que imita a la cordillera de los Andes, a la naturaleza vista con ojos de artista —como así siempre la ve el hombre quechua—; fuera de que se levantaron además estas murallas como una conmemoración al advenimiento de los Incas, sin duda llevadas a cabo por pueblos en servidumbre inicial —una razón más para probar el aserto, pues de otro modo, repetimos, aún no se hubieran realizado. Recordemos a propósito, otro pensamiento de Engels: "Sin esclavitud, imposible el Estado griego; imposible el arte y la ciencia griegos".[7] Sólo así la suma de las fuerzas restringidas y hasta antagónicas se unieron como para poder emplear brazos sobrantes en la construcción de estas murallas que son la epopeya en piedra de esta época fecunda. Por eso, viene al caso decirlo, más que una "fortaleza" específica, es un monumento que conmemora el advenimiento de los Incas y al ser la imitación del desplazamiento de los Andes, es en cierto modo la expresión plástica del agricultor quechua que ama la naturaleza que le sustenta. Fuera de que su erección coincide con ese trascendental cambio operado en las relaciones de producción, a consecuencia del progreso de las fuerzas productivas; conmemora ese acontecimiento, aunado, claro está, a las finalidades de seguridad, de previsión, de aislamiento del trabajo que debía realizarse dentro de sus recintos, de protección a las viviendas de los incas y a la ciudad en general, que se extendía a sus pies. Esas murallas son una modalidad del espíritu quechua que hasta para emplazar su choza campesina busca un sitio que le resguarde de las sorpresas de toda índole, sea que provengan de los demás hombres o de la naturaleza misma. Sacsa-Huaman es otro de los "barrios" egregios del Cusco, circuido, asegurado, aislante, como Coricancha o Aclla-Huasi, en esta vez inicial con todos los elementos más grandiosos posibles. Y al final, era la residencia predilecta de los Incas, cuando menos para ciertas épocas del año.

Volviendo a la técnica de estas construcciones, diremos que el dato justo de Cieza de León, sobre el número de los trabajadores, habría que asociarlo todavía a la referencia del etnógrafo alemán H. Cunow[8] sobre la existencia de los ayllus "Sacsa-Marcas" y "Huaman-Marcas", que nos viene oportuna. Esos "sacsas" y aquellos "huamanes", si no eran dos ayllus líderes, acor-

[7] *Ibid.*, pág. 292.

[8] H. CUNOW, "La Organización Social del Imperio de los Incas", *Biblioteca de Antropología Peruana*, dirigida por J. A. Encinas, Lima, 1933, pág. 39.

des con la época, bien pudieron ser también los nombres que se dieron entre dos bandos en emulación para acometer estas construcciones, divididos así, entre los miles de cada turno y capitaneados por sus respectivos dirigentes. Aquellos miles de trabajadores de cada turno, del aserto de Cieza, y entre los bandos de emulantes, que nos sugiere Cunow, dieron por resultado la construcción de estos sistemas de murallas, no obstante de que el advenimiento del incanato suponía la división de la sociedad entre dominadores y dominados, entre la clase que acumulaba cada vez más los medios de producción y aquella de los que iban siendo desposeídos, pero en ambos casos como vías de progreso. Asimismo y a propósito viene a nuestra reflexión otro pensamiento de Engels: "Sin esclavitud, imposible el Estado griego; imposible el arte y la ciencia griegos". (*Contra Duhring*, pág. 292).

Inmensas piedras, entregadas en el puesto, donde otro grupo de emulantes, canteros, alarifes, arquitectos, en fin, las canteaban lo preciso como para que no perdiera ese su bravío aire andino y las erguían y colocaban con arte. Aparejaban estos farallones, hasta cierto punto, con humorismo, pues entre estos roquedos gigantes se incrustaban a veces algunas piedras diminutas, como desafío a la arrogancia de lo desmesurado o haciéndole risueño contraste. El humorismo ha sido siempre el arma de crítica y de autocrítica del quechua de todas las épocas.

Este estilo megalítico, de ejecución colectivista, emulativo, sirvió un tiempo de modelo para las construcciones de la misma ciudad del Cusco, cuyos restos se pueden ver en fragmentos en diversas zonas, como en el bloque de "Hatunrumíyoc", en las bocacalles de "Ahuacpinta" y "Tullumayu", en los bloques desperdigados del edificio de "Huirecocha" (que hoy ocupa la catedral española), etc. Sobre esos fragmentos los Incas posteriores construyeron otros edificios, más modernos empleando nuevos estilos, como el "cubista" o de sillares isódomos —expresiones de la sociedad incaica organizada sobre la base de las estadísticas demográficas.

De semejantes alzados y de la misma estructura en zig-zag son los pisos segundo y tercero, de esa "cadena" serpentina, aunque constituidos con materiales de menores dimensiones, en comparación con el primero, desde luego, sin dejar de ser grandes bloques, labrados muchas veces con suma elegancia. Su estilo puede clasificarse como "ciclópeo" y "seudo-ciclópeo", respectivamente; en este último caso, como expresión progresi-

vamente más individualizada en sus aparejos y en sus polígonos de ensambladuras, macizos labrados con elementos de menores dimensiones y con polígonos cada vez más irregulares, no obstante el mayor pulimento de sus caras exteriores. Como una muestra de esa tendencia individualizada podemos señalar una bella incrustación de pequeñas piedras engastadas graciosamente en el bloque ciclópeo y grave de sus contornos —en el tercer sistema de murallas y hacia el extremo sur. Estos estilos últimos son más equilibrados y que revelan ya un grado de aquietamiento y sosiego. ("Los estilos son determinados por las épocas"). Sus alzados revelan asimismo un ordenamiento técnico más preciso y concreto.

Los medios de acceso consistían en los vanos y en las escalinatas, en proporciones muy limitadas. Las puertas de entrada se resolvían tan sólo perforando el muro maestro mismo, en forma de trapecio y en proporción de paralelismo a la inclinación escarpada de los aparejos, con el umbral y el dintel de piedras monolíticas, sin jambas especiales.

TRANSPUESTAS estas murallas, caminando hacia la parte más alta del cabezo, en medio de "una plazuela larga y angosta" (Garcilaso, *Comentarios)* y a distancias proporcionales con los diferentes sectores edificados, se erguían tres "torreones", parecidos a baluartes, a atalayas y aún a los minaretes árabes. Tres torres, de "piedras muy bien labradas" (Pedro Sancho), de las que la más importante, como si fuera, bajo otro símil, una torre del homenaje de un castillo medieval, era la que se asentaba sobre bases circulares y, en consecuencia, sus alzados eran de forma cilíndrica, de 360° de circunferencia. Los cimientos aludidos están hoy mismo casi íntegros, mientras que los alzados fueron totalmente destruidos y sus materiales sirvieron para los edificios de templos, conventos, casas civiles de la ciudad.

Garcilaso, el que describe con más extensión estos contornos, aunque no siempre con la suficiente claridad que sería de desearse, da a entender que en este torreón "había una fuente de mucha y muy buena agua", aunque no dice con precisión en qué sitio de la torre. Desde luego, existente fragmentos de los canales de agua, abiertos entre estos cimientos. Valiéndose de esta referencia de Garcilaso y de la presencia de partes de ese canal, algunos investigadores modernos piensan entonces que

estos basamentos circulares, tres círculos concéntricos, eran los que rodeaban al estanque de agua y a nada más.

Para el caso, nos avenimos mejor con la descripción de Pedro Sancho *(Relaciones de la Conquista del Perú,* Lima, 1927), que fue secretario de Francisco Pizarro, como tal, estuvo en el Cusco, y contempló personalmente y en su integridad estos torreones, en 1533, por consiguiente, cinco años antes de que naciera Garcilaso y dos, antes de que comenzaran las violentas destrucciones de estos edificios (que Garcilaso ya no los llegó a ver), como consecuencia del asedio del Cusco, en 1536, por Manco Inca II y de la resistencia del pueblo aborigen contra el invasor español. Por más de que, sea oportuno el decirlo, esta "fortaleza", con sus baluartes, trincheras, puertas levadizas, canales fónicos, etc., como si no hubiera sido otra cosa desde su fundación, como pensaron los cronistas españoles, habituados a ver los castillos medievales y como piensan, con criterio de estrategas muchos investigadores actuales, esta "fortaleza", repetimos, no pudo resistir más que unas horas el asalto de los conquistadores acosados por el sitio, a pesar del heroísmo de sus defensores y hasta del sacrificio admirable y ejemplar del famoso capitán "Cahuide" o como le prefiere llamar "Cullash" el notable investigador Francisco Loaiza.

Pero Sancho dice sencillamente sobre este torreón lo que sigue: "Una torre principal en medio, hecha a modo de cubo, con cuatro o cinco cuerpos, uno encima de otro, los aposentos y estancias de adentro son pequeños y las piedras de que está hecha (la torre) muy bien labradas" *(Ob. cit.,* pág. 193). Esta descripción de Sancho es la que más coincide con el único testimonio objetivo que existe —los cimientos en referencia. Se trata, en efecto, de "una torre principal en medio", sólo que al decir de "cuatro o cinco cuerpos, uno encima de otro" demuestra la exageración errónea de su recuerdo, pues las bases actuales no corresponden más que a tres de esos cuerpos, pero sí, superpuestos. En realidad los alzados de la famosa torre cilíndrica eran de tres troncos —como se dice en términos de técnica arquitectónica—, superpuestos, a diversas alturas y con diversos diámetros, desde el mayor al más pequeño. Las dimensiones de esos ejes son: para el círculo exterior, correspondiente a la primera planta del edificio, el diámetro es de 22.20 m. Para el círculo intermedio, correspondiente a la segunda planta, lo es de 15 m. y para el tercer piso, el cilindro más alto, interno, el diámetro mide 9.35 m.

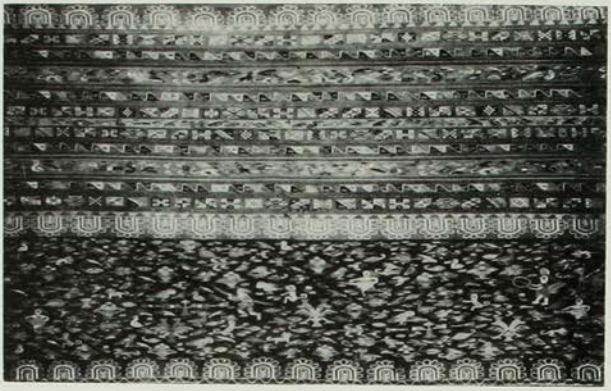
En el primer torreón, como demuestran las bases, había por consiguiente diez de aquellos "aposentos y estancias pequeños", a que se refiere Sancho, de 3 m. de fondo por 4 m. de largo, capacidad espacial suficiente para que sirviera de alojamiento y vivienda temporal. Como, en efecto, venían a residir aquí, por unos días o unas semanas, el Inca y sus familiares y ministros, cuando en el coso o patio del oriente, de que hemos aludido, se realizaban grandes fiestas solares, deportivas, de danzas y de canciones. Estos aposentos "cilíndricos" se sumaban para tales fines a los cinco que había en el segundo piso —en proporción a su diámetro menor, comparativamente con el del primero, aunque el fondo de esos compartimientos no variaba de su proporción de 3 m. por 4 m.

Cieza de León manifiesta en la página 192 de su *"Señorío de los Incas"*, que Inca-Yupanqui resolvió edificar otra "Casa del Sol" en Sacsa-Huaman, como, en efecto, se hizo, aun cuando, según dicho autor aquellas murallas megalíticas, estudiadas anteriormente, fueron los muros preliminares que debían cercar aquel edificio solar. Pero hemos dicho ya que esas murallas colosales debieron haberse edificado mucho antes. Más bien el nuevo "Inti-Huasi" "que los naturales llaman Casa del Sol y los nuestros nombran La Fortaleza" (Cieza de León), fue a no dudarlo este torreón que estamos describiendo. Correspondía al tercer piso, de planta circular y de alzado cilíndrico, con una capacidad espacial de 9 m., suficiente para ser la réplica en pequeño del verdadero Coricancha. Por tanto, había también aquí imágenes de la "familia" celeste. En cierto modo, esta "torre" podría ser considerado algo así como un "planetario", tanto por su forma cilíndrica como por el movimiento procesional de que eran objeto dichas imágenes, especialmente la del Sol, pues era habitual su traslado de oriente a poniente, de acuerdo con el curso del día y con la sucesión de las estaciones, la del *tarpuy* y la del *pocoy*, la de la siembra y la de la maduración y la cosecha, es decir en armonía con la observación del cambio del tiempo, vinculado con los cambios atmosféricos. Planchas de oro e incrustaciones de pedrerías finas exornaban, desde el suelo hasta el testero, este original aposento. Garcilaso dice al respecto: "En aquel torreón se aposentaban los reyes, cuando subían a la fortaleza a recrearse, donde todas las paredes estaban adornadas de oro y plata, con animales y aves y plantas, contrahechas al natural y encajadas en ellas, que servían de tapicería".

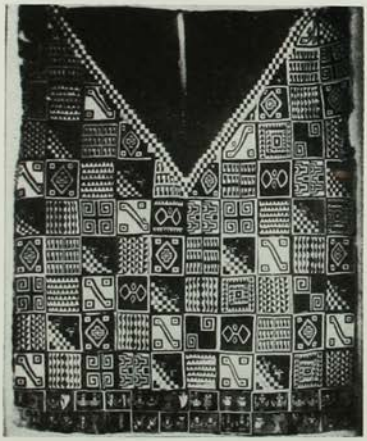
Esta torre de "Moyoc Marca", como así le llama Garcilaso,

Grupo coral. Muchachas indias, de Písac, Cusco.

Indias de Caltca. Altiplanicie de Ausangatí, Cusco.



Tejido de las Acllas. Siglo XVI. Epoca de la Conquista española. Se encuentra en el Museo Americano de Historia Natural. Nueva York. Atención del Museo al autor, cuando su visita en 1943.



"Uncju" o túnica incaica, tramada con hilos de plata. Se encuentra en el Museo Americano de Historia Natural. Nueva York. Atención del Museo al autor.

dentro de la nomenclatura y la toponimia quechuas, fue pues la mayor maravilla del arte quechua, la máxima expresión del poder creador y del espíritu plástico de los artistas, el exponente del apogeo incaico, al mismo tiempo que del avance de la técnica y de la estructura social. El crecimiento de las fuerzas productivas dio lugar al perfeccionamiento técnico de la arquitectura, en servicio de aquella clase dominante. Su estilo, a juzgar por las bases y por ciertos fragmentos de los muros destruidos, que yacen esparcidos por los contornos, fue el "cubista", de sillares isódomos, cuyas llagas, cuidadosamente pulidas daban la sensación de tratarse de que todo el edificio era un solo bloque. Estilo más depurado, si cabe, que el de Coricancha o de Aclla-Huasi. ("Las épocas hacen los estilos").

Las escalinatas por donde se ascendía a los pisos superiores, quedaban posiblemente hacia el norte de estos cimientos a la vista; en ellos se notan las roturas respectivas que permiten esa deducción. Del mismo modo, es posible que por aquí estaba la entrada al estanque de agua. Han desaparecido asimismo las gárgolas que resumían las aguas pluviales y las vertían por los canales correspondientes.

Del mismo estilo fueron los otros dos torreones, que Garcilaso los llama "Paucar Marca" y "Sacllac Marca", respectivamente. Ambos de planta cuadrangular, como atestiguan los basamentos que igualmente subsisten. El indicado autor dice que eran para imaginarias o retenes. Acaso más bien era la residencia de los domésticos de los Incas del cielo y de la tierra. Más aún, eran depósitos de los bastimentos que señala Pedro Sancho: "armas, porras, lanzas, arcos, flechas, hachas, rodelas, jubones fuertes, acojinados con algodón, vestidos para soldados", en fin. Servicios de suministro de provisiones de guerra, para cuando los Incas emprendiesen las conquistas expansivas. Esas provisiones eran fabricadas aquí por trabajadores especializados.

Más al sur de estos torreones, hacia la pendiente occidental, que cae sobre el Huatanay, se encontraba el grupo de diez viviendas, de piedras labradas con arte, de estilo "cubista", en su variante seudisódoma, construidas sobre andenerías y según el sistema de superposiciones arquitectónicas. Habitaciones ligadas unas a otras, para salvar las pendientes mediante escalinatas o para enlazar las comunicaciones por medio de crujías. Este

grupo de habitaciones, construidas sobre terrazas escalonadas, como queda dicho, y dispuestas así por lo escarpado del terreno (ya en el recuesto inicial del monte), alcanzaron su enlace con un inmenso edificio cuadrangular, emplazado más arriba, al nivel de Moyoc Marca, de 21.80 m. de largo por 10.20 m. de ancho, de conformidad con las dimensiones de los cimientos actuales, que son igualmente, los únicos que quedan a la vista. Parece que altos soportes —cuyas bases se notan en el interior del cuadrángulo, a distancias proporcionales— sostenían la techumbre del edificio, de recios alzados. Por sus dimensiones y por su capacidad espacial, parece que este edificio pudo ser uno de los grandes talleres de trabajo.

De lo dicho hasta aquí se deduce que Saesa-Huaman era el núcleo urbano, vital y más completo, de la ciudad del Cusco, destinado para múltiples objetivos, acordes con el desenvolvimiento económico, político, social. Centro de trabajo, en favor de los Incas y de toda la clase dominante, por cierto, de trabajo progresivo. Residencia espléndida de Incas. Solana y lugar de observaciones del pequeño pero magnífico cielo andino. Como hemos dicho, rudimentario planetario solar, donde se confundían en fantásticos reflejos el resplandor congestionado de los oros solares con el pálido brillo de las platerías de la luna y de las estrellas y meteoros. Concepción risueña del mundo y de la naturaleza, vistos sin pavor ni representados por deformaciones monstruosas. Desde luego, hermosa barriada cusqueña rodeada de murallones que remedan a los Andes, circuidas de puertas levadizas, "trincheras", encrucijadas, etc., como si fuera la torre de comando de todo el Perú precolombino.

Será forzoso referirnos, así sea brevemente, a la zona exterior, la que queda fuera de este egregio barrio en el desván del Cusco. Comprende varios sectores: el que llamaríamos "Parque de Recreaciones", conocido desde antiguo por *"Suchuna"* o Rodadero; el anfiteatro o "Quenco"; el baluarte de *"Pucará"* y el balneario de *"Tampumachay"*, aledaños cada vez más alejados, pero que se vinculaban en alguna forma con el régimen urbano de la ciudad.

Se ingresaba a "Suchuna" por una portada que quedaba al frente de las grandes murallas serpentinas, al costado suroriental del plazón de honor que se interpone y distribuye las rutas a los diferentes sectores. Esa portada constaba de varios edifi-

cios o viviendas construidas con piedras talladas con finura y según los estilos del último período incaico. Sus restos quedan actualmente. Transpuesta la portada y ascendiendo por un pequeño ribazo, se ofrecen a la vista, en primer lugar, el grupo de opulentas y plisadas moles de "traquita" —que hacen todo el borde oriental de aquel plazón de honor—, que desde lo alto se precipitan bajo tierra, contrayéndose sobre sus propios ejes, como si fueran lomos de gigantescos paquidermos, que se van hundiendo en el subsuelo, rugosos y llenos de estrías, surcado, de arriba abajo, por unos listones o cintas acanaladas, de superficies pulidas como el marfil o como el vidrio, que son las huellas de heleros prehistóricos que pasaron por encima. Por esas concavidades se deslizaban las gentes como por el deslizador de un gimnasio.

Más allá, entre colinas y alcores achatados, que ondulan como "montaña rusa" por esta peniplanicie, existen patiecillos rústicos, alfombrados de gramíneas, que invitan al descanso, al ocio expansivo y agradable. Y luego, en una depresión topográfica, como si fuera la del platillo de una balanza, afloran por doquier los bloques, ápices, de roquedades aislados, "sembrados" por el confín, formando conjuntos de sorprendentes y audaces formas, aprovechadas por el hombre. No sería fácil determinar con precisión cuál prevalece más en esta competición entre la estructura geológica de los Andes y la acción de los hombres, entre la naturaleza también creadora y el ingenio humano que la supera y la somete a su servicio. Hay rocas, como la famosa "piedra cansada", a que aluden Cieza y Garcilaso, que ahora hacen papel de retablos, dotados de hornacinas, aras, estrados o doseles, tallados como si fueran altares, para que allí se asienten las gentes en son de fiesta. En otros sitios, hay cavernas que ofrecen amplios "salones" internos, "chincanas" o escondrijos. Tronos, asientos y poyales de toda laya, ya individuales, ya en forma de conversaderos, descansillos, sitios para el coloquio discreto, en fin. Todo, hecho sobre las rocas o de bloques sueltos, como queda dicho, material geológico que hace el papel de madera dócil a la gubia del ebanista, que en este caso era el cincel del lapidario. Esta era la zona más popular; incluso en la época del dominio colonial y hasta hoy mismo, sirve al pueblo de tal "parque de recreaciones", de origen tan antiguo y tan noble.

Un poco más al noreste, al pie de una colina y en una especie de encrucijada, estaba el famoso grupo de *"Quenco"*,

como si se dijera el "desvío" o el zig-zag. Como primer término, se destaca actualmente la hermosa roca arenisca, llena de perforaciones y de erosiones milenarias y a la vez repleta de numerosas talladuras, hechas por la mano del hombre, como descansillos, escalinatas, canales en zig-zag (de lo que tomó el nombre), para verterse por allí líquidos y el chorro ser recibido por la boca de un hombre colocado al pie del roquedo.

Esta hermosa y pintoresca mole, por otro lado, servía como de telón de fondo de una serie de construcciones, de noble arquitectura, hechas a un costado. Era un pequeño pero bello anfiteatro que se abre frente al roquedo; anfiteatro o hemiciclo que le circuye, que consta de un patio, de unas tribunas o galerías y al fondo, una plataforma, adosada a la roca. Las galerías, que cierran el hemiciclo y bordean al indicado patio, levantadas sobre un alto basamento, constaban de estrados "ahuecados" en el muro, como para que desde allí espectaran, como desde un trono, personajes determinados, entre ellos, por supuesto, el Inca. Todo esto tallado en piedra con primor y armonía. En el patio delantero, posiblemente, se realizaban ceremonias y homenajes de comparsas multitudinarias, de danzantes y cancionistas. La plataforma del fondo, adosada a la roca, como queda dicho, podría tomarse, en cierto aspecto, como un amplio pedestal y, bajo otro, como un proscenio al aire libre y abierto a los cuatro vientos, para ser visto por los cuatro lados. Podría ser un pedestal con relación al ápice de una roca que emerge desde abajo de la parte central de la plataforma aludida y se yergue como si fuera el monumento al viril ápice ofrecido por la naturaleza. Pero como los lados de la plataforma, de un metro de alto sobre el nivel del patio, sobran en anchura, desde la raíz de la roca, hasta el borde de ella, por sus cuatro lados, no sería tampoco ilógico deducir que ese "monumento" y esta plataforma hacían el papel de escenario para que allí se ofrecieran, lo que llamaríamos ahora, "recitales" de ciertas danzas, sean acrobáticas o evocativas, y se cantaran ciertas canciones ditirámbicas, de homenaje a los Incas. Danzas y canciones que se podían ver y escuchar por los cuatro lados del escenario abierto a la intemperie.

Ciertamente, no será descaminado ni exagerado decir que este sitio en hemiciclo, como en las "moyas del Inca", del valle de Yucay, era el "teatro" de la vida cusqueña, tanto para Incas o clase dominante como para el pueblo congregado entre las eminencias de la colina.

Más al noreste aún, estaban las construcciones de "Pucara", viviendas y cercos para ganado, ubicado, el baluarte, en lo alto de una encañada que dominan pastizales y observa el curso de un riacho que riega las chacras meridionales del Cusco.

Al fondo de Pucara, se encuentran actualmente los restos del balneario incaico de *"Tampumachay"*. Se ven todavía los cuatro camarines íntegros de la terraza más alta, como los muros de unos aposentos de hospedaje; así como la amplia piscina surtida por el agua cristalina que mana la entraña del monte en cuya falda están estas construcciones.

Todos estos grupos de dispersión urbana del Cusco, últimamente descritos, alternados con el "habitat" rural, de tipo altiplénico, constituyeron los complementos del "Gran Cusco" ("Cosco, Súmac Llacta"), de la metrópoli que llegó a ser el corazón y el cerebro del *Tahuantinsuyu*. Su crecimiento no se debió a un acuerdo entre los hombres y los dioses, como en la "Ciudad Antigua" europea, de las fantasías de Fustel de Coulanges, sino su desenvolvimiento está marcado objetivamente, en cada barrio, en cada estilo arquitectónico, por el desenvolvimiento progresivo de las fuerzas productivas y hasta por la revolución habida en las relaciones de producción. Demuestra además el espíritu creador de los Quechuas, que tomaban a la naturaleza sin pavor, sin miedo, sin considerarla opuesta al hombre o como un resplandor "panteísta", sino con humana simpatía y colaboración, con grandeza y claridad en su mirada y en su razonamiento.

La Altiplanicie Sacsahuaman-Chincheros

No obstante, ni el Valle de Yucay, esencialmente agrícola, de productos denominados de clima subtropical, ni la Quebrada cusqueña, que en su núcleo concentrado, la ciudad del Cusco, era ante todo de producción manufacturera, habrían podido alcanzar aquel desarrollo histórico, representado por el Estado incaico, si no hubiera sido por la concurrencia de un tercer factor, complementario de ambas zonas: la Altiplanicie que corre entre Sacsa-Huaman y Chincheros, con sus condiciones naturales externas, adecuadas para cierta clase de productividad del trabajo, condiciones que no podrían darse iguales en ninguna de las regiones opuestas, antes dichas, y que asimismo per-

mitieron el avance de la técnica agrícola como la de la manufactura, es decir, de la manufactura entendida no como trabajo artesanal, individualizada, sino más bien como la producida en los talleres colectivos incaicos.

La conjunción equilibrada de esa unidad geográfica tripartita —valle, quebrada, puna—, con sus riquezas naturales, tanto "en los medios de subsistencia" como "en los medios de trabajo", señalados por Karl Marx, como indispensables para la buena productividad del trabajo en general *(Le Capital,* L. I, t. 2, pág. 186, Ed. Sociales, París), fue desde luego un don especial, ejemplar, puede decirse, único concedido por los Andes a esta región del Cusco. Hasta los terratenientes de la época colonial, expropiadores de las tierras precolombinas, apetecían que sus haciendas y latifundios tuvieran su parte de valle, de quebrada y de puna, para su mejor explotación.

Esta Meseta, de clima frígido, por lo mismo de estar a 3,600 m. de altura sobre el mar, en promedio, poseedora de aquellas riquezas naturales adecuadas para la productividad del trabajo, vale decir, de condiciones geográficas espléndidas para el desenvolvimiento histórico, que señala Marx, esta Meseta arranca desde las mismas cabeceras de los barrios del Cusco-Alto y corre hacia el norte, ensanchándose a su vez hacia las pampas de Anta, por el oeste, y hacia las praderas de Písac, por el oriente, se expande, decimos, por un radio de alrededor de 50 Km., hasta encontrar las márgenes del Vilcanota, en el Valle de Yucay, para desde allí, mucho más erguido, por ásperos y altos farallones, encauzarle al famoso río, entre peñolerías y saltos de agua, dándole más ímpetu en su recorrido hacia las selvas amazónicas, saltos de agua que los Incas todavía no supieron aprovecharlos. Así, el primer acantilado que da acceso a la campiña más inmediata, Urquillos o Urcospampa, en el trayecto entre el Cusco y Yucay, es el llamado "Pecca-cacho", prolongación o reborde de la altiplanicie, en cuyo último término, por ese lado, se yergue la recia población de Chincheros, y que ahora se yergue en "cortina" sobre las chacras de Urquillos, cuyas tierras fértiles se extienden en lo hondo del farallón. "Pecca-cacho" viene a ser una mole rocallosa, que desde los Incas era un "camino-cuesta", de una pendiente de más de 5 Km. de desarrollo vertical, constituido en su mayor parte por escalinatas talladas sobre la roca viva. Vía más corta, no obstante, para llamas y peatones que trasladaban las cosechas de las campiñas de Yucay a los graneros del Cusco, los graneros del Inca,

y cuyo intermedio era Chincheros, algo así como una meta de la fragosa ascención.

En toda su amplitud, esta Meseta ofrecía a los pueblos aborígenes establecidos en sus contornos, tanto como a los del Cusco como a los del Valle de Yucay, todas aquellas condiciones adecuadas para el desenvolvimiento de un trabajo activo, creador, de acuerdo con su estructura geográfica. Tan variadas eran, que señalaremos las principales, las más vinculadas con las relaciones de producción de la época de los Incas.

En primer lugar, la sucesión, a cada vuelta de alguna colina, dentro de la estructura orográfica irregular, de peniplanicies cubiertas de gramíneas y de pajizales *(stipa ichu)*, pasto nutritivo para auquénidos, especialmente para la llama, el animal domesticado en estos campos y uno de los factores económicos de primer orden, que dieron la superioridad a los incas. La acémila adecuada para el traslado de los productos de una zona a otra y la que con su paso tranquilo y firme, su destreza para trepar los Andes, "acortaba" las distancias, por los caminos más "rectos" y más "breves", que eran las rampas, repechos, roquedales andinos, cuya cumbre formaba un ángulo menor, entre una población y otra de sus faldas, que el círculo de la llanura que unía a las mismas poblaciones. Por la llama y el peatón, caminantes de las punas, esta altiplanicie regulaba todos los caminos que unían a las "campiñas" de la hoya del Vilcanota con el Cusco.

Entre los repliegues de las colinas o al filo de las pampas, yérguense acumulaciones rocosas, peñolerías gigantescas, canteras de granitos, calcáreas, andesitas, etc., inagotables medios de trabajo y, en aquellos tiempos, adecuados para emplearlos en toda clase de construcciones de viviendas (los grandes palacios incaicos), menajes de casa, asientos, estrados, morteros; incluso en la arquitectura de revestimiento de los peraltes de las terrazas urbanísticas o de las andenerías agrícolas. Del mismo modo, estos cantos se empleaban en la construcción de medios de tránsito sobre arroyos o sobre ríos. En algunos barrios de la ciudad del Cusco se ven todavía restos de estos puentecillos colocados sobre las anchas acequias que pasaban por una calle (para regar los campos más alejados) y como medios de acceso a las viviendas. (La calleja "Tandapata", llamada hoy así, es todavía de origen incaico). También se empleaban "tablones" de piedras monolíticas, de grandes dimensiones, para el uso de puentes "rígidos", cuando los "colgantes", hechos de sogas

de esparto no eran seguros y convenientes. Tablones tendidos de una orilla a otra, si el río o arroyo era angosto o mediante tramos sucesivos, sostenidos por pilares levantados dentro de la corriente, si el río era ancho. Puentes de la primera especie se ven todavía en alguna calle del Cusco actual, sobre el río Huatanay, aunque escondido, pero en su integridad, por debajo de una canalización moderna. Y de la segunda especie, se ven los restos de aquellos pilares, de varios tramos, cerca a la población de Ollantaitambo, sobre el Vilcanota. Las piedras de estas canteras servían, además, para el trabajo escultórico, de imágenes humanas o animalistas. El P. jesuita Joseph de Arriaga, "el extirpador de las idolatrías", refiere que las mujeres estériles solían ofrecer a las rocas "madres" (como la de Quenco, en el Cusco), ciertos exvotos mágicos, consistentes en pequeñas piedras alargadas y envueltas en cintajos de lana tejida, a fin de que la naturaleza, representada por la roca, le concediera la fertilidad.

Medios de trabajo y de subsistencia, a la vez, ofrecían los manantes que por doquier brotan de las entrañas de este suelo fecundo, de entre sus plisados y repliegues, o se filtran de las lagunas abiertas entre las concavidades de estas alturas. Arroyos que en su mayor parte fueron canalizados y conducidos para el servicio de la ciudad del Cusco, canalizaciones hechas de piedras labradas especialmente y a veces abovedadas. Los cuatro riachuelos que cruzan la ciudad del Cusco, canalizados en parte, aunque abiertos hacia la superficie, proceden de aquellas vertientes. Los hizo canalizar Inca Roca, según Cieza de León. De estas alturas procedían igualmente las aguas que surtían los servicios de la ciudadela de Sacsa-Huaman, residencia de los Incas y réplica del Coricancha. Esta técnica del encauzamiento de las fuentes de agua, de su cuidadosa canalización y de su distribución racional, para la subsistencia del hombre como para el riego de los campos, fue otra de las superioridades de la técnica de los pueblos quechuas, de sus fuerzas productivas, que permitieron que los Incas se expandiesen por el Tahuantinsuyu mediante su técnica agrícola y sus sistemas de irrigaciones, antes que por la fuerza de sus "armas" (sólo el proyectil de piedra y la flecha, en buena cuenta), o mediante la estrategia de sus "generales" y de sus "capitanes", de la eficacia de su "militarismo". Persuadían a los pueblos atrasados con su técnica antes que con su fuerza militar, con su destreza en la geomorfología aprendida en acción constante con la naturaleza.

Las grandes lagunas, como las de Huaipo y Piuray, entre otras de menor importancia, fueron los dos elementos naturales concentradores de la productividad del trabajo. En el cuévano de Huaipo, más cerca a las pampas de Anta, con sus tierras espléndidas para el cultivo de la papa, que se nutrían con aquellas aguas, vivían pequeñas poblaciones aledañas. En la época colonial fue toda una "hacienda" disputada por encomenderos y congregaciones religiosas. Sobre las márgenes de la laguna de Piuray y se levanta el recio pueblo de Chincheros, puede decir, el pueblo adalid de los trabajos entre el Valle de Yucay, esta Altiplanicie y el Cusco. Todavía quedan algunos ayllus que mantienen la tradición, por sus denominaciones patronímicas, de la obligación de su trabajo; así el llamado "Coricancha", encargado de la siembra y de la cosecha de las tierras correspondientes a Coricancha del Cusco.

Esas lagunas, además, poseían riquezas propicias para la pesca de pescados pequeños, los "carichis", diminutos como sardinas. También permitían la caza de algunas gaviotas, de patos y algunas gallináceas lacustres. De sus contornos se recogía además, en ciertas épocas del año, la famosa "totora" o anea, utilizada en el revestimiento de las techumbres, tanto de los grandes edificios arquitectónicos como de las cabañas y chozas.

Nos falta señalar la otra riqueza vegetal de estos panoramas de la altiplanicie cusqueña, a más de las referidas anteriormente. Hay una flora espontánea numerosa. Cactos, musgos, helechos, matorrales en general. Plantas alimenticias como las habas o los berros; curativas como las mentas, trementinas, colagogos; de adorno y como modelos de artistas, como las flores del chinchircuma, el ñuccho o la cantuta, salvias de colores vivos. Arbustos, como el Quishuar, el Chachacoma y otras especies que dan maderas para la armazón de las techumbres de los edificios y también proporcionan leña para las cocinas, junto con la bosta de los auquénidos, espléndido combustible tanto como abono de las tierras.

La Meseta, además, posee chacras fértiles para el cultivo de cierta clase de cereales de altura, como la patata o papa, la oca, los ollucos, la quínua, etc., alimentos que junto con el maíz constituían medios básicos de subsistencia. Con la ventaja de que, especialmente la papa, merced a la acción del clima frígido de la altiplanicie, podía ser deshidratada y convertida en el *chuño* y en su variedad más exquisita aún, la *moraya;* ambas especies de alimentos que podían ser aderezados en diversidad de

potajes de la cocina popular. También la carne, en este caso, la de la llama, cuando a veces se le degollaba, así como la de los pescados o de las gallináceas, podían ser sometidas a la acción frigorífica, que entonces se conseguía la cecina o salazón, lo que llamaríamos la carne en conserva. El arte de la deshidratación de estos alimentos, de la papa como de la vianda, no lo aprendieron de ningún otro pueblo ni fue invento de ningún hombre determinado; el procedimiento lo "descubrieron" en su propio ambiente, en el seno de la naturaleza y mediante la práctica cotidiana que les permitió dominarla con maestría.

Finalmente, entre los repliegues de estas altitudes extraordinarias y dotadas por los Andes en forma singular, vivían comunidades, ayllus, desprendidos de las antiguas tribus autóctonas; pueblos de gran vigor y dinamicidad para la productividad del trabajo. Ayllus y comunidades desparramados por cumbres, llanuras esteparias, cerca a las lagunas y las chacras, en fin, no obstante la extensión constreñida de la Meseta cusqueña, que hasta cierta etapa del régimen incaico se bastaba sola. Eran los pueblos proveedores de medios de subsistencia y medios de trabajo para todos los "bajíos" ligados a sus costados: el Cusco, en primer lugar, las llanuras de Anta, los vergeles de Písac, el Valle de Yucay. Y siguen siendo los abastecedores, más que todo de todos los hambrientos de nuestros días, los abastecedores de los mercados humildes y populares. Bajan de sus desvanes andinos arreando los hatos de sus llamas y llevando ellos mismos sobre las espaldas la carga suplementaria de alimentos.

"TRES TUMBAS DE CARLOS MARX"

Por *Carlos TORRES MANZO*

"ESTA parte del Museo Británico, aquí en Bloomsbury —me decía Míster Phipps, cuando entrábamos por la puerta de Great Russell— es justamente eso: apenas una parte. (Su orgullo era tan íntimo, tan inglés, que rechazaba la vanidad). Aunque generalmente se cree que esto es todo el Museo Británico, continuó, basta visitar las secciones de Historia Natural de South Kensington para apreciar la magnitud de esta unidad cultural..." Yo lo seguía con una atención exagerada con la esperanza de que el exceso de atención contrarrestara mi escaso conocimiento del idioma.

Profesor jubilado de Escuela Primaria, Míster Phipps colorea sus mejillas con venas entretejidas que compiten por reventarle en plena cara. Su semblante en general es pálido y su estructura ósea conforma su figura porque la carne le es escasa. Parece una figura de museo de cera que de repente rompiera las vitrinas que la apresan y se echara a deambular por esas calles londinenses. —"Esta parte de Bloomsbury está constituida por dos Departamentos: el de Biblioteca y el del Museo...". Cruzamos la puerta principal. A la derecha estaba el Salón de Manuscritos; a la izquierda, la entrada a las Galerías de Escultura Griega; al frente, el redondel de lectura de la Biblioteca Nacional.

—"Con cerca de seis millones de ejemplares, esta Biblioteca es la más rica del mundo; bueno, así lo espero —farfulló Míster Phipps. El material que llega cada año requiere un anaquel de media milla para ser colocado".

Me agradaba que hiciera gala de su precisión matemática, pero destestaba su ansia de ahorrar palabras y de tragarse casi todos los finales de las sílabas. Con sus manos enlazadas por detrás, se apoyaba en las puntas de sus pies y con una muy leve inclinación de cabeza me indicaba los sitios a que se iba refiriendo.

Durante cuatro horas recibí las explicaciones de Míster Phipps. Y cuando ya no podía ni seguir sus ideas ni sostenerme de pie, de colofón apuntó con su bastón un lugar preciso y me dijo en tono indiferente: "Por aquí se sentó Marx por algunos años". Me detuve súbitamente. Cierto, me dije reprochándome, que aquí por diez años, día tras día, trabajó Carlos Marx. En este mismo espacio físico aquel genio despedazó sus riñones, relajó sus pulmones y garrapateó cuartillas que irían a engarzarse en la biblia de la clase obrera. Me lo imagino sentado en esa silla de allí enfrente, mesándose su barba de patriarca, y, ¿por qué no? gruñendo y carraspeando como un león encadenado, repitiéndose aquello de "un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo".

Míster Phipps me volvió a la realidad. Percatándose de mi emoción, me tomó del brazo y me invitó a salir. ¿Cuál fue el giro que tomó la conversación? No lo recuerdo, pero la conclusión fue radical: visitaríamos la tumba de Carlos Marx el próximo domingo.

Nos reunimos en Charing Cross. Bajamos al ferrocarril subterráneo y nos encaminamos a Highgate. Línea Norteña con dirección High Barnet.

—"Haremos veinte minutos de camino", me dijo Míster Phipps consultando su reloj. Y empezó su disertación. "De 1801 a 1901, la población de Londres aumentó de un millón de habitantes a seis millones y medio..." "Por 1888 Highgate era un suburbio". "Highgate está cercano a Hampstead..." A mí en realidad aquello no me interesaba. Míster Phipps cambió de tema: "¿Y de dónde tanto interés por ese Marx? No sé dónde leí, le contesté, que a Marx puede odiársele o admirársele, pero no se le puede ignorar. En mi caso particular, quizá por su labor de economista..."

—"¿No estará usted también un poco 'tocado'?" (Tocado era la palabra que sinonimizaba al inglés de tendencia socialista). No esperó mi contestación. Como buen inglés se dio cuenta que se había metido en terreno vedado. Y añadió: "Mikoyan ha dicho que Stalin dejó su huella en la Historia, y que tanto se le ha alabado que ya no hay necesidad de mencionarlo más. Lo mismo opino de Marx". Solamente lo miré. —"Y no crea usted, Señor Torres, cuando estuve en la Escuela de Economía, por admirar a Laski, admiré también a Marx. Ese Laski

—Míster Phipps suspiró y miró hacia el cielo— siempre al principiar su curso nos decía: 'Sepan que soy un socialista, no obstante, de vez en cuando les recomendaré algunos otros libros como antídoto para mi veneno' ". Estábamos en Highgate.

Ascendimos por la Montaña del Parlamento. Bordeamos el Parque de Waterloo y llegamos al patio de la Iglesia de Highgate. Desde allí se domina Londres. La neblina hace comulgar al cielo con las casas. En ese mismo lugar una vez mi mujer me detuvo y me dijo: "Déjame contemplar el mar".

Llegamos por fin al viejo cementerio y comenzamos a buscar la tumba de Carlos Marx. Una hora, dos, tres horas. De Norte a Sur, de Este a Oeste. Nos dimos por vencidos. Preguntamos al guardia y nos confesó su ignorancia cortésmente. Nos alargó un croquis y Míster Phipps y yo nos dimos cuenta que había una buena parte que no habíamos visitado. —"Es el Nuevo Cementerio, allá, cruzando esa calle". Hacia allá nos dirigimos. Al atravesar la callejuela, casi a media pendiente de la colina, alcanzamos a ver los lagos unidos del Parque Hampstead. Como una serpiente se arrastraba la calle de Highgate Road. Entramos al Nuevo Cementerio. Las paredes de las tumbas cercanas refractaban los ecos de los raquetazos de los tenistas que jugaban en un parque colindante. Un murmullo sórdido se levantaba de la ciudad y se colaba por entre las brumas.

—"¿Marx? Esperen, sí, ese nombre me suena". Hojeó el guardia unos papeles y añadió: "Eso es". Su índice más que sus palabras nos indicaron el lugar.

A pesar de la indicación precisa en el croquis del sitio de la tumba, todavía nos fue difícil encontrarla. Por fin, en una esquina hollada por el pie de los transeuntes que seguían la ley del menor esfuerzo, en una placa rodeada de zacate y salpicada de arenillas, leímos: "Jenny Von Westfallen, the beloved wife of Karl Marx... and Karl Marx..." Necesité un momento para darme cuenta que, efectivamente, allí, bajo aquel pedazo de tierra descuidada yacía un hombre cuya filosofía mueve hoy la mitad de los hombres del mundo. Ni una lápida vertical sobre su tumba, ni un simbólico monumento por humilde que fuera. Una placa tan sólo, sucia y desvaída, echada sobre la tierra fofa sobre la que se movían, corridas por el viento, las hojas secas de las flores de las tumbas cercanas.

Mister Phipps a prudente distancia aplastaba las arenas con la punta de su bastón. Con mi pañuelo sacudí el polvo de la lápida y tomé la primera fotografía.

Regresamos con dirección a Piccadilly Circus. Míster Phipps con su estilete teórico daba estocadas a su nuevo tema. "¿Cómo esperar otra cosa mejor? El propio Attlee se había referido al comunismo ruso llamándolo hijo ilegítimo de Carlos Marx y Catalina la Grande. El mismo Bertrand Russel afirma que lo único que puede sobrevivir a la muerte es el recuerdo, pero si el recuerdo es producto del cerebro, y si éste se destruye cuando el hombre muere..." Yo no escuchaba. Otro era el orden de mis ideas. Con el ritmo del sonido de las ruedas del tren la palabra "ingratitud" se prendía como ritornelo en la pauta del camino. En Piccadilly nos despedimos. No nos dimos la mano. Era señal de que nos volveríamos a ver. Recordé que no podemos hacer al individuo culpable de la existencia de condiciones de las cuales él es socialmente criatura.

Días después pasó por Londres un amigo mío. Le hablé de mi viaje a Highgate y logré su interés por repetirlo. Una vez visitadas la Torre de Londres, las Casas del Parlamento, la Abadía de Westminster, y qué sé yo, la emprendimos hacia el Nuevo Cementerio de Highgate. Algo había cambiado sobre la tumba de Carlos Marx. La placa estaba lavada, las letras esclarecidas; un borde de ladrillos rojos marcaba sus límites. Una Comisión de la China Comunista había depositado una corona de claveles blancos y nardos chinos. Este cambio era fácil de explicar. Inglaterra buscaba la forma de aumentar su comercio con los países comunistas del Asia lejana. Nestorov había declarado que se avecinaba un mayor intercambio comercial entre Rusia e Inglaterra. Dijo que esto traería ventajas económicas para ambos países y sería una contribución para el mejor entendimiento político y para "aflojar un poco la tensión internacional". Sea lo que sea, le dije a mi amigo, yo tomo otra fotografía; y así lo hice.

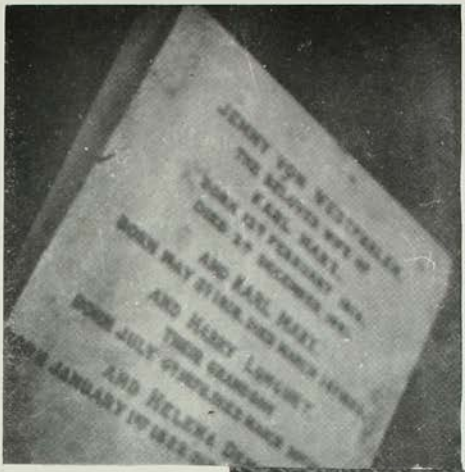
DURANTE dos o tres meses no se habló en Inglaterra de otra cosa que no fuera la visita de Bulganin y de Khrushchev. *The Times* publicó el 11 de abril de 1956 una entrevista con los dos dirigentes soviéticos:

¿Cuál es el propósito de su visita a Inglaterra?

—"La discusión personal de asuntos que interesan a los dos países".

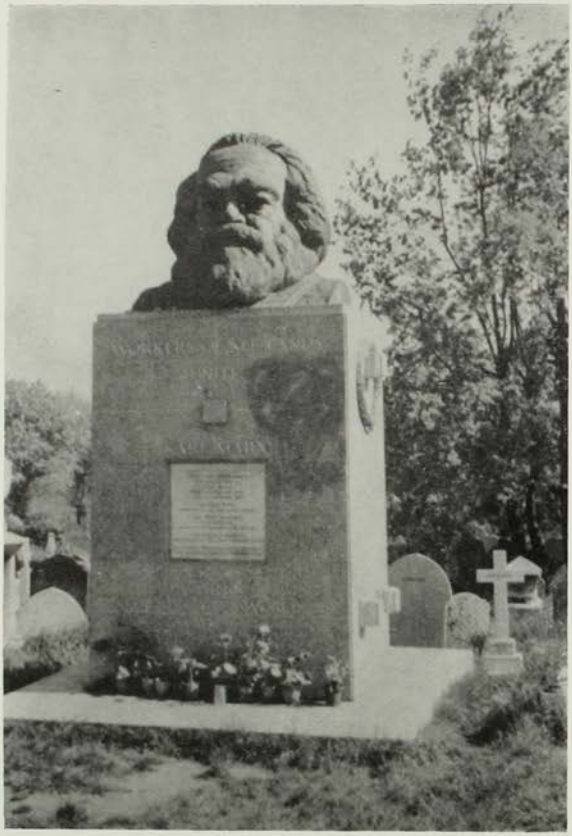
¿Servirá este viaje para disminuir la tensión internacional?

—"Así lo esperamos nosotros".



La tumba olvidada.

Se prepara para recibir
a los chinos.



Habia que recibir bien a los rusos.

En el extranjero se dice que el propósito de su viaje es el de poner una línea divisoria entre Inglaterra y los Estados Unidos. ¿Qué dicen ustedes de eso?

—"Si la Unión Soviética desea establecer buenas relaciones con un país, esto no quiere decir que tal país deba renunciar a su amistad con ningún otro. Nuestro país desea ser amigo de los amigos de Inglaterra".

¿Cuáles son las posibilidades de aumentar el comercio entre Rusia e Inglaterra?

—"El comercio es mejor que la ignorancia, y, además, superior a la hostilidad entre países".

Sir Anthony Eden ha definido el propósito de la visita en esta forma: "Discutir, buscar, encontrar algún lenguaje común". ¿Ustedes creen que pueda encontrarse tal lenguaje común?

—"En tanto ambas partes basen sus negociaciones en el principio de coexistencia pacífica de las naciones..."

La visita tuvo lugar. Para bien o para mal, es materia de análisis. Aquí no nos corresponde emitir juicio alguno. El incrédulo Mister Phipps, como buen inglés, se aferraba en este punto: "Que nos traigan comercio, no teorías".

Uno de esos días, no preciso la fecha, leía en un diario londinense, que Malenkov, quien precedió la visita de Bulganin y Khrushchev, podía ser considerado como el prototipo de individuo que, en una sociedad libre, sería un candidato ideal. Renglones abajo, se decía que había mandado depositar una corona en el "magnífico monumento que se alza sobre la tumba de Carlos Marx". Me quedé sorprendido. Era imposible. ¿Serían tan diligentes los ingleses? Al domingo siguiente fuimos mi esposa y yo al nuevo cementerio de Highgate por tercera vez. Era cierto. Allí estaba un monumento de granito rematado en lo alto por el busto de Carlos Marx. Como si tuviera muchos años de construido. Tendrá como cuatro metros de altura. Con letras enormes está escrito en el frente: "Trabajadores del mundo, uníos". Tomé mi tercera fotografía. Una vez más comprobé que lo que no hace la gratitud por voluntad propia, lo realiza el comercio por necesidad.

LAS "PARENTALIA" DE ALFONSO REYES

De un modo sutil y nada sistemático, las *Parentalia* esbozan la vaga noción de que nuestra persona social precede a nuestro nacimiento y continúa después de nuestra muerte: "se deshace por las orillas", no está rigurosamente enmarcada entre las dos fechas fatídicas. Y así es como Alfonso Reyes inicia sus memorias por lo que él mismo llamó, en otra ocasión, "el pasado inmediato", la época que lo antecede y en que se desarrolla la juventud de sus padres. Al hacerlo, se encuentra con el deber de honrar a los antepasados, deber que da su nombre a la antigua ceremonia de las *parentalia* instituida por Numa, y de que nos informa Ausonio en el epígrafe del libro.

Pero el autor no se ha propuesto presentar un alegato, ni menos una defensa contra cargos de la apasionada política. Ésta es una interpretación demasiado "simplista". Sencillamente, Reyes va contándonos sus recuerdos y, por supuesto explica ciertos hechos y ciertos episodios paternos. Tampoco se ha propuesto el autor escribir una biografía puntual de su padre. El mismo lo declara así, y quienes no hayan reparado en ello no entenderán el libro. *Parentalia*, además, se refiere sobre todo a lo que podemos llamar la prehistoria de su padre, cuya verdadera historia pública no llega a abarcarse en este tomo, puesto que apenas nos asomamos al instante en que su padre va a encargarse del gobierno de Nuevo León, donde alcanza su verdadero prestigio nacional. Y sospechamos que Reyes consagrará su segundo tomo ya directamente a sus memorias infantiles, sin tocar más que en lo indispensable la biografía pública de su padre, que aunque estrechamente ligada a su vida infantil y juvenil no es el tema de la obra. Creemos entender que la tarea de una biografía sistemática la considera ya cumplida por dos obras citadas en una nota del apéndice No.2: el primer capítulo del libro de su hermano, *De mi vida*, publicada en 1929; y —la obra más importante al respecto— una tesis universitaria presentada en Austin en 1958 por el Dr. E. V. Niemeyer Jr. El pequeño resumen que por ahí se ha copiado como resumen biográfico, y que figura en la pág. 166, ese anterior a la etapa más trascendente de la vida del Gral. Reyes al servicio del país. Este resumen sólo se refiere a la juventud militar del General Reyes, sobre todo por el occidente de la República, y desde que ganó, casi niño, su grado de Alférez.

Es imposible, al leer este libro de Alfonso Reyes, pasar por alto su aspecto humano y su calidad artística y literaria. Algunos han considerado este libro como la más alta realización del autor. Juzgarlo como un mero alegato político es ver sólo un aspecto de los muchos que abarca el libro. Ya se sabe que una de las aberraciones de la crítica se complace en substraer un tema de una obra arrancándolo de su contexto, a menos que se declare expresamente el propósito de sólo pintar una oreja, una boca y no toda la cara de la persona. Peor aún cuando, por la preocupación de profesar una tesis política, se zurcen retazos entresacados de distintas partes, sin percatarse de que tales fragmentos no llevan la misma intención ni se refieren a lo mismo. Cuando Alfonso Reyes, por ejemplo. habla del "desvío del último instante", no hace suyas, ciertamente, groseras censuras, sino —como lo explica muy claramente— se refiere a la pena con que vio que sus esfuerzos de joven resultaran inútiles, ante otras influencias más poderosas, para que su padre se alejara de la vida pública a su regreso de Europa. Tanto más cuanto que Alfonso Reyes se pone altivamente por encima de las consignas de los partidos y juzga desde su sola conciencia, como muy bien lo reconoció Vasconcelos en una de sus últimas páginas: un fervoroso artículo sobre la *Parentalia*, en el cual se diría que, sintiendo venir su término, quiso estrechar la mano del amigo de su juventud y devolverle la justicia que le debía.

El libro *Parentalia* está, pues, contruido con algunos recuerdos directos (cuando presenta hechos o figuras ya contemporáneos de don Alfonso), y con otros recuerdos indirectos o "de oídas", (cuando los hechos o las personas son anteriores al nacimiento o a la vida consciente del autor). Pero, sin remedio, se le cruzan a Reyes, en el curso de sus recuerdos, algunas anticipaciones inevitables sobre épocas posteriores al tomo actual.

El libro consta de tres secciones: I. *Primeras imágenes*, visiones de los abuelos distinguidos, los padres y sus respectivas familias, la Guadalajara de ayer, el ambiente inconfundible y romántico "en que se combaten iglesias y cuarteles", la evocación de las misteriosas influencias que llegan del Pacífico y desde las islas oceánicas; breve y condensado cuadro donde se ofrecen, en la mejor prosa del autor, imágenes que pueden ser las "primeras", pero que acaso, por permanentes, resulten las "últimas" (al través de la frase hecha), el día en el que hagamos el saldo de la obra de Reyes, si es que un día llegamos a hacerlo. II. *Milicias del abuelo*, tal vez la parte más gris o menos colorida del libro, pero que parece convenir al deber que el autor se impuso y que es un capítulo sobre la historia militar de México en el segundo tercio del siglo XIX, trazado con viveza y rapidez, en

líneas solas y nítidas, sin proponerse un complejo dibujo. La figura del Coronel Domingo Reyes parece una síntesis de todos esos hombres heróicos y tenaces a quienes debemos las instituciones definitivas de la República. III. *Enseña de Occidente,* episodios militares que Alfonso Reyez recogió de boca de su padre, a la hora de la siesta, cuando el general se tumbaba "a descansar sin dormir". Lo cómico y lo patético, lo narrativo y lo lírico (en las exclamaciones de don Alfonso), el gozo y la amargura: todo ello hacen uno el pensamiento y la emoción que nos lleva, como en las páginas de una novela, hasta el instante en que don Bernardo Reyes, cuando ya podía dar por realizada su obra, se acerca a Nuevo León, donde lo espera aún "la obra verdadera y fundamental de su vida". Pero don Alfonso se asoma todavía a la última hora, y evocando las palabras de Jorge Manrique a la muerte de su padre Comendador, concluye recordándonos que este hombre tan poderoso en sus días, vivió sobriamente y —cosa hoy casi inaudita— "no dejó tesoros, riquezas, ni vajillas".

En el archivo de don Alfonso hemos hemos podido consultar dos testimonios expresivos sobre *Parentalia:* Raimundo Lida le dice: "¡Qué equilibrio de historia e intensísima intrahistoria, qué tensión narrativa!" "Qué sentido del drama!" —agrega Dina mi esposa, a quien han deleitado, por otra parte, esos relámpagas comparativos— que yo alguna vez comenté por escrito ¿recuerda Ud.? en que México se funde inesperadamente con Grecia y Roma". "Admirable, además, escribe también Lida, el orden, la ciencia de sus datos, y hasta las fotos estupendas y esa firma de don Bernardo en tres etapas. Todo sabrosísimo de veracidad, de concreción, de *inmediatez,* esa verdad concreta e inmediata que suele asomar en la conversación inspirada de ciertas personas, pero que casi nunca logra pasar al papel. Esperamos con ansiedad los nuevos libros de recuerdos". Y Artemio de Valle-Arizpe le dice: "Estoy entusiasmado y conmovido con *Parentalia.* Sus otros libros enseñan, satisfacen muchas ignorancias; éste hace sentir. Aquéllos han salido de un cerebro privilegiado; éste, del fondo del corazón".

Esta nota sobre *Parentalia* ha nacido de la lectura y de un antiguo y contante trato con Alfonso Reyes, que me excusa por una parte, de un examen más detallado en el que con gusto iría bien lejos, y me obliga, por otra, a precisar el sentido para mi cierto de sus páginas, sentido que preside la que será la obra "más personal" del más estricto y lúcido de los escritores de México.

Manuel CALVILLO

Dimensión Imaginaria

MÍNIMO ESTAR

Por *Alfredo CARDONA PEÑA*

MÍNIMO estar en la poesía,
cotidiana y pequeña canción,
diminuto sismógrafo bello
de la voz en su diario temblor.

Ir hilando los copos más leves
que resbalan y caen al sér
como gotas de lluvia en un vidrio
silencioso de tanto sonar.

Dar los buenos días al poema,
preguntarle cómo amaneció,
agradecerle tantos favores
que nunca supimos merecer.

Riachuelo a río, río hacia mar,
verso joven y rima senil:
¡Mínimo estar en la poesía,
cotidiana y pequeña canción!

I

ESTÁN derribando los álamos.
Están abriendo una ancha calzada

y están derribando los álamos.
Tienden la línea, erigen el alambre,
alfombran de electricidad el camino
y están derribando los álamos.
Toda la noche han pasado los hombres
martirizando a los gigantes puros.
¿Por qué no vadearon el trino?
¿Por qué no entendieron su envío?
Voces muertas quedaron las ramas.
La mañana sin pájaros vino
a tocar las cabezas hendidas,
y una verde tristeza golpeaba
como un hacha aquel día violento.
Se hizo la calle, se alzó la anchurosa avenida,
mas cayeron heridos los álamos.
Mala ruta del hombre sin sombra,
sin frescor, sin albricias, sin álamos.

II

PLANTAS

CRIATURAS mías, novias de la noche,
sois la oposición a la vigilia,
el puro estar, la perfecta sumisión a la tierra.
Untadas de luna, mojadas en el sueño,
diminutos castillos del aroma,
venid a mí cuando la tarde reúne los objetos
y cada matorral es como una pequeña oración indolente.
Venid a la hora del perfecto rocío,
vosotras, que rodeáis como aldeas olorosas mi alma,
oh plantas, existencias sosegadas.

III

NOCTURNO

Siempre he deseado perderme en la noche de los puertos,
en donde las mujeres coleccionan ocasos,
en donde todo se balancea como las gaviotas.
En compañía del muchacho que vino de Singapur
entraría en la Taberna del Oso Marino.
Ahí estaría el viejo Gluck con su pierna de palo,
el bribón de San Telmo y el golfo de Simbad.
Bebería con ellos largamente.
Las grandes arañas del calor moverían sus brazos.
Gluck, sonriendo,
mostraría un mapa con Eolos soplando
y contaría la historia del cofre de diamantes.
Después, en esos hoteles de los puertos
que gimen en la noche como los heridos de Trafalgar,
me acostaría en la niebla como un barco,
me acostaría a amar hermosamente.

IV

La señora llegaba a clase,
la señora Brown de color;
escribía el nombre de España
deteniéndose con primor.
Venía del norte "misis" Brown
con sombrero y falda de rosas,
se quedó con nosotros un mes
y regresó a Kentucky de prisa
como temiendo llegar postrera
al versículo de San Juan.
¡Ah Kentucky bajo los árboles!
Ahí "misis" Brown los domingos,

después de lecturas en coro,
relata a los suyos la historia
de las hijas de Mio Cid.

V

A LAS HORAS

He visto que pasáis, y es tan cercana
mi voz a vuestras ondas, que se mueve
algo de mi humedad en lo perdido
del aire que os transporta. Sois más dulces
que toda soledad, más familiares
que el gozo compartido; si escuchadas,
tan íntimo me habláis, que os adivino
saludadas de fiebre, revestidas
de todo aullido y piel; en vuestros pasos
huye el crimen, la sangre, los anhelos,
el cortejo de sombras y clamores
asistidos de fe: al desprenderos
del bronce, sois el humo de los actos.

1939.

VI

IN MEMORIAM

Oh inviolada, no estás, eres de luna,
tiemblas en los lirios mojados,
y los hongos del bosque son tu cuna
por el sollozo de los hados.
Gotas de sangre fraterna, una a una,
amanecen sobre los prados:

rocío doliente, plegaria bruna,
como dos ángeles cortados.

Oh fugitiva, ya cantas en el coro
de las sonámbulas de oro;
la abeja dulce, el trágico rubí

alzan tu nombre a las estrellas.
Duerme. Bebe tu vino de doncellas
junto al cielo de Annabel Lee.

VII

EL ESTABLO

A mi hermano Alvaro.

NEBLINA empapada en infancias
colgadura de rocío
musgo tierno
campanas licuadas
el estiércol tirado como una estrella mohosa
Viejo Testamento
las vacas
madres del Ramayana
pequeñas catedrales mugientes
envueltas sus cabezas por la aurora
como mujeres en el templo
dejan caer hilillos de amor blanco
es el establo, hermano:
axila de montaña
tremor puro
rosa mojada en el amanecer.

VIII

En las viejas iglesias hay una magia tibia.
El candor —gran dragón— las defiende y corona.
El polvo, el oro ciego, la sangre hecha columna,
todo en ellas proclama el fantasma que fuimos.
Sobre todo a la tarde, cuando el ángelus toca
las ventanas, las puertas, y los montes envuelven
un aroma tenaz de espadañas en ruego,
de las viejas iglesias caen siglos, y el tiempo
como un sastre cansado prende en ellas su aguja.

IX

Sueño,
que me regalas noticias portentosas
de las que sólo puedo capturar
un resplandor lejano.
Más implacable y sonoro eres
que la realidad,
pues me castigas y premias
según la emanación de mis actos.
Sueño, mi océano,
oh dulce espanto,
caes en mí como una inmensa ola japonesa,
y yo sólo te dejo este pequeño sabor salobre
de mi voz, en tus playas,
como una medusa palpitante.

X

EL INSOMNIO

Viejo enemigo mío, cardo ardiente,
saboteador de féretros y cunas,

que en tu delirio inacabable adunas
la mísera verdad de lo consciente.

Huye de mí, restáñame la frente,
dame la flor de mis secretas lunas;
que las arenas hilen mis fortunas
y olvido y polvo sea únicamente.

Mira que es ilusión, dorado intento,
el someter vigilias a condenas,
y robarnos lo mágico del viento

que dulcemente sopla nuestras venas:
llega el día, la luz abre sus ramos,
y en el sueño del mundo despertamos.

XI

VISION NEGRA

Yo no imaginaba que el sueño
tuviera tal fuerza de horror,
ni que su rostro de fino album
convertía en monstruo feroz.

Me desbarató con su espanto,
agujereó mi corazón,
clavó en mi reposo su furia
como un gigante vengador.

¿Dónde el hosanna que le hice
y la perla que me inspiró?
¡Si todo soy sueño no venga
y muera sin él mi canción!

XII

FRASE ESCUCHADA EN SUEÑOS

No debes atender la explosión del sentido,
sino aquel centro mágico,
dónde, aludido,
el cuerpo reconoce su punto vegetativo.

XIII

Me gusta la voz de mi hija,
lengua de vaca con abejas,
campanita de flores;
me gusta el sol en la nuca
y el abejorro en la guitarra;
me gusta el tacto en la sombra,
sentir una mano y un labio,
e irme por ahí con el vino
sintiéndome el Golfo de México.
Odio el trabajo que ya saben,
aquél de ganar y ganar,
y amo el trabajo distinto
que nada es y todo es,
pero trabajo como un justo
de sol a sol, de paz a paz.
Aquello que no gusta me gusta
y soy una calamidad.

XIV

PREOCUPACIONES

Nubes negras, pasando
como siniestras cornejas.

No se resuelven en lluvia,
deprimen el paisaje
y oscureciendo el día
con sus penosos jirones tristes
sumen la mente en un doloroso
castillo sin ventanas.
Oh, si un rayo las punzara
hasta hacerlas sangrar,
con qué alegría veríamos caer sus imperios.

XV

NOCTURNO

Angeles turbios, nadando
como peces abisales,
mis aguas queman.
¿Qué dios agresivo, oscuro,
así me vence? ¿Qué trampa
su luna pone, y al paso
de mi condena apresura
mi pie, mi piel, mi fantasma?
La noche, lago de aceite,
mi alcohol enciende.
¡Apagadme ya, luceros!
¡Albas, venid a salvarme!

XVI

Espadas me persiguen,
escalofríos con instantes.
Yo sé. Yo sé. Pero tú no sabes.
Consecuencias de uvas y besos,

caballos negros, dientes, alas
con estandartes como escamas.
Yo soy el de la máscara lívida,
yo agito los cascabeles del deseo.
Y todo es una fuerza sin ojos,
una sed vieja, una llaga dura.
Ciego voy, cayendo en los días
como las ondas de la mar.

XVII

Me dio el deseo una espada profunda
como la sed un caballo sin freno;
todo mi sér fue la presa del viento
como si a un árbol quemase la luna.

Yo que nací para flecha de altura
tuve que andar suplicando un consuelo,
y en él me puse a bordar un secreto
y a deshacer un hechizo en espuma.

Ay, que no sepa ni el sueño la herida
que me he causado a mitad del camino.
Mi corazón hecho selva palpita,

muda está el alma, se embriaga el sentido,
y en esta cárcel de amor y de ira
se va cumpliendo mi llama en el signo.

XVIII

LEYENDO A BOWRA

Nada como aquella voz en llamas,
estremecida por la leyenda,

que se escuchó en la isla de Paxos
estremeciendo a los escudos:
Cuando lleguéis a Palodes
informadles que el gran Pan ha muerto.
Algún sacerdote escondido,
o una mujer inspirada súbitamente,
o acaso el mismo espíritu de los bosques,
las pronunció en el nombre
de los siglos heroicos.
Y en los hombres que la escucharon fue la tristeza,
porque, ciertamente,
había fallecido la primera gracia del mundo,
y ya en las ruinas griegas habitaba la luna.

XIX

HOMENAJE

Me ha dicho un sabio
que el nido es el pájaro mismo,
su esfuerzo y sufrimiento más profundo,
y otro me ha contado el arte de la golondrina.
Amo las observaciones de esos maestros:
en sus obras reposan las vigilias
como en las chimeneas los inviernos.

XX

LO TERRIBLE

1.500 millones de años
han sido necesarios
para construir mis ojos.

1.500 millones de gotas de luz
horadando la tiniebla,
precipitándose en el dolor del abismo
para que yo reciba el regalo
en una bandeja de pañales y lágrimas.
¿No podré, en consecuencia, pagar con algo,
siquiera con rendir mi tributo a la tierra,
tan enorme capital de trabajo?

XXI

EL "BIRUNGU"

A Carmen Alba

Birungu es tronco de árbol,
cicatriz de tormenta,
rostro donde la lluvia
grabó su pedestal;
antiguo es el *birungu*
como el rayo y el humo,
como el ídolo ciego,
la canoa, la luz.

Van los hombres istmeños
al secreto del campo,
por veredas de luna,
por caminos de sol;
detiénense en la tierra,
recogen sus latidos,
juntan en verdes ramos
la música del mar,
y de pronto, a la orilla
de los caos dormidos,
en el bosque profundo

o en las grutas de olor,
ven los brazos torcidos
del *birungu,* que el agua
y el hachazo del viento
derribaron, uniendo
porciones de humedad.

Oh lágrima caída
de una cólera azul,
geológica ternura,
zarpazo vegetal.
El instinto nativo
lo recoge y adopta,
con un gusto que nadie
le ha enseñado jamás,
porque el *birungu* tiene
rara forma de estrella,
silueta de caballo
y armonía de flor;
sobre él jugó la brisa,
contó el duende su historia,
se sentaron las noches,
escribió el huracán...
y el hombre hará lo mismo
sobre el tronco salvaje,
como un rey en su imperio,
como un toro en su paz.

XXII

SITIO EN EL ALBA

San Francisco del Mar aparece en medio de las islas,
con su delantal de finísimos ortos bordados
y los pies en el agua...

Poco antes del amanecer se levanta y camina sobre las olas,
como en el Nuevo Testamento;
su corazón es tan antiguo que conoce
la juventud de las estrellas,
y cuando duerme los venados descienden a comer en su mano.
San Francisco del Mar...
Cuando los caminantes escuchan su campana
se llenan de rumor,
porque hay nombres que parecen caracoles tocados,
brisas dulces, edenes en el sueño perdidos.

XXIII

A UNA DAMA MUY BELLA VESTIDA DE LUTO

Su luto era la alfombra de una llama,
un nardo entre la noche su sonrisa.
Oh mágica visión, oh Mona Lisa
hecha de luz y doncellez en rama.

La vi como quien ángeles exclama,
como quien suelta alondras a la brisa;
bella, gentil, recóndita y sumisa,
tenía algo de luna y de retama.

La admiración, rindiéndole homenaje,
sin que lo oyera murmuraba un rezo.
Y resaltaban, en aquel paisaje

o antiguo medallón tácito al beso,
su blanca tez, lo negro de su traje,
y amor, amor entre los ojos preso.

XXIV

A UNA JOVEN QUE VESTIDA DE BLANCO SONREÍA AL PASAR

NUBE de tacón alto, oh gracia pura
tallando en luz la piedra del camino.
Del recatado sueño campesino
bajó una estrella a darnos su ternura.

Nunca se vio tan alta arquitectura,
sonrisa tal, glosada a lo divino.
Rosa y pétalo albal y azúcar fino
iban cayendo de su comisura.

Lo blanco iba poniendo en lo moreno
ese rubor que siente la campana
cuando la aurora se descubre el seno.

Y parecía, al contemplar su paso,
que nevando primores, la mañana
fuese al altar con un jazmín del brazo.

XXV

NOCTURNO

... una noche en que cenamos vino de palmera y grandes rebanadas de luna...

CELEBRÉ tu belleza que las aguas labraron,
me acompañaste con la gracia que los dioses reservan
a sus hijos amados,
y levantamos nuestro corazón a las estrellas
como dos copas juntas,
llenas de luz y música.

Fue nuestro encuentro parecido a la brevedad de las nubes,
que pasan, raudas, dejándonos para siempre
el misterioso encanto de su luz;
en las noches calladas, mientras el mar derrama
su tesoro profundo, y las palmeras
se inclinan a escuchar a los amantes,
siempre estaremos juntos:
cuando leas estos versos me besarán tus labios
y cuando yo los lea te besaré cantando.

XXVI

NOCTURNO

Oh vasos que yo he creado para mi deleite,
oh emanaciones de mi alma,
en vosotros deposité la alegría, la confianza, el amor,
como deposita la vida su corazón entre los frutos.
Mi mar con sus aguas oscuras
os ha golpeado hasta haceros remontar en auroras,
islas mías fragantes.
Aquí, conmigo juntos, nada falta
a la suprema conformidad;
os contemplo y sucede que el olvido
se destierra del mundo.
Por lo tanto, venid, lucero y Alba mía
que apaciguas mis nervios extraños, que transformas
mis imperfecciones en diamantes,
y vosotros, hijos que yo encendí como hace Dios las flores,
y tú, poesía de hoy y siempre
que conoces mis sueños:
en vosotros trenzaré mis guirnaldas
y una canción, luminosa de plenitud,
subirá hasta decorar los impacientes cánticos del día.

XXVII

VAYU

Pues veníamos de la playa
virgen y pura como un don,
en cuyos tibios arenales
reclina el mar su viejo arder.
Devoraba el camión abierto
pulpa dorada de horizonte,
rara fragancia de confín,
y una ilusión como de flecha,
como de pájaro o de voz,
atravesaba en gozo enorme
la llanura inmóvil del sér.
De pronto, a látigos de sangre,
a clamores de Mabaratas,
el viento inundó mis sentidos,
los desflecó, los hizo brizna,
como jugando a la parábola,
como soplando en algodón.
Yo sentí la mano infinita
sobre sienes, sobre mejillas,
y cerré los ojos, rendido
a la conquista del titán.
Sonaba con mil caracoles,
producía un terrible gong,
y eran millones de batallas
los diamantes de su collar.
Por un momento puse el rostro
en el hombro de su poder,
y deliró mi pensamiento
como un fruto en la tempestad.

XXVIII

TÚMULO DE HIEDRA

A la memoria de Sergio Corazzini, Poeta tísico muerto en Roma el 18 de junio de 1908, a la edad de 20 años.

No se sabe dónde están
porque la tempestad los hirió en la mañana
y dejaron apenas un murmullo,
un silencio tan frágil
que se dijera hecho con cenizas de plumas.

Su balada habrá de escribirse
con la complicidad de la tierra y el cielo,
porque de ellos es el reino de los árboles.

La maleza los cubre, y el olvido.

Fueron pétalos ciegos,
ráfagas que en la brevedad de un suspiro
nacieron lentamente para morir de prisa,
extraños a la gloria, verdemente perdidos.

Sus historias se rompieron,
sus versos duraron
lo que dura una madre.
Sus nombres, tan bellos que parecen fantasmas,
permanecen adheridos a una piedra
o van en la caída de las hojas,
como lirios que sin Dios no tuvieran vestido.
Ah, pero el dolor les ha entregado
una corona hecha con hebras de rocío,
y el viento, como un crítico ebrio,
se eleva con el polvo musical de sus huesos.

XXIX

REZO POR YOLANDA OREAMUNO

Ayer decíamos Yolanda
y nos cansábamos de sol;
ora pronunciamos su nombre
como quien pronuncia oquedad.

Ayer era el ala de fuego
que nos produce resplandor;
ahora es la novia del viento
y la desposada del mar.

El viento que la levantó
como hoja recién bruñida,
y el mar que en su manto verde
bordó su música nupcial.

Yo la vi en la noche funesta
beber una larga cicuta
y golpearse con cirio ardiente
como un ángel fuera de sí.

Con su llama de inteligencia
hecha pasión, volcada al sér,
nos dejó en unos cuantos libros
su sombra, su genio, su fe.

Costa Rica no fue por ella
indiferente a su laurel,
como en Chabela y otros árboles
dolorosos que yo me sé.

Paradoja la de mi pueblo
que a ciertas almas deja ir:
cuando estaban no las quería...
y luego llora que no están.

XXX

LIRIO DE CAL

A Francisco Zúñiga.

De la inédita arena y del cóncavo sismo,
de palmeras al sol como vírgenes locas,
un senil caracol en sus pánicas bocas
me condujo al rumor del sinfónico abismo.

En su lirio de cal se estrelló el magnetismo
de Proteo, rector de las mágicas focas:
el poder de la sal y el buril de las rocas
han tallado —mirad— su celeste mutismo.

Voy con él y descubro en su música escrita
la razón del poema y su interno vibrar:
catedral de la forma, en el fondo palpita

con el ritmo cabal de un recóndito objeto,
y su voz, en el vasto y divino secreto,
atraviesa el azul como un gong de la mar.

XXXI

PROYECTO PARA EL POEMA "LECTURA DE DANTE"

A mitad del andar de nuestra vida,
léase a Dante.
Al principio con gusto perezoso
y luego ávidamente, como un vino.
No será ya la teológica rosa
lo que a nosotros bajará, temblando,
sino el idioma en sus lenguas de fuego
y la enseñanza de cómo se escribe

con una luz de profunda escultura.
Váyasele aprendiendo lentamente,
y todo ocurra como en esos sueños
que llegan, nos instruyen y se marchan
permaneciendo sin embargo.

XXXII

TRÍPTICO DEL NORTE

SOR *Juana de la Cruz, fina monja cantante,*
celebró el centenario de su cálida estrella;
la fiesta fue en el Norte, y viajando con ella,
mis labios se cubrieron de rocío y diamante.
Estas notas por eso tienen algo de andante.
Yo soy un caramillo. La divina doncella
me regaló el milagro de grabar una huella
sobre la cabellera florida de un gigante.

(a)

NATIONAL GALLERY

POR la tarde, visita a los divinos en sus
jardines. Armonía. Los colores son parcos,
la eternidad se ha reclinado sobre los marcos.
Entro. Sobre mi pecho cae un golpe de luz.

La Historia y la Leyenda, con su largo capuz
pasan junto a mi lado, navegando en sus barcos.
El prodigio ilumina perspectivas y arcos.
Sobre la carne en rosas, el viento de la Cruz.

Me guía por aquel laberinto doña Emilia
Romero de Rafael. Tantos cuadros amamos,
que al final nos sonríe la Sagrada Familia

desde un grupo pagano del tiempo de Egipán.
Yo beso con los ojos, y ardiendo entre mis ramos,
una isla me llevo del sueño de Gauguin.

(b)

MINUTO DE NUEVA YORK

En una esquina daban "Santa Juana"
y sobre un edificio
se encendía y apagaba un gran negro.
El elefante de cuatro colmillos
saludaba al pasar,
y el ciervo irlandés de enormes ramas
dirigía las señales del tránsito;
libélulas gigantescas de la edad del carbono
estremecían la ruta del silencio;
el *Empire* de millones de años,
trágicamente bello y chorreando pantanos
levantaba su masa a las estrellas,
y desde su pequeño iceberg extinguido
Radio City empañaba los ojos del crepúsculo.
Por los espinazos de aquellos reptiles
subían y bajaban las hormigas.
La paloma se acostaba con el monstruo
y la ropa del muerto iba en el vivo.
Como inmensos cetáceos los museos
arrojaban ancianos en la playa.
En una gran batalla disecada
está Ramsés II,
y en una ojiva triste,
San Fermín, sin cabeza.
Le di una palmadita a Segismundo
y me pinché los ojos
con la aguja doméstica del Nilo.

Los tapices de la Edad Media
copiaban las multitudes de Diego Rivera,
y la cerámica de Persia
rodaba por las mariposas de las indias de México.
El ave Rock murió hace tiempo entre los mares
asesinada por el Ave. Broadway.
El Ave. Broadway con su pico de fuego,
ala de frío y cola electrizada.
Por las axilas de *Greenwich Village*
las negras se desatan en espuma.
Un chino habla latín y África es rubia
en Nueva York, estuario y amapola.
Yo quiero paz, rocío, vino impreso,
cuando me muera dejadme en un árbol,
mas antes esta copa de mar verde y violento
quiero beber. No me preguntes nada.

(c)

OTOÑO DE WASHINGTON

He venido de lejos, Otoño, para verte.
Dorada espera, dulce reposo,
dragón mío tatuado de palomas,
he venido de lejos para verte.
No conocía tus lentos palacios,
ni tu traje de llamas,
ni tus maduraciones en el tiempo.
Y aquí me tienes besando tus muros
y recorriendo a pie tu inmensa mano.
Toco la verde lámpara del bosque,
oigo danzar los genios del olvido,
y penetro en tus venas
donde la savia se detiene
como un tren en la noche sobre un río.
Tus árboles son ángeles, Otoño.

Ángeles que en los álamos encienden
candelabros de amor y hogueras de oro;
ángeles arribando por el frío
con los mejores métodos del sueño:
respiran delicado, tejen horas,
y las hojas se caen de sus alas
como breves espadas soñolientas.

1951.

XXXIII

COPLILLA DEL DESPECHO

Soy en México habitante
y en Costa Rica también:
la patria que yo me invento
es el pueblo y nada más.

Ciudadano nunca he sido,
pero habitante, lo soy
del canto, de la mañana,
del mundo y su acontecer.

Títulos jamás ostento,
ninguna profesión sé,
mas la vida, que es historia,
me patrocina sin fin.

Acaso mañana un signo
favorezca mi elección,
y diga de dónde he sido
y por qué fui lo que soy.

XXXIV

REQUIEM

Crezca en la memoria un sol pensativo,
un canto y un pomo de excelso licor.
Comamos su estrella, bebamos su amor.
Que sea su nardo en nosotros más vivo.
No nos digan la muerte los que no saben,
dejemos a los que sufren altivez.
El llanto salga, nuestros labios alaben,
nadie extinga el incendio de nuestra prez.
Siempre tengamos lágrimas que nos laven
y alondras para el culto de algún ciprés.

XXXV

CIBELES Y DEIFILIA

Cibeles y Deifilia, como dos tamarindos,
dicen el sol, la tierna condición de las malvas.
Cibeles y Deifilia, como dos caracoles,
se llevan al oído para sentir el mar.
Una hija del cielo quiere decir Cibeles,
Deifilia la celeste corriente de los tallos.
Las rimas de sus nombres en sus nombres se oyen:
Cibeles lleva mieles, verdes hojas Deifilia,
y ambas, Cibeles y Deifilia, se encuentran
en palomas y rosas. Que palomas y rosas
Cibeles y Deifilia nos quieren recordar.

1948.

XXXVI

ADICIONES A LA PROVINCIA
(Notas de viaje)

(a)

CLARA VARONA

A Héctor González Morales.

ARRIBO de nuevo a la tierra de Acuña,
rosada e ingenua como alba de misa;
me cambia de piel, de mirar, de camisa,
y con su candor el afecto rasguña.

Polvillo de ocaso conservo en la uña,
en el rostro guardo regalo de brisa.
Saltillo me da lo que falta a la prisa:
con lira y arado su égloga empuña.

Con guija y lucero decora su broche.
Peineta se pone, y es viejo retablo.
¿Por qué, si yo soy de otro cielo en la noche

Saltillo a mi alma en su música encierra?
No sé, pero siempre que toco su tierra,
dialogo con fuentes, con fábulas hablo.

(b)

TORREÓN

EL agua no va en río,
no tiene piedras que cantar, no canta",
dije al glosar el Valle que ya es mío
por adopción y musical garganta.

"Ríos muertos se sienten", agregaba
mirando en la llanura
a Anáhuac vivo, genio de la altura,
como un dragón a los pies de la historia.

Años después, los versos, que presienten
la ratificación de la memoria,
bebieron sed en el Norte bravío,
y se encararon al monte raspado
y al esqueleto trágico del río.

Oh monte, oh cielo,
oh río entre su arena amortajado.
¿Cuándo será el consuelo?
¿Cuándo la nube, pasto del ganado?

Nadie responde, mas la tierra es fuerte:
con algodones lava sus heridas,
y entre los laberintos de la suerte,
el hombre, en su Torreón, cuida sus vidas.

Torreón, Coahuila, sequía de 1947-1952.

(c)

MONTAÑAS DE MONTERREY

HAY *que ver,*
hay que ver,
las montañas de Monterrey:
el monte es el amo
y el ojo es el rey.

Surge, quebrando cielos y horizontes
y protegiendo el sueño de los burgos,

la geológica Madre, en cuyos montes
duermen Alfonsos, canciones, demiurgos.

Yo ascendí por el sol de las arañas,
de pequeño, con mis hazañas
de aprendiz de mirar montañas.

Y vi las de Centro América,
que tienen cinco volcanes
y una sola rosa esférica
para sus manes.

Y las milenarias del Valle,
con teponaxtles en el talle
y esculturas como temblor
de siglos.

(Y montes de amor,
venusinos y musicales,
que van en tarjetas postales.)

Mas llego a Monterrey y me consagro
mirador de montañas. Aquí junto
iris y niña, y catalejo al punto
recibo el doctorado del milagro.

Nidos del sol, oh láminas del canto,
os vuelvo a ver. La tarde va prendiendo
alfileres de oro en vuestro manto,
y en mí caéis como un vitral ardiendo.

Montañas, escultoras de hombres,
maestras de la rebeldía:
hijos tenéis en la gloria del día.
Luceros vuestros brillan en sus nombres.

(d)

ROMANCILLO DE SAN LUIS

San Luis amanece
puntual y rosado,
regando su frente,
cuidando su paso.

Suelta la campana
la cita piadosa,
y a la vieja agarra
el maitín que llora.

Baña su pereza
y va a su cuidado,
el juez a la letra,
la niña a su canto.

Serafín del día,
pastor de la historia,
labrando su fina
y heráldica rosa.

San Luis en la brisa,
gallardo y dïoso,
repasa en el Carmen
su toca de oro.

Después en la sombra
que arrastra leyenda,
rumor de alameda,
perfume de novia.

Las diez... ya la luna,
como una patena,

las piedras embruja,
las cúpulas trepa.

¡Qué mágico goce
mirar cuando besa
la luna a la yedra,
San Luis a la noche!

XXXVII

CARLOS PELLICER LEE SUS POEMAS

Con tu silencio de musgo y de nardos,
y con tu voz de fogata de pinos,
ibas estremeciendo los sonidos
y decorando los rincones, Carlos.

¡Qué recodos de sombra largos, largos!
¡Qué mariposa azul la de tus ríos!
Las atenciones, persiguiendo lirios,
detrás de ti corrían como galgos.

Tu arrebatado aliento de campana
llamando a selva temblaba en las frondas
y ciclón hecho céfiro pasaba.

Yo me subí a un caobo para verte:
decías versos como echar palomas,
y era en tu sér el júbilo silvestre.

XXXVIII

LAS PALABRAS SECRETAS

Antiguos somos. Traemos
rojos abuelos, estrellas,
horóscopos diminutos.
Antiguos somos. La sangre
poblada está de billones.
Alguna vez, al oído
de las palabras secretas,
nos llega el eco profundo
del mar que en nosotros vive,
y entonces, al escucharlo,
sentimos en nuestro sér
la alta sorpresa del mundo.
¿Quién las pronunció, quién hizo
sus delirantes corazas
y el manto que ellas ondean
con la plenitud del alba?
No lo sabemos. Brotaron
del viejo país del hombre,
como brotaron antaño
los verdes monstruos, los verdes.

Musicales, luminosas,
llenas de extraña armonía,
se siente en ellas latir
el corazón de las minas.
Y no las vemos: arriban
como el navío nocturno,
caen lo mismo que el tiempo
sobre el telar de las horas,
pero se quedan sonando
con tal silencio, que el alma
no escapa ya de sus labios

y las repite en el nombre
de ángeles, bestias y dioses.

¿No has visto, hermano, no has visto
gota de luz resbalar?
¿Cómo taladra las piedras
y brilla en el animal?

Siglos y siglos y siglos,
y las palabras secretas
atraviesan el espacio
y encienden mundos aquí;
son como faros que invaden
la negra flor del abismo,
y en su corazón oímos
al universo cantar.

1941

XXXIX

SOBRE LA BIBLIA

Innumerables como las hojas del bosque
son los sueños del hombre.
No mueren bajo el tiempo,
sino que permanecen, procreando y alentando
nuevos sueños.
He rodado por el libro
de las arenas de oro,
y he comprobado esta consumación.
He ido al pozo hebreo,
donde los pueblos viejos se sentaron a descansar,
donde nombres de príncipes y siervos,
semienterrados en el polvo,

brillan bajo la luna con extraño fulgor.
El viento del desierto grabó en sus testamentos
la lengua de la tempestad;
numerosos ancianos, reunidos después de la batalla,
con fatigado deleite renovaron a su sombra
el tesoro de las arpas davídicas,
y de sus ramas, como hojas ya cumplidas,
fueron cayendo las edades, una a una,
lo mismo que los hijos de los hijos...
¡Yahveh, Yahveh, coraza y rendimiento!
Innumerables como las hojas del bosque
son los sueños del hombre.

XL

A DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS, MI PRÍNCIPE

TRESCIENTOS años, verdes lejanías,
eco del grito son, polvo del manto;
mas eres tan moderno, que da espanto
ir descubriendo lo que nos veías.

Hoy, lo mismo que ayer, tus poesías
tiemblan como luceros en el canto;
sol brillas, luna somos, y en tu llanto
apenas son riachuelos nuestros días.

Tu lengua es un escándalo diverso,
tu corazón, la gruta del lenguaje,
y pues eres del habla y su universo

gemido, risa ardiente, espada y traje,
firma otra vez, oh capitán del verso,
y lanza tu pasión al abordaje.

XLI

MÁS SOBRE DON FRANCISCO

Pues las últimas cartas de Quevedo son tristes,
guarda la hora y siente la huída de la sangre;
al señor don Francisco de Oviedo van escritas
con un tono de noble caballero vencido.

Ya le duele la habla, ya le pesa la sombra,
ya intuye —hoja caída— la invasión de la nieve,
y en el sollozo cuaja la perla de su estilo
como si en la tiniebla parpadeara un lucero.

La pluma que enseñara pasiones a las llamas,
elevación al trino, lingüística al amante,
escarba y sólo encuentra cenizas de su fuego.

Un sol declina, anochece en el vasto dominio,
y firmando un gemido más que un nombre, Quevedo
dobla el papel y apaga con su aliento a la muerte.

XLII

EN EL PRIMER CINCUENTENARIO DE *CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA*

(1905 - 1955)

A Adolfo Ortega Díaz.

Con la raíz terrena, con el celeste yodo
se escribió aquel volumen que fuera por destino,
español, americano, indígena y latino,
cuatro llamas que animan la luz de nuestro lodo.

Elegancia y congoja, fino silencio, todo
lo que abrazaba el reino de su interior andino,
fue destilando Rubén Darío en aquel vino
que cautivó a la raza e hizo triunfar su modo.

Superados han sido, para nuestra desgracia,
sus deliquios urbanos y su denuncia al Norte;
pero nadie ha podido cortar su verde acacia,

ni nadie, sobre el viento del pájaro consorte,
ha tenido su encanto, su misterio y su gracia,
ni su azul transparencia, ni su olímpico porte.

XLIII

FINAL

CENTAVOS de cavilación
han ido llenando mi hucha;
poemas breves son más densos
y no se pierden en rumor.

Vayan por el mundo a vivir,
ya que lo anhelan, estos versos;
humildes anden, pues son briznas,
y no se prendan altivez.

Pero no dan poquita cosa,
tienen su almendra y su fervor,
y estoy ufano de sus voces
como el mur de su agilidad.

Bien es cierto que los hay tercos:
luché con ellos y no pude
quitarles pegazón de ritmo.
Allá se queden en su nuez,

Otros hay que son libres, libres
como viento sobre la mar;
se les oye rumor sin cárcel,
potros tendidos a confín.

Ni unos ni otros pensaron
ser invitados por maestro,
merecer el cobijo ilustre,
felicitarse en colección.

Si malicioso preguntare
temas y nombres que leyó,
responderé sencillamente,
como obrero a fines de mes:

Debía al clásico la luz,
y al sueño letras ya vencidas:
valores son con los que pago
intereses de mi pasión.

ANTONIO MACHADO O EL DESTINO DEL ARTISTA

Por *Manuel VILLEGAS LÓPEZ*

La casa: el lago del tiempo

"Hoy" es siempre todavía".

ENTRE los ochenta monumentos importantes que el plano oficial de Segovia recomienda al viajero, figura: "Casa en que vivió D. Antonio Machado". Pero cuando queremos seguir con nuestros pasos el itinerario que marcamos con el dedo en el plano, la casa se nos pierde en un laberinto de callejuelas. Callejas retorcidas, fragmentarias, empinadas, que se dejan caer desde la cumbre de la ciudad —el Alcázar, la Catedral— hacia la hoz del río Eresma. Es verano, las diez de la mañana; las calles están desiertas, porque el español se levanta tarde. Y es difícil preguntar.

Lo hacemos en una tienda, no saben nada y nos orientan equivocadamente. Luego, a unas vecinas, que se juntan, deliberan, discuten y allí las dejamos. Un lechero nos mira atónito, moviendo negativamente la cabeza: no ha oído jamás tal nombre. Lo mismo ha sucedido a otras personas que fueron después que nosotros; la casa es poco menos que desconocida entre las gentes del barrio. Por fin pasa un muchacho estudiante, con sus libros bajo el brazo, y nos la señala sin titubear. ¡¿Esa?! No la hubiéramos descubierto nunca.

Hace un entrante en esta callejuela de Los Desamparados, entre un caserón y un convento de monjas. El convento tiene aire humilde, con su espadaña donde repica, cristalino, un cimbalillo. Pero es muy grande, cubre casi todo un lado de la calle. El entrante —tras una verja siempre abierta—, es un corral aldeano, empedrado, abandonado. Hay un carro con los varales en alto, un borrico con aguaderas, que dormita pensativo, al sol; una tinaja volcada; cachivaches, entre los que juegan chiquillos,

La casa es de dos pisos, modestísima, de menestral. Una puertecilla mal ensamblada, bajo el número 5 pintado sobre la misma pared; una ventana con reja y encima un balcón bajo donde un colchón se airea al sol. Por esta puertecilla entraba D. Antonio Machado a su casa. Pero ahora una escalera de cemento repta por la pared, porque la casa ha sido posteriormente dividida en los dos pisos. Y esta escalera es la que nos impide la entrada.

No, ya no se entra por aquí a la casa donde vivió D. Antonio Machado. Hay que bajar un poco, dar la vuelta a la esquina, descender por esta calle en aguda cuesta y preguntar en Pozuelo 2.

Es un portalón grande, resonante, fresco y desierto. Subimos una escalera crujiente, palpitante bajo los pies. Y en el piso primero encontramos un jardín, con un árbol enorme. Es que la caída del terreno hace que, ahora, estemos al nivel de la otra calle, como en las casas colgantes de Cuenca. Varias puertas de cuarterones, con aldabones... Llamamos a una, al azar. Sale una sirvienta, luego otra y las dos dudan, perplejas, ante nuestras preguntas. Por fin, tras un cambio de impresiones, deciden que quizás sea en casa de Doña Luisa, en el segundo piso. Subimos más escaleras, cada vez más estremecidas y crujientes. Dos puertas más chicas que las anteriores. Llamamos a una inútilmente; miramos por una rendija y parece un desván. Llamamos a la otra, tirando del cordón de una campanilla, que resuena lejos. Esperamos. Esperamos. Se abre la puerta quedamente y aparece una viejecita pequeña, regordeta, de aspecto humilde y artesano. Preguntamos desconcertados:

—¿Es aquí la casa de D. Antonio Machado?

—Sí. Pero no está ahora. Ha salido a comprar... La dueña quiero decir. Como tiene el hijo enfermo, ¿sabe usted?, he venido este rato.

No sabemos qué pensar. Insinuamos: si pudiéramos ver... Nos hace pasar y marchamos por un largo pasillo, donde se abren puertas y se divisan habitaciones. En una de ellas, entornada, en penumbra, se adivina al enfermo. Fuera, rebota la luz. Pasamos a un comedor. Y en aquel momento llega la dueña, una anciana ágil, espigada, de cabellos blanquísimos y porte digno. Se disculpa, nosotros también, porque aquella parece una casa particular y no un monumento nacional. Tras el comedor, cruzamos una habitación y ya estamos al final del laberinto.

Hemos llegado a la habitación donde vivió D. Antonio Machado.

Es pequeña, escasamente tres por cuatro, minúscula para los caserones de una vieja ciudad española. Un pequeño balcón, por el que se divisa el borde de la ciudad, tejados quebrados, patios, buhardillas... y detrás, la cuenca del río y el campo de Castilla, de retazos coloreados sobre pardo, y el azul vaporoso de una sierra al fondo. Asomándose, a la derecha, se alza la maravillosa, grácil, torre románica de San Esteban.

Frente a la puerta una mesita, con un espejo, y un busto en piedra del poeta, por Emiliano Barral. Junto al balcón, a la derecha un palanganero blanco, con su jofaina enlozada, su jarro y su cubo. Un espejito brumoso y una repisa, a guisa de tocador. La cama está al otro lado, con los pies hacia el balcón, una cama de hierro negro y perinolas doradas y torcidas, cubierta con una colcha blanca. Una mesita de noche antigua, bajo una tulipa de vidrio, un sillón, una percha... Delante del balconcito una mesa camilla, pequeña, con un tapeta a rayas que guarda un brasero. En torno tres sillas de rejilla, curvadas, un cesto de alambre para papeles y una estufa de petróleo de esas de mecha, negra y redonda. En la pared un retrato posterior a su muerte, de 1952, firmado por Unturbe. Y un cuadrito, también póstumo con estas estrofas suyas:

Blanca hospedería
celda del viajero
con la sombra mía.

Y nada más. Está conforme la dejó. Salvo que ahora todo está limpio y ordenado, y cuando la habitaba D. Antonio todo estaba cubierto de papeles, libros y periódicos, en formidable desorden, crónico e incurable.

Porque esta anciana pulcra, de ojos vivaces en un rostro cansado, es doña Luisa Torrego, la dueña misma de esta pensión, donde vivió el poeta durante trece años. Donde vivió el profesor de francés del Instituto de Segunda Enseñanza, siguiendo su lento ascenso de escalafón.

Fueron cinco o seis huéspedes, casi todos empleados. Machado pagaba nueve pesetas diarias; entonces bastante, aclara doña Luisa con un obligado comentario doméstico a lo que era la vida antes y ahora. La habitación anterior a la de D. Antonio Machado —por la que hemos pasado— la ocupaba un empleado

del Catastro —veintidós años en el empleo— y por ella tenía que pasar también el poeta, para entrar y salir de la suya. Y antes aún, también de paso, está el comedor, bajo de techo, limpio y modesto. Un aparador con loza, un reloj en la pared, litografías de colores. Una mesa larga con sillas en torno. En esta se sentaba siempre D. Antonio, de frente a la puerta de entrada, y de espaldas a otra puerta de otra alcoba donde dormía otro huésped. Pensión provinciana, humilde y familiar.

Tocamos el tapete de la mesita camilla, donde Machado escribía horas y horas, frente al espacio transparente, sin fondo, recuadrado por el balcón. "Ya conocéis mi torpe aliño indumentario". Fumaba, dejaba caer la ceniza sobre todas las cosas, el brasero se apagaba sin que lo notase y la habitación se quedaba helada en el gélido invierno segoviano, una de las temperaturas más bajas de España. La habitación era tan fría —da al Norte, la zona sin sol— que el poeta aseguraba, zumbón, que muchos días tenía que abrir la ventana al campo nevado, para que la habitación se caldease un poco. La estufa, comprada en los últimos años, fue una de sus ingratas tareas; desmañado, nunca la pudo encender, sino para llenar la habitación del humo pestilente del petróleo, y tener que abrir el balcón.

Allí el poeta sabe
el laborar eterno
mirar de las doradas
abejas de los sueños.

Aquí vivió el hombre, desde fines de 1919 a 1932; desde los cuarenta y cuatro hasta los cincuenta y seis años. Dato fundamental para el poeta: es la madurez y el renunciamiento. También el gran triunfo literario mundial; aquí ingresa en la Academia, por ejemplo.

Pero, esencialmente, esta habitación es otra cosa. Aquí nació Abel Martín, aquí nació Juan de Mairena, aquí Guiomar, el último amor indescifrable del poeta... Aquí hizo su teatro; esa vuelta de todo hombre hacia los ensueños irrealizados de su juventud; aquellos intentos de actor, de autor... Aquí el poeta se hizo pensador y filósofo, escéptico, irónico, humorista... Aquí Antonio Machado fue un genio. Aquí vivió, casi exclusivamente, el poeta.

Por eso, aquí, en esta habitación humilde de pensión provinciana, lo que tocamos en esta mesa de tapete rayado, en

esta cama ascética de estudiante pobre, todo lo que vemos en torno nuestro es el tiempo. Aguda emoción del tiempo, tremenda idea del tiempo, que juega su paradoja capital.

La presencia de esta doña Luisa lo torna todo humano, vivo y actual. Parece que estamos esperando a D. Antonio, que vuelve ahora del Instituto. Pero no, no. Al escribir este recuerdo, hace veinte años que Antonio Machado murió en el éxodo y está enterrado en el exilio. Aquí no rige el tiempo aquél, que esta habitación y sus sencillas cosas representan en el espacio, como lugar; ni el tiempo de esta doña Luisa, con sus setenta años largos y sus recuerdos fervorosos, el tiempo del espectador; ni el tiempo nuestro, de hoy, el retrospectivo de peregrinos solitarios del poeta. "Juan de Mairena se llama a sí mismo *el poeta del tiempo*", escribió y subrayó Machado. Aquí sólo existe y se siente vivo el tiempo del poeta, sin fechas; sin lugares, sino el universo del poeta. El tiempo hecho cristal de eternidad. El que lo contiene todo.

El que lo explica todo: su vida, su obra, su genio, su muerte... Por eso, porque aquí vive el tiempo del poeta, esta es, más que ninguna, la casa de Antonio Machado.[1]

Segovia: el mundo interior.

Sentía los cuatro vientos en la
encrucijada de su pensamiento.

Todos los días, Antonio Machado, profesor de francés, marchaba al Instituto y a su ingrata tarea. Salía de la inanidad descolorida de esta pensión provinciana, y emprendía un camino maravilloso. Ahora, nosotros vamos por él. Cruzaba este rincón casi aldeano —por el que ya no se entra— bajaba un trozo de la calle de los Desamparados, y atravesaba una encrucijada de callejas. Allí, se asoma por la esquina, la iglesia de San Esteban, del siglo XIII, con su torre alta, esbelta, aurítmica, una de las más bellas del mundo, verdadero ensueño del románico. Subía por la calle de los Escuderos, larga y estrecha: casas fuertes, almenadas; palacios con escudos de piedra sobre

[1] ¿Por qué los admiradores del poeta en todo el mundo, no ayudan —de mil modos— a esta "Casa de Antonio Machado" y a su Fundación? A esta anciana Da. Luisa Torrego, que ha cedido estas habitaciones como monumento, y las cuida con mirada fervorosa? Pozuelo 2, Segovia.

el dintel; portalones hondos, empedrados, a cuyo fondo se divisa, mágico, un patio de airosas columnas góticas, con balconadas de madera en torno; a través de uno de estos patios, sobre los tejados pardos y maltrechos, aparece la torre dorada de la catedral. Tiendecillas menudas y oscuras alternan con los caserones: alguna de comestibles, de barroco escaparate; alguna carbonería, de negro fondo y olor a teas; alguna panadería, fragante y caliente... Y por un arco, casi un pasadizo bajo el edificio herreriano del Ayuntamiento, salía a los soportales de la Plaza Mayor.

A la derecha está la catedral, gótica y renacentista, clara, dorada, labrada en árboles de piedra, con cúpulas perfectas y una torre muy alta y airosa. Catedral alegre y gentil, catedral femenina. Cruzaba esta plaza con árboles y se metía por la calle Real, la principal de Segovia —como su nombre lo dice—, ondulante y empinada. Bulle de gentes, de transeuntes y paseantes y de los que vienen a estos comercios provincianos, tan animados y vistosos. Pasaba ante otra estupenda iglesia del siglo XII, la de San Martín; aquí el ensueño románico es el claustro, de finas columnas en parejas y capiteles muy labrados; desde este claustro de siete siglos, como en un balcón, se puede asomar uno a la calle bulliciosa.

Plazoletas trepadoras, con bellas casas y palacios. Formidables edificios extraños, como este de muros lisos, herméticos, escasas ventanas sordas, con rejas fuertes y espesas: fue la cárcel de la ciudad. O esta casa fuerte, de fachada berroqueña, toda labrada en puntas de diamante, con tremendo gesto agresivo: la Casa de los Picos, de los condes de Fuensalida, que defendía aquí una puerta de la muralla. Ahora, en vez de muralla y puerta, hay un repecho con parapeto de piedra, La Canaleja, desde donde se divisa un panorama profundo de campos lejanos, montañas que siempre tienen otra detrás, y debajo, a nuestros pies, el cauce del río Clamores y un montón de casitas humildes, los antiguos barrios artesanos de la ciudad antigua. Cafés, restaurantes típicos, gentes ociosas dan color y vida a este rincón aéreo. Machado se detenía aquí un momento, a descansar de su paso bamboleante, a mirar Castilla...

Y la calle tuerce y emprende su última bajada, en rápida pendiente. Y de pronto, enfrente, aparece el acueducto romano.

Aparece como un milagro, cada vez que se le ve. Porque dos mil años de gracia, de elegancia, de la belleza más sencilla

—que fue y es utilitaria— están ahí, cada vez más viva, más cercana al hombre de todos los tiempos. Este es el núcleo de Segovia. A su pie la Plaza del Azoguejo, sigue siendo el corazón de la ciudad, siempre llena de tránsito, de gentes de los pueblos vecinos, que colma estos cafés enormes, de pequeños mesones típicos con sus muestras de cochinillos asados en la puerta... Y a través del acueducto, el campo de Castilla, las montañas que se esfuman, lejanas...

Don Antonio cruzaba esta plaza bulliciosa y subía a lo largo del acueducto, por esta cuesta del Angelete, con anchos tramos de escalera, empedrados y puntiagudos. Hasta su Instituto situado en lo alto, donde la ciudad comienza a hacerse arrabal. Aún le esperaban las escaleras del edificio y, por último, las de "la puñetera tarima", donde estaba su mesa de catedrático. Pocos hombres, en el monótono ir y venir a su trabajo diario, pueden hacer un itinerario más extraordinario, donde la maravilla asalta desde todas partes y con tales sugestiones. Sugestiones de piedra y de hombres, de antes y de hoy.

Los paseos de Machado por las cercanías de la ciudad eran igualmente prodigiosos. Descendía desde su casa, hacia el otro lado, hasta las orillas del Eresma. Unas veces pegado a la ciudad, por el camino de Santa Lucía. Otras, al otro lado del río, por la Alameda. Siempre en dirección a la Fuencisla, hacia el Alcázar. Desde aquí, este castillo palacio, en la proa de la ciudad, se torna increíble. Y a la caída de la tarde, el largo crepúsculo castellano —luces rojas, cárdenas, azules, violetas— lo transforman de pronto en pura fantasmagoria. Como la luna a la Alhambra, desde el Albaicín. Es un castillo de magia, y todo cesa de existir en torno suyo, de tener corporeidad, de ser verdad. Todo realismo queda abolido.

Y el crepúsculo segoviano se llena de silencio y de rumores: el agua, los árboles, los sapos del río, los animales en los campos, los hombres por los caminos perdidos... Al lado la iglesia de los Templarios, de un románico primitivo, es decir templo y fortaleza. La iglesia, poligonal, pequeña como una hermita, y la torre alta y prismática, lisa, adosada hoy y antes, separada por completo del resto del edificio. Pura línea audaz, en el campo que se pierde en la sombra.

Segovia es una de las ciudades de más completa belleza y más clara definición: Segovia o la gracia. El acueducto lo manda así, desde hace veinte siglos, y la ha hecho así. Segovia es la ciudad más bella para vivir un poeta. Y sin embargo, Machado

apenas vivió en Segovia. Soria, Úbeda, están en sus versos. Segovia no, a través de trece años de estar en ella. De convivir con esta ciudad, que atrae con una sugestión femenina.

Es que Segovia constituye para Machado el final de un largo camino: La meta que todo artista tiene que alcanzar, lo sepa o no, lo quiera o no: el mundo interior. En la vida de Antonio Machado, Segovia representa la conquista del mundo interior.

Adolescencia, juventud: la búsqueda del mundo real y externo, para encontrarse a sí mismo. Angustia de esta paradoja vital. Conquistar el mundo es sentirse dueño de sí, "hacerse una personalidad". Fines de siglo, década del 90. Bohemia de Madrid: Fornos, colmaos y cafés flamencos con Manuel, el hermano siempre andaluz. Primeros escritos. El gran sueño de la época, el ensueño del teatro: actor meritorio con Díaz de Mendoza. Bohemia de París: aquellas traducciones de Garnier, de las que vivieron todos; Rubén Darío, Oscar Wilde; asunto Dreyfus en la barricada de la historia... Y encuentra su faceta del mundo: esta bohemia que lo señalará para toda la vida.

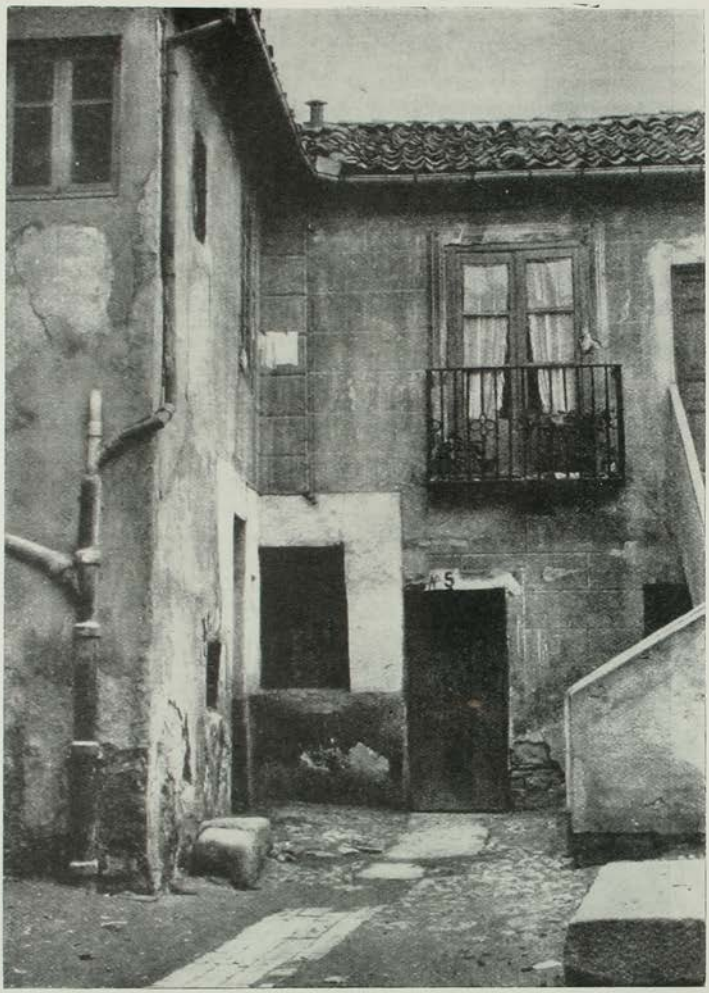
Comienzos de siglo: la vida literaria y la batalla del modernismo. Cuando aún se podía hacer la revista sin dinero: *Electra,* la *Revista Ibérica, Helios*... Primeras colaboraciones y primer libro: *Soledades* (1902). Aún tiene ocupaciones inesperadas: canciller del Consulado de Guatemala, en París, que le proporciona Gómez Carrillo. Estas idas a París no serán la conquista de la gran ciudad, del vasto mundo soñado, sino de un puesto modesto y seguro en la vida: una cátedra de francés en Soria.

Soria en 1907. Antonio Machado descubre su mundo; no el de todos, sino el suyo propio, el elegido. Elegir es la primera manera de crear el mundo que se quiere habitar. "Yo tuve patria por donde corre el Duero". "Oh, tierra ingrata y fuerte, tierra mía". Como Azorín el levantino, como Unamuno el vasco, Machado el andaluz elige Castilla. Y una cumbre de Castilla, que tanto como meseta es montañas.

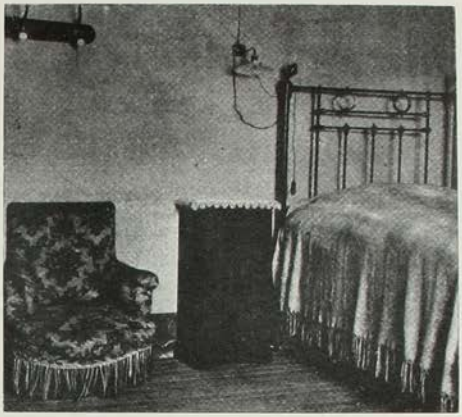
> Castilla varonil, adusta tierra,
> Castilla del desdén contra la suerte,
> Castilla del dolor y de la guerra,
> tierra inmortal, Castilla de la muerte!

Todo lo que ha elegido está ahí, con prodigiosa premonición: su vida, su alma, su obra, su destino, su muerte... Todo.

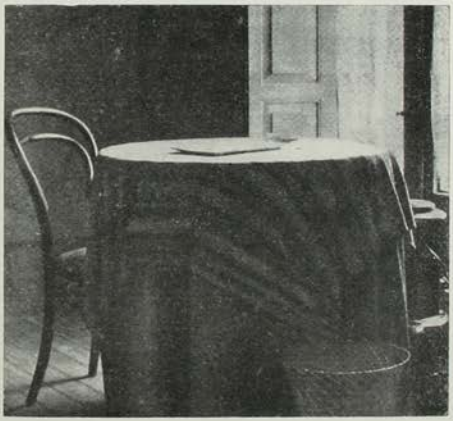
Segovia, y la casa de Antonio Machado (la flecha), entre la catedral y la torre románica de San Esteban.



Por esta puertecilla, en el número 5 de la calle de los Desamparados, entraba Machado en su casa humilde de menestral. Hoy se entra por el revés, en la calle de Pozuelo 2.



La cama de hierro, negra y dorada. Viejas camas eternas, donde nacen y mueren generaciones... La de Unamuno, en Salamanca, es semejante.



La mesa donde trabajaba el poeta. Detrás, la estufa de petróleo, que nunca pudo encender con tino.

Itinerario de Machado, por Segovia. Al salir de la casa, la torre románica de San Esteban.

Claustro de la iglesia de San Martín, balcón sin igual sobre la calle Real.

En la calle Real, la casa fuerte de los Picos, y al fondo la Canaleja, sobre el río Clamores.

La Plaza del Azoguejo, corazón de Segovia, bajo la sobre aérea del acueducto romano.

Por la cuesta del Angelete, subía Machado diariamente, hasta su cátedra.

El paseo a lo largo del Eresma, con el mágico Alcázar en lo alto.

Por el momento son paisajes, quizás los más hermosos paisajes que se han escrito en la literatura española. Y el amor. Y la muerte, más dura y sec[illegible] más horrible, porque la preside el amor. Su muerte, la que él elige, la que él hace. Porque la muerte no es nada, sino morirse.

> Ay, lo que la muerte ha roto
> era un hilo entre los dos.

Por eso, desde ahora, todo esto —estos paisajes, este amor, esta muerte— todo será recuerdo. La vida como recuerdo. Así emprende Antonio Machado su marcha hacia su mundo interior.

Siete años de Baeza, en la provincia de Jaén, la Castilla de Andalucía. Pero esta posible doble patria apenas es otra cosa que el recuerdo de Soria. En el mundo, la primera gran guerra. El tiempo va hacia adentro, hacia *su* tiempo. Allí las grandes excursiones andariegas, allí las cotidianas e inacabables tertulias provincianas de rebotica. Allí cumple cuarenta años como pudo cumplir cuarenta mil. Allí descubre, re-descubre, la filosofía como módulo personal, y la oficializa con la carrera y la Licenciatura... Y sus paisajes dejan de tener geografía, para hacerse geometría. Dimensiones puras del mundo y de la existencia. El esquema, el dominio de todas las cosas. Por sus limpios trazados comienza a asomar lo formidable.

> El ojo que ves no es
> ojo porque tu lo veas;
> es ojo porque te ve.

La llegada a Segovia es la llegada a sí mismo, a su mundo interior. Es esa fecha en que el artista —voraz de totalidad— comienza a comprender que la vida no se puede apenas vivir y el mundo no se puede apenas dominar. Pero que todo se puede representar, que es volverlo a crear. Que es sentirse divino, y como divino sentirse solo.

Solo en el puro mundo del poeta, larga y penosamente creado con su vida y con su obra. Un mundo sin lugar ni geografía, que corresponde a ese tiempo del poeta, sin fechas ni caducidad. Todo lo que le rodea, y él mismo, pierde su significado como contingencia y lo cobra como esencia. Y el universo en esencias, en la obra se hace signo. Su poesía se torna

capital, apenas sin verso; muchas veces concepto de poesía, ya en prosa. El desdén por la forma, la suprema simplificación. Y a su poesía sin verso corresponde su filosofía sin trascendencia, remachada de escepticismo, dicha con un humor a veces esperpéntico.

Es decir, pura ecuación de vida y arte capaz de resolverlo todo, cuando vuelve a convertirse en la realidad de donde partió. Porque desde aquí partió Antonio Machado hacia la más tremenda realidad, de la vida y de la historia.

El poeta: el camino del desprecio.

También yo paso, viejo y tristón.
Dentro del pecho llevo un león.

El último gran bohemio español fue Alejandro Sawa. Talento, altivez sin límites con los poderosos; improvisaciones geniales, en la vida y en la literatura; estupenda figura de árabe legendario, con melenas y barba a lo Daudet; amigo de grandes literatos de la época, Verlaine y Darío; vida libérrima y estrafalaria... Todo contribuyó a hacer de Sawa una figura sugestiva y admirable. La generación del 98, cuando empezaba, le conoció aún y le admiró mucho, mucho más de lo que después se ha dicho.

Porque Sawa fue un gran fracasado, quizás el máximo fracasado de la literatura moderna española, por relación a su talento. Murió alcoholizado y loco, en la total miseria; sólo con la ayuda de su mujer, Mme. Jeanne Poirier, una de las mujeres más inteligentes y admirables que he conocido; ya muy anciana, vive hoy en Francia.

El desastre vital y artístico de este gran monarca de la bohemia, significaba el de toda una corte de menor cuantía. Era, en realidad, algo mucho más general y definitivo: el fin de la gran bohemia, como clase heroica del arte. Pío Baroja ha pintado estos grupos de últimos bohemios, sobre todo en *Silvestre Paradox,* y su hermano Ricardo ha recogido sus verdaderas figuras en una serie de artículos y luego en un libro, *La generación del 98.*

Esta generación del 98 se formó en aquel ambiente de última bohemia, y hubiera querido mantenerla. En sus primeros años lo intentaron casi todos. Pero no pudieron sostenerse en aquellas desesperadas posiciones, ya suicidas. El que más per-

maneció en tal línea de combate, libertaria, altiva, pobre, fue el gran don Ramón del Valle Inclán, con su figura y su vida de "extravagante ciudadano". Los demás fueron buscándose acomodos semi-burgueses, "metiéndose a algo", para poder vivir y poder escribir. Sin renunciar, por otra parte, a una cierta bohemia mínima, cuya máxima expresión consistía en la ociosidad digna del artista, necesaria para la inspiración y el arte. Toda una doctrina, que viene del siglo XIX y su gran bohemia íntegra.

Antonio Machado —tras sus intentos de bohemio de París— se "metió" a catedrático de francés en un Instituto de Segunda Enseñanza; como su hermano Manuel se hizo archivero. Es toda una época rica en anécdotas y datos, que Miguel Pérez Ferrero ha recogido en su biografía —*Vida de Antonio Machado y Manuel*— directamente, con exactitud, jerarquía y, sobre todo, con el fervor y la admiración necesarias en esta empresa: ponerse ante la vida y la obra de un genio. Pero aquello era un simple refugio, desde donde practicar la última bohemia posible, con el último desdén posible hacia la vida material, en beneficio de su arte.

Machado no se enteraba de lo que enseñaba, no se enteraba de lo que pasaba, no se enteraba de lo que comía, no se enteraba de cómo vestía o le daba igual todo. Resulta realmente sorprendente, por eso, aquel cuello de pajarita y pechera almidonada, anacrónico empaque en un hombre tan descuidado como Machado. Siempre me he preguntado si aquel cuello de pajarita era de poeta bohemio o de profesor provinciano, si representaba su libertad de artista o su ineludible y mínimo acomodo burgués. De cualquier modo, era una diversificación indumentaria digna de la bohemia.

El último reducto de libertad para esta bohemia epigonal fue el café, como para la plena bohemia anterior constituyó su permanente domicilio, personal y artístico. Con la generación que se extingue o dispersa en la última guerra —la de España, la mundial— se extingue también el café, la "peña de café", la gran tertulia perenne, donde siempre se encontraba a alguno manteniendo el fuego sagrado de la ociosidad, fecundante o estéril, pero la sagrada ociosidad. Las nuevas generaciones —ya totalmente burguesas—, atacadas de prisa y de industrialismo, no pueden permitirse el lujo de tiempo del café; han cambiado la ociosidad artística por el confort doméstico.

Antonio Machado fue un hombre de café, de interminable charla de café; con las incomodidades y ascetismo de sus pensiones provincianas pagaba sus incontables horas de café, de ociosidad. Las excursiones de Úbeda y luego las paseatas por los alrededores de Segovia, debían pertenecer al sector del profesor provinciano. Pero el café pertenecía al poeta y al frustrado bohemio. En Segovia tuvo su sede en el "Café de la Unión", en esta calle Real. Casi un sotabanco, con sus divanes de peluche rojo, su indefinible ruido de voces y dominós, su espesa nube de humo de tabaco y sus espejos también nubosos que ensanchaban las paredes. Es decir, ese empíreo nebuloso e irreal que debía ser todo café clásico, con atracción literaria. Después, se trasladó al "Café Juan Bravo", en la plaza Mayor, grande y provinciano.

Allí había artistas de categoría, profesores del Instituto, maestros, militares, algún cura, algunos poetas jóvenes, algún tipógrafo que hacía versos y revistas... Esas revistas conmovedoras que se llaman *Manantial*... La típica "peña" provinciana, donde se habla de todo: de arte, del último noviazgo de la señorita con el cadete, de la sempiterna oposición entre militares y paisanos, la continua pugna de los profesores, la anécdota pintoresca del alumno cerril... Y sobre todo, donde se habla en broma. La broma, esa gran pasión del español, que es la última manifestación del senequismo, del estoicismo, del desinterés por todas las cosas; virtud y plaga nacional. Es decir, la tertulia provinciana con todo su aire de ociosidad, holganza y desinterés: matar las horas, los días, los años, los siglos de la ciudad secular.

Los sábados, Machado cogía el tren y se iba a Madrid. Un tren donde también se iban unas cuantas profesoras y que por eso Machado llamaba con guasa "el tren de las Euménides", no se sabe si por feas o por furias. Siempre en tercera clase —otra costumbre de la generación: Baroja o Solana o...— y en el último vagón, el más renqueante y saltador, pero desde el que se veía el paisaje fragante y cristalino de la Sierra de Guadarrama, por el que cruza. Machado lo llamaba "el balcón de los paisajistas".

Y en Madrid la peña de café, otra vez, con su hermano Manuel, sobre todo. En el "Café Español", en la calle de Carlos III, esquina a Vergara, frente al Teatro Real. Antiguo café de cantantes de ópera, completamente clásico, con un pianista ciego o cuartetos que arrancaban los aplausos de la clientela

de melómanos. Desapareció por entonces. También el "Café Europeo", en la glorieta de Bilbao, el café de la generación del 98, el de Silvestre Paradox. También desaparecido, devorado por un Banco —como todos— y sólo quedó un fragmento sobre los Bulevares, que acaba de cerrar. Luego, al café Varela, uno de los pocos antiguos cafés que restan en Madrid, en la calle de Preciados: los divanes, los ventanales a dos calles, los rincones, el techo y las paredes decoradas, retratos y autógrafos, camareros ancianos, con ademán de mayordomos, que siempre ayudan a ponerse el gabán y conversan largamente con los clientes... Todo un mundo extinguido, de calma y cortesía, persiste aquí. Ha sido el último refugio de la bohemia literaria madrileña, y aún lo intenta ser, a temporadas: recitales de poetas espontáneos, bajo el título de "Versos de medianoche".

Estos viejos cafés literarios —de Madrid o de las provincias— fueron para el escritor el empíreo de las musas y la encrucijada de la vida. De todos modos, un refugio, la representación de la tan decantada y vilipendiada "torre de marfil".

Y pocos hombres dieron mayor sensación de "estar en las nubes", y pocos poetas la impresión de lejanía y ausencia de todas las cosas, como Antonio Machado. Que es, a la vez, la más alta y plena expresión del misterio del poeta, del artista en general, del intelectual en su mayor amplitud. El secreto camino de la inteligencia en busca de su destino: el suyo, no el de otro. Del artista, no el de los demás. "La planta que crece y florece realiza su idea", decía Hegel. La idea del poeta, a través de su vida y de su obra, tiene un misterioso, extraño, inextrincable, indescifrable camino. Largo, duro, doloroso, pero ineludible. Podría llamarse el camino del desprecio.

Desprecio a todas las cosas impuras de contingencia. Desprecio al dinero y al poder, a la comodidad y al halago, a lo bueno y a lo malo, a la virtud y al vicio, a las pasiones, a los hombres, al mundo entero... Desprecio a todo. El artista solo, con su tiempo y su mundo, los creados por él, a su imagen y semejanza. El artista sobre todas las cosas. Que es estar con todas las cosas, con todos los hombres, con el más amplio y estremecido y entrañable mundo. Porque en su marcha hacia el mundo interior y su tiempo eterno, en la marcha hacia sí mismo, el artista acaba de encontrarlo todo en sí. Su gran definición.

Los veinte años de entreguerras han sido la etapa de las definiciones: "Hay que definirse" era la consigna. Todo el mundo se definía, tomaba posiciones. Muchos, muchísimos, se

han pasado la vida definiéndose, a veces de todas maneras y en todos los campos. Muchos no han hecho otra obra que definirse, firmar manifiestos, gritar su convencimiento y conminar a los demás a hacerlo. Y el poeta estaba solo en sus nubes, las nubes sin tiempo y sin lugar, las eternas y cambiantes, las caminantes sobre el mundo. Las nubes, las nubes... Sí. El artista estaba en las nubes.

Estaba consigo mismo, ya al final del largo, áspero y encendido camino del desprecio. Estaba, más que nadie, con todo y con todos. Estaba más que nadie con los hombres de cada día, de cada hora, y con el mundo real, más vivo y acuciante. Tan vivo y fuerte lo sentía en sí —el mundo, los hombres— que cuando ese mundo estalla en pedazos —la guerra española, la guerra mundial— el poeta no tiene más remedio que tomarlo en sus manos, estrecharlo contra su pecho y morir con él. Morir por él. El mundo era suyo porque lo había creado él. Aquel hombre tímido, desaliñado, modesto, retraído, silencioso, lejano, pobre, irónico, escéptico, oscuro profesor sin vocación, poeta que escribía en provincias, lejos, siempre lejos... Lo mismo en el olvido que en la fama: lejos. ¡Qué sorpresa cuando resultó que estaba más cerca que nadie de su mundo y de su tiempo! Y con una sonrisa:

Sin embargo...
Ah, sin embargo,
importa avivar los remos,
dijo el caracol al galgo.

Por eso, nadie como Antonio Machado puede representar, en su cúspide más clara y más dramática —es decir más honesta—, el misterio y el destino del escritor, del artista. La libertad para vivir, para crear, para morir... Ese camino que sólo conoce el gran artista insobornable, que sólo el artista sabe seguir y lo sigue hasta el fin. A su modo, como cree que debe hacerlo.

Nunca traces tu frontera,
ni cuides de tu perfil;
eso es cosa de fuera.

Sentados en esta plaza del Azoguejo, bullente y abigarrada, dejamos caer la tarde. El acueducto romano, contra el cielo,

cambia continuamente, con las variaciones de la luz: dorado, anaranjado, gris, azul, violeta... El crepúsculo lo va tornando cada vez más aéreo, más sutil... Hasta que se esfuma en la noche, entre las estrellas... Y frente a él, tan eterno y vivo, pensamos, pensamos en el destino del artista.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA LITERATURA POLACA CONTEMPORÁNEA

Por *Andrzej KIJOWSKI*

EN 1939 cayó la Polonia "versallesca". Se repite la historia de la esclavitud: arrestos en masa, ejecuciones, deportaciones, la lucha subterránea, el exilio y la insurrección. Esa repetición de la historia ha sido señalada de modo muy expresivo por Ksawery Pruszyński, excelente prosista que, durante la guerra, se hallaba en el exilio. De igual manera puso de manifiesto el renacimiento de la poesía romántica en la conciencia polaca; como por ejemplo, cuando los soldados polacos que combatían en Normandía, en las corporaciones blindadas de los aliados, para forzar defensas alemanas, leen *Los libros de la nación y del peregrinaje polaco* de Adam Mickiewicz, sin saber por quién y cuándo han sido escritas esas palabras que, tan perfectamente, corresponden a su destino y a la situación de su patria, en los años de 1939 a 1944.

Al mismo tiempo, en Polonia, la poesía vuelve a su gran tradición romántica, desenvolviéndose clandestinamente en condiciones muy difíciles. La vida literaria subterránea era muy intensa. Existía un gran número de revistas literarias, que se imprimían en mimeógrafo o en imprentas de mano y que se difundían con grandes peligros; también se editaban libros, cuyos impresores y distribuidores eran, casi siempre, los mismos literatos. En estas circunstancias, aparece la nueva generación de escritores, sobre todo de poetas. La agitada vida de ocupación, cuando cada uno de ellos dividía su tiempo entre la organización militar, la universidad clandestina y el trabajo por el diario sustento; cuando cada uno de ellos, diariamente se exponía a morir y se arriesgaba de una manera que es incomprensible en condiciones de una existencia normal; era una vida insólita, que constituía una formidable escuela de caracteres y de ingenios. Es así somo surgen varios famosos talentos, entre los que hay que mencionar, ante todo, a Krzysztof Kamil Baczyński,

muerto en la rebelión de Varsovia en 1944. De nuevo, como años antes, era una poesía de grandes sentimientos patéticos; una poesía de lucha, a veces de tonos místicos que sublima los sentidos, hasta los más remotos límites de la conciencia. Era, por último, una poesía que engarzaba directamente los arquetipos del estilo romántico, sobre todo el de Slowacki.

Después de la liberación del país, en 1945, hubo un período en que se efectúa un gran resurgimiento literario. Éste consistía, por una parte, en la publicación de todo lo creado durante la ocupación y en la expresión de las ricas experiencias de la guerra y, por otra, iniciaba una intensa campaña de crítica por la renovación del sentido y la forma de las bellas letras nacionales.

En la literatura que se formó bajo la influencia de las experiencias de la ocupación, dominaba una cuestión fundamental: ¿qué debe hacer el escritor humanista, en un mundo en el cual hay campos de muerte?; ¿qué debe decir a la humanidad al ser testigo de un exterminio en masa, de incinerados vivos, de la fabricación de jabón con grasa humana? ¡Fueron hombres los que presenciaron ese destino de otros hombres! Este grito, lleno de terror, apareció, como epígrafe en el libro de la famosa escritora polaca Zofía Nalkowska (muerta en 1954), bajo el título de "Los medallones". Esa escritora, cuya mayor parte de su creación está comprendida en la 3a. y 4a. décadas, tenía fama, en la literatura polaca, de ser la más ilustre autora de obras con temas psicológicos. La metamorfosis de Zofía Nalkowska en el curso de la guerra, es típica y simbólica, al mismo tiempo: *Los medallones* es un libro completamente desprovisto de psicología, que hasta entonces era el campo principal de la autora; es una colección de lacónicos apuntes, escritos durante la encuesta de los crímenes de los hitleristas. Zofía Nalkowska, participó en los trabajos de la comisión investigadora sobre la existencia de fábricas de jabón con grasa humana. Este es un libro de un mudo terror, que señala, sobre todo, la indiferencia, la insensibilidad de aquellos que, directa o indirectamente, tomaron parte en estos crímenes monstruosos.

Este mismo tono de impotencia y pavor se oyó en los versos de uno de los más grandes poetas polacos, Czeslaw Milosz. En su libro *Salvación* (1945), no obstante el título optimista, están impresas las amargas invectivas hacia la cultura y la filosofía de todo el orden europeo, que resultó no ser otra cosa que un sistema de insensibilidad moral. Con un vigor particu-

lar, el poeta señala aquel trágico momento, en la historia de Varsovia, de la masacre del "ghetto" judío, en la Pascua de 1943, donde, en el centro de la ciudad, perecieron doscientas mil personas que vivían su vida cotidiana.

Los campos de muerte y la tragedia de los judíos polacos, son los dos temas principales de la literatura nacional de aquellos años. El primero, tuvo su más vibrante manifestación en los cuentos del joven prosista, prematuramente muerto (en 1951), Tadeusz Borowski. En su libro de cuentos intitulado *Adiós a María* (editado en 1948) y que era apenas el debut de este escritor, se dio a conocer por su tono provocativo. El autor se personifica en el narrador cínico, quien se presenta, a sí mismo,o como un hombre ya forjado por los sistemas de los campos de la muerte. Ya es capaz de golpear al más débil, de saciar su hambre delante de otro que muere de inanición; de jugar a la pelota en los muros de los hornos crematorios. Pero ese frío cinismo del narrador, señala, con fuerza inigualable, el verdadero sentido de esos campos de la muerte: el envilecimiento y la desaparición de las fronteras entre el verdugo y su víctima.

La tragedia de los judíos halló su expresión en las obras de Adolf Rudnicki. Este escritor, israelita, logró evitar la suerte de sus correligionarios, encerrados en el "ghetto", muertos o quemados. En sus narraciones se entreteje el sentimiento obsesivo de la traición. Los vivos traicionaron a los muertos. Igualmente está latente la cuestión judía en Polonia: el problema de la joven generación de los israelitas progresistas, a la cual perteneció Adolf Rudnicki, era salir del "ghetto" y asimilarse. Este punto es tradicional en la literatura polaca y lo señala, de modo excepcionalmente expresivo, Julian Stryjkowski, en su famosa novela *Voces en las tinieblas*. Fue escrita inmediatamente después de la guerra, pero se editó apenas en 1956. Su acción se desenvuelve antes de la guerra, en una reducida población israelita, y muestra la lucha de los jóvenes judíos en contra de la presión de los mitos fatalistas. Sin embargo, durante la ocupación, este problema adquiere otro sentido: aquellos que salieron del "ghetto" y, gracias a la asimilación, lograron evitar su muerte, viven el problema de la traición. De ahí que las narraciones de Adolf Rudnicki, posean ese tono tan profundamente trágico.

Pero, para la generación más joven de escritores, para aquellos que vivieron el tiempo de la ocupación conspirando o en los bosques como guerrilleros, su principal tema era lo que

se dio en llamar "el contagio de la muerte". El matar se había vuelto una profesión, el amor sólo un asunto biológico; la patria, por la cual se luchaba, se había vuelto un mito grotesco. Al contrario de la generación inmediatamente anterior, la que no había alcanzado las experiencias de la guerra, los poetas y prosistas como Krzysztof Kamil Baczyñski, que escribieron sobre ella, después de que había terminado, expresando en sus obras su sarcasmo y su amargura. El que más destacadamente representa a esta generación, es el poeta Tadeusz Rózewicz.

El fenómeno más característico en la literatura polaca, inmediata a la terminación de la guerra, es la expresión de lo grotesco y absurdo, en la poesía y en la prosa. Favorecía esta atmósfera, la ruptura con los elevados mitos de la ocupación, así como el desarrollo de la poesía muy sugestiva y de gran colorido, de Konstanty Ildefons Galczyñski (muerto en 1954).

En las revistas literarias se efectuaba, simultáneamente una campaña por una literatura nueva. El papel principal de este movimiento, estaba a cargo de la revista semanal "Kuznica" ("La Fragua"), editada en Lodz, y que agrupaba a los escritores marxistas. Es menester observar que, durante la ocupación en Polonia, una gran cantidad de intelectuales se pasaron a la izquierda. Este hecho se hace patente en la formación de un grupo de ofensiva, alrededor del semanario de Lodz. Su programa era amplio: comprendía la lucha por una literatura, cuyo objetivo fuese el conocimiento de la exactitud de la historia. El postulado esencial de "La Fragua", era el desenvolvimiento de la novela al tipo de Balzac. La lucha seguía adelante, en una literatura de propósitos políticos, que cumplía funciones didácticas y de agitación. "La Fragua", gustosamente enfocaba también su atención, en las tradiciones de la pasada época del "renacimiento cultural". El punto de partida para "La Fragua" eran los conocimientos adquiridos durante la ocupación hitleriana, que demostraron la nulidad de la novela psicológica y de la poesía esteticista. Dentro del programa literario de "La Fragua", se constituyen en guías, las obras poéticas de Mieczyslaw Jastrum y las de Adam Wazyk. El primero de estos poetas abandona el post-simbolismo, su poesía de antes de la guerra, que había surgido, fundamentalmente, bajo el encanto de E. M. Rilke. En cuanto al segundo, había pasado por la escuela del futurismo y del surrealismo. La producción posterior a la gue-

rra de estos dos poetas, constituía una componenda con el mundo del "ensueño y la realidad"; lo mismo en ensayos teóricos, que en su obra poética, estos escritos abogaban por el retorno al verso tradicional y a la función moral de la poesía. El programa de "La Fragua", en el terreno de la novela, se manifiesta del modo más completo en las obras de Kazimierz Brandys, el que, en una serie titulada "Entre las dos guerras", traza la ruta ideológica de la intelectualidad polaca. Pronto se adhiere a "La Fragua" el eminente escritor católico Jerzy Andrzejewski, quien, en su novela "La ceniza y el diamante" muestra la tragedia de la joven generación de intelectuales que, en el momento de la llegada al poder, del partido comunista en Polonia, se encuentra en un callejón sin salida, de conspiraciones y de crimen.

Era el año de 1949. El régimen socialista en el país, se fortalece; aumentan las filas del partido comunista y el marxismo gana cada vez más adeptos. Simultáneamente, empiezan a efectuarse cambios inconvenientes, ligados a la complicada situación internacional y al acrecentamiento del llamado "culto de la personalidad". Esos cambios repercuten gravemente en la vida literaria. Se empieza a interpretar falsamente la actuación directriz del partido comunista en la cultura. Los factores políticos comenzaron a influir, por medios administrativos, en el proceso de la formación de una literatura socialista. Por medio de un sistema de premios y de anticipos, se empezaron a favorecer los "cambios ideológicos", así como las obras exentas de crítica, sobre las transformaciones económicas y políticas en Polonia. Siguió un período, de algunos años, de descenso literario. No duró mucho. Casi simultáneamente, con la divulgación de la "novela de producción", y de la poesía agitadora, como ejemplar modelo literario, comienza a trazarse, en la prosa, una ruta a las tendencias a observar la realidad de modo más crítico y, dentro de la poesía, se defendía el derecho del llamado "lirismo personal". Un momento muy importante fue en 1954, cuando aparecieron las narraciones de la conocida escritora María Dabrowska, en las que supo hacer justicia a las grandes transformaciones sociales que se llevaron a cabo en Polonia, después de la reforma agraria y de la nacionalización de la industria, a la vez que señalar las manifestaciones amenazantes, que despiertan penosa inquietud por el estado psíquico y moral de la comunidad. La autora mostró, pues, el caos dentro de la moral y las costumbres; la incomprensión que existe entre la au-

toridad y el pueblo y, sobre todo, el temor en el que viven, hasta quienes más se aprovechan de estos cambios. Al mismo tiempo, la escritora, que en su rica producción siempre se unía a la tradición del positivismo (María Dabrowska es autora de una gran serie de novelas intitulada "Noches y días", que se publicó antes de la guerra y que logró una de las más distinguidas posiciones en la literatura de entre las dos guerras del siglo veinte), señala la necesidad de un trabajo constructivo en cualquier terreno; del trabajo, sobre todas las cosas.

Poco tiempo después, en 1955, se publicó el aplaudido "Poema para Adultos" de Adam Wazyk; una obra poética de estilo periodístico, en la cual, el autor, en forma clara y brutal, demuestra el aceleramiento artificial de los procesos sociales, tanto en la esfera económica como en la de la conciencia.

Desde entonces, se inicia una nueva etapa en la literatura contemporánea polaca; influye sobre la índole de este período, principalmente, la situación general política del país. En 1956, como es sabido, se efectúa una modificación esencial en la vida del pueblo polaco. La opinión pública tomó la palabra y condenó acremente, los errores y las faltas del período anterior. Expresaron su criterio hombres que estaban alejados del régimen pasado y, que no pocas veces, habían sido encarcelados bajo falsas acusaciones. Llegó a tomar la palabra la nueva generación de intelectuales, ya educada en las nuevas escuelas y universidades.

El renacimiento político se hizo sentir, fundamentalmente, en los terrenos ideológico y cultural. Desapareció la presión administrativa sobre los autores, los científicos y los educadores. Declinaron los falsos dogmas que trababan el pensamiento y la imaginación. Se eliminó el aislamiento de la vida cultural del país y se inició un intenso y amplio intercambio cultural.

En la literatura nacional, de los últimos años, reina una situación bastante compleja. Aún es demasiado temprano para poder sintetizarla. Solamente se pueden distinguir algunos fenómenos que puedan dar una imagen de la literatura contemporánea polaca.

El más sobresaliente de esos fenómenos es la literatura de revisión ideológica a la experiencia de los años pasados. Los escritores que tienen tras de sí la guerra y la ocupación hitlerista, el período de las grandes esperanzas e ilusiones de la postguerra y después la época de las desilusiones y amarguras, al igual que los de la generación de antes y después de la con-

tienda, tienden, en la actualidad, a formular síntesis y grandes generalizaciones. De donde puede observarse, más bien, un alejamiento de las formas tradicionales, en las bellas letras, hacia los ensayos, las parábolas y la sátira, así como novelas y dramas históricos, pero situados en la época contemporánea. Después de su obra de alegorías grotescas "El zorro de oro", editada en 1955, Jerzy Andrzejewski, publicó, en 1957, su novela intitulada "Las tinieblas cubren la tierra", cuya acción se desarrolla en España. El héroe es un joven monje que, de enemigo de la inquisición, se convierte en su partidario más ardiente. El escritor trata, en esta obra, de las leyes generales de la psicología del poder y de la ideología. La novela está dirigida en contra de los sistemas del poder apoyados en la ideología. El escritor Kazimierz Brandys publicó una obra, con el título *Madre de Reyes*. Es una narración sobre una familia obrera, cuyo destino es el reflejo sintético de la vida de la clase trabajadora polaca, con su división en miembros pasivos, la "aristocracia" creada por la falsa propaganda y la nueva generación que, no obstante las facilidades y privilegios de que goza, se debate en el cinismo y en la carencia de ideología. El protagonista de la novela es un joven comunista, que permanece fiel a la causa, aún en la prisión, en donde se le provoca a hacer falsas declaraciones. La obra es un excelente cuadro de las perversiones a que llegó el ambiente de los líderes políticos profesionales, en el período pasado. Actualmente Kazimierz Brandys escribe ensayos en forma epistolar.

Entre los escritores más jóvenes, destaca el talentoso filósofo Leszek Kolakowski quien, en forma semijocosa de parábolas bíblicas, examina las características variables o permanentes de la historia, del poder y de la religión. En forma de cuentos cortos y aforísticos, escribió Víctor Woroszylski, conocido poeta del período pasado. Reina entre ellos cierto tono de amargura y de relativismo moral.

Semejantes fenómenos tienen lugar, también, en la poesía. En las obras de los grandes poetas polacos, Mieczyslaw Jastrun y Adam Wazyk, se plantean las cuestiones básicas sobre el sentido de la historia, la apreciación moral de la revolución y el valor y la función del arte. Es menester subrayar, al mismo tiempo, que la poesía polaca sufrió, en los últimos años, grandes pérdidas: en 1954 murió el prominente poeta Julián Tuwim, así como el fascinante, hasta en las últimas líneas de sus versos, el

aún joven poeta, Konstanty Ildefons Galczyñski. En 1957 muere el decano de la poesía polaca, Leopold Staff, activo hasta el fin de su vida, desarrollando y perfeccionando siempre su arte.

Mientras los poetas y los prosistas suman sus experiencias ideológicas de las dos últimas décadas, surge en la escena una nueva generación literaria. En 1956 aparece un libro de cuentos de Marek Hlasko, institulado *El primer paso en las nubes*. Este escritor personifica todos los defectos y las cualidades de la más joven generación literaria. Es brutal y lírico, al mismo tiempo. Le son ajenos los problemas generales ideológicos y filosóficos. Es sensual y ávido en la descripción de la realidad exterior. El amor es, para él, pseudónimo de la verdad, la justicia y la felicidad. Es por esto, que los cuentos de Hlasko están saturados de un erotismo violento y desesperado. Se nota en este escritor, una marcada influencia de la literatura norteamericana, sobre todo de la de Hemingway. Siguen a Hlasko numerosos imitadores, aunque menos talentosos. Se puede decir de él, que ha impuesto su estilo a su generación de literatos.

Un acontecimiento paralelo en la poesía, es el dominio de un grotesco tipo surrealista. Aquí se presentan dos eminentes personalidades poéticas: Miron Bialoszewski y Jerzy Harasymowicz. El primero se liga en alto grado a la vanguardia poética de la época de entre las dos guerras, cuyo típico continuador, hasta hoy día, es el famoso poeta Julián Przybos. Al segundo, se le puede considerar como heredero de Galczyñski. Harasymswicz cultiva la poesía del mundo infantil, del ensueño.

Desde luego, cuando se trata de los escritores polacos más jóvenes, es necesario recordar, que son autores a los que falta mucho para los 30 años de edad. Lo que significa que tienen mucho por delante.

En cada época y en cada literatura existen escritores que, independientemente de los cambios caprichosos de la moda literaria y de los choques ideológicos, siguen con su creación por la línea ya trazada. Tienen su propia problemática, más o menos de acuerdo con lo contemporáneo, pero que poseen una dialéctica y una génesis propias. Entre estos escritores está, por ejemplo, Jaroslaw Iwaszkiewicz, quien publicó últimamente dos tomos de su novela *Fama y Gloria*. Empezó esta obra antes de la última conflagración y en ella engloba toda la época de entre las dos guerras. Es un amplio panorama de las costumbres, gustos e ideas de fines del siglo diecinueve. Señala el nacimiento

de la nueva época, diferente y amenazadora. Esta obra es la suma de la rica creación de este distinguido poeta novelista, quien ha dado pruebas de lo cerca que está de los problemas más recientes en su novela *El vuelo*. En ella presenta a un muchacho, que bien puede ser un héroe de Hlasko. El mismo cinismo y la misma sensibilidad; la misma obsesión y la misma sensualidad pero, todo esto visto desde una más amplia perspectiva moral y psicológica. En este relato se efectúa el encuentro de dos generaciones de escritores. La más joven y la más vieja. El contacto se realiza a nombre de la más grande preocupación, por el destino y la conciencia de la juventud polaca. Es ella la que ahora paga el precio de las tempestades históricas; ella es la verdadera víctima de los hechos pretéritos.

Siglo y medio de historia de la literatura polaca muestra una constante lucha que ha creado en las letras nacionales valores inapreciables: amor a la libertad, sentido de la justicia y la preocupación de estar siempre al lado de los intereses vitales del pueblo.

TEORÍA Y PROCESO DE LA ANTOLOGÍA

Por *Estuardo NÚÑEZ*

La *antología* (de *anthos,* flor y *legein,* leer: flor de leer) tuvo, como compilación de epigramas, su origen más remoto en un volumen de Meleagro, poeta griego del siglo II a. J.C., muerto en el año 60. Muy poco hicieron los romanos después. En España, durante la Edad Media y el Renacimiento, fueron usuales algunos libros de aproximada confección titulados *Cancioneros, Florilegios, Romanceros, Flores*tas, o simplemente *Flores.* Pero estas publicaciones que adoptaron la forma antológica no mostraron una estructura rigurosa de auténticas antologías. Tampoco lucieron un definido carácter de tales los *Ramilletes, Parnasos* y *Misceláneas* que fueron brotes del Renacimiento en los fastos de la Edad de Oro española y aún en los de la literatura colonial hispanoamericana, en los que domina simpre el carácter recopilativo sobre el selectivo. Semejante circunstancia excluyente se da durante la época colonial americana, respecto de las colecciones de elocuencia, pompas, certámenes y fiestas, en que se compilaba fragmentos o composiciones de los rimadores coloniales universitarios con ocasión de algún acontecimiento grato o luctuoso.

Flor de leer, flor romántica

Considerada la antología literaria como una "colección seleccionada" de breves composiciones o de fragmentos literarios, su verdadero auge es marcado por la iniciación del Romanticismo a comienzos del siglo XIX. Las recopilaciones anteriores no tuvieron ese carácter riguroso de "colección seleccionada" o sea la compilación sujeta a una criteriología determinada y específica. Todas las formas y títulos antes utilizados constituyen los antecedentes de la *antología* en su sentido moderno, cuya estructura definitiva se moldea con caracteres definidos a partir

del Romanticismo, entendido éste como verdadero movimiento integral de la cultura y no como mera escuela literaria. El impulso cultural romántico perfeccionó y dio existencia definitiva a diversas formas del virtuosismo literario, siendo dos de ellas fundamentales la antología y la traducción. Uno de los ideales románticos típicos fue sin duda la difusión de la cultura en todas sus formas, con la meta democrática de alcanzar la resonancia popular y no simplemente aristocrática de la cultura. Promovió en tal sentido un movimiento de universalización (en lo vertical y en lo horizontal) de las letras, para vencer las barreras del tiempo y del espacio. Los medios más eficaces para ese objetivo se señalaron en la antología y en la traducción, en afán laudable de difundir la obra literaria, venciendo el obstáculo del difícil acceso a los libros o de las diferencias idiomáticas. Las traducciones literarias y las antologías se definen como formas preclaras de ese virtuosismo que también se manifiesta en el surgimiento de las historias literarias, que pretenden llevar de modo organizado el caudal de las esencias de lo producido al gran público lector. Desde fines del siglo XVIII y sobre todo en el XIX, el historiador de la literatura, el traductor y el antólogo se configuran como verdaderos especializados y no simplemente como diletantes o ingeniosos artesanos de academias.

Si dentro de medios de gran tradición literaria el traductor y el antólogo empezaron a tener un significativo cometido, en el ámbito hispanoamericano la tarea asumió caracteres más trascendentes. Menéndez y Pelayo da cima a una ingente obra en este campo lleno de sugestiones brillantes, sobre todo tratándose de los nuevos países emancipados de España. Sobre todo las antologías resultan de excepcional importancia en los países americanos donde todavía eran escasas o reducidas las ediciones de libros literarios o donde la producción se dispersaba en periódicos.

Carácter y formas de la antología

No todos los libros que se titulan "antologías" lucen las cualidades propias de una obra de esta naturaleza, ya que aunque supongan en su ser el elemento "compilación", no siempre responden a un criterio de "selección". Otros libros que no se titulan tales constituyen muchas veces verdaderas antologías sumersas en páginas de otra apariencia, pero aún carentes de

membrete lo son siempre si encierran un criterio selectivo determinado y un método adecuado. El material antológico requiere por tanto, una rigurosa clasificación de acuerdo con circunstancias diversas que hayan prevalecido en el criterio selectivo, a saber, el tema, la época, el género, la escuela o tendencia, la región o localidad, sin que pueda excluirse la posibilidad de que algunas antologías participen de dos o más de estos criterios selectivos.

En países de reciente evolución cultural, sin mayores posibilidades editoriales, existe obra literaria valiosísima que permanece absolutamente inédita o que, sin poder llegar a volcarse en libro, se publica dispersamente en periódicos efímeros o de escasa circulación. Para ese material literario que pasaría a la situación de incógnito, la antología cumple un papel difusor de singular importancia dentro del proceso cultural. Otras veces la antología cumple misión distinta, esto es, la de separar la hojarasca de los tallos, la fronda de la esencia, y asume la tarea de escoger y seleccionar las páginas más significativas de autores o grupos, salvándolas del olvido o el desconocimiento, haciendo posible que el público tenga acceso a lo esencial de una nutrida producción.

La antología auténtica supone siempre y ante todo, un enfocamiento crítico sobre una determinada producción literaria, a veces poco explícito. Esto quiere decir que el antólogo debe poseer un criterio de estimación definido, pues toda obra de esta jaez, como acertadamente dice Alfonso Reyes, "es ya de suyo, el resultado de un concepto sobre una historia literaria". Ese criterio persistente a través de toda la compilación, determina su unidad, lograda gracias a la integración de elementos dispares como son la selección, el ordenamiento clasificador y un agudo sentido de cálculo de categorías, consustanciales todos con una empresa cultural de esta índole. Esa conjunción de elementos se presta mucho a que sea dominante la subjetividad del criterio y muy difícil el logro de una absoluta objetividad. Casi parece imposible eliminar el elemento personal o subjetivo en el criterio antológico, al punto que cualquier obra de esta naturaleza ha sufrido siempre el ataque despiadado de la crítica. Por eso alguien ha dicho, con verdad, que todos los autores literarios pueden aspirar al elogio, menos el antólogo que sólo puede aspirar, cuando más a escapar a los reproches. A pesar de todo irreprochables fueron en parte, en los últimos tiempos, famosas antologías técnicas como las de Gerardo Die-

go, Dámaso Alonso y Federico de Onís,[1] para el ámbito español e hispanoamericano, respectivamente, lo que hace pensar que poco a poco nos vamos acercando en esta época a la antología ideal, a la que podamos gracias a su objetividad, relativa al menos, reconocer el acierto.

Esencia moderna de la antología

Las antologías responden a una doble inclinación del espíritu humano: de la inteligencia, por la ordenación de los valores, y de la sensibilidad estética por la selección de lo bello. En cada antología se armoniza así una necesidad de poner orden dentro de la producción literaria, sobre la base de recoger o compilar esa producción, con la de escoger o seleccionar el material recogido. Según se desprende de esto, no toda recopilación de fragmentos literarios constituye "antología", puesto que al concepto y realidad de "compilación" debe ir unida la idea de "selección".

La teoría y la historia literaria tienen a las antologías como elementos o instrumentos de investigación imprescindible por cuanto señalan las fluctuaciones del gusto literario, constituyen el síntoma de las tendencias latentes o declaradas y permiten esclarecer el derrotero de la sensibilidad literaria de cada época.

Tenemos así que lamentar la ausencia de verdaderas antologías antes del siglo XIX, que es cuando la antología verdaderamente surge en su auténtica faz y cuando llega a su esplendente floración. La verdadera antología es un brote exquisito del Romanticismo, tan rico en ésta como en tantas otras manifestaciones del espíritu.

Las antologías —al igual que las traducciones, las revistas y los periódicos literarios— juegan un papel importantísimo en el estudio del proceso de la literatura ya que su criterio selectivo encierra, en los casos más significativos, una suerte de exposición de caracteres individuales o tendenciales, el fluctuante devenir de la predilección literaria y, además, la visión presentista o "porvenirista", por decirlo así, de determinadas agrupaciones, generaciones o individuos más o menos dirigentes del proceso intelectual y cultural.

[1] Gerardo Diego, *Poesía española contemporánea*, Madrid, 1932 y 1934; Dámaso Alonso, *Poesía de la Edad Media* (antología), Buenos Aires, Ed. Losada, S.A., 1942, 588 p.; Federico de Onís, *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (Madrid, 1934).

América en el proceso

A través de las antologías del siglo XIX pudimos tener las primeras visiones panorámicas de la producción intelectual del Nuevo Mundo. Al mismo tiempo surgieron los traductores que transplantaron en el idioma nacional las producciones de las literaturas europeas francesa, inglesa, alemana o italiana. Más tarde todavía emergen los historiadores nacionales o continentales de la literatura americana, que lentamente adquiere autonomía, contorno propio y prestancia original.

Antes del siglo XIX, y dentro del período colonial de la América del Sur, tuvimos algunas formas precursoras en las recopilaciones de un solo autor o de varios que se insertan en *El Marañón* de Diego de Aguilar (1578), en el *Arauco Domado* de Pedro de Oña (1596), en la *Miscelánea Austral* de Diego de Ávalos (1602), en el *Parnaso Antártico* de Diego Mexía (1608) o en la colección de trabajos de la Academia del virrey de Castell dos Rius (1709-1710) publicada con el título *Flor de Academias* y tal vez en otras compilaciones perdidas.

En el otro sector del continente, en México, fue algo así como una antología precursora el libro titulado *Triunfo Partenico*, editado por Carlos de Sigüenza y Góngora, erudito y poeta de estirpe, preclaro representativo del barroco mexicano y publicado en México en 1683. Constituye la compilación de las composiciones participantes y premiadas en un torneo universitario para defender y aplaudir la Inmaculada Concepción de la Virgen María, "libre de la original culpa en su concepción gloriosa". La Universidad de México distribuyó prebendas a los 50 poetas o versificadores participantes y así resultó el volumen compilatorio una suma de la inquietud literaria de un sector decisivo de la producción barroca y erudita. No llega a tener, sin embargo, el corte amplio, la eclosión de escuela o corriente, las anotaciones bio-bibliográficas ni la intención literaria o cultural de las antologías modernas, ni menos su independencia de criterio o concepción intelectual. Un definido concepto la ampara: el de que la literatura es actividad ancilar de la preocupación teológica, dependiente y subordinada a otra función del espíritu ajena al arte o la cultura autónoma.

Todas esas expresiones coloniales fueron antologías "larvadas", sin estricta estructura de tales, carentes cuando menos de criterio selectivo dentro de un material de mayor volumen.

Palma y Corpancho, antólogos americanos

EJEMPLIFICANDO sobre el Perú, aunque el fenómeno es similar en toda América y Europa, las antologías cabales sólo comienzan a darse en el siglo XIX, y por lo que se refiere a esta zona geográfica, dentro de la segunda mitad de dicho siglo.

Coincidiendo con el fervor de los jóvenes poetas románticos, son éstos quienes primero acometen las empresas antológicas. Cronológicamente el primer antólogo del Perú sería un conspicuo poeta y narrador, creador de la especie "tradición" que se imita en todo el continente: Ricardo Palma. A comienzos de 1853 aparece su *Corona patriótica* (Lima, Imp. del Mensajero, 1853) que es compilación por el tema o sea exaltación de las glorias nacionales, muy vivas a raíz de la independencia.

Lo siguen, en Lima, Manuel Nicolás Corpancho y el español Fernando Velarde con su *Lira patriótica del Perú* (Colección escogida de poesías nacionales desde antes de la proclamación de la independencia hasta el día, Lima, Imp. de D. Fernando Velarde, por J.M. Ureta, 1853) de la misma índole y que contó con la protección del Estado. Corpancho, a su vez, al poco tiempo da cima a una empresa de envergadura continental, con sus *Flores del Nuevo Mundo* (México, Imp. de Vicente García Torres, 1863, 383 p. más 4 de índice) que edita en México, donde desempeñaba el cargo de Ministro del Perú y en que le cupo una destacada actuación en apoyo a los liberales contra la invasión francesa. En una emulación constructiva, Palma insiste en un proyecto de semejante contorno continental, desde Chile, donde estuvo desterrado. Allí empezó a recopilar el material que más tarde editará en París con el título *Lira Americana* (Antología de poetas contemporáneos románticos de Perú, Chile y Bolivia, París, Librería de Rosa y Bouret, 1865, con segunda edición en 1873). En esa fraternal competencia, Palma y Corpancho volcaron sus inquietudes románticas que perseguían la fraternidad literaria dentro de la familia romántica americana, como no se había intentado nunca antes y como poco se perseguiría después. Esa correspondencia y comunicación en un ideal común es precisamente uno de los rasgos más singulares del romanticismo americano.

El cuadro peruano de la bibliografía antológica peruana da por esa época estos datos complementarios: *El parnaso peruano*, por José Toribio Polo (Lima, Imp. La Época, 1862), *Mixtura para el bello sexo* (repertorio de canciones y yaravíes

cantables antiguos y modernos) por M. Gómez Sánchez (Arequipa, 1865; *Parnaso peruano* por José Domingo Cortés (chileno) (Valparaíso, 1871); *La perla poética* (Arequipa, 1873); *La lira arequipeña*, por Manuel Trinidad Fernández (Arequipa, Imp. de M. Pío Chaves, 1889, 647 p.); *Lira arequipeña* por Manuel Rafael Valdivia (publicada en *El Hogar* de Arequipa que dirigía Renato Morales, junio, 1890).

Pero ninguno de estos intentos, ni aun el de Palma (que sólo se limitó a las repúblicas meridionales fronterizas con el Perú en su *Lira americana*), tuvo la amplitud de criterio americanista que las *Flores del Nuevo Mundo* de Corpancho. Esa obra se subtitulaba: "Tesoro del parnaso americano. Compilación de poesías líricas de autores del presente siglo (XIX) precedida de un discurso preliminar *Sobre la poesía lírica en América latina*". De ella sólo tenemos el tomo primero. Inconcluso por aciagas circunstancias de persecución y muerte prematura, mal distribuida y peor conocida, esta antología tan importante y reveladora, ha sido sólo descubierta casi en nuestros días por las publicaciones de la diligente bibliógrafa y culta escritora doña Emilia Romero de Valle. Corpancho a más de compilar y seleccionar perseguía un claro objetivo americanista en momentos cruciales para México y para la consolidación de la independencia americana, amenazada por nuevos intentos europeos de conquista o de reconquista. Es significativo que en este empeño se hermanen los pueblos y los hombres de letras de Perú y de México, a través de Corpancho, quien perseguía al igual que el argentino Juan María Gutiérrez, consolidar la conciencia intelectual del continente, la validez de su empeño autonomista y la afirmación del sentimiento terrígena, en medio de su impulso hacia la difusión de los nuevos valores románticos del continente, el cual se hace patente no sólo a través de la antología misma sino principalmente en el prólogo que versa sobre el proceso de la poesía lírica en América, que es tal vez el primer intento de realizar una historia literaria americana aplicada al fenómeno contemporáneo. En este aspecto precisamente la obra de Corpancho aventaja a la empresa de Gutiérrez, que sólo más tarde se empeña en realizar estudios monográficos sobre las letras de América.

Consideraciones sobre la producción antológica americana

Podemos apreciar, juzgado en conjunto, a) que la producción antológica peruana en el siglo XIX, se circunscribe a la segunda mitad del siglo, b) que no se limita al ámbito peruano y que abarca en varias de ellas y, además, c) el conjunto de la producción poética de otros países americanos, que no sólo se limita a los poetas de la capital (Lima) sino que la inquietud es igualmente intensa en Arequipa, principal ciudad del sur y centro de notable actividad literaria y d) que no aparece ninguna antología de escritos en prosa.

Si bien la producción de antologías no es abundante y se limita sólo a la segunda mitad del siglo, en cambio la producción de traducciones literarias es notablemente abundante y comprende todo el siglo. Se dieron cita en este cometido de trabajar versiones de los grandes creadores clásicos y románticos europeos y aún norteamericanos, los mejores talentos y las vocaciones más auténticas en el culto de la literatura. Ahora bien, si miramos ambos aspectos en el presente siglo XX, anotaremos en el Perú y en muchos otros países americanos un fenómeno inverso. Mientras el interés por las traducciones, salvo excepciones muy notables y calificadas, ha decrecido notablemente en lo que se refiere a la poesía y no es comparable ni en calidad ni en volumen con el haber de versiones en el siglo XIX, en cambio la producción de antologías ha sido muy considerable e incrementado en este lapso. En cuanto al Perú concierne, podemos calcular en cerca de una centena el número de antologías publicadas desde 1900 a la fecha (1959).

La acción antológica de Ricardo Palma y de Manuel Nicolás Corpancho en el ámbito continental, sólo fue precedida por un esfuerzo laudable y serio, el de la *América Poética* del gran crítico argentino Juan María Gutiérrez, aparecida en Valparaíso, en 1846. Un eco débil podría encontrarse en *El Parnaso granadino* de José Ortiz (Bogotá, 1848). Sólo algo después de las primeras antologías de Palma y de Corpancho se publican obras antológicas de envergadura ambiciosa como *El Parnaso mexicano* de José Joaquín Pesado (México, 1855) y otra *América poética* del cubano Rafael María Mendive (La Habana, 1854-1856, 2 volúmenes). Estos esfuerzos, y sobre el trabajo de Juan María Gutiérrez adquieren singular importancia en el proceso cultural de Hispanoamérica por cuanto persi-

guen afirmar la autonomía espiritual de los nuevos pueblos de este continente y demuestran un espíritu unitario y fraternal entre las *élites* intelectuales de los países del hemisferio occidental, sobre todo entre los que reconocen un origen y una tradición comunes, no obstante la existencia de fronteras. En su momento, la obra de Gutiérrez tiene la primacía en este intento de solidaridad intelectual americanista y fue trabajada con plena conciencia del propósito que perseguía, lo que indica la superposición de un punto de vista ideológico y cultural de vasto alcance sobre la mera compilación o colección. En esta misma línea de conspicuo empeño americanista se inspiran las *Flores del Nuevo Mundo* de Corpancho, que quedó inconcluso y que trabajó en México el autor, durante su breve estada en 1862-1863. Doce años después, el erudito chileno José Domingo Cortés reproduciría la tentativa con sus *Prosistas Americanos de Norte y Sur América* (París, Tip. Lahure, 1875) doblemente significativa por incluir dentro del ámbito espacial de la antología a los escritores norteamericanos al lado de los hispanoamericanos (Bancroft, Ticknor, Franklin, Washington Irving, Prescott y John Q. Adams) y por haber realizado la primera compilación en prosa de esta índole. Hasta ese momento sólo se habían intentado antologías en verso, o cuando más mezclándose con los versos algunos fragmentos en prosa. Así aparece casi un decenio más tarde la *América literaria* de Francisco Lagomaggiore (Buenos Aires, 1883 y 1890-91, en 2 volúmenes).

Sólo a fines del siglo la Real Academia Española acoge la inquietud de estos pueblos pertenecientes al grupo hispánico, y en que se daban obras de trascendente importancia, y con el infatigable aliento y aplicación de Marcelino Menéndez y Pelayo se publican los 4 volúmenes de la monumental *Antología de poetas hispano-americanos* (Madrid, 1893-95) de cuyos prólogos había de surgir a poco la primera historia literaria comprensiva de todo el fenómeno literario americano en lengua castellana. En esa memorable obra habría de mostrar Menéndez y Pelayo al par que su erudición vasta y extraordinaria, su técnica cuidada en la presentación de fragmentos y de autores, selección cuidadosa y de buen gusto con finas observaciones y nutridos datos, aunque con limitaciones explicables en un primer intento hecho a la distancia. Hasta 1934 no se da otro caso de rigurosa ordenación de valores y de selección prudente y responsable. Ese año aparece una obra fundamental en estos aspectos: la *Antología de la Poesía española e hispanoamerica-*

na de Federico de Onís (Madrid, 1934) que aparece bajo el patrocinio del Centro de Estudios Históricos dirigido por Ramón Menéndez Pidal.

Hacia la antología integral y técnica

Al aliento americanista de trasfondo político, inspirado en la defensa de la autonomía continental que reflejan algunas antologías del siglo XIX, se ha de oponer en el siglo actual un ideal de perfección técnica. Se observa en los últimos decenios una aspiración a las antologías integrales nacionales y también americanas de poesía y también de prosa. Al empirismo dominante en el siglo anterior, o a la intención política sigue ahora la intención técnica de reflejar un momento o una época de la evolución cultural en sus tónicas dominantes, en sus esfuerzos significativos y esenciales.

Para ello no es ya solamente requerido el esfuerzo individual sino el organizado trabajo en equipo. El trabajo colectivo contribuye a mermar el ingrediente subjetivo en cada antología, o lo que es lo mismo, a eliminar la debilidad sustancial de que han adolecido estos intentos hasta hace poco. El equipo garantiza, con la confrontación de criterios personales y la subordinación a un orden de ideas preestablecido, acordado entre los integrantes del grupo-autor, que no han de prevalecer las preferencias personales ni las razones sentimentales en la selección de nombres y de textos. El criterio se hace más independiente de esos factores imponderables que determinan las acciones de los hombres aislados, y se ha de ganar, naturalmente, en objetividad y sereno juzgamiento de valores. Además, el equipo se conforma por especialistas que tanto son eruditos como hombres de sensibilidad o que aportan diversas perspectivas conjugables.

La última experiencia de este carácter vendría a ser la *Antología General de la Poesía Peruana* (Lima, Librería Internacional del Perú, S.A., 1957, 932 p.) confeccionada por Alejandro Romualdo y Sebastián Salazar Bondy. Esta obra sustantiva y meritoria recoge y realiza un acuerdo que, a nuestra iniciativa, tomó en 1951 el Primer Congreso Internacional de Peruanistas. El acuerdo perseguía propiciar la confección de la Antología General de la poesía peruana "por un equipo de especialistas, de acuerdo con un plan técnico preestablecido" y que con

el mismo método se elabore, asimismo, otra antología de la prosa peruana de obras de carácter creativo. Realización semejante cabría ser viable en los demás países hispanoamericanos que aún no han producido una obra de este carácter y a su vez esos esfuerzos nacionales podrían servir de base para la elaboración de una gran antología general de los países hispanoamericanos, que fuera la suma de las antologías parciales y al mismo tiempo su seleción final.

La antología antes citada podría complementarse con otra que, poco antes, en 1956, había comprendido la visión seleccionada de la prosa peruana, en forma integral, y que publicó Alberto Escobar *(La narración en el Perú*, Lima, Ed. Letras Peruanas, Talleres Gráficos de la Editorial Ausonia, 1956, xxv-310 p.). Esta antología, a diferencia de otras de su índole que sólo han comprendido cuentistas, presenta el cuadro de toda la prosa narrativa a lo largo de todo el proceso literario peruano, desde los mitos indígenas primitivos, leyendas y tradiciones, relatos de hechos hasta el cuento literario y el fragmento en prosa de otros géneros narrativos. Este cuadro es completo e integra muestras de la narrativa peruana provenientes de sus obras y autores más representativos y se ha complementado así con él la visión antológica de las bellas letras del Perú. De tal manera a través de esas dos antologías fundamentales de la poesía y de la prosa pueden estudiarse ya las constantes y características del proceso literario peruano, en sus diferentes esquemas críticos. Constituyen ellas dos aportes importantes para el conocimiento cabal y sintético de un sector de la literatura americana, que debiera también complementarse, con obras semejantes, en o para otros sectores del continente.

SUEÑO DE VERANO EN EL PARNASO*

Por *Agustín YAÑEZ*

Nueve

—ESCÓGEME —dijeron cada una de las nueve—: a mí, a mí, a mí...

Perplejo, no acierta si es la primera vez —curiosidad, azoro—, la primera escapada, en Barcelona, o alguna de las reincidencias —fastidio, juego, solidaridad amistosa—, en Roma, en París, en Madrid, en la estancia o al paso de ciudades pequeñas, complacencia de viajero, capricho de residente, aventura contra rutina, con igual desenlace, siempre, de rutina sin aventura, en todas partes, aun las más exóticas o las más reservadas, no acierta si es otro el caso, si es el crónico caso de ilusiones pasajeras al recorrer, con la mirada, con ansia y esperanza, la concurrencia de un tren, de un espectáculo, de la sala de clases, e imaginar voces, insinuaciones, relaciones, amistades, intimidades, frustráneas el ansia y la esperanza; no acierta si es —antes y después, perpetua, encarnizada, incorporal, ubicua— la fragmentación de la Voz que le habla en rumbos distintos, hacia sendas diversas:

—Por allá. Por aquí...

—A mí, a mí, a mí...

O el juego que vio jugar, que nunca jugó: un látigo escondido, y los gritos:

—Frío, caliente, tibio, ardiente, frío, helado...

Y aquel otro, en ronda, cantando:

—¿Qué quiere usted?...

—Escójala usted...

O el de la víbora, víbora de la mar... una niña ¿quién será?... la de adelante o la de atrás.

—Yo. A mí.

En todos los casos, aun con la experiencia de que se mar-

---

* Capítulo de *La Sinfonía Erótica*, novela de próxima publicación en la serie *Letras Mexicanas*, del Fondo de Cultura Económica.

chan enfadadas por la espera, prefiere contemplar, comparar, intuir sin prisa, para escoger con toda libertad. Es el previo, verdadero placer del comprador ante los escaparates, y más cuando por semejantes o diametralmente distintos, los objetos hacen oscilar el fiel nervioso de la voluntad, o cuando su decisión es trascendente o costosa o irreversible o presumiblemente duradera o de difícil cambio, de difícil renuncia. Verbigracia: el destino, sea el arte o el matrimonio, sean los hijos, las obras o los amigos. En una palabra, le choca ser escogido, comprometido, arrastrado. Ya lo ha dicho y hecho muchas veces. Por eso es quien es y no quien puede haber sido. Perdido tantas oportunidades por oscilante. Buen título de tiempo sinfónico, mecido en las cuerdas: oscilante.

Hace poco lo repitió el escultor: —"que no venía la tiple porque te falta brío, por abúlico y deliberadamente soso, inerte, cuando creía, quería, esperaba otra cosa", y la desconocida, también, con la impaciencia de pupilas, pestañas y reflejos, ante la vil acometida que no supo vencer ni resistir, se marchó también como las otras y fue tarde cuando quiso encontrarla saber el nombre, la dirección, el viento. Como Victoria. Y también como María. Porque ya lo dijo el viejo poeta —era filósofo—: nadie se baña en la misma onda. También él fue quien dijo: el agua del mar es la más pura y la más horrible. Contradicción, insatisfacción, movimiento perpetuo. *Allegro-lento: lento-allegro.* Lo demás, variaciones, nombres diversos o grados para los mismos extremos.

Los mismos extremos inflexibles, desde la creación del mundo, desde la invención de la música: María-Victoria, *allegro-lento.* Dentro, las otras notas. Estas nueve notas insistentes:

—A mí, a mí, a mí...

Si no es que se repite alguna de las aventuras recordadas por Diego en casa de Tamara, puede que sea la casa misma de Tamara en la intimidad, pasado el tumulto, proseguida la velada entre damas que disputan preferencia y lo han hecho tocar contra su propósito, sobre su repugnancia de ser pianista en esta clase de sitios, lo que pudo salvarlo de hambres cuando Victoria lo dejó abandonado a sus propios recursos, en Europa, bajo la guerra, rechazó proposiciones de Tamaras amigas, que lo querían para que amenizara las falsas tertulias de sus salas con vulgaridades capaces de galvanizar la espera y el aburrimiento, la oferta y la demanda, con vulgaridades como ésas que complacen a la transformada Tamara, despojada del halo, puesto en des-

cubierto su oficio verdadero, que según alguien dijo es necesario a toda república, y como cambió todo: su traje, su calzado, sus gestos, el salón en sala de dudoso gusto, el piano ya sin cola, vertical, y la insigne concurrencia reducida —Tamara en el conjunto— a las nueve mujeres —¿qué se hizo el gran parnaso? los poetas y pintores, ¿qué se hicieron? ¿qué fue de tanta prestancia, entusiasmo y distinción como había? Las actrices, los acordes, el sagrado arrebato, la belleza de la danza, el ingenio de las conversaciones, la lumbre de la inspiración, el enigma de la desconocida, ¿fueron sino devaneos? —nueve mujeres— ¿qué se hicieron las pavanas, los valses y las gavotas, las mazurkas? —movidas las nueve al compás de tangos, blues, one step, fox trot, danzones, rumbas, las nueve y el autómata sentado al piano, rodeado de las nueve insistentes bacantes.

—A mí, a mí, a mí...

Esperó, espera que como siempre ante su indecisión acaben por irse y lo dejen. Aunque como siempre no quisiera quedar abandonado de todas, una, cuál, pero éstas, ninguna se marcha, constantes, como pintadas en la pared, en las cortinas manoseadas, en la pantalla.

Hubo un tiempo —fue una temporada— en que se aficionó al cine y llegó a enamorarse de aquellas mudas gesticulantes, de aquellas histéricas amantes, al grado de forzar, en Roma, con mayor dificultad que la puertecilla de los escenarios, el portón de los estudios cinematográficos, y perder largos días, huido de la música, en asistir a filmaciones, en mirar de cerca, vivas, a las mujeres cuya sombra, en la obscuridad, atizaban pasiones de muchedumbres, conquistaban enamorados ignotos, violentos, en todas partes del mundo, en ciudades populosas y en modestos villorrios. (¿Qué hubiera sucedido si en su adolescencia, y en la de María, se añadiera la conturbación del cine a la de las novelas, los periódicos, los relatos de viajeros, en la insoportable clausura del pueblo que habitaban María y él, hasta donde nunca llegó sino la leyenda de las películas que movían escenas de amor, inflamados heroísmos de hombres audaces, de sobrenaturales mujeres, mujeres elegantes, refinadas [como Victoria] y transportaban a sitios fabulosos: la Roma de Nerón, el Cartago de Salambó, el París de los siete pecados? Fue mejor que no hubiera llegado el cine al pueblo; que ni él ni María lo conocieran). Caviló en dejar la música por el cine, arte de mayores recursos, de oportunidades para estar cerca de actrices irresistibles, que la publicidad, el contagio multitudinario en salas obs-

curecidas, el morbo de las pasiones desatadas, convertía en sublimes; junto a la suya, cuán disminuida la gloria, la popularidad, la influencia, el magnetismo de las grandes figuras de la ópera, por mayores que fueran; además, el cine lo liberaría de sus limitaciones, le daría el anhelado desembarazo para actuar, como no supo hacerlo frente a Victoria, ni antes, en el tiempo del pueblo, en el tiempo de María, ni después, en tantas ocasiones, frente a tantas condiscípulas, o compañeras fortuitas de viaje, o simples transeúntes vistas, admiradas, deseadas, embarazado hasta para mirarlas con audacia, y más para abordarlas, para decirles:

—Usted-tú-a ti.

En todo caso, si no actor, director. ¡Las bellas ideas que se le ocurrieron para realizar películas jamás antes imaginadas! ¡Las obvias ocurrencias para corregir y mejorar el séptimo arte, para sacarle mayor partido y hacer lucir más a sus figuras! Llegó a pensar —puesto que no era posible liberarse de la música, y precisamente porque sentía el cinematógrafo en función de compositor— llegó a pensar en componer partituras que, sirviendo de fondo musical, marcaran *tempo,* ritmo, compases al desarrollo del *film,* concebido como sinfonía. Lo entusiasmó la idea, sin dejarlo dormir largo período. Mas no halló, no pudo, le faltó al fin resolución o simplemente no quiso hablar con alguien que la hiciera prosperar. Fuera de satisfacer su curiosidad visual, nada obtuvo de los días perdidos en los estudios, antes disminuyó la emoción de grandeza, el entusiasmo al rojo, que películas como *Cabiria,* émulos como Novelli, actrices como Hesperia, Francesca Bertini, Lidia Borelli, María Jacobini, le produjeron. Y, sin embargo.

Sin embargo, no es reincidencia pensar que las nueve sean sombras en la pantalla, luminosas. El cine, sin embargo, retoñado en Hollywood, sigue llamando su atención como posibilidad estética, con la inútil proliferación de asteroides, con el irritante abuso de publicidad, a pesar de todo. Pero no se trata de reincidir en la servidumbre de mujeres fotografiadas en movimiento, mudas. Porque las nueve hablan vulgarmente.

Las nueve se parecen a criaturas pintadas por Diego en paredes. Por eso no huyen frente a la indecisión. Más exactamente se parecen a las figuras del Anfiteatro, recordadas en el reciente homenaje a Diego, improvisado al piano, en la casa de Tamara. La honesta casa que sirvió esa noche de parnaso.

Viniendo a cuentas: nueve son las musas; pero en el mural del Anfiteatro se les añaden las virtudes, que son diez: tres teologales y siete cardinales, más un hombre y una mujer, mortales que contemplan lo inmortal, más la cara y los brazos abiertos del Todo, en figura humana: el Hombre. Se va enredando la cuenta. Va de vuelta: nueve son las musas, tres y siete las virtudes, dos los sexos. Punto. Con caras conocidas adelantan el paso las nueve, seguro, son las musas. Disolvencia del equívoco. La casa de Tamara es honesta, y Tamara también, mientras no se demuestre lo contrario. Ningún comercio infame. La incertidumbre crónica, estrellada —como espejo— en las nueve direcciones. Cuestión de destino, roto, más bien multiplicado por nueve. Cada una se adelanta con pasos contados. Como cuentan las aprendices de *ballet*. Y los músicos. Hasta con metrónomo. Se adelantan sucesivamente. *Close up.*

—A mí, porque me conociste y te conocí antes, antes que todas éstas, y que aquella María en que piensas al verme. Ya no me conoces por lo ingrato de tus olvidos para conmigo. Ni mi nombre te dirá nada, porque nunca me conociste por él. Tu decías el cielo, raramente "mi cielo", pues fuiste siempre seco, poco expresivo; alguna vez, viéndome a los ojos, dijiste "mis luceros"; preferías decir las estrellas, la noche estrellada, el sol, el camino de santosantiago, la luna; nunca dijiste "plenilunio", sino "luna llena"; pero ¡cómo me contemplabas! Al recordarlo todavía me lleno de ternura; estoy segura de que a nadie has contemplado con igual pasión, ensimismado, ni tan a tus anchas, tanto tiempo, sin que se sobresaltara tu timidez de venado frente a mi belleza; me gustaba que fueras descubriéndome, reconociéndome secreto a secreto, con encantadora ingenuidad, y siempre te dejé que los nombraras como quisieras; y si no con mi sapiencia, lo hiciste siempre con poesía, con esa especie de poesía tradicional que también es forma de sabiduría: la vieja sabiduría de las generaciones; recuerdo que a solas en la torre durante las noches cantabas viéndome:

De las estrellas del cielo
cuatro son las que yo quiero:
el lucero, las cabrillas,
el carro y las tres Marías.

Te gustaba, en agosto, espiar cómo por mi seno se deslizaban los aerolitos, que aprendiste a llamar "exhalaciones" y preten-

días que fueran suspiros: de ti para mí, supongo. Yo he sido siempre tu ansia. Con mi obsesión, unido a María jugabas a representarme sobre papeles azules que tachonabas —la palabra te gustaba— con estrellas doradas o recortadas para pasar detrás alguna luz. Pretendiste luego, a insinuaciones de aquella otra mujer en quien creías encarnarme —cómo complicas las cosas—, pretendiste dejarme por ésta (señala, de las Nueve, la ceñida de flores) en vano, porque a mí es la que buscabas en ella (la florida estalla en mohín desdeñoso e irónico) pues yo soy el Número, el Ritmo, la eternal Armonía, tu Voz, que inútilmente asedias en ésta, en las otras y en tantas más, empeñado en oírme sirviéndote de pobres instrumentos, así sean las campanas en que cuando niño me hablabas y querías entenderme. Sucesivamente me has llamado cielo y lucero, María, campana, Victoria, piano, Teresa, órgano, Beatrice, canto, Denis, arpa, flauta, oboe, impromptu, nocturno, balada, barcarola, rondó, sonata, sinfonía, ópera...

—Con esto confiesas que yo soy la elegida —dice impaciente la que viene coronada de flores; inmutable prosigue la que luce diadema de luceros:

—E innumerables nombres de mujer, casi cuantos has oido e imaginado, más que cuantas viste y deseaste, más que cuantas encontraste sin conocer. ¡Loco!. Soy, estoy en todas. Recuerda ya mi verdadero nombre. Las abarco. Queriendo hallarme, a cada decepción vuelves a mí cuando levantas los ojos al cielo, como los alzabas en tu campanario y en las noches del destierro, como aquella noche de tu regreso, en altamar, como aquellas primeras noches de tu desorientación en la vieja ciudad indígena; ¿qué otra cosa sino a mí buscabas cuando partiste a provincias, atraido por sus noches, por sus radiosos días?, ¿qué otra cosa si no yo explica tu emoción cuando alguien te abrió las cámaras de observatorios famosos y puso a disposición tuya instrumentos que te acercaron al infinito? No niegues delante de las otras que aquella emoción fue más intensa que la de la ópera, el ballet, el cine y esos instrumentos respondieron mejor que aquellos en los que malbaratas la vida lastimosamente, pues te hicieron oir la eterna música de las esferas. Nada. No tienes más a quién elegir. Me has elegido desde tu inocencia. No me llames ya con otros falsos nombres. Urania. Soy Urania —no se movió al decirlo, mas combinó el fulgor de sus ojos con el de las estrellas que coronaban su cabeza y se avivaron como

en claras noches de invierno, junto al mar; entonces adelantó el paso la coronada de flores:

—Eres Euterpe —al oirlo, la florida paseó miradas de triunfo sobre sus alternantes, como diciéndoles: "¿lo escuchan? ¿ven cómo a mí sí me reconoce?" para encararse al interlocutor:

—¿Cómo pues has encendido esta inmotivada disputa? En lugar de pedirte "a mí" como las otras, pues bien elegida me tienes y naciste con mi signo, debería dejarte, aunque bien sé que nunca me dejarías. Estoy acostumbrada a tus débiles veleidades. Conmigo estás pensando en otras, con infecundo gozo, porque las otras no son sino yo, lo que yo quiero que sean, lo que tú deseas que se me parezcan. Eres de los hombres cuyas esposas leen con facilidad el nombre y la fisonomía de las imágenes interpuestas. No sabes ni disimular, como ésta pretende (y señaló entre las nueve a la cara de tiple, adornada de yedras, que alzó las manos en ademán de burla); mi dignidad te lo permite todo: al fin y al cabo de lo que tratas es de hallarme reproducida en cuanto ves, tocas e imaginas. La historia es tan larga como tu vida.

—No me mezcles en tu interés —protestó la otoñal entre las nueve, ceñida de laurel. Euterpe la miró con desdén, como diciendo: "y ésta ¿qué tengo que ver con ella, si somos tan distintas?", mientras proseguía:

—Primero fue Victoria. Pronto te convenciste de que usaba mi nombre, no más, para seducirte, tratando de usurpar mi sitio; insuficiente para suplantarme. No quieras contradecirme con el capricho de tu contumacia. Es mentira tu perseverancia: entonces ¿por qué, dime, o atrévete a decírselo a ella, que lo ignora, por qué lo mismo en España, cuando te hallabas bajo su pleno patrocinio, y en Italia, cuando decías esperarla con ansia, y en París, y en todas partes buscaste otros arrimos? La lista sería interminable, imposible, porque habría de cargársele, con los hechos, los deseos, en ti constantes, insaciables; con las personas, las que no pasaron de ser cosas en comercio. Tu amigo Diego lo recordaba cínicamente hace poco. ¡¡Cuánto has rodado y qué vergonzante para tus aventuras! En lo más vil, sin embargo, me buscabas.

El interlocutor bruscamente reaccionó:

—Beatrice, la romana, compañera en Santa Cecilia, Denis la dulce amiga del Conservatorio en París, Teresa la castellana, Tránsito la sevillana, Mónica la compostelana, ninguna, ni Ana

la inglesa, ni Sonia la rusa, ni Tamar la judía, ni Alicia, Catalina, Genoveva eran viles, ninguna de mis musas adorables.

Estalla la risa de las nueve, creciente, hasta rayar en carcajada, con acentos de vulgaridad. ("Por fin ¿en dónde estamos?" —piensa el interlocutor). Euterpe restablece la calma con plácido ademán concertador:

—No profanes nuestro nombre. No acudas a él en vano. Ni tienes otra musa que yo —el rumor tiende a recomenzar; mas Euterpe lo acalla como si acometiera un *allegro* enérgico—: ni me interrumpas. No estamos en una comisaría, ni en casa de Tamara, sino en *Montparnasse*. ("¡Claro! Ya me lo figuraba" —piensa el interlocutor, sonriendo— "sólo falta que la pretendida Euterpe dirija el *jazz*"). ¿Vamos?

—Un momento, chiquita. Este caballero tiene conmigo un compromiso pendiente —se interpone la cara de tiple, coronada de yedra la cabeza, en la mano una máscara de risa grotesca.

—Payasa chocarrera —exclama Euterpe.

—Música —chilla la enyedrada.

—Hija del procaz Aristófanes —al arrojar estas palabras, erguida, ofendida en su dignidad, Euterpe hace mutis; la otra, una caravana sarcástica, y dirigiéndose al interlocutor:

—Me dejó plantada.

—Cirilo pasó a recogerla, usted fue la...

—¿No ya nos tuteábamos?

—Mandaste decir que yo no te divertía.

—No se trata de eso, sino de la escena de amor que interrumpiste por ir a Diego.

—Entonces ¿eres Pandora?

—Talía.

—¿Segunda del Lírico?

—Unica de la Comedia —se coloca la máscara.

—Chistoso.

—Estamos hechos la una para el otro. Tú pareces bobo de *vaudeville*.

Con los pies desnudos avanzó una más, los bien torneados brazos en alto, como desperezándose o en punto de alzar el vuelo:

—Talía, no insistas: el caballero te confunde conmigo, a mí es a quien busca...

—Ni a ti ni a mí: el caballero es un hombre serio, aburridamente ingenuo, mientras tú y yo somos extravagantemente locas.

—Por eso me necesita; si fuera desenvuelto y gallardo, ninguna falta le haría. Ustedes, todas, han oido siempre, y para no ir más lejos: hace rato escucharon la forma en que me habla, en que me lleva en la sangre, palpitando conmigo, a mi deseo, y, sin embargo, no me tiene, siempre me ha echado de menos para poder triunfar. Demos por terminada la disputa. Pueden ustedes retirarse —con armónico balanceo de brazos acalló las protestas que sus palabras levantaban en las demás— ¿quieren oirlo de sus labios? Di: ¿es verdad que siempre has andado tras de mis pasos?

—Es verdad. La última vez en tu casa, Tamara.

—Da lo mismo; mas háblame por mi nombre real.

—Terpsícore. Cuando te conocí te llamé Ana Pavlova.

—Así fue; pero ella murió y yo eternamente subsistiré.

—¿Hasta cuando se acabe la casa de Tamara Zarina?

—Se construirán otras y otras, en los siglos de los siglos, aunque para seguir mis impulsos basten sus praderas a los campesinos, y el espacio de sus alcobas a las doncellas, y el más diminuto patio, las plazas y las calles para los muchachos, la sala estrecha para los viejos, un rincón de taberna quienes hallan en mis brazos el descanso de sus fatigas, ¿quién podrá nunca contener mi culto entre los hombres?

—Es verdad, siempre te seguí, aunque nunca me atreví...

—Aun es hora de reponer el tiempo perdido, las ocasiones desaprovechadas para llegar por mis pasos a lejanías que te han sido espejismos inalcanzables, tan fáciles de acercar bajo mi nombre, simulacro del más dulce juego, pretexto del tacto, circunstancia de las palabras deslizadas al oído, de las confidencias, los destellos cara a cara, el de otro modo imperceptible lenguaje de las pulsaciones, a compás mío. Cercanía de la belleza, las manos en las manos, los ojos cada vez más junto de los ojos, cada vez más al alcance del misterio personal, tú, buscador de misterios, ¡cuántos has dejado escapar por no acudir a mí!, ¡cuántos conmigo hubieras descifrado, qué simetrías midieras, qué perfumes aspiraras, que suavidades recorrieras! Lunas de las espaldas en escote, columnas de cinturas, tacto y contacto...

Un alarido rompe las palabras a espaldas de quien las escucha, surge alta figura como subida en zancos, revestida de clámide sangrienta, cubierta con espantosa máscara, por cuyas cuencas corren lágrimas:

—¿No te avergüenza el miserable oficio con que profanas tu destino, despertando en este pobre hombre las más bajas pa-

siones? —resuena la máscara con temerosa voz—: desde que has dejado de servirme para la purificación de las almas, te has prostituido y prostituyes a los mortales, olvidada de tu dignidad inmortal; ha llegado el tiempo infausto en que decir Terpsícore significa lubricidad, artería, porquería; envileces la música y cuanto tocas; los antros del vicio dilatan tu imperio, y te atreves a invadir las praderas puras de los campesinos, las ingenuas recreaciones de las doncellas, la natural expansión de los mancebos y hasta el cansancio de los viejos —alza la mano amenazante—: deja libre a este hombre, creado para servirme: ¿acaso ignoras que se halla inspirado por mí desde que arrancaba lúgubres tañidos a las campanas de su pueblo y cuando las hacía sonar con gloriosa majestad, siempre terrible?, ¿ignoras que aliento yo en toda su obra de compositor, en su vida misma, en sus terrores, en su fatalismo? Por mí es adusto, huraño, indeciso, desagradable, pero también poderoso, fecundo, extrañamente sugestivo. No quieras, como te disponías, enseñarle tus malas mañas de asaltante. Será inútil, aunque lo pretenda él mismo. He fraguado en él naturaleza de roca, hierática, inconmovible a tus embelecos, incapaz de volar con tus locuras.

El hombre, que de pronto no supo si reir o correr, ha venido serenándose, lo invade cada vez más profunda calma, se aquieta su sangre, que las palabras de Terpsícore habían encabritado:

—¿Eres la Tragedia?, ¿te llamas Medea o Eleonora. Recuerdo: te conocí en Roma.

—No, en tus angustias precoces, en los muertos por quienes doblabas las campanas, en las mujeres maldecidas por tu tío, en los indescifrables misterios que asfixiaron tu niñez. Me llamo Melpómene —al decirlo, depone máscara y conturno, luciendo la enérgica belleza del rostro, la proporción exacta del cuerpo.

—Hace poco te me presentaste como Virginia de Asbaje.

—Mi tronco inmortal estalla en hojas perecederas.

La más tierna de las nueve se adelanta suavemente, las trenzas entretejidas con mirto:

—¿No te parece que tes has excedido, Melpómene?, ¿por qué abusas del terror con los mortales, y más cuando andan solícitos de mí, como éste?

—¿Por qué te me interpones, libidinosa? —prorrumpió colérica Melpómene, puesta de nuevo la máscara resonante y calzado el alto coturno—: libidinosa por naturaleza, bien que se-

pas fingir tanto como Talía, mejor que Terpsícore. Tú eres la que provocas en los mortales mis rigores, inquietándolos con tus cantos de aparente dulzura, disponiéndolos con tus venenos a todo exceso, libidinosa Erato.

La interpelada repuso sin alterar el tono suave de su voz ni la ternura del semblante:

—Tus arrebatos, más que la horrible máscara, te ciegan lastimosamente. ¡Artista trágico este muchacho al que yo he inspirado siempre con casto sentimiento! No, Melpómene: acude a nuestra madre y recuerda: desde aquel encendido concierto de campanas, clamando a la que partía, o desde antes, cuando la esperaba, llamándola sin saber si existía, y al conocerla, cuando dio afinaciones extrañas a los bronces, y al pasar los dedos por primera vez en un piano a hurtadillas, al balbucir sus primeras canciones, al concebir su primera sonata, perpetuamente, hasta la hora de ahora en que compone una sinfonía por tributo al Amor, perpetuamente, así te hayas empeñado en aterrorizarlo desde niño, ha sido artista erótico, fiel en invocarme, y tanto, que lo coronaré de Mirto.

—Erato, dulce musa, llévame de nuevo a tu casa de la calle de Mirto, allí otra vez me dirás versos al oído para mis canciones, abrirás vientos a mis ansiedades, dulce musa de la poesía erótica —dijo y adelantó la mano, el paso. Lo contuvo Polimnia, que porta la lira:

—Ni Urania se despojó de alguna estrella de su diadema para ofrendártela, ni Euterpe su flauta o siquiera una rosa de su corona, por el contrario, te riñó, como Melpómene; ni ésta ni Talía depusieron sus máscaras a fin de que si te placía las usaras; ni Terpsícore fue generosa con sus alados pies y brazos; ¿crees en verdad que hubiera Erato descompuesto su tocado arrancándole un mirto el más pequeño?, ¿lo hizo acaso Talía con sus yedras, destrenzándose? Aquí tienes, en cambio, mi lira. Es tuya. Lo ha sido siempre. Sus arpegios resuenan a cada paso de tu obra, de tu vida, en constante original, inconfundible. Has merecido la unánime consagración de artista lírico, por gracia de Polimnia, que cede a ti su lira —dijo, y al entregar el celestial instrumento se interpuso Caliope, de oro diademada:

—¿Artista lírico éste, que no ha hecho sino contar, cantando, el mundo de sus experiencias, los paisajes de sus andanzas? La novela lo hizo descubrirse a sí mismo, y de las novelas prefería las de tono heroico, las de aventuras; cuando llegó a las mayores alturas en que moro, su entusiasmo no tuvo límite,

arrastrado por las hazañas de Aquiles, del sagaz Ulises, del piadoso Eneas, de Orlando y Godofredo. Toma, empuña con fuerza mi épica trompeta, proclamadora de la fama.

Indeciso, no se atreve a recibir el don de la prepotente. Clío, la última, coronada de laureles, avanza del fondo en donde había permanecido:

—Yo pudiera también reclamar sobre ti derechos de inspiración, pues contra lo que Caliope dice, tu música es historia y no fábula. Ni quiero incurrir en la triste jactancia de que me conociste, confundida con mortales diversas. Prefiero lo preciso y conciso: no te avergüence confesar que lo que más ardientemente anhelas es pasar a la historia. Me tienes aquí —sus palabras eran firmes; lo que de lejos parecía en ella fulgor otoñal, de cerca era fragancia de juventud.

Se hizo el silencio. Se agravó la indecisión. Inestables como chuparrosas, ojos y ansiedad iban de una en otra, sobre las nueve. No sonaba, pero se oía el reclamo del coro: a mí, a mí, a mí...

—¿Por qué no todas, a todas, con todas?

Fugitivas, las nueve volaron presurosas.

Décima

PRESUNTUOSO.

—Con qué objeto.

Antes no vista, en la sala quedó una —¿era la décima?— que antes no estaba.

—¡Victoria!

—Soy Tamara Zarina.

—¡Victoria!

—Me llamo Vera Verinski.

—No: Victoria Colona de Samotracia o de Guadalajara.

—Soy la desconocida ¿recuerdas? en casa de Tamara.

—¿Por qué volaste tan presurosa? Ni tus huellas hallé cuando salí tras de ti, presuroso.

—Cómo: ¿ya olvidaste que fui quien te salvé de aquellos borrachos? ¿la elegida para darte compañía cuando la turba se marchó? Estuviste por cierto muy galante al decirme, arrebatado por el entusiasmo que te produjo conocerme, y no sólo galante, sino atrevido (¿quién dice que seas tímido?) pero de tus atrevimientos hablaremos luego, sí: fuiste muy galante cuando

entusiasmado llegaste a decir que yo sería tu musa, porque las otras nueve se compendiaban en mí, Virginia de Asbaje, "actriz entre las actrices, gloriosa", fueron tus palabras; y también me llamaste "décima musa", y en el colmo del frenesí añadiste que comparadas conmigo las nueve juntas "valían sorbete" (qué ¿no comenzaban a subírsete las copas para caer en semejante vulgarismo?) y ahora la galantería te llevó a llamarme con el nombre de una de las magníficas mujeres del Renacimiento, sin duda la más exquisita: Victoria Colona. Muy amable; pero no hace falta. ¿O entendí que me comparabas con la Victoria de Samotracia? Muy delicado, de tu parte; aun así (tú comprendes lo legítimo de mi orgullo: ¿no dijiste que soy gloria nacional? no: dijiste "universal") así: basta y sobra con ser Virginia de Asbaje.

—La décima musa.

—Por más que median semejanzas, reminiscencias y otros motivos, acaso hasta parentesco, no quieras ver en mí, como muchos, a Juana la monja, bien que si hubiera vivido en esta época, su ingenio de actriz habría sido arrollador, y aun el cine la tentara, o si me hubiesen tocado los tiempos del virreinato, como a ella, Virginia de Asbaje habría sido gala de la corte, rival de la virreina y asombro de sus contemporáneos; ni es remoto que ponga fin a mi carrera en un convento, donde alguien me retrate con enigmática sonrisa (no, tú no me has visto representar a la *Gioconda);* en tercetos dantescos o en octavas reales, no en simples redondillas, apostrofaré a los hombres. ¡He conocido a tantos! Reyes y menestrales, magnates y aventureros, graves y livianos, ¡todos iguales en sus concupiscencias!

—Esa palabra la recuerdo.

—¡Tanto me han hecho sufrir! ¡Los he atormentado yo tanto! Delicia de asistir a sus miradas, de adivinar sus estrategias, de burlarlas, de desdeñar sus obsequios, de abusar de sus debilidades, de abatir sus fuerzas, de lidiar sus brutalidades, de remontar el vuelo al mirarlos rendidos. Y sin embargo sufrir sin ellos, con ellos, por ellos tan miserables. ¡Qué carrera la de actriz! Antes de la gloria, en la gloria y después de la gloria. Siempre los hombres. Como espectadores o como cortesanos. Como empresarios o como admiradores. Como autores o como periodistas. Como amigos o como enemigos. Y sin embargo ¡qué vacía la vida sin sus adulaciones, amenazas, regalos, vio-

lencias, afectos, desdenes, engaños, ternuras, atrevimientos! Como tu ternura, como tu atrevimiento.

—Qué ¿dije que valían sorbete?

—Verlos gozar, padeciendo. ¡Ah! me dijiste que deseabas padecer conmigo, en un minuto, mi vida tempestuosa. Necesitarías naturaleza de pararrayo. Es como mi ansiedad por sentir mil almas en mi alma, transformada, encarnada en mil heroínas, con caracteres opuestos, virtuosas o protervas, vibrando y haciendo vibrar con ellas a los buenos y a los malos, hasta el aniquilamiento de la personalidad, calcinada por las descargas del Destino, bajo un cielo sin misericordia.

—Se posesiona de su papel encarnizadamente.

—¿De qué otra manera hubiese llegado a ser quien soy? ¡Pobres de las repetidoras que automatizan cada gesto, cada registro de voz, la exacta posición en cada escena! Mil veces he representado a Fedra, y siempre con la misma emoción de descubrimiento, como si antes jamás hubiera sentido la presencia de Hipólito, como si por primera vez germinara en mí la pasión. Sólo así es posible hacer temblar los más rudos corazones. ¿Recuerdas los episodios de mi vida bajo la sevicia de la Revolución? En casa de Tamara te referí algunos. ¡Qué intensos días aquellos de plenitud vital y de peligro! Entonces comprendí la gráfica expresión de "andar entre las patas de los caballos". Asediada por hombres de fama siniestra, entré a sus mansiones, me hicieron reina de sus fiestas, objeto de sus drásticas disputas. Desconocían mis méritos; pero admiraban mi belleza, la música de mi voz domaba sus instintos. Cuando venían al santuario de mi arte, lloraban como criaturas al verme revivir *La Dama de las Camelias*. Una noche, Francisco Villa, pistola en mano, agatillada, estuvo a punto de disparar contra el fiscal que pedía mi condenación en *La Mujer X*. La leyenda de los tesoros que se dice me regalaron aquellos hombres, organizados en banda de asaltantes para obsequiarme a porfía, es falso, pero halagadora: ¿qué mérito hay en que gentes con cierta cultura, siquiera sea la de su vanidad o la de los periódicos que ven, sientan atracción por actrices que los han hecho vivir momentos de intensa ilusión, hasta llegar acaso al puro placer estético? La gracia es conmover espíritus primitivos, tallados a golpes, engreídos de su rudeza. Muchos políticos y hombres de Estado me han cortejado aquí, como en otros países; las más opuestas promociones (podría decir también antigüedades y generaciones) han desfilado por mis camerinos. Nadie me ha

hecho sentir la fuerza original del hombre como aquellos centauros, poseídos de la voluntad de poderío. ¿Sabes cuál es el tesoro que conservo de Francisco Villa? Un espejito redondo, de mercería, corrientísimo, hecho para divertir a los niños con la figura cómica del dorso, cuyas pupilas (dos cuentas de abalorio) se mueven; lo sacó de la bolsa un día en mi camerino, diciéndome: —"mire no más qué chula es, artista"; cuando después de verme se lo quise volver, añadió: —"guárdeselo de recuerdo; es de buena suerte: ha andado conmigo desde las primeras refriegas, y le tengo cariño; qué mejor que se quede usted con él". A los pocos días comenzaron para el centauro las derrotas definitivas. Del general Lucio Blanco guardo desecada una flor que cortó en Xochimilco para obsequiármela. En mi casa la verás, con otros preciosos recuerdos de mi triunfal carrera. ¿Se te pasó el mareo?

—Se me pasaron las musas.

—No hay más que una. Yo. Prometiste venir a mi casa. No es como la desnuda casa de Tamara. La mía es tradicional. Verdadero museo, como que soy la décima musa, compendio sublimado de las nueve impalpables. Allí me verás en cada momento de mi gloria, rodeada de patriarcas y profetas, que me autografearon sus retratos: D'Annunzio, Shaw, Anatole France, Benavente, Maeterlinck, Rostand, Pirandello, Gounod, Saint Saens, Fauré, Albéniz, Debussy. Ven, faltas tú.

—No puedo, mientras no termine *El Banquete*.

—Ya terminó.

—Estoy comprometido.

—¿Con quién?

—Con Diotima de Mantinea, mujer sabia en amor.

Corte.

TRES

Yo me llamo Anglé.

—Yo, Eufrosina.

—Yo, Taleya.

No es ya la sala. El campo abierto. Lleno de flores. Corrientes de agua. Música de agua o de viento. De viento como de violines.

—Danos la mano y jugaremos a la ronda.

—¿Por qué hiciste que se fueran enojadas mis primas?

—Nuestra madre nos mandó a buscarte.

—Nuestra tía se oponía.

—¿Por qué nunca nos has querido de compañeras?

—No lo deja su tío.

—Ni su prima.

—Ni la otra.

—Pronto: ¿juegas o no?

Invencible pesadez de piedra. Vano esfuerzo de incorporarse. Ver, oír, gustar, sin poder hablar, tocar. Sin responder gozne alguno. Como en la crónica pesadilla de perseguido paralítico. Ahora en angustiosa variante, muy más angustiosa, de perseguidor paralizado, cuando al alcance de la mano, más, un poco más, la flor, el fruto, la visión esperan, provocan, inútilmente permanecen, sin que la mano alcance, sin que nervio alguno pueda responder al deseo, a la inminencia fácil. Estatua, mano de piedra, rondada por la grácil movilidad, en persistentes vuelos.

Encadenado, el pensamiento gime: —"pronto se marcharán presurosas".

Y las tres, en ronda placentera: —"somos fuente de todo bien y de todo placer".

El encadenado pensamiento: —"son las Gracias".

Ellas: —"por nosotras se va a la ciudad bienaventurada".

Él: —"un esfuerzo más, brazo mío, un solo acorde, mano mía".

Las tres: —"fluye de nuestros ojos el amor, que derrite los corazones, pone lánguidos los brazos y las piernas de los dioses y los mortales, por igual, abatiendo imposibles".

Él: —"mis dedos: un acorde, atacando con brío".

La pesadilla se consuma. Vuelan presurosas las tres, perdidas en el bosquecillo, remontadas las corrientes, llevadas por los vientos benignos, en son de violines, a las islas de las bienaventuranzas.

Por el césped, no, es ya otra vez alfombra de una sala, rueda una manzana y se sienten presencias de mujer, se oyen voces en altercado, se reflejan en el espejo sus cuerpos. Otra vez tres. Más reales que las Gracias fugitivas. Hembras en pleito, se lanzan a una sobre la manzana, que lleva la inscripción: "a la más hermosa". Nada las contiene. Son mujeres arrebatadas por la codicia. Y sin embargo hay en las tres algo sobrenatural, que infunde reverencia y amor. Hembras con

atributos manifiestos de diosas. Tropieza su loco afán con el yacente. Reparan en él.

—Decide tú —dicen a una las tres.

Como en los desfiles de modas las modelos, vienen, van, se detienen, vuelven, giran, se contonean a placer, con mudable ritmo, con provocativos movimientos, graduados el gesto, los ademanes, las sonrisas, ágiles las manos, los brazos, los muslos en la glorificación del cuerpo cautivadoras revolotean las tres, y como en la balada de Blancanieves la reina en el espejo, las tres ante los ojos del caído preguntan:

—¿Quién es la más hermosa?

Y cada una:

—¿Hay alguien más hermosa que yo?

Dificultad. Indecisión. Tremendas.

Se acercan. Al oído:

—Yo soy el Poder. Elígeme y te haré poderoso. Desposada con el rayo, en tus manos lo pondré. Me llamo Juno. Ve, no más, la perfección de mis brazos, la hermosura de mis ojos, la majestad imperial de mi cabeza. Elígeme. (Sin lengua, el pensamiento: —"Tú te llamas María y vuelves a ofrecerme ventura política, que desdeño").

—Yo soy la Sabiduría y la Fortaleza. Elígeme y te haré sabio, serás valiente. Tuyo será mi escudo, tuya mi lanza, tuyo mi casco. Soy Minerva. Ve, asómbrate con el brillo de mis ojos verdes, con la firmeza de mis muslos, con la reciedumbre de mis pechos, con la invicta columna de mi cuello y el egregio baluarte de mi cabeza. Elígeme. (—"Tú también eres María").

Cuando junto a los ojos, rumbo al oído, se acerca la tercera, el caído la reconoce plenamente, consigue vencer su letargo, se incorpora, se le desatan cien lenguas a un tiempo, en un acorde:

—Eres Victoria.

—Te llamas Diotima.

—Beatrice.

—Denis.

—Teresa.

—Tránsito.

—Mónica.

—Tamar.

—Sonia.

—En el pueblo... en Veracruz... en Roma... En París...

—Te conocí en Siracusa... en Chipre... Patmos... Pompeya... no, en Corfú... no, en Pafos...

—Eres la Bertini, la Jacobini, la Menicheli, la Borelli, la Garbo.

—Greta. Grieta. Te conocí en el mar. No, en lo más hondo de mí. Me hablaste la primera vez en las campanas, en el viento, por el aire, por la noche, hacia los altos cielos, en los abismos. Luego volvimos a encontrarnos en el Louvre, mañanas enteras, interminables tardes, a pesar de la diosa con alas, que me reclamaba, cerca, lejos, divinal Afrodita, Venus excelsa.

Muy al oído, muy más que las otras, habla la tercera, sin que se escuche su secreto, que hace temblar al hombre como en el otoño los árboles, hasta la más tierna rama, estremecida la hoja más pequeña, o como los descuaja el vendabal, o como suaves caricias fulminan el cuerpo de los hombres.

La venusina se aparta, segura de su triunfo. Se ha prometido a sí misma en mil formas: Greta, Sonia, Denis, Ana, Victoria, todas en una y la misma Helena, por quien ancianos y niños bendicen su aflicción.

—Helena de Troya, que no es de allí, sino extranjera, por quien arde Troya en el ansioso corazón.

Mas apenas la diosa se reune con sus rivales, las lenguas vuelven a enmudecer, los ojos recorren los cuerpos de las tres, el encadenado pensamiento titubea. ("Comparación: odiosidad. Escrito está que no ha de tener en mí parte. ¿Cuál? ¿Cuál? Todas. Las tres. Aquélla, ésa, ésta. El furor vengativo en sus ojos acechantes. Iguales. Ninguna. Las tres").

Interminable tiempo en espera desesperante. Las tres callan, esperan. Los ojos van de una en otra. ("Helena de Troya, como sol sobre cien espejos: Tránsito, Ana, Sonia, Tamar, Denis. El curso remontado hasta el infinito"). Desesperan las tres, el fulgor vengativo en sus ojos, avivado. La espera insoportable. Una, otra, la tercera estallan:

—¡Cobarde!

Y desaparecen.

DOS POR TRES

Al poco rato —quién sabe si al mucho— vuelve una. Se sabe por el gran espejo puesto arriba del piano en que como ataúd se contienen armonías afrodisiacas. —¿No quedó por aquí la

bolita, digo: la manzana? Era de oro. —Tanto pleito para dejarla nomás así.

La manzana la cortó Eva por insinuación de la serpiente y para ofrecérsela a don Adán.

—Afrodita ¿qué tiene que ver usted con Eva? —¡Oh! mucho: reflexione. ("La primera vez que lo vea, preguntaré a Diego por qué junto a las musas no pintó a las gracias, en vez de las virtudes"). —Y desde luego con los afrodisiacos ¿no? —¡No! ¡Todo lo contrario! Significan mi absoluta privación. —Con razón yo siempre me negué a ser pianista de ésos como el que se sienta en ese piano. —¡Bueno: habrá que distinguir! —En fin, de las tres ¿cuál es usted? —No se haga. Entonces ¿cómo me dice las cosas que me ha dicho, y hasta el nombre? —¿Y de veras nació del mar? Lo vi en Boticelli. Muy bonito. —Usted es muy vulgar, de veras. —¿A qué se volvió? —Y preguntón hasta la necedad. ("No estoy seguro de nada, ni de que haya vuelto. Sólo el espejo. ¿Estoy hablando con el espejo, arriba del piano?") —La he visto ahora con una tortuga, luego con estos peces: el delfín o la rémora; pero lo más frecuente, y es lo que más me gusta, con una paloma. Es que así son las mujeres de caprichosas. O es que al mismo tiempo son varias cosas: el hogar, el amor, la locura.

Sí, ha vuelto. Está en la sala. La tercera de las tres. Ya no en el espejo de su imagen. Frente a frente su persona, el rostro severo:

—No en vano me has rechazado. Ningún mortal puede hacerlo impunemente. Ni en vano rechazaste a mis poderosas contendientes, y antes a las tres livianas muchachas, y más antes a las nueve deleitosas doncellas. Todas parientes mías. Lo peor: por indeciso. En castigo ¿sabes? tengo unas primas terribles, también son tres: Cloto, Láquesis y Atropos, las tres Parcas, cuya invitación es irrevocable, como lo has visto en las danzas de la muerte, las tres hijas de Temis, engendradora también de Diké, Eunomía e Irene, tres también, y pues rechazaste la belleza que te dejaba en libertad, no harás lo mismo cuando se te presenten aquéllas, que no dan lugar a duda en la elección.

—A ninguna rechacé. A todas quería. Se los dije. Y a las pléyades, que son siete. Y a las horas, que son doce. Y a las estaciones, que son cuatro. Y a las ninfas, las náyades, las oceánicas, que son innumerables. Las estrellas del cielo y las del cine. A Selene y a Eos. En fin. . . usted es la única que puede comprenderme. No la celosa Juno, ni la imperiosa Minerva.

Usted, por quien a todas quiero, condensadas en Helena, o sea usted misma, como me lo prometió, aunque Fausto me dijo una vez que se desvanecía: ella, él no, digo usted se desvanecía, se le desvaneció cuando estuvo a punto de alcanzarla. Si yo tuviera la seguridad. . .

—Comprendo. Por eso volví —la beldad oprime contra el pecho una paloma—; lo que te falta es tenerme confianza, ni siquiera te atreves a tutearme.

—Como no me atrevo con Victoria, ni siquiera le hablo por su nombre, sino siempre le digo la señora. ¿Por qué son tan difíciles las mujeres?

La beldad ríe con sorna:

—La complicación está en ti, puesto siempre a la defensiva. Nada en el mundo es más fácil que la mujer.

—Ojalá. Pero cada mujer quiere ser y tener mundo aparte. ¿No usted misma resulta incompatible con Minerva y Juno?

—Puedes amar a Minerva y Juno en mí; pero confiesa que soy la más hermosa. Esta es la cuestión.

—Mi estremecimiento ¿no fue una confesión?

—Insuficiente a juicio de mis rivales y mío.

—¡Exigencias de mujer!

—No. Valentía de varón.

—Rechacé la valentía que Minerva me ofreció.

—Era de otra especie.

—No entiendo.

—No quieres entender. Si confesaras con el corazón y los labios mi hermosura sobresaliente, lo entenderías. Entenderías cómo puedes amarme y, conmigo, a todas las diosas y a todas las mortales que, al amar, me representan. Por ejemplo, en tu país hay y siempre hubo abundancia de representaciones mías; la más reciente y pública, la más resonante, lleva en su nombre la fama: Virginia de Asbaje, a cuyo conjuro generaciones enteras, hombres de toda edad y condición sienten estremecimientos de recuerdo, deseos y esperanzas. . .

En la sala se oyen pasos de mujer, enérgicos. En rápido acto de ilusionismo, la beldad trueca la paloma por la tortuga:

—La tortuga es el símbolo de las virtudes domésticas —dice.

—¿Con que también hipócrita?

La recién llegada es de figura y hablar categóricos, que velan su feminidad; el timbre de la voz armoniosamente grave;

hay en sus movimientos, en el estilo de su cabellera y en las líneas del rostro, algo varonil; toda ella irresistible, dominante.

—¿Por qué otra vez te metes en mis asuntos, Artemisa?

Llegadas frente a frente, la primera es Victoria en el campanario, en el rapto, en el adiós a Veracruz; la segunda, Victoria en Morelia, contundente, impasible, con rasgos algunos de María, diestra en el dominio de los hombres y circunstancias, a la par serena e inflexible.

—Pretendo rehabilitar a este hombre, inutilizado por tus aberraciones —dice la inmortal amorosa.

—Pretendes corromperlo, a sabiendas de que me lo consagraron desde niño y lo educaron para servirme perpetuamente —responde la irrebatible cazadora.

—Déjalo ya en libertad —alega la de la gracia sensual.

—Más que nunca he de protegerlo contra su desasosiego —afirma la de la gracia deportiva.

—En vano tú, en complicidad con sus parientes, has tratado de oprimir su naturaleza, devorada por el ansia de mis delicias.

—Conmigo, sus parientes, hemos forjado su naturaleza para que no sucumba en tus degradaciones.

—Dejémoslo que sea juez de su destino.

—Nunca me has enredado en tus falacias, Afrodita, ni permitiré que a este servidor mío engañes, reteniéndolo en casa de mala fama; he de llevármelo a buenas o por la fuerza.

—Eso, sí, no.

—Me lo llevaré.

—¿Sabes que desde niño, a pesar tuyo, sueña conmigo? ¿que desde hace años me persigue, identificándome con Helena de Troya, en la que busca inspiración para una obra que lo hará célebre? Helena lo raptó, lo condujo a Europa, lo educó sentimentalmente. Habiéndola perdido, vaga sin rumbo, como en otoño las hojas descuajadas.

—Precisamente por eso me lo llevaré.

—¿Siquiera sabes el anhelo que ahora lo consume? Concertar una sinfonía en homenaje a Eros. ¿Cómo podrá lograrlo sino en intimidad conmigo? He sido siempre protectora de los artistas.

—Usurpadora, me lo llevaré antes que pruebe tus venenos.

—Es monstruoso que sigas empeñada en frustrar su obra.

—Me lo llevaré. Lo que importa es él, no su obra.

—No te lo llevarás, necia.

—He de arrancártelo, libidinosa: he de sacarlo de la casa infame.

La bella entre las bellas no soporta más la impertinencia de su rival, contra la que lanza sus uñas. Alejamiento. Gran alejamiento que permite ver en panorámica el principio de la riña, los arañazos en el rostro de Diana, la primera sangre, la entrada de los mastines venatorios, su crudelísima danza y asalto a las carnes bienamadas de Venus. Horrorizado, el espectador se lanza en defensa de la deidad inerme, grita su preferencia por ella, su odio a la ventajosa cazadora, que azuza el furor de la jauría, mezclada su inexorable voz metálica con los ladridos, los clamores desesperados de Venus, los apóstrofes e injurias. Ya se posan las impías patas de los lebreles en el divino cuerpo, ya los hocicos puntiagudos —acercamiento— atacan al pecho, los brazos, el rostro en que toda perfección halla modelo —gran acercamiento— al llegar al *close up*, se desmaya el caballero, fulminado por la pesadilla, despeñado en confusión de tinieblas, alaridos, ladridos, hasta romper la pesadez del sueño.

Ya rompe la red pero persisten los ladridos. Ya se ve libre de ataduras pero los ladridos taladran la cabeza. El eco de los ladridos en todas las paredes, brincando del patio por la ventana, estremeciendo la casa, hostigando el gozo de despertar, agravando el cansancio, el dolor, las angustias con que alma y cuerpo despiertan, con que los ojos descubren la hora —mediodía— y el sitio —la casa, el departamento independiente que al llegar a México le destinaron en casa de María, María y Jacobo—, el sitio en que ha vuelto a caer, sin saber cómo, pero imaginándolo confusa, torpemente, fatigado, envuelto en ladridos de perros que corren por el jardín, en ladridos que saltan la ventana, en ladridos que destrozan los nervios, en ladridos que agudizan la jaqueca, en ladridos que hacen intolerable la sed, aquí el órgano y el piano que le regalaron María y Jacobo, la sed junto al piano cerrado, la jaqueca frente al órgano intacto y en el jardín los ladridos, los ladridos, los ladridos.

Los ladridos no le dejarán volver al delirante letargo. Ni lo quiere. Lo que quiere sería saber cómo ha vuelto a esta casa, junto al piano y al órgano mudos. Quién. Sí. Cuándo, cómo, a qué horas, por qué, con qué derecho. En dos por tres Gabriel se levanta ("nueve son las musas —tres las gracias— y las parcas— doce las horas— siete las pléyades— y las virtudes cardinales— y los pecados capitales— innumerables las ninfas— co-

mo las arenas del mar las nereidas— infinitas las estrellas del cielo— pero Venus inconfundible— aunque Maríartemisa ganó, cumplió su amenaza, Diana-María, su amenaza de arrancarme, de traerme— ¿devorarían los perros a Victoriahelenafrodita?— otra vez implacables María y Victoria —*allegro lento* —la casa de Tamara —la casa de María —los ladridos interminables") se levanta y se dirige a la ventana, la jauría retoza rabiosamente corriendo en el jardín, las piernas de Gabriel flaquean, lo atormentan sed y jaqueca, vuelve y se desploma en la cama, junto al órgano, cerca del piano. —¿Dónde, musas, gracias, diosas, mujeres coruscantes? —En tu ansia hecha sed. En tu jaqueca.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA REVISTA EL DIA 5 DEL MES DE SEPTIEMBRE DE 1959 EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA, T. G., S. A., AV. GUATEMALA NÚMERO 96, MÉXICO 1, D. F. SIENDO EL TIRO DE DOS MIL CIEN EJEMPLARES.

¡Urbanización terminada!

Obtenga ganancias tangibles y de cuantía, sin esperar "años y felices días".

CON TANTITO DE SU SUELDO PUEDE USTED "APARTAR" UN LOTE

Los servicios de agua, drenaje, pavimentos, banquetas, alumbrado y los UNICOS JARDINES de la zona, están TOTALMENTE TERMINADOS de acuerdo con las especificaciones y bajo la supervisión de las autoridades del Departamento del Distrito Federal, por lo que usted podrá tener la facilidad de construir de inmediato. Podrá comprobarlo cuando venga a ELEGIR o a RESERVAR "CON TANTITO DE SU SUELDO", el lote que será el patrimonio familiar.

AGUA Y DRENAJES — PAVIMENTOS — ALUMBRADO
JARDINES

Informes en la caseta del Fraccionamineto y en nuestras oficinas de la Av. Juárez 100, 7o. Piso.
Tels. 10-03-68 y 10-03-69.

COLONIA VALLE DEL TEPEYAC, S. A.

Es la última oportunidad de adquirir un terreno en la Ciudad de México.

FRACCIONAMIENTO VALLE DEL TEPEYAC

La Unión Nacional de Productores de Azúcar, como lo hemos venido diciendo, invariablemente vende sus azúcares a los precios autorizados oficialmente, jamás usa de intermediarios para realizar estas operaciones mercantiles, sino que directamente va a los comerciantes en todo el país. La misma Unión ha estado invitando a todos los mexicanos para que colaboren con ella y no permitan que en su perjuicio se sobrecargue el precio de este indispensable complemento de la alimentación, pero físicamente es imposible para la Unión vigilar que este producto llegue al público a los precios autorizados, primero porque carece de autoridad para hacerlo, ya que constituye un simple organismo comercial de distribución en beneficio del consumidor y segundo porque requeriría, además de la autoridad delegada por el Gobierno, de una planta numerosísima de empleados que forzosamente tendría que recargar el costo del azúcar, en perjuicio del consumidor.

A pesar de esto, en aquellos lugares donde notoriamente se abusa en los precios del azúcar, esta Unión ha procedido a establecer expendios directos al menudeo para contrarrestar así el aumento en los precios más allá de los oficialmente autorizados. Nuevamente insistimos en hacer un llamado a todo el comercio, a fin de que haciéndose eco de nuestra labor y del deseo general del país, cumpla la alta misión que tiene encomendada en beneficio del pueblo consumidor.

UNION NACIONAL DE PRODUCTORES DE AZUCAR, S. A. de C. V.

EDIFICIO INDUSTRIA Y COMERCIO.

Balderas No. 36—1er. piso. México, D. F.

Documentos para
LA HISTORIA DEL MEXICO COLONIAL

publicados por

FRANCE V. SCHOLES

y

ELEANOR B. ADAMS

•

Vol. V

SOBRE EL MODO DE TRIBUTAR LOS INDIOS DE NUEVA ESPAÑA A SU MAJESTAD, 1561-1564

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican; 141 pp., rústica, $130.00

Vol. IV

INFORMACION SOBRE LOS TRIBUTOS QUE LOS INDIOS PAGABAN A MOCTEZUMA

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican; 239 pp., rústica, $200.00

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 8855
TELEFONO: 22-20-85
MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	*Ejemplares disponibles*	*Precios por ejemplar* *Pesos*	*Dólares*
1943	Números 3, 5 y 6	30.00	3.00
1944	„ 2 al 6	30.00	3.00
1945	„ 1, 4, 5 y 6	25.00	2.50
1946	Los seis números	25.00	2.50
1947	Números 1, 3, 5 y 6	25.00	2.50
1948	„ 3, 4 y 6	25.00	2.50
1949	Número 2	20.00	2.00
1950	„ 2	20.00	2.00
1951	Números 2 y 5	20.00	2.00
1952	„ 1, 2, 3, 4 y 6	20.00	2.00
1953	„ 2, 5 y 6	20.00	2.00
1954	„ 4 y 6	17.00	1.50
1955	„ 1, 2, 3 y 6	17.00	1.50
1956	„ 1, 2, 4 y 5	17.00	1.50
1957	„ 1 al 5	17.00	1.50
1958	Números 2, 3 y 6	17.00	1.50

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México ..... $ 75.00
Otros países de América y España Dls. 7.30
Europa y otros Continentes ..... „ 8.80

Precio del ejemplar del año corriente:

México ..... $ 15.00
Otros países de América y España Dls. 1.40
Europa y otros Continentes .... „ 1.65

●

Los pedidos pueden hacerse a:
Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
o por teléfono al 23-34-68

Véase en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943

ACADEMIA HISPANO MEXICANA

SECUNDARIA y PREPARATORIA
Externos

Abraham González 67
Tel.: 35-51-95

KINDER-PRIMARIA
Medio Internado - Externos

Reforma 950, Lomas
Tel.: 20-45-72

MEXICO, D. F.

CONSEJO - PATRONATO

PRESIDENTE: Lic. Aarón Sáenz. VOCALES: D. Ernesto J. Amescua, D. Jerónimo Arango, D. Jerónimo Bertrán Cusiné, D. Juan Casanelles, Lic. Daniel Cosío Villegas, D. Pablo Díez, Ing. Marte R. Gómez, Arq. Carlos Obregón Santacilia, Dr. Manuel Germán Parra, Ing. Gonzalo Robles. SECRETARIO: Dr. Ricardo Vinós.

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

La edita la Asociación de Graduadas de la Universidad de Puerto Rico

DIRECTORA:
NILITA VIENTÓS GASTÓN.

Dirección:
Apartado 1142,
San Juan, P. R.

•

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos	$ 4.00
Otros países	3.50
Ejemplar suelto	1.25

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE LITERATURA IBEROAMERICANA DE LOS E. U. PATROCINADA POR LA UNIVERSIDAD DE IOWA.

•

Director-Editor: ALFREDO A. ROGGIANO.
Department of Romance Languages,
State University of Iowa, Iowa City, Iowa, U. S. A.
Director Literario: ARTURO TORRES RIOSECO,
Universidad de California (Berkeley).
Comisión Editorial: Fernando Alegría, Enrique Anderson Imbert, José A. Balseiro, Arnold G. Chapman, John E. Englekirk, Luis Monguió y Francisco Monterde.
Secretario Ejecutivo-Tesorero: MARSHALL NASON, Box 60, University of New Mexico, Albuquerque, New Mexico. U. S. A.

•

Suscripción anual: 2.00 Dls. para Iberoamérica y 4.00 Dls. para E. U.
Para canje, colaboración y todo otro intercambio cultural, diríjase al Director-Editor. Para suscripciones o compra, diríjase al Secretario-Tesorero.

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada y noticias acerca del hispanismo en América.

•

Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirectores: Eugenio Florit y Andrés Iduarte

•

6 dólares norteamericanos al año; números sueltos: 1.50

Hispanic Institute in the United States
Columbia University

435 West 117th Street. **New York.**

GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

Por

JORGE L. TAMAYO

Cuadernos Americanos se ha hecho cargo, en forma exclusiva, de la distribución de esta interesante obra que consta de dos volúmenes de 628 y 582 páginas, con fotografías y mapas, y de un *Atlas Geográfico General de México* con 24 cartas a colores, formando un volumen en folio de 41 x 53½ cms., encuadernado en holandesa.

PRECIO DE LA OBRA:

	Pesos	Dlls.
Con los dos tomos, de texto a la rústica	100.00	9.00
Con los dos tomos, pasta percalina	125.00	10.50
Con los dos tomos, pasta española	145.00	12.00

DIRIJA SUS PEDIDOS A

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035 — Apartado Postal No. 965

México 12, D. F. — Tel. 23-34-68

CUADERNOS AMERICANOS

Distribuye:

	PESOS	DOLARES
Hay piedras como lágrimas, por Germán Pardo García	15.00	1.50
Centauro al sol, por Germán Pardo García....	25.00	2.00

●

Para hacer sus pedidos diríjase a:

Avenida Coyoacán Núm. 1035

Apartado Postal 965, Teléfono 23-34-68

México 12, D. F.

HUMANISMO

Revista de insobornable orientación democrática.

SUMARIO

CUBA EN SINTESIS

La Colonia

*

La República

*

La Actualidad

*

Resumen de la Legislación Revolucionaria

*

Escriben: Fidel Castro, Che Guevara, Gral. Bayo, Roig de Leuchsenring, A. Hart, Gay Calbo, etc.

Nos. 53-54

Enero-Abril de 1959

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIOS Pesos	Dls.
1.—GANARAS LA LUZ, por *León Felipe*	(agotado)	
2.—JUAN RUIZ DE ALARCON, SU VIDA Y SU OBRA, por *Antonio Castro Leal*	(agotado)	
3.—RENDICION DE ESPIRITU (I), por *Juan Larrea*	10.00	1.00
4.—RENDICION DE ESPIRITU (II), por *Juan Larrea*	10.00	1.00
5.—ORIGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por *Paul Rivet*	(agotado)	
6.—VIAJE POR SURAMERICA, por *Waldo Frank*	(agotado)	
7.—EL HOMBRE DEL BUHO, por *Enrique González Martínez*	18.00	1.60
8.—ENSAYOS INTERAMERICANOS, por *Eduardo Villaseñor*	(agotado)	
9.—MARTI ESCRITOR, por *Andrés Iduarte*	(agotado)	
10.—JARDIN CERRADO, por *Emilio Prados*	8.00	0.80
11.—JUVENTUD DE AMERICA, por *Gregorio Bermann*	10.00	1.00
12.—CORONA DE SOMBRA, por *Rodolfo Usigli* (segunda edición)	15.00	1.50
13.—EUROPA-AMERICA, por *Mariano Picón Salas*	(agotado)	
14.—MEDITACIONES SOBRE MEXICO, ENSAYOS Y NOTAS, por *Jesús Silva Herzog*	10.00	1.00
15.—DE BOLIVAR A ROOSEVELT, por *Pedro de Alba*	10.00	1.00
16.—EL LABERINTO DE LA SOLEDAD, por *Octavio Paz*	(agotado)	
17.—LA APACIBLE LOCURA, por *Enrique González Martínez*	10.00	1.00
18.—LA PRISION, NOVELA, por *Gustavo Valcárcel*	(agotado)	
19.—ESTUDIOS SOBRE LITERATURAS HISPANOAMERICANAS. GLOSAS Y SEMBLANZAS, por *Manuel Pedro González* (empastado)		
20.—SIGNO, por *Honorato Ignacio Magaloni*	10.00	1.00
21.—LLUVIA Y FUEGO, LEYENDA DE NUESTRO TIEMPO, por *Tomás Bledsoe*	12.00	1.20
22.—LUCERO SIN ORILLAS, por *Germán Pardo García*	10.00	1.00
23.—LOS JARDINES AMANTES, por *Alfredo Cardona Peña*	10.00	1.00
24.—ENTRE LA LIBERTAD Y EL MIEDO, por *Germán Arciniegas*	(agotado)	
25.—NAVE DE ROSAS ANTIGUAS, POEMAS, por *Miguel Alvarez Acosta*	12.00	1.20
26.—MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por *Miguel Alvarez Acosta*	15.00	1.50
27.—EL OTRO OLVIDO, por *Dora Isella Russell*	5.00	0.50
28.—DEMOCRACIA Y PANAMERICANISMO, por *Luis Quintanilla*	5.00	0.50
29.—DIMENSION IMAGINARIA, por *Enrique González Rojo*	10.00	1.00
30.—AMERICA COMO CONCIENCIA, por *Leopoldo Zea*	10.00	1.00
31.—DIMENSION DEL SILENCIO, por *Margarita Paz Paredes*	10.00	1.00
32.—ACTO POETICO DE *Germán Pardo García*	10.00	1.00
33.—NO ES CORDERO... QUE ES CORDERA. Cuento mileso. Versión castellana de *León Felipe*	10.00	1.00
34.—SANGRE DE LEJANIA, por *José Tiquet*	10.00	1.00
35.—CHINA A LA VISTA, por *Fernando Benítez*	12.00	1.20
36.—U. Z. LLAMA AL ESPACIO, por *Germán Pardo García*	10.00	1.00
37.—ARETINO, AZOTE DE PRINCIPES, por *Felipe Cossío del Pomar*	18.00	1.60
38.—OTRO MUNDO, por *Luis Sudres*	18.00	1.60
39.—LA BATALLA DE GUATEMALA, por *Guillermo Torriello*	20.00	1.80
40.—EL HECHICERO, por *Carlos Solórzano*	5.00	0.50
41.—POESIA RESISTE, por *Lucila Velásquez*	12.00	1.20
42.—AZULEJOS Y CAMPANAS, por *Luis Sánchez Pontón*	18.00	1.60
43.—LA REVOLUCION GUATEMALTECA, por *Luis Cardoza y Aragón*	15.00	1.50
44.—RAZÓN DE SER, por *Juan Larrea*	18.00	1.60
45.—CEMENTERIO DE PAJAROS, por *Griselda Alvarez*	9.00	0.90
46.—EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por *Fernando Alegría*	7.00	0.70
47.—LA ESPADA DE LA PALOMA, por *Juan Larrea*	35.00	3.50
48.—ETERNIDAD DEL RUISEÑOR, por *Germán Pardo García*	15.00	1.50
49.—ASCENSION A LA TIERRA, por *Vicente Magdaleno*	9.00	0.90
50.—INCITACIONES Y VALORACIONES, por *Manuel Maples Arce*	15.00	1.50

OTRAS PUBLICACIONES

PASTORAL, por *Sara de Ibáñez*	5.00	0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por *José Gaos*	5.00	0.50
OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por *José G. Zuno*	6.00	0.60
INDICES "CUADERNOS AMERICANOS" 1942-1952, por Angel Flores	30.00	3.00

REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL PARA 1959 (6 núms.)

MEXICO	75.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA		7.30
EUROPA Y OTROS CONTINENTES		8.80

PRECIO DEL EJEMPLAR:

MEXICO	15.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA		1.40
EUROPA Y OTROS CONTINENTES		1.65

Ejemplares atrasados, precio convencional

N U E S T R O T I E M P O

Jorge L. Tamayo	En el X aniversario del Movimiento Mundial de la Paz.
Héctor Abhayavardhan	La situación del Tibet.
Julio Álvarez del Vayo	España contra Franco.
Gastón García Cantú	Las dos políticas exteriores de México.
Pedro Gringoire	El mensaje universal del diario de Ana Frank.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Manuel Durán	Dewey y la crisis de la educación en Estados Unidos.
Levi Marrero	Humboldt, la geografía moderna y Cuba.
Álvaro Fernández Suárez	Hispania y su gente.

PRESENCIA DEL PASADO

Samuel Martí	Danza Precortesiana.
José Uriel García	Sumas para la Historia del Cusco. III.
Carlos Torres Manzo	"Tres tumbas de Carlos Marx".

Nota, por Manuel Calvillo.

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Alfredo Cardona Peña	Mínimo Estar.
Manuel Villegas López	Antonio Machado o el destino del artista.
Andrzej Kijowski	Algunos aspectos de la literatura polaca contemporánea.
Estuardo Núñez	Teoría y proceso de la antología.
Agustín Yáñez	Sueño de Verano en el Parnaso.

Printed in Mexico